
LA ESCANDALOSA
PROPOSICIÓN
DE LA PRINCESA
CRESSIDA BLYTHEWOOD

Cressida Blythewood

La Escandalosa Proposición de la Princesa

Copyright © 2025 by Cressida Blythewood

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

First edition

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

Contents

1. El momento en que todo salió terriblemente —y cómicamente— mal

2. El Plazo para Encontrar Marido

3. Un Bribón, una Princesa y una Apuesta Bastante Imprudente

4. Una Explosión Real

5. Un Compromiso que Ninguno de los Dos Quería (Excepto que Uno de Ellos se lo Está Pasando Demasiado Bien)

6. El Arte de Perder Batallas (Especialmente Contra la Propia Madre)

7. ¿Cancelar el compromiso? Gareth dice que no

8. La Reacción de la Alta Sociedad

9. Una Muestra de Afecto Muy Pública (Para Aparentar, por Supuesto)

10. Un Vals de lo Más Incivilizado

11. Una Convocatoria Real (O Cómo Arruinarse la Vida Antes de la Cena)

12. Sabotaje de los Planes de Boda

13. Una Guerra de Escalada y el Golpe de Gracia de la Reina

14. El Arte de Perder con Gracia (O Cómo Aceptar la Propia Perdición con Estilo)

15. Una Boda es un Campo de Batalla

16. Un Vals con el Diablo

17. El Problema de la Indiferencia

18. Se Acabó el Señor Amable, o Cómo Decidí que un Beso Era Apropiado

19. Un Beso (Que No Significó Absolutamente Nada, Muchas Gracias)

20. El beso que nunca ocurrió

21. La Locura (O Cómo un Prado No Arregló Absolutamente Nada)

22. El Tira y Afloja se Vuelve... Peligroso

23. Un Pretendiente Muy Persistente

24. Una Hazaña Ecuestre Muy Poco Femenina (Y una Proximidad Inoportuna)

25. Un Paseo por las Calles

26. Una Comprensión de lo Más Inoportuna (Y una Invitada Aún Más Inoportuna)

27. Juegos de Tontos (Y Hombres Aún Más Tontos)

28. El Regreso de una Antigua Amante

29. La Negación (Y Otros Peligrosos Autoengaños)

1

El momento en que todo salió terriblemente —y cómicamente— mal

Georgina

Para que quede claro: yo no pretendía proponerle matrimonio.

No fue un plan. Ni una estrategia. Ni siquiera la treta desesperada de una mujer que se ha vuelto loca tras quince días de tedio social y demasiado ponche de lavanda. No. Simplemente… sucedió.

De la misma forma en que ocurren los accidentes de carruaje.

De la misma forma en que una podría derribar sin querer un jarrón Ming de valor incalculable con un giro mal calculado durante una cuadrilla.

De la misma forma en que, de repente, te encuentras de pie en medio de un salón de baile abarrotado, con el escándalo y el arrepentimiento hasta los tobillos, mientras la mitad de la alta sociedad te mira como si acabases de anunciar tu afición por la taxidermia o por el whist.

Un instante estaba sorbiendo un ponche tibio y aguado (del color de la traición y la desesperanza), escuchando a mi madre lamentar en voz alta mi estado de soltera a la duquesa de Smethwick —quien, para que conste, se ha casado seis veces y aun así se las arregla para irradiar decepción como si fuera una virtud aristocrática— y al siguiente…

Bueno.

Allí estaba él. Gareth Montford. La pesadilla de mi existencia. El mayor de los libertinos. El hombre cuyo nombre las madres susurraban como una maldición y por el que las debutantes

suspiraban como si fuera un poema trágico. Estaba apoyado en el arco del salón de baile como si este le debiera dinero, irradiando petulancia y pecado a partes iguales, con un corbatín anudado de una manera tan criminalmente perfecta que seguro que violaba varias leyes eclesiásticas menores.

Y entonces sonrió.

A mí.

El tipo de sonrisa que prometía travesuras, caos y posiblemente alguna que otra reputación arruinada. El tipo de sonrisa que hacía que a una le temblaran las rodillas y que el sentido común se tomara unas vacaciones en la costa. Me miró como si yo fuera algo que ya había ganado a las cartas y ahora estuviera decidiendo si llevarme como un alfiler en la solapa.

Lo cual, según parece, había hecho.

Porque cuando yo —indignada, provocada y sufriendo los efectos de la humillación materna, un ponche mediocre y el rostro insufrible de Gareth— espeté con una voz que resonó con claridad por todo el salón:

—¡Bien! ¡Quizá debería casarme contigo y acabar de una vez!

…él no se rio.

No se burló.

Ni siquiera parpadeó.

No. Gareth Montford, futura fuente de todos mis dolores de cabeza, dio un paso al frente con la elegancia de un hombre que no tenía ningún derecho a parecer tan complacido y dijo:

—¿Que harás qué, princesa? —sonríe, ladeando la cabeza con fingida curiosidad, haciéndose el inocente sin parecerlo en absoluto,

el muy sinvergüenza. Luego, alzando la voz lo justo para que se oyera con claridad por encima de los murmullos circundantes, cortando los susurros como un cuchillo, pregunta—: ¿Casarte conmigo?

Como si hablara en serio. Como si yo no acabara de declarar mi falsa proposición en el mismo tono que uno usaría para decir: «Quizá debería tirarme del balcón y acabar de una vez».

La orquesta dejó de tocar. Alguien dejó caer un abanico. Un vizconde se atragantó, de forma muy audible, con su tarta de limón. Fue una noche verdaderamente dramática.

Y antes de que pudiera tomar aire para declarar: «¡QUE ESTABA BROMEANDO, POR EL AMOR DE DIOS!», la reina dio una palmada.

Una palmada.

Y declaró que era «un enlace de lo más excelente».

Así que ahora estoy accidentalmente —y muy, muy públicamente — prometida a Gareth Montford. El hombre más exasperante de Londres. Una criatura hecha enteramente de encanto petulante, escándalo y chalecos finamente confeccionados.

Por un desafío.

Por despecho.

Porque yo, en un momento de pura e idiotez sin filtros, abrí la boca antes de consultar a mi cerebro.

Yo pretendía arruinar su reputación.

Él, al parecer, pretendía arruinarme a mí.

¿Y ahora?

Las gacetas de cotilleos ya lo llaman el enlace por amor de la temporada. La reina está eligiendo los colores de la boda. La alta

sociedad ha empezado a apostar sobre cuánto tiempo aguantaré antes de intentar estrangularlo con su corbatín.

¿Y Gareth?

Está sonriendo. Ese diablo. Ese granuja. Ese hombre imposiblemente irritante. Cree que ha ganado.

Pero ya veremos. Nos casaremos, o lo empujaré por el barranco más cercano.

2

El Plazo para Encontrar Marido

Georgina

Existen innumerables formas en que una mujer como yo puede arruinarse la vida por completo. Algunas prefieren el camino grandioso y escandaloso: tal vez fugándose con el mozo de cuadra (o, más emocionante aún, con el novio) o jurando amor eterno a un poeta que apenas puede permitirse velas, y mucho menos la tinta para inmortalizar su efímera pasión. Otras optan por una autodestrucción más silenciosa, soportando matrimonios que aplastan el alma de puro aburrimiento con hombres cuyos principales temas de conversación giran en torno al rendimiento de las cosechas o las tediosas complejidades de los debates parlamentarios. Una especie de muerte lenta por aburrimiento, siempre he pensado.

Y luego, bueno, estoy yo. La princesa Georgina. Mi gran crimen contra la reina y la patria no es la traición ni ningún escándalo deliciosamente impactante, en realidad no. Mi gran crimen, al parecer, es simplemente poseer la audaz opinión de que mi propia vida debería ser, bueno, mía. Esto se traduce, para eterna desesperación de mi madre, en una firme negativa a casarme. Con nadie.

—Te casarás —declara mi madre, la reina Catalina de Montrose, esta mañana. Su tono es tan nítido e inflexible como las servilletas de lino almidonado colocadas junto a nuestros platos de desayuno intactos. Su postura es perfecta, sus dedos envuelven con elegancia su taza de té de porcelana, como si discutir el completo trastorno de

mi existencia no tuviera más peso que predecir el tiempo del día: probablemente sombrío, con una alta probabilidad de descontento real.

Hace una pausa, dejando que el silencio pese en el aire, una táctica familiar diseñada para hacer que una se retuerza. Yo me niego rotundamente a retorcerme. Mucho. —O te irás a un convento.

Mi tenedor se detiene en el aire, el trozo de tostada con mantequilla de repente parece bastante poco apetecible. Mi estómago da un pequeño vuelco nervioso. Un vuelco nervioso bastante grande, si soy sincera. —¿Perdón? —pregunto, esperando que mi voz no delate la sacudida repentina en mi pecho que se sintió sospechosamente como si mis arenques del desayuno intentaran escapar. Seguramente debo haber oído mal esa última parte. ¿Un convento? Terriblemente fríos, me imagino, y la uniformidad de la vestimenta sería una pesadilla estética.

—Un convento, Georgina —repite mi madre, secándose delicadamente la boca con una servilleta, con una compostura exasperantemente serena. Lo dice con tanta calma, como si no acabara de detonar casualmente todo mi futuro sobre unos arenques y mermelada—. Tienes seis meses para decidir tu camino.

Seis meses. Parpadeo una vez, luego dos. Al final de la mesa imposiblemente larga y reluciente, cargada de plata y porcelana fina, el aroma a miel caliente, té especiado y bollos recién hechos suele ser reconfortante. Hoy se siente sofocante, cada aroma es un recordatorio burlón de la jaula dorada en la que habito, mientras mi madre mantiene la expresión tranquila de una reina que acaba de

emitir un decreto totalmente razonable; como sugerir un cambio en las cortinas del palacio en lugar de, digamos, una vida de piedad forzada o un destino matrimonial funesto.

A mi izquierda, mi hermana, Serena, se sienta muy compuesta, diseccionando su fruta en delicados y ofensivamente femeninos bocados, completamente imperturbable. A mi derecha, mi hermana menor, Annette, estudia su taza de té como si contuviera las respuestas a los mayores misterios del universo, o al menos una forma de evitar la mirada de Madre. Traidoras, las dos, sin ofrecer absolutamente ningún apoyo fraternal. Ni siquiera una mueca de compasión.

—Esto parece bastante dramático, ¿no te parece? —logro decir, dejando mi tenedor con un decidido tintineo contra el plato. El pequeño ruido resuena ligeramente en el gran salón—. ¿Un convento? En serio, Madre, ¿no es eso un poco… medieval? Lo próximo será que sugieras un dragón como pretendiente si no cumplo.

—No me dejas otra opción, Georgina —responde mi madre, su voz suave como la seda pero con un filo de acero justo debajo—. Has rechazado a cada uno de los pretendientes elegibles que te he presentado. Has insultado a duques, has superado en ingenio a vizcondes e incluso te las has arreglado para hacer llorar a un marqués.

—En mi defensa —señalo, levantando ligeramente la barbilla— el marqués comenzó a llorar antes de que yo lo describiera certeramente como un hombre sin espinazo. Estaba bastante angustiado por un supuesto desaire en las cartas, si mal no

recuerdo. Mi evaluación de su naturaleza de invertebrado fue simplemente una observación astuta.

La comisura de la boca de Annette tiembla delatadoramente, pero sabiamente ahoga cualquier atisbo de sonrisa detrás de su taza de té. Serena, siempre la imagen de la compostura, toma un sorbo de té lento y medido, su expresión transmite el mismo nivel de interés que le dedicaría a un informe parlamentario particularmente aburrido. El destino de mi vida pende de un hilo, y ella está contemplando su Darjeeling.

La reina Catalina exhala lentamente, juntando las yemas de sus dedos como si se contuviera físicamente de, quizás, lanzarme una tetera de plata. —Georgina, eres una princesa del reino. Debes casarte, y debes casarte apropiadamente.

Princesa. Sí, esa parte es innegable, por desgracia. Nacida en un mundo de adornos de oro y cojines de terciopelo, mis días son un ciclo predecible de vestidos bordados, bailes brillantes y tediosas alianzas políticas disfrazadas de posibles maridos. Es todo muy grandioso, supongo, si a una no le importa sentirse como una yegua de cría de buena estirpe con un título, cuyo único propósito es asegurar una alianza o producir un heredero. La sola idea de atarme legal y permanentemente a un hombre, a cualquier hombre elegido de su calaña, me horroriza hasta la médula. ¿Renunciar a mi libertad, a mis decisiones, a toda mi vida? Gracias, pero no. Preferiría enfrentarme a un pelotón de fusilamiento. O, tal vez, incluso a esos fríos muros de convento, si vinieran con una biblioteca y la garantía de que no habría vizcondes obsesionados con los escarabajos.

Como si mis oscuros pensamientos lo hubieran invocado, un sirviente con librea se adelanta en silencio. Presenta un sobre sellado en una bandeja de plata pulida, su rostro una máscara perfecta de discreción impasible. La reina hace un gesto elegante hacia él. Mi mano, actuando aparentemente por su propia y traicionera voluntad, se extiende, tomando el pesado papel, rompiendo el sello real de cera con un pequeño y ominoso crujido.

Dentro hay una lista. Una lista muy, muy larga. De pretendientes considerados aceptables por la corona, es decir, por mi madre. Mis ojos recorren los nombres, una ola de desesperación me inunda. Duque de Tal y Cual, Señor Perpetuamente Aburrido, Conde de la Monotonía Tercero. Se lee como un catálogo de hombres cuyos retratos probablemente los mostrarían de pie junto a un nabo premiado.

Mi estómago se hunde aún más mientras echo un vistazo a la página, viendo un nombre particularmente detestable cerca del final. Vizconde Mortimer. ¡Cielos, Mortimer no! El hombre se pasó toda la temporada pasada presumiendo, con gran detalle y un entusiasmo desconcertante, de su francamente perturbadora colección de escarabajos exóticos. Incluso se ofreció, con un brillo en los ojos que encontré profundamente inquietante, a mostrarme su escarabajo premiado. Prácticamente arrojo el papel sobre la mesa como si estuviera cubierto por los pequeños horrores iridiscentes de Mortimer. Aterriza con un suave aleteo junto a la mermelada.

—¡Por Dios, Madre! ¿Es que el primer requisito para entrar en esta lista es que el hombre posea la elocuencia conversacional de un calcetín húmedo?

—El primer requisito, queridísima Georgina —responde mi madre, mirándome con toda la calidez y comprensión de un glaciar particularmente sentencioso— es que no sea propenso a causar un escándalo —me lanza una mirada significativa, implicando claramente, a diferencia de algunas personas que podría mencionar.

—Bueno, eso ciertamente reduce mis opciones considerablemente —murmuro por lo bajo, recogiendo mi tenedor abandonado y pinchando lánguidamente mi tostada—. Dime, ¿el convento tiene calefacción al menos? Me encuentro bastante susceptible a los resfriados. ¿Y permiten mascotas? ¿Un dragón pequeño y bien educado, quizás?

La reina no se digna a responder verbalmente. Simplemente levanta una sola ceja imperiosa, transmitiendo más desaprobación y desdén de lo que podría hacerlo una conferencia de una hora. Es un truco terriblemente efectivo que tiene. Annette hace un ruido ahogado en su taza de té, posiblemente atragantándose con la risa o con el té; sospecho que lo primero.

Serena, siempre la diplomática, finalmente se digna a intervenir, su voz calmada y razonable. —Madre, seguramente un ultimátum tan estricto es innecesario. Quizás Georgina simplemente requiere más tiempo.

Madre levanta una mano, silenciándola al instante. Serena se rinde, misión cumplida al demostrar que al menos lo intentó, antes de retirarse de nuevo a su fruta. —No consideraremos negociaciones ni retrasos —afirma la reina con firmeza.

—Madre, por favor…

—Georgina, has tenido tiempo de sobra —años, de hecho— para encontrar un compañero adecuado por tu propia cuenta. En cambio… —hizo una pausa, su mirada recorriéndome con el ojo crítico de un experto inspeccionando un diamante defectuoso— te has convertido en un espectáculo.

¿Espectáculo? Espectáculo parece una palabra muy fuerte. ¿Ligera molestia, quizás? ¿Un toque de comportamiento pintoresco que anima los procedimientos cortesanos, por lo demás aburridos? Espectáculo suena como si hiciera malabares con antorchas encendidas en el patio del palacio mientras recito poesía sediciosa.

—Apenas voy por la ciudad causando disturbios, Madre —argumento, tratando de sonar razonable, aunque la razonabilidad a menudo parece un idioma extranjero en estas confrontaciones de desayuno.

—Tú —dice mi madre, enunciando cada sílaba con una precisión escalofriante— te escapaste por la ventana del gran salón de baile el mes pasado durante el Baile del Embajador —deja que eso quede flotando en el aire. Acusadoramente.

Levanto la barbilla desafiante. —Eso fue simplemente un malentendido sobre la salida más cercana disponible para tomar un poco de aire fresco. La línea de recepción era simplemente demasiado larga, y el aliento del embajador olía ligeramente a arenque en escabeche.

—Aterrizaste directamente en la fuente ornamental, Georgina —continúa, ignorando mi punto perfectamente válido sobre el espacio personal y las ofensas olfativas. Su voz permanece inquietantemente tranquila.

—¡Intentaba una retirada discreta de las festividades! —insisto. Quizás mi ejecución careció de cierta delicadeza, implicando más salpicaduras y menos sigilo de lo previsto, pero mis intenciones eran buenas. La discreción era el objetivo. En su mayor parte.

Los labios de la reina se presionan en una línea delgada e implacable. —Estabas empapada, tus faldas estaban enredadas de forma bastante vergonzosa alrededor de tu cabeza, y casi derribas al pobre Señor Harrington cuando intentó sacarte como a un gatito perdido —no debería haber estado tan cerca, admirando las carpas con tanta atención. Era prácticamente una invitación a un accidente.

Annette tose de nuevo, un sonido sospechosamente parecido a una risa mal disimulada que brota de detrás de su servilleta. Serena toma un sorbo de té extremadamente largo y lento, su expresión cuidadosamente neutra, encontrando de repente las molduras del techo absolutamente fascinantes. Inútiles, el par de ellas.

Me cruzo de brazos, negándome a avergonzarme por completo. —Bueno, no debería haber estado tan cerca del borde de la fuente, ¿verdad? Presenta un peligro de tropiezo. Simplemente estaba proporcionando una demostración práctica de dicho peligro.

La reina exhala lentamente, juntando de nuevo las yemas de sus dedos como si midiera sus próximas palabras con cuidado, o quizás contemplando las dimensiones precisas de mi futura celda de convento. —Este comportamiento, Georgina, es precisamente por lo que requieres guía y estructura. No permitiré que te pongas en ridículo, ni a ti ni a esta familia, por más tiempo.

—No me estoy poniendo en ridículo —gruño, encorvándome ligeramente en mi silla, un pequeño acto de rebelión que sé que la

irrita inmensamente—. Simplemente estoy ejerciendo un paladar exigente en lo que respecta a posibles compañeros para toda la vida. La mayoría de los hombres presentados hasta ahora han tenido todo el atractivo chispeante de un martes lluvioso.

—Y sin embargo, Georgina —dice suavemente, con un toque de triunfo en su voz— un hombre fiablemente aburrido es exactamente lo que pareces necesitar. Alguien predecible, alguien estable… alguien que pueda moderar tus tendencias más… impulsivas.

Moderar suena a la vez doloroso y terriblemente aburrido. Resisto el poderoso impulso de fruncir el ceño como una niña a la que le acaban de confiscar su juguete favorito y lo han reemplazado con un libro de texto sobre etiqueta. El matrimonio siempre me ha parecido una trampa a punto de saltar: el lento e implacable apretón de una soga alrededor de mi cuello; una jaula elegante (por muy dorada que sea) sigue siendo una jaula. Representa el fin de la independencia, la pérdida absoluta de control sobre mi propia vida, mi propio futuro. Es impensable. ¿Pero el convento? Esa es una clase diferente de prisión. ¿Una vida de piedad forzada, ropa de lana que pica e interminables y monótonos bordados? La perspectiva me hace estremecer físicamente. Los suelos de piedra fría y las comidas silenciosas parecen infinitamente peores que escuchar al vizconde Mortimer parlotear sobre escarabajos. Casi.

Seis meses. El plazo se cierne sobre mi cabeza como la hoja de una guillotina. Tengo seis meses para encontrar un marido de esa terrible lista (o quizás uno un poco menos terrible, si tal criatura existe y no está ya casada o, preferiblemente, es ficticia) o resignarme a una vida de oración y soledad piadosa, donde mi

evento diario más emocionante sería preguntarme si los nabos de la cena serían marginalmente menos grises que los de ayer. Ninguna de las dos opciones me atrae.

Serena, la siempre perfecta diplomática, se aclara la garganta delicadamente, intentándolo de nuevo. —Quizás Georgina simplemente aún no ha encontrado al tipo adecuado de caballero, Madre. La compatibilidad es clave. —Qué sabiduría. Qué previsibilidad. Qué absoluta falta de ayuda.

—Una excusa risible a estas alturas —desestima la reina con frialdad, alcanzando su tetera para señalar que la conversación se acerca a su fin, al igual que mis esperanzas de un respiro—. Teniendo en cuenta que ha tenido años, y amplias presentaciones, para hacer precisamente eso.

Annette, quizás envalentonada por el intento de Serena, finalmente vuelve a hablar, su voz pequeña pero clara. —Para ser justos, Madre, ninguno de los hombres actualmente en esa lista posee mucha personalidad que digamos. A menos que uno cuente el «entusiasmo excesivo por la taxidermia» como un rasgo de personalidad, en cuyo caso Señor Fitzroy es un verdadero titán del carisma. —Una defensa valiente, aunque inútil.

La mirada de la reina se desliza hacia su hija menor, afilada y admonitoria. —Un rasgo que, te aseguro, Annette, contribuye a un matrimonio mucho más estable y predecible a la larga. La personalidad, en exceso, suele ser un inconveniente en un cónyuge real. —Predecible. Estable. Aburrido. Todo significa lo mismo.

Gimo en voz alta, hundiéndome más en mi silla hasta que mi barbilla casi toca el mantel. —Quizás debería fugarme con un

capitán pirata y acabar con todo este asunto. Al menos se rumorea que los piratas tienen personalidad, y se presume que un cierto talento para las salidas dramáticas que no involucran fuentes ornamentales. —Mi madre ignora por completo esta útil sugerencia. Como era de esperar.

—Los piratas tampoco están mal, supongo que los hombres expuestos a la brisa del océano son más sexis —dije, todavía probando suerte, añadiendo un esperanzado aleteo de pestañas que, en ocasiones, había funcionado con mortales de menor rango, como tíos indulgentes.

—¡Te estrangularé con mi propia banda real antes de que decidas fugarte con un pirata! —espetó Madre, su compostura finalmente resquebrajándose, aunque solo fuera por un momento. Ah, un destello de éxito.

—Así que ahora la elección es entre casarme, convertirme en monja o morir por estrangulamiento materno. ¡Cielo santo, el matrimonio de repente parece la menos mortal de las tres, aunque solo sea por un margen! —me burlé, e inmediatamente me arrepentí cuando la expresión de la reina se endureció una vez más.

Por supuesto, la reina ignoró el sarcasmo y golpeó el papel que contenía la lista de posibles maridos que decidirían mi destino con la punta de un abanico. Algo así como decir: «Concéntrate en encontrar marido o morirás, y puede que incluso te ayude a ello». La lista sigue entre nosotras sobre la madera pulida, un destino ineludible escrito con tinta elegante y atado por el deber real.

Miro a mis hermanas en busca de alguna señal de esperanza. Annette me dedica un pequeño e impotente encogimiento de

hombros: ¡lo intenté! Serena, siempre práctica, levanta una sola ceja perfecta como diciendo: «Sinceramente, Georgina, elige a uno y acaba de una vez. Piensa en los preparativos de la boda».

Pero me conozco demasiado bien para eso. No puedo simplemente elegir un nombre de esa lista como quien elige una cinta para el pelo, o un canapé particularmente poco apetitoso de una bandeja. No dejaré que mi madre me fuerce a una cadena perpetua de aburrimiento soporífero, sin importar cuántos escarabajos o nabos estén involucrados. Y absolutamente no permitiré —bajo ninguna circunstancia imaginable— que me empaqueten a un convento, por muy bien climatizado que afirmen que esté.

Lo que significa que, en algún momento dentro de los próximos seis meses, necesito un plan. Un plan brillante e infalible. O quizás un milagro sea suficiente. O, mejor aún, ¿quizás una catástrofe? Sí, una catástrofe tan grandiosa, tan distractora, que incluso mi madre se olvidará por completo de los maridos y los conventos. Ahora eso suena prometedor.

3

Un Bribón, una Princesa y una Apuesta Bastante Imprudente

Gareth

El verdadero arte de la apuesta, siempre he sostenido, no residía meramente en saber cuándo pasar o retirarse, sino en la exquisita comprensión de la necedad humana. Uno tenía que cultivar un ojo avizor para las señales sutiles: el tic nervioso del meñique de un duelista antes de nombrar a su segundo, el brillo casi imperceptible de sudor en la frente de un político supuestamente confiado mientras presenta un proyecto de ley arriesgado, el destello desesperado y famélico en los ojos de un necio mientras persigue sus crecientes pérdidas con un abandono cada vez más temerario.

Se trataba de explotar las debilidades de tu oponente. Sus vanidades. Su desesperación. Naturalmente, una sonrisa socarrona bien sincronizada y carente de todo arrepentimiento mientras le alivias de su última moneda —o del brazalete de diamantes favorito de su esposa— tampoco estorbaba en el proceso.

Esta refinada comprensión de la fragilidad humana es precisamente la razón por la que me encuentro actualmente residiendo en el lujoso y ahumado santuario de Halloway's. La más exclusiva, y más ruinosa, guarida de vicio de Londres. Aunque «vicio» siempre me ha parecido un término tan sentencioso y puritano para lo que no era más que una participación entusiasta en los placeres más entretenidos de la vida, si bien ocasionalmente caros.

Es un verdadero paraíso para caballeros que poseen demasiada riqueza heredada y muy poco sentido común o autocontrol. Mi

hábitat natural, dirían algunos, con una mezcla de envidia y desaprobación.

El salón de juego en sí es un estudio de la indulgencia cara y sin complejos. Pesados cortinajes de terciopelo del color de cerezas oscuras y derramadas cuelgan de las paredes. Ornamentados apliques dorados proyectan una luz de velas parpadeante y favorecedora sobre mesas de caoba pulida, cada una marcada con las cicatrices de pasadas fortunas ganadas y perdidas.

El aire es denso y suntuoso. Una mezcla embriagadora de humo de puros fuertes e importados, murmullos bajos y conspiradores, y el agudo sabor metálico de la desesperación. Para mi gusto, siempre tuvo un aroma bastante picante y vigorizante.

Prácticamente se podía oler cómo las fortunas ancestrales se desvanecían en el éter. El olor se mezclaba de forma extraña —pero de algún modo armoniosa— con el buen brandy francés y el optimismo empalagoso de demasiada colonia.

De vez en cuando, el silencioso murmullo de la actividad se rompía. Estallaba una maldición particularmente sonora o el estrépito de una silla derribada con desesperación. Generalmente cuando algún pobre diablo se daba cuenta de que acababa de apostar el caballo de caza favorito de su esposa o, peor aún, la paciencia de su amante.

A mi oponente actual —un barón corpulento cuyo nombre olvidé en el momento en que nos sentamos, como se suele hacer con los detalles poco provechosos— no le está yendo bien. Suda bajo la luz de las velas, su tez rubicunda enrojecida aún más por el calor y la tensión.

Sus pequeños ojos vivarachos saltaban de un lado a otro entre nuestros montones de fichas. El mío era sustancial. El suyo era una cosita trágica, que menguaba aún más con cada mano perdida. Sus dedos regordetes tamborileaban un ritmo errático sobre la mesa cubierta de paño. Un temblor. Clásico. Estaba al límite. A punto de hacer algo dramático. Gloriosamente estúpido.

Lo observaba como un halcón. No porque lo necesitara. Ya estaba perdido. Sino porque este era el momento que más saboreaba. El momento en que el orgullo entra en guerra con el sentido común. En que un hombre se convence a sí mismo, contra toda lógica, de que la fortuna está a punto de sonreírle, incluso mientras esta alza la guillotina.

Tomé un sorbo lento de whisky, dejando que el ardor cálido y ahumado se asentara en mi garganta. Observando por encima del borde del vaso con una diversión perezosa y calculada.

Había llegado. El punto de no retorno.

Iba a apostarlo todo. Tenía que hacerlo. Era la única jugada que le quedaba.

El hombre era un necio. Pero un necio rico. Y yo no tenía reparos en quitarle su dinero.

Una moneda tonta vale lo mismo que una lista. Y nunca he tenido motivos para preferir una sobre la otra.

Sostengo mis propias cartas con ligereza, con una despreocupación practicada, casi teatral, fingiendo un aire de completa y serena relajación, mientras mi otra mano traza ociosamente, con aprecio, la delicada y enjoyada línea de la bastante encantadora muñeca de una duquesa cercana. Ciertamente

no es mi duquesa —su marido, creo, está actualmente intentando negociar algún tedioso tratado en Viena, o quizás simplemente tratando de escapar del empalagoso perfume de ella—. Pero parece muy dispuesta a fingir lo contrario durante el resto de la velada, inclinándose bastante cerca, casi en mi regazo, su perfume de elección. Es una sobreabundancia de jazmín y una intriga obvia, casi agresiva, que amenaza con asfixiarnos a ambos en su dulzura empalagosa.

—Mi marido está en París por lo menos otro mes, Señor Montford —ronronea ella, sus labios, pintados de un tono carmesí bastante sorprendente, flotando peligrosa y tentadoramente cerca de mi oreja —. Y me he dado cuenta de que detesto sentirme sola cuando viaja. Es terriblemente… aburrido.

Hago un vago y evasivo murmullo de cortés asentimiento, aunque mi atención principal permanece firmemente, y mucho más provechosamente, fija en el creciente montón de monedas y pagarés garabateados a toda prisa que se acumulan en el centro de la mesa.

—Una aflicción terrible, en efecto, Su Gracia, la soledad — murmuro educadamente, dándole a su cálida muñeca una suave y displicente palmadita. Mejor no animarla demasiado antes de que concluya la partida; uno debe mantener la concentración en las conquistas verdaderamente importantes de la noche. El flirteo es delicioso, pero las ganancias son tangibles.

El barón carraspea ruidosamente entonces, un sonido como de pergamino rasgándose, claramente poco impresionado con mi aparente falta de concentración, o quizás simplemente profundamente celoso de las atenciones bastante descaradas de la

duquesa. Tira con nerviosismo de su ya marchito cuello, su cuello carnoso sonrojado de un tono rojizo bastante poco favorecedor y apoplético.

—¿Va a jugar de una vez, Montford —espeta él, con la voz tensa por la desesperación y la paciencia menguante— o simplemente se va a pasar toda la maldita noche flirteando con cada mujer disponible en la sala?

Lo miré, dejando que una sonrisa lenta, perezosa e irritante se dibujara en las comisuras de mis labios. Quería darle una imagen de diversión imperturbable y ligeramente aburrida. Dejé que el silencio se alargara durante un momento cargado antes de responder, disfrutando de su incomodidad.

—Mi querido barón, ¿quién ha sugerido que no puedo, con un poco de esfuerzo y una gran cantidad de talento natural, lograr ambas cosas simultáneamente? Es simplemente una cuestión de gestión eficiente del tiempo, ¿no le parece?

La duquesa suelta una risita a mi lado, un sonido agudo y tintineante. Se apretó de manera bastante más insistente contra mi brazo de una forma que sugiere que posee una fe del todo injustificada en mi caballeroso autocontrol. En realidad, era una fe que, de forma constante y a menudo deliberada, descubría que el sexo débil interpretaba erróneamente.

El barón simplemente frunce el ceño, su cabello ralo y sudoroso ahora visiblemente húmedo por la transpiración y, sospecho, por la incipiente y desagradable comprensión de su inminente ruina financiera. Mentalmente, lo anoto como una pequeña y satisfactoria victoria antes de volver mi atención a mis cartas. Solo se necesitan

unas cuantas manos más jugadas estratégicamente para que pierda, de forma bastante espectacular y con un gemido de desesperación bastante gratificante, todo lo que le queda.

Un momento después, me levanto suavemente de la mesa, significativamente, gratificantemente más rico que cuando me había sentado inicialmente. El barón permanece desplomado en su silla, con un aspecto completamente derrotado y significativamente, posiblemente catastróficamente, más pobre. Mientras, la duquesa se aferraba más a mi brazo, su perfume de jazmín ahora prácticamente una declaración de intenciones en lugar de una mera intriga. En conjunto, decido, mientras acepto con gracia mis ganancias del crupier, la noche está progresando de manera excelente, casi perfecta.

Que es precisamente cuando, como suele ocurrir tan a menudo cuando uno está disfrutando de un raro y sencillo momento de merecido triunfo, esta da un giro abrupto, inoportuno y decididamente irritante.

Una voz familiar, teñida de su habitual hastío aristocrático y provocación deliberada, resuena, lo suficientemente alta como para cortar el barullo general del salón de juego como un violín mal afinado y chirriante.

—Te has acostado con la mitad de las nobles de Inglaterra, Montford, ¿y aun así lo mejor que puedes conseguir con nuestra querida princesa es una espectacular riña pública por un café derramado en el desayuno de Señora Fenwick la semana pasada? ¡Y perdiste la discusión, por lo que he oído! ¡Qué vergüenza, hombre,

tus legendarios poderes de persuasión están claramente en decadencia!

Ah. Demonios. Y hablando del rey de Roma y sus parientes, armados con munición fresca, totalmente inoportuna y, frustrantemente, endemoniadamente precisa. Me giro lentamente, ya suspirando para mis adentros, reprimiendo el impulso de poner los ojos en blanco, solo para encontrármelos. El príncipe Ian, el hermano menor de la princesa y mi sempiterna y odiosa espina real clavada en el costado, holgazanea con un aire de lánguida despreocupación junto al duque Edmund, cuya presencia perpetuamente adusta solo sirve para magnificar las tendencias más molestas y traviesas de Ian.

El duque Bastian Lightwood, un hombre cuyo pasado es casi tan horrible como el mío, está desafortunadamente enredado en un delicioso lío a través de un matrimonio supuestamente feliz. Incluso tiene dos hijos adorables. Además de Bastian, también está Colin, que cimentó su tenue relación familiar casándose con la hermana mayor de la esposa de Bastian. También tiene dos lindos gemelos. Estos dos cuñados ahora parecen sentir que tienen el sagrado deber personal de hacerme la vida tan difícil como, a la vez, sencilla les sea posible siempre que surge la oportunidad. Particularmente cuando se les proporciona material tan jugoso e irresistible como mi breve, totalmente accidental, completamente intrascendente y, hay que decirlo, bastante ruidosa disputa pública con su notoriamente arisca prima real.

Juntos, forman un cuarteto profano e irritante de malicia familiar y aburrimiento aristocrático, mis supuestos amigos. Holgazaneaban

como una manada de lobos satisfechos y vestían impecablemente con caros abrigos perfectamente entallados. Obviamente, habían estado esperando este preciso momento, sin duda diseccionando mi reciente «encuentro» con la princesa Georgina. Realmente son como anatomistas que descubren una nueva especie de insecto, pero son irritables y sorprendentemente vocales.

Todos sostienen vasos de lo que parece ser mi brandy preferido, y muy caro, exudando esa particular y chirriante petulancia única de los hombres que poseen demasiado tiempo heredado y demasiado dinero no ganado en sus manos.

Están desesperados, casi como una necesidad patológica de entretenimiento, especialmente a costa considerable de los demás. Parecen distantes, demasiado complacidos consigo mismos para mi gusto. De repente tuve un claro y funesto presentimiento sobre una apuesta. Una apuesta hecha con gran entusiasmo después de… un breve y apasionado intercambio con la princesa en el desayuno de la pobre Señora Fenwick.

Ian se desparramaba obscenamente —casi indecentemente— en un lujoso sillón de color clarete, repantigado como si fuera el dueño del lugar. Lo cual, dado su título real y la desconcertante tendencia de su familia a coleccionar fincas como si fueran naipes, prácticamente lo era. El pequeño réprobo.

Levantó su vaso en un saludo perezoso y profundamente burlón.

—¿Tienes que ser siempre tan espantosamente, tan cansinamente predecible, Montford?

No me molesté en responder. Lo cual él, por supuesto, tomó como luz verde para continuar.

—¿Ganando de nuevo en las mesas, eh? —dijo con vozarrón, agitando el líquido ambarino en su vaso—. Y todavía escocido, imagino, por el desmantelamiento verbal bastante público y, según todos los testimonios, bastante fulminante de tu carácter por parte de mi querida y formidable hermana.

Hizo una pausa, su sonrisa ensanchándose.

—Por una bebida con cafeína estratégicamente apuntada —y lamentablemente caliente— nada menos.

Arqueé una ceja, alcanzando el decantador más cercano.

—Cuidado, Ian. Eso sonó sospechosamente a empatía. O a preocupación.

Él agitó una mano con desdén.

—Por favor. La alta sociedad está bastante dividida sobre quién ganó realmente esa particular y muy entretenida escaramuza, ¿sabes?

—¿Fue entretenida para ti o para las quinientas personas que cotilleaban sobre ello en Almack's al día siguiente? —Me serví una copa, ignorando el leve dolor detrás de mi sien derecha.

—Mi dinero —continuó alegremente— estaba con Georgina. Naturalmente.

Entrecerré los ojos.

—Tiene una habilidad notable para el insulto bien colocado —añadió—. Cuando se la provoca adecuadamente. Como tú, mi querido amigo, descubriste de manera tan experta… y tan pública.

Bebí un sorbo. Lentamente.

—¿Tenéis que ser siempre tan malditamente, tan realmente insufrible, Su Alteza? —repliqué con suavidad, con una paciencia

deliberada y cansada, lejos de sentirme fatigado. Me dejé caer en el asiento vacío frente a ellos con una facilidad relajada y sin prisas que no tenía en ese momento.

Proyecto un aire de indiferencia, sugiriendo que su presencia y el irritante tema de conversación elegido no me molestan en lo más mínimo. En realidad, me irrita inmensamente.

Aquel maldito incidente del café.

No fue nada: una colisión menor debido a su parada brusca y sin previo aviso en un umbral abarrotado para reprender a un lacayo desventurado. Una taza derramada que, desafortunadamente y de manera bastante dramática, manchó sus guantes bordados de aspecto formidable. Seguido de un intercambio agudo y, hay que admitirlo, ingenioso.

Me acusó de poseer la conciencia espacial —y el comportamiento general— de un rinoceronte desconcertado y desbocado. Yo repliqué, con bastante acierto, que sus pronunciamientos tenían todo el encanto dulce y tranquilizador de una arpía chillona y enfurecida.

Apenas materia de leyenda. Ni siquiera una anécdota decente.

Sin embargo, al parecer, es suficiente para que estos buitres vuelen en círculos. Sin duda, están haciendo apuestas sustanciales sobre ello.

Debería haber intuido que estaban al acecho, tramando alguna estupidez, en el momento en que los vi acurrucados en un rincón antes. Sus cabezas inclinadas en susurros conspiradores. El aire a su alrededor prácticamente vibraba con malicia tácita. Sus expresiones

demasiado expectantes, demasiado jubilosas, para ser mera coincidencia.

Y ahora, inevitablemente, ha conducido a este comentario público y muy inoportuno sobre mis asuntos. O más bien, mi breve, altamente cafeinado, totalmente antirromántico, y claramente no amoroso, no-asunto con cierta princesa de lengua notoriamente afilada.

Colin, con los ojos brillantes con la luz profana de un hombre que vive para el cotilleo y las tonterías —particularmente si involucran mi incomodidad— sonríe ampliamente. Se inclina hacia adelante con entusiasmo en su silla, los codos apoyados en las rodillas, claramente habiendo esperado con impaciencia mal disimulada toda la noche para soltar su bien ensayada línea.

—¿Y bien? ¿Cuál es el veredicto oficial entonces, Montford? Después de tu… memorable interacción en la pequeña velada de Señora Fenwick, ¿es la princesa Georgina verdaderamente, como todos hemos apostado tan provechosamente y con tanta confianza, inmune a tus legendarios y, me atrevería a decir, algo empañados encantos? ¿O es que simplemente no te has atrevido a intentarlo más, por temor a la retribución real… o quizás, más exactamente, a que su bastante legendario, y según se dice, bastante doloroso, temperamento te chamusque algo más que la corbata esta vez? Algunos de nosotros —añade, con una mirada elocuente hacia un Bastian sonriente— tenemos una suma considerable apostada a «completa y eternamente inmune», ¿sabes? Bastian, en particular, puede perder una pequeña, pero para él, bastante significativa

fortuna si consigues arrancarle una sonrisa genuinamente educada y no forzada en el próximo mes.

Resoplé, levantando mi recién —y muy necesariamente— rellenado vaso de whisky. Parece un accesorio esencial para esta conversación en particular, y posiblemente para varias más si esta irritante línea de investigación, y la mención de las apuestas, continúa.

—Por favor. Aquello difícilmente fue una «interacción memorable». Fue una colisión menor e insignificante de vajilla y una desafortunada, aunque enérgica, evaluación de defectos de carácter. Y en cuanto a la princesa —continúo, forzando una nota de aburrida indiferencia en mi voz— podría tenerla comiendo de mi mano, ronroneando como una gatita, si realmente lo deseara.

Es una mentira descarada y escandalosa, por supuesto; una fanfarronada refleja, casi pavloviana, alimentada por el orgullo herido y el escozor intensamente irritante de su diversión colectiva y petulante. Pero la idea de perder una apuesta contra Bastian, de entre todas las personas —particularmente una apuesta centrada en mi habilidad para encantar a una mujer, a cualquier mujer, incluso a esta princesa en particular, exasperantemente mordaz y aparentemente inmune— es una indignidad que no estoy, bajo ninguna circunstancia, dispuesto a sufrir.

Georgina. Definitivamente no como las otras, esa. Todo fuego brillante y filos afilados, con un ingenio que podría sacar sangre —y frecuentemente lo hacía, si uno no era extremadamente cuidadoso —. Divertida, ciertamente, a su propia manera exasperantemente intocable y completamente exasperante.

La idea de que ella «coma de mi mano» es, francamente, lo suficientemente ridícula como para ser cómica. Antes me arrancaría de un mordisco el apéndice ofensivo, y probablemente disfrutaría del sabor de mi subsiguiente y merecida humillación.

Ian levanta una ceja escéptica y perfectamente arqueada; el parecido familiar con su hermana mayor, la princesa Georgina, es de repente, desconcertantemente, bastante llamativo. Comparten los mismos ojos azules, agudos e inteligentes, y un aire perpetuo y regio de ligera y divertida condescendencia; recordatorios constantes de su linaje real inexpugnable.

Ian, sin embargo, siempre ha sido el hermano mucho menos responsable y mucho más propenso a la provocación. Mientras Georgina empuña su ingenio como un estoque finamente afilado y perfectamente equilibrado, diseñado para estocadas precisas y a menudo letales, Ian prefiere la diversión temeraria y caótica de lanzar granadas conversacionales simplemente para observar la carnicería general resultante, particularmente si yo tengo la mala suerte de estar en la zona cero.

—Eso sigues diciendo, Montford. De eso sigues presumiendo. Sin embargo, no hay pruebas tangibles. Ni siquiera un vals robado y concedido a regañadientes, por lo que oigo de fuentes fiables dentro de los muros del palacio. Solo altercados bastante públicos y muy entretenidos sobre bebidas de desayuno y la integridad estructural de los guantes. Difícilmente materia de leyenda romántica, viejo amigo, o, lo que es más importante, una mano ganadora en nuestro particular, y bastante lucrativo, juego de azar.

Sonríe, de forma elocuente. Maldito sea.

—Las probabilidades de que cortejes con éxito —o incluso simplemente sobrevivas a una conversación prolongada con— Georgina están actualmente en aproximadamente cien a uno en tu contra. E incluso entonces, solo el pobre e iluso de Edmund fue lo suficientemente tonto —o quizás leal— como para aceptarlas, probablemente por algún sentido equivocado y fuera de lugar de lealtad a tu reputación, que se empaña rápidamente y es, francamente, bastante risible, como un seductor irresistible.

Bastian, siempre servicial, siempre ansioso por hurgar en la herida, se ríe profundamente en su copa de brandy cercana. Sus ojos brillan con la luz avariciosa y depredadora de un hombre que anticipa con confianza una ganancia financiera considerable y personalmente gratificante.

—Vamos, Gareth, admítelo. Ahórrate más humillaciones. Después del delicioso pequeño espectáculo público de la semana pasada, está más claro que un diamante recién pulido. Ella te desprecia activa, inequívocamente y con considerable entusiasmo. Mi apuesta bastante sustancial —a que no te acercarías a menos de tres metros de un cortejo genuino y no forzado con la princesa sin que ella te amenazara públicamente con graves daños corporales, o posiblemente con una pieza de porcelana real bien apuntada— parece más segura y más rentable por momentos.

Lo dice con un deleite que confirma mi creciente e irritada sospecha: él —y probablemente los otros, con la posible excepción del perpetuamente sombrío Edmund— tienen una suma considerable apostada a mi total y completo fracaso para encantar, o incluso vagamente aplacar, a la princesa Georgina.

¡La ignominia! ¡El puro, absoluto e irritante atrevimiento!

—Ah —replico, inclinando la cabeza pensativamente. Finjo un aire de profunda, imperturbable, casi aburrida contemplación.

Por dentro, ya estoy calculando el daño potencial a mi orgullo, a mi reputación y —malditos sean— a mi bolsillo. Si esta ridícula y humillante apuesta ganara más tracción y yo no estuviera a la altura del desafío implícito, las consecuencias serían insufribles.

—Pero, ¿es un odio genuino y profundo, caballeros? —pregunto con ligereza—. ¿O podría ser quizás algo mucho más… interesante?

Una pausa. Lo suficientemente larga.

—¿Algo que hierve a fuego lento con deliciosa volatilidad bajo esa superficie helada y regia? Una cierta… chispa, ¿digamos?

Me permito una sonrisa. Seca. Peligrosa.

—¿Un fuego apasionado que se enciende por, oh, la etiqueta adecuada para disculparse después de un incidente casi abrasador que involucra café árabe importado… y un par de guantes reales bordados bastante desafortunados?

Suena absurdo. Y lo es.

Yo mismo lo dudo bastante, dada la forma en que ella suele mirarme. Como si fuera algo desagradable que ha raspado de la suela de su zapato de cuero italiano exquisitamente elaborado. Pero suena bien. Los desvía del rastro de mi indiferencia real y cuidadosamente cultivada. O eso me digo a mí mismo. Poco convincentemente, incluso para mis propios oídos. Y lo que es más importante, podría hacer que reconsideren la dudosa sabiduría de apostar tan fuerte contra Gareth Montford. Incluso cuando las probabilidades parecen tan entretenidamente en su contra.

Bastian resopla ruidosamente. Casi inhala su brandy en el proceso. Elegante, como siempre.

—¿Interesante? ¿Una chispa? —repite las palabras como si tuvieran un sabor ridículo—. Gareth, estoy bastante seguro —y he apostado, como sabes, una suma no insignificante, y que pronto será mucho mayor, al hecho— de que antes se arrojaría de cabeza a las turbias e implacables profundidades del Támesis.

Sonríe, con un deleite malicioso en cada palabra.

—Probablemente arrastrándote con ella. Solo para asegurarse de que no pudieras criticar su atuendo de ahogada. O dar consejos no solicitados sobre su técnica de natación.

Deja que eso cale. Luego, con un floreo, añade:

—Especialmente después de que insinuaras tan encantadoramente —y tan públicamente— que su sombrero parisino favorito, y bastante caro, se parecía a una gallineta de páramo particularmente agitada, posiblemente rabiosa.

Aprieto los dientes. Suena demasiado convencido. Y demasiado complacido consigo mismo.

Entonces, levanto una ceja. Una elevación lenta y peligrosa. Acomodándome cómoda y deliberadamente en mi silla, finjo un aire de suprema e inexpugnable indiferencia. ¿Por dentro? Estoy que ardo. La idea de perder una apuesta tan públicamente humillante me crispa los nervios como el papel de lija.

—¿Ah, sí? —digo con voz sedosa—. ¿Y cuáles son, si se puede saber, los términos precisos y oficiales de esta fascinante, aunque algo insultante, apuesta educativa?

Dejo que la pausa se alargue lo justo.

—Aunque os advierto —añado, con un brillo agudizándose en mis ojos ahora— que mi suerte, como todos habéis presenciado esta noche, está decididamente, algunos dirían que espectacularmente, de mi lado. Y tengo una aversión particular y profundamente arraigada a perder apuestas. Especialmente las que conciernen a mis… persuasivas y hasta ahora infalibles habilidades con el sexo débil.

Es un juego peligroso. Incluso reconocer la apuesta es un riesgo. Pero su certeza colectiva y petulante se está volviendo intolerable. Y el desafío —absurdo, irritante— está empezando a despertar mis bien afinados instintos competitivos. ¿Qué mejor y más satisfactoria manera de callarlos que ganar?

Y ganar de forma decisiva.

Aunque —Dios me ayude— ¿la perspectiva de encantar, cortejar, a la formidable y volcánica princesa Georgina?

Aterradora. Casi aleccionadora.

Ian lo considera por menos de un segundo. Un destello de cálculo pasa por detrás de esos brillantes ojos azules. Luego sacude la cabeza.

No.

Una expresión fugaz cruza su rostro: ¿protección fraternal? ¿O un miedo sano y profundamente arraigado a la ira de Georgina?

Difícil de decir.

Sobre todo porque Ian sabe perfectamente cómo la expresa: normalmente con palabras afiladas, objetos voladores o, cuando se siente realmente presionada, con un gancho de derecha bastante

eficaz. Pero lo que sea que destella allí, se desvanece tan rápido como apareció. La malicia regresa, con toda su fuerza.

—No, gracias, Montford —dice con desenfado—. En realidad, me gusta bastante mi dinero. A diferencia de algunas personas. —Su mirada se desvía hacia el montón de fichas y pagarés que acabo de desplumarle a ese desafortunado barón. Su sonrisa se ensancha—. Y lo que es más importante: valoro mis rótulas.

Eso le gana una ronda de resoplidos y risitas.

—Georgina, como quizás recuerdes o no de tu infancia —añade— posee un gancho de derecha sorprendentemente efectivo y nada femenino. Especialmente cuando se la provoca sobre sus sombreros… sus opiniones… o —me mira directamente ahora— sobre bribones presuntuosos y arrogantes que hacen apuestas sobre su corazón virgen y probablemente inexpugnable.

—Un hombre sabio, entonces —concedo, tomando otro sorbo lento y contemplativo de whisky y saboreando el ardor familiar y bienvenido mientras se desliza por mi garganta. La apuesta, sin embargo, su ridícula, insultante e irritante apuesta, ahora pende pesada y tácita en el aire ahumado entre nosotros, un desafío innegable, casi irresistible. Un desafío ridículo, irritante y, sin embargo… en contra de mi buen juicio, en contra de toda razón, extraña, malditamente convincente.

—En cualquier caso —continúo, esforzándome por mantener un aire de desdén aburrido— la princesa y sus opiniones bastante… enérgicas —por muy vehementemente, y públicamente, que se expresen— difícilmente son mi principal preocupación en este momento. Tengo asuntos mucho más interesantes, y ciertamente

más gratificantes, para ocupar mi tiempo. —Que piensen que soy indiferente. Es más fácil así. Y mucho, mucho más seguro. Por ahora, al menos.

Edmund, la sempiterna voz adusta y perpetuamente pesimista de la razón a regañadientes —y a menudo inoportuna— entre nuestra alegre e irresponsable banda, se cruza de brazos sobre el pecho con la lúgubre resolución de un hombre que contempla una declaración de impuestos particularmente desoladora. O quizás las consecuencias de un incidente diplomático que yo había evitado por los pelos, y de forma bastante entretenida, gracias a un café derramado y un comentario realmente desafortunado sobre unos guantes. Su expresión sugiere que ya se está preparando para suspirar en mi funeral.

—Puede que ella no sea tu preocupación, Montford —retumba, con la voz áspera y grave, como ruedas de carruaje sobre adoquines —. Pero gracias a vuestra pequeña disputa pública en el desayuno —y a las apuestas bastante entusiastas, y ahora ampliamente conocidas, que circulan como resultado directo y totalmente predecible— tú, mi querido amigo, pareces haberte convertido inadvertidamente, y quizás desafortunadamente para todos los implicados, en la suya. —Hace una pausa, sombrío como siempre, y luego añade con un suspiro cansado que parece llevar el peso de tres siglos de decepción—: O más bien, la alta sociedad, en su infinito e incurable aburrimiento, parece decidida a convertirte en asunto suyo. Aunque solo sea por su propio divertimento sádico y alimentado por las apuestas.

Eso capta mi atención. Completa e indivisa. Frunzo el ceño, bajando ligeramente mi vaso. El whisky, que parecía tan medicinal hace un momento, de repente pierde su atractivo.

—¿Qué diablos se supone que significa eso, Edmund? —pregunto, intentando sonar casual pero aterrizando en un punto más cercano a vagamente alarmado—. Fue una bebida derramada. Unas pocas palabras afiladas, aunque admito que divertidas. No una declaración de guerra. Y ciertamente no una invitación al matrimonio. —Hago una pausa, haciendo una mueca—. Aunque con Georgina, la distinción entre esos tres estados a veces puede ser… frustrante y peligrosamente sutil.

Sin embargo, algo en el tono de Edmund persiste, algo más serio que su habitual desdén refunfuñón por mis payasadas. Implica importancia. Problemas. Una profundidad de consecuencias que aún no había tenido en cuenta.

Es entonces cuando Ian se inclina hacia adelante. Está demasiado engreído. Demasiado ansioso. Y claramente, de forma casi obscena, encantado con el papel que está a punto de interpretar: Heraldo de mi perdición. Su sonrisa, esa mueca de suficiencia que lleva como una maldita corona, me dice que no me va a gustar lo que viene a continuación. Ni un ápice.

—Significa, querido Gareth, mi amigo que pronto será o muy rico o muy pobre —comienza dulcemente, demasiado dulcemente, su voz prácticamente ronroneando con el regocijo sádico de un gato a punto de empujar algo caro de la repisa de una chimenea— que tu ilustre —aunque algo empañado— nombre, tras tu memorable y muy pública interacción en casa de Señora Fenwick… se ha visto

vinculado de forma bastante persistente, bastante alarmante y muy, muy públicamente al suyo en las columnas de cotilleos últimamente.

Hace una pausa. Dramáticamente, por supuesto. El pequeño bastardo probablemente nació haciendo pausas para crear efecto.

—Accidentalmente, por supuesto. Rumores totalmente infundados. Enteramente fabricados —continúa, con la viva imagen de la inocencia, una mirada que no me creo ni por un solo y miserable segundo—. Difundidos, sin duda, por matronas de sociedad aburridas y casamenteras con demasiado tiempo libre y muy poca imaginación genuina. Y un apetito aparentemente insaciable por emparejar a las parejas más improbables, más inadecuadas, más gloriosamente dispares.

Sus ojos brillan.

—Especialmente cuando hay buen dinero contante y sonante apostado al resultado.

Las palabras me golpean de lleno en el pecho.

—Nuestra pequeña riña —continúa Ian— y nuestras subsiguientes, totalmente privadas e hipotéticas apuestas, fueron aparentemente más entretenidas —más inspiradoras— de lo que ninguno de los dos podría haber imaginado. Para la alta sociedad. Y para las hojas de escándalos.

Parpadeo. Una vez. Dos veces. Intento procesar esta noticia inoportuna y, francamente, bastante alarmante. Seguramente bromean. Exageran. Mienten.

—Los periódicos no se atreverían —argumento, débilmente—. No por una bebida derramada y unas cuantas pullas intercambiadas durante el desayuno.

Pero incluso mientras lo digo, me doy cuenta de lo estúpido que sueno.

¿Gareth Montford —yo— vinculado con la hija del Rey? La princesa Georgina, que me odia por principio, cuyo ceño fruncido podría congelar la luz del sol, que una vez describió mi estilo de conversación como «un insulto a la lengua inglesa». Es absurdo. Descabellado.

Y sin embargo, en el cruel y brillante circo de la alta sociedad, lo absurdo es entretenimiento. Y el entretenimiento es moneda de cambio.

La Reina podría darse cuenta de esto. Quizás ya lo ha hecho. Y si Su Majestad tan solo olfateara la sugerencia de decoro entre nosotros —basada en nada más que una discusión pública y una apuesta de borrachos— estaría acabado.

No más escándalos. No más libertad. Solo escrutinio real, especulación matrimonial y, que el cielo me ayude, toda una vida de sufrimiento patrocinado por el estado a manos de Georgina Montrose.

El pensamiento es suficiente para hacer que un hombre alcance —desesperada, patéticamente— el decantador más cercano y más grande. Lo cual hago. De inmediato. Posiblemente con intención de salvar mi vida.

—Oh, lo digo completa y deliciosamente en serio. —Ian se inclina aún más en su silla, ese brillo insufrible en sus vivos ojos azules —tan parecidos a los de su hermana— destellando con una potente mezcla de diversión maliciosa y algo que, si uno se sintiera tremendamente caritativo, podría pasar por preocupación fraternal.

Lo más probable es que sea solo un profundo y constante deseo de verme retorcerme en público. Aun así, bajo la broma hay algo más silencioso, más peligroso: un destello de esa advertencia real tácita. Un desafío. Un sutil recordatorio de que, por mucho que bromeemos, Georgina Montrose no es una mujer de la que se pueda hacer burla a la ligera.

—La alta sociedad, verás —continúa Ian con suavidad— está positivamente, delirantemente alborotada. Lo llaman «La Tempestad en la Taza de Té y la Ridícula Apuesta del Bribón con Sanción Real». Bastante pegadizo, ¿no crees? Aliterado, incluso. Todos, desde el duque más encumbrado hasta la más humilde fregona con acceso a una página de sociedad desechada, están desesperados por saber si tu largo e ilustre rastro de escándalos —y tu aparente, y ahora legendaria, incapacidad para ganar una simple apuesta sobre sus afectos— finalmente, dramáticamente, irrevocablemente enredará a mi querida e insospechada hermana.

Deja que el momento se alargue, disfrutando claramente de la creciente tensión en mi rostro.

—O quizás, más entretenido para las masas —añade, sonriendo a Bastian de esa manera enloquecedora suya— y ciertamente más rentable para algunos de nosotros, si ella —la mismísima Princesa de Hielo— será la que finalmente, y de forma definitiva, ponga fin a tu reinado de delicioso y libertino terror de una manera sorprendentemente doméstica, sorprendentemente rápida y, para ti, amigo mío, muy, muy cara y posiblemente bastante dolorosa.

Incluso a través de su humor lacado, ahora hay un peso bajo sus palabras. Un tono que dice: pisa con cuidado. Esto ya no es una

diversión ociosa. No si el nombre de Georgina está realmente enredado en el lío que hemos creado.

—Eso es completa y absolutamente ridículo. —Niego con la cabeza, el movimiento más brusco de lo previsto, mientras intento —en vano— desechar la persistente y surrealista imagen que las palabras de Ian evocan. Pero el daño está hecho. La semilla ha sido plantada. Un retorcido e inoportuno zarcillo de irritación e inquietud se enrosca en mis entrañas. La idea de que alguien pueda creer seriamente —y mucho menos escribir, imprimir y distribuir— que yo, Gareth Montford, afamado libertino y bribón de toda la vida, pueda estar involucrado en algo que se acerque siquiera a un compromiso respetable con la princesa Georgina es… descabellado.

—Georgina detesta el mismo suelo que piso —espeto—. No lo oculta. Todo el mundo lo sabe. Nuestra mutua y profundamente sentida antipatía es prácticamente un elemento fijo del decoro de palacio. Un elemento reconocido del tejido social. Es casi un pasatiempo nacional especular —a menudo con una creatividad inquietantemente vívida— sobre las muchas, y preferiblemente dolorosas, formas en que le gustaría verme públicamente humillado. Alquitrán. Plumas. Un capirote de burro muy grande. Quizás una desastrosa apuesta pública que sale mal. Eso, al menos, complacería a la Reina.

—Ciertamente lo hace —concuerda Bastian con una alegría insufrible, agitando su brandy con la autosatisfacción de un hombre que nunca ha estado en el lado equivocado de un escándalo público o, si lo ha estado, ha salido de él más rico y más adorado. Parece completamente imperturbable por el espectro inminente de la ira

real, o por los bordes deshilachados de mi paciencia. Peor aún, lo está disfrutando.

Luego, con una sonrisa que gotea positivamente de regocijo malvado, añade, lo suficientemente alto como para asegurarse de que las mesas circundantes puedan oírle:

—Pero, ¿no sería absoluta, desternillante y monumentalmente hilarante si, a pesar de todo —su desdén muy vocal y muy público, tus libertades de libertino cuidadosamente guardadas, lo absurdo puro, sin adulterar y universalmente reconocido de todo ello— y, por supuesto, no olvidemos la apuesta… ella de alguna manera terminara teniendo que casarse contigo de todos modos?

Se echa hacia atrás, engreído, bebiendo su brandy como si fuera una recompensa por haber soltado la frase perfecta.

—Imagina el desayuno de bodas, Montford. Los discursos. Las expresiones. El pánico puro y sin diluir en tus ojos. Doblaría mi apuesta actual solo por ese resultado, simplemente por el valor del entretenimiento.

Una carcajada, sonora, genuina y enteramente a mi costa, estalla alrededor de la mesa, demasiado entusiasta para mi comodidad. Encuentran toda la perspectiva absurda e imposible demasiado divertida. Los hombros de Ian se sacuden de la risa; Colin prácticamente resuella en su brandy. Bastian parece que va a encargar a un caricaturista que inmortalice el momento. Pongo los ojos en blanco, en busca de una intervención divina que, como de costumbre, permanece conspicuamente ausente. Con la gracia de un hombre a medio suspiro de perder la paciencia, apuro el resto de mi whisky de un trago largo y fortalecedor, acogiendo el familiar ardor

en mi garganta como un bálsamo temporal para la vívida e inoportuna imagen ahora alojada en mi mente: yo, de pie en un altar junto a la princesa Georgina Montrose. Probablemente armada. Ciertamente furiosa. Probablemente ya planeando mi asesinato antes de que la tinta se seque en la licencia de matrimonio.

—Sois todos completa y certificadamente insufribles —anuncio, golpeando mi vaso vacío sobre la mesa con un clic decisivo, quizás demasiado dramático. El sonido resuena un poco demasiado fuerte —. Y creativamente, moralmente en bancarrota si esto —hago un gesto vago hacia sus rostros sonrientes— es el mejor y más imaginativo escándalo que podéis conjurar para entreteneros mientras intentáis desplumaros unos a otros vuestras ganancias mal habidas.

La apuesta, sin embargo. Su maldita, insultante e irritante apuesta. El puro descaro. Que alguien pudiera creer que yo —Gareth Montford— intentaría, podría, debería intentar ganar el corazón de Georgina, de entre todas las cosas. Era risible. Completamente imposible. Y sin embargo… la idea, el desafío, la maldita estupidez, pinchó algo que durante mucho tiempo había asumido que estaba embotado por la bebida, por el vicio, por años de elegante disipación. Mi orgullo. Esa cosa irritante y persistente. La parte de mí que no podía soportar que dudaran de ella. Especialmente no así. Especialmente no delante de Ian.

Aun así, me levanté, empujando mi silla hacia atrás con un poco más de fuerza de la estrictamente necesaria, con el objetivo de una retirada rápida y digna de este grotesco circo de especulaciones. Pero incluso mientras me giraba, incluso mientras intentaba

sacudirme el eco de sus risas y el brillo de su diversión, una sensación fría y reptante comenzó a subir por mi espina dorsal. Era la sensación inconfundible de que acababa de entrar, voluntaria y ciegamente, en una trampa. O peor: que el universo, aburrido y cruel, estaba afilando sus dientes en los bordes de mi arrogancia.

Y entonces llegó el pensamiento. Escurridizo, silencioso, insidioso. ¿Y si la apuesta no era el peligro?

¿Y si el peligro era pensar que no se podía hacer?

¿Y si —que el cielo me ayude— ya había empezado?

Me detuve a mitad de paso, el tiempo suficiente para que Ian se diera cuenta. Arqueó una ceja cómplice, la viva imagen de un príncipe que sabía exactamente cuándo había comenzado la caída de un hombre y tenía toda la intención de disfrutar cada sórdido segundo de ella. Su sonrisa lo decía todo.

Pero seguramente no. Eso sería demasiado absurdo. Demasiado inconveniente. Demasiado… caro.

¿Ganar el corazón de Georgina? La sola idea era risible. Descabellada.

¿O no?

4

Una Explosión Real

Georgina

Hay momentos en la vida, he llegado a creer, de una estupidez tan profunda y monumental que merecen ser inmortalizados. Quizás bordados en un muestrario o musicalizados en una balada particularmente trágica. Momentos en los que uno comete el error más grave imaginable. Posiblemente de la historia. Para mí, esa gloriosa y espantosa epifanía sucede ahora mismo, justo en medio del salón de baile más grandioso y sentencioso de Londres. Se desarrolla bajo el resplandor opresivo de mil velas acusadoras y las miradas absolutamente horrorizadas y desorbitadas de al menos doscientos miembros de la boquiabierta alta sociedad.

¿La simple, terrible e ineludible verdad? Yo no había tenido, bajo ninguna circunstancia conocida por Dios o por el hombre, la intención de proponerle matrimonio en voz alta al maldito Gareth Montford. Y, sin embargo, de alguna manera, inexplicablemente, imposiblemente, a través de algún cortocircuito catastrófico de mi cerebro donde todos los pensamientos sensatos aparentemente se habían fugado a la costa para pasar unas vacaciones, aquí estoy, condenadamente.

El aire mismo del salón de baile se siente ahora lo suficientemente denso como para nadar en él. Pesado por la incredulidad y el aroma empalagoso de los caros perfumes franceses, mezclándose desagradablemente con la cera caliente y goteante de las velas y…

sospecho…

el leve aroma de mi inminente perdición social.

Estoy intentando desesperadamente, frenéticamente, comprender la pura y abrumadora enormidad de lo que acabo de hacer. Mientras tanto, el cuarteto de cuerda sigue tocando alegremente alguna melodía, su dichosa ignorancia una cruel burla de mi catástrofe autoinfligida.

Quizás deberíamos retroceder unos minutos cruciales y caóticos. A antes de que mi cerebro aparentemente decidiera abandonar el barco por completo y tomarse unas breves y desastrosas vacaciones sin mi permiso, dejando a cargo a un grumete especialmente impulsivo y necio.

Gareth Montford —conocido libertino de la ciudad, buscaproblemas profesional por excelencia y la absoluta e indiscutible pesadilla de mi real existencia— claramente había hecho algo espantoso de nuevo. No conocía los detalles exactos todavía, naturalmente, pero acababa de oír fragmentos cerca de la mesa de la limonada, susurros que volvían a emparejar mi nombre con el suyo en tonos escandalizados que sugerían que o bien me había comprometido en un guardarropa o le había enseñado al caniche premiado del Rey a declarar su amor eterno por el embajador francés. Teniendo en cuenta a Montford, cualquiera de las dos opciones era plausible. Solo eso solía ser más que suficiente para enfurecerme.

Porque no era la primera vez que sus payasadas arrastraban mi nombre por el fango social, dejándolo como un trapo de cocina muy usado. Oh, no. Apenas la temporada pasada, él solito torpedeó los planes cuidadosamente trazados por mi madre para mi compromiso

con el duque de Wexley, un hombre completamente soso pero políticamente perfecto, cuya personalidad, a menudo reflexionaba, había perecido trágicamente en una valiente batalla contra un tono de beis particularmente soso.

Gareth, con lo que yo sabía que era malicia deliberada disfrazada de encantadora idiotez, le había enseñado al premiado —e increíblemente estúpido— loro del duque a chillar sugerencias muy inapropiadas sobre la virtud de la Reina. Y, si había que creer al loro, sobre su preferencia por los lacayos fornidos. Naturalmente, el pájaro ofreció su actuación en el preciso momento en que el pobre duque pedía formalmente mi mano en los jardines reales.

El caos subsiguiente incluyó plumas, una gran cantidad de chillidos (tanto del loro como de mi madre, que se parecía notablemente en su indignación) y al duque desmayándose de bruces sobre un apreciado rosal, con su dignidad ensartada en varias espinas.

Gareth, naturalmente, se había limitado a parecer compungido mientras esbozaba esa sonrisa irritante detrás de la mano. La viva imagen de la villanía atractiva y sin remordimientos. Había logrado arruinar semanas de cuidadosas negociaciones —y la tensión arterial de mi madre— con un pájaro vulgar, aunque sorprendentemente elocuente.

Así que, ¿oír susurros que nos vinculaban de nuevo? ¿Sabiendo su historial de convertir mi vida en un espectáculo público? Esa furia familiar, caliente y aguda, me hizo atravesar furiosamente el pulido suelo del salón, mis faldas de seda susurrando airadamente alrededor de mis tobillos como banderas de advertencia que

anuncian un huracán aristocrático de categoría cinco. Estaba completamente decidida, esta vez, a extinguir cualquier nuevo desastre, cualquier nueva humillación que él, sin duda, hubiera encendido esta noche antes de que pudiera prender del todo y consumir lo que quedaba de mi cordura.

Lo localicé exactamente donde uno podría esperar instintivamente encontrar a semejante amenaza: holgazaneando con una indiferencia exasperante contra un pilar de mármol frío cerca de las mesas de cartas, humeantes y de mala reputación. Toda su postura prácticamente irradiaba una especie de pereza estudiada e insolente que me cris_paba los nervios antes incluso de que hubiera pronunciado una palabra. Sostenía una copa a medio terminar con indiferencia en una mano, el líquido ambarino captando la luz de las velas. Su otra mano estaba metida con bastante desenvoltura en el bolsillo de su chaleco, como si estuviera posando deliberadamente para algún tipo de retrato escandaloso titulado «Amenaza Aristocrática en Reposo, Contemplando Futuras Fechorías».

Vestido impecablemente, como siempre, todo de negro medianoche, su corbata blanca ingeniosamente aflojada justo lo necesario, su cabello dorado oscuro perfectamente alborotado (probablemente sugiriendo una actividad reciente, seguramente ilícita y placentera en algún lugar cercano que no implicaba ordenar su biblioteca por orden alfabético), el hombre prácticamente exudaba una petulante autosatisfacción por cada poro. Sabía perfectamente que era un problema y, peor aún, disfrutaba claramente de cada segundo, el muy canalla.

Mis dedos se crisparon incontrolablemente a mis costados mientras marchaba directamente hacia él, resistiendo a duras penas el impulso profundamente satisfactorio, casi abrumador, de envolver mis manos con fuerza alrededor de su ridículamente atractivo cuello y quizás reorganizar su corbata ingeniosamente aflojada en un nudo bastante más permanente.

—¿Qué —exigí con los dientes apretados, manteniendo la voz deliberadamente baja pero vibrando con una furia contenida que amenazaba con hacer añicos las copas de champán cercanas— has hecho esta vez, Montford? —Clavé un dedo acusador vagamente hacia las multitudes que ahora susurraban abiertamente y miraban en nuestra dirección, sus expresiones una deliciosa mezcla de horror y ávida curiosidad.

Gareth, el muy desgraciado, insufrible e irritante, ni siquiera se molestó en fingir inocencia esta vez. Simplemente levantó su copa en un saludo lento y perezoso, agitando el contenido ambarino como si estuviera contemplando genuinamente si yo era siquiera digna de recibir una explicación de su elevado y, sin duda, autocomplaciente ser.

—Tendrá que ser mucho más específica, princesa —dijo él con vozarrón finalmente, su tono irritantemente suave y demasiado, demasiado divertido para mi gusto, especialmente dado el estado actual de mi tensión arterial, que estaba bastante segura de que se acercaba a niveles volcánicos—. Me temo que, por desgracia, hago tantas cosas variadas a lo largo de una noche que tienden a importunar a la gente. Es un talento, en realidad. —De hecho, parecía orgulloso de este hecho, el bribón incorregible.

Apreté los dientes con tanta fuerza que temí que pudieran agrietarse bajo la presión. ¡Sinceramente, el hombre era completamente imposible! Y muy posiblemente disfrutando esto demasiado.

—Se está susurrando algo extremadamente escandaloso sobre nosotros de nuevo, Montford —siseé, inclinándome más cerca, mi voz una espiral baja y venenosa—. Sobre que tú y yo estamos… involucrados de alguna manera. ¡Románticamente! ¡De forma absurda! —La sola idea, especialmente después del incidente del loro que casi había provocado un incidente internacional (y una prohibición de por vida de aves tropicales en la corte), hizo que mi piel se erizara con renovada furia y vergüenza.

Él simplemente inclinó la cabeza. La luz parpadeante de las velas se reflejó bruscamente en los altos planos de sus pómulos mientras sus labios se curvaban lentamente en esa sonrisa cómplice e irritante que yo despreciaba. Era la misma sonrisa que probablemente encantaba a los pájaros para que bajaran de los árboles y a las viudas para que se desprendieran de sus fortunas. Era la misma sonrisa que llevaba cuando el loro del duque le hizo proposiciones a mi madre. Sugería claramente que sabía exactamente lo que se decía, que probablemente él era la causa, y que encontraba toda la situación, particularmente mi estado actual de casi apoplejía, absolutamente hilarante.

—Ah —murmuró suavemente, tomando otro sorbo lento y deliberado de su bebida, alargando el momento como para prolongar mi tormento—. Esa tontería en particular.

¡¿Esa?! ¡¿Esa tontería en particular?! ¿Era eso realmente todo lo que tenía que decir sobre la posibilidad de arruinar mi reputación (¡de nuevo!), por no mencionar mi velada y, muy posiblemente, mis ganas de vivir una vida educada y digna?

Tomé otra respiración profunda y tranquilizadora, tratando desesperadamente de recuperar el control, mis dedos se cerraron con fuerza, dolorosamente, en la costosa tela de mi vestido en un intento fallido de mantener alguna apariencia del decoro real necesario antes de hacer algo drástico, como volcar el cuenco de ponche más cercano sobre su cabeza perfectamente peinada.

—Explícate —ordené con voz tensa—. Ahora. Antes de que me vea obligada a usarte como demostración de lo sorprendentemente eficaz que puede ser un tacón de aguja bien apuntado.

Deja su vaso con una lentitud exasperante y deliberada, saboreando claramente mi angustia apenas contenida como si fuera un buen vino. Cambia de peso, apoyándose ligeramente en el pilar de una manera que logra invadir mi espacio personal lo justo para que mi pulso se acelere con pura irritación y una conciencia totalmente inoportuna de su proximidad.

—Puede que haya sugerido —comienza, con la voz teñida de una falsa inocencia nada convincente que hizo que mis ojos se entrecerraran— que ningún príncipe extranjero visitante, por muy encantador o cargado de dudosos títulos continentales que esté, podría esperar competir realmente con mis particulares… encantos a la hora de asegurarse la atención de cierta princesa exigente.

Mi mandíbula casi se desencaja. Lo miro fijamente, momentáneamente sin palabras. ¿Realmente había…?

—¿Tú qué? —Las palabras salen como un chillido ahogado, toda la compostura real abandonándome en una carrera de lo más indigna.

—Oh, no me mire así, princesa —dice con vozarrón. Sus ojos brillaban con una diversión profana que estaba bastante segura de que violaba varios decretos reales sobre el tratamiento de las princesas. Se endereza ligeramente, cerniéndose una fracción más cerca, lo suficientemente cerca como para que pueda oler el leve y perverso aroma a whisky y algo única e irritantemente Gareth, un aroma que, para mi eterna frustración, no era del todo desagradable.

—Simplemente insinué que, si alguna vez sufriera la extrema desgracia de considerar realmente un marido —un escenario verdaderamente trágico, estoy de acuerdo— haría mucho mejor en elegir a un inglés. Preferiblemente uno —añade, golpeándose ligeramente el pecho con un aire de profunda autoimportancia— que pueda estar a mi altura. Y, naturalmente, uno que aprecie un debate animado durante el desayuno, a diferencia de ese soso de Wexley.

Entrecierro los ojos hasta que son prácticamente rendijas, mis puños se aprietan dolorosamente a mis costados. El impulso de borrarle esa mirada engreída, atractiva e irritante de la cara de una bofetada es casi abrumador.

—¿Y por qué, precisamente, insinuaría usted una cosa tan ridícula, arrogante, increíblemente presuntuosa y, francamente, difamatoria, Montford?

Gareth sonríe entonces, una curva lenta y absolutamente perversa de sus labios que hace cosas inquietantes en mis entrañas,

incluso mientras lo detesto con el calor de mil soles. Sus ojos sostienen los míos, llenos de desafío y diversión y una confianza irritante de que probablemente podría encantar a un dragón hasta quitarle las escamas.

—Porque, Su Alteza —murmura, su voz bajando a un matiz ronco que probablemente pretende ser seductor pero que solo enciende más mi furia, enviándola rugiendo por mis venas como una riada— resulta que es verdad.

Si estuviera sosteniendo algo pesado —quizás una palmera en maceta cercana, o un pastel de frutas particularmente denso del bufé, o incluso un perrito faldero pequeño y ladrador— lo habría lanzado directamente a su estúpidamente atractiva cabeza. Como no es el caso, al carecer de un proyectil adecuado, me veo obligada a conformarme con hervir de rabia, todo mi cuerpo vibrando con una ira tan potente que temo poder entrar en combustión espontánea y llevarme medio salón de baile conmigo.

—Te odio —siseo, las palabras bajas y venenosas, cada sílaba goteando una sentida convicción—. Odio tu corbata, odio tu sonrisa socarrona y odio particularmente tu confianza injustificada en tus propios… encantos.

—Una forma extraña de agradecerme mis servicios —reflexiona él, observándome con una diversión totalmente carente de arrepentimiento que solo avivó más mi furia.

Su mirada se detiene por un momento, audaz y evaluadora, haciéndome sentir extrañamente nerviosa bajo la furia, como si pudiera ver a través de mi indignación hasta el pánico desconcertado que había debajo.

—Después de todo —continúa, su voz suave como la miel envenenada— puede que yo solo te haya salvado de una potencial vida de conversaciones extremadamente aburridas con un hombre que se refiere a sí mismo pomposamente en tercera persona y cuya idea de un cortejo emocionante consiste en comparar árboles genealógicos.

—¡Nunca me iba a casar con el espantoso duque de Wexley! —espeto, con las mejillas ardiendo. El hombre era prácticamente un anciano, olía ligeramente a naftalina y a arrepentimiento, y su premiado loro era, francamente, mejor compañía.

Gareth simplemente se encoge de hombros, demasiado complacido consigo mismo y con su intromisión. La viva imagen de un gato que no solo se ha bebido la leche, sino que también ha conseguido culpar al perro.

—Quizás no con él específicamente. Pero ciertamente te iban a obligar a contraer algún matrimonio deprimente y políticamente ventajoso tarde o temprano, ¿no es así? Yo simplemente ayudé a… redirigir la conversación general hacia perspectivas más interesantes. —Gesticula vagamente hacia sí mismo con un aire irritantemente satisfecho que me dan ganas de gritar.

Mi visión se tiñe de rojo por los bordes. Mi mente racional me grita que me aleje, que mantenga la dignidad, que no monte una escena. Pero mi corazón impulsivo, frustrado y completamente exasperado tiene otras ideas.

Y entonces —porque no soy nada si no impulsiva cuando me llevan al límite. Porque estoy monumentalmente frustrada con él, con mi madre, con toda la ridícula farsa de mi vida, porque mi

madre me está observando desde el otro lado de la sala con los ojos agudos y depredadores de una mujer que presiente una victoria inminente en nuestra eterna batalla de voluntades. Y sobre todo porque el maldito Gareth Montford parece demasiado, demasiado entretenido para alguien que merece tan ricamente ser absolutamente miserable por el resto de su vida natural— tomo la decisión más espectacularmente estúpida y trascendental de toda mi existencia.

Mi boca se abre, y las palabras simplemente brotan, altas y claras en una repentina y terrible pausa en la música, palabras de las que sin duda me arrepentiré hasta el día de mi muerte, y posiblemente incluso después.

—¡Pues entonces quizás debería casarme contigo sin más! —exclamé, levantando las manos en lo que pretendía ser un gesto de pura y teatral exasperación, pero que probablemente pareció más una declaración de absoluta locura—. ¡Así, al menos mi nombre finalmente se arruinaría por una razón, y Madre conseguiría su deseo, y tú, tú, amenaza irritante, estarías bien y verdaderamente atrapado!

El salón de baile se congela. Por completo. Enteramente. Como si un dios del invierno acabara de soplar su aliento helado sobre toda la concurrencia. Un silencio horrorizado desciende como una manta gruesa y sofocante tejida de escándalo e incredulidad. Un lacayo, a medio camino de llenar la copa de vino de algún señor, se detiene bruscamente, con la boca abierta, y el vino gotea sin control sobre el pulido suelo.

Cerca de allí, el abanico de plumas de una matrona de sociedad cae ruidosamente al suelo pulido con la dramática finalidad de la hoja de una guillotina al caer. En algún lugar del silencio atónito, oigo el sonido distintivo y húmedo de alguien atragantándose violentamente con su champán. Podría ser mi hermana Annette. O posiblemente yo, internamente.

Y al otro lado de la sala, la Reina, mi madre, se endereza en su silla como una titiritera que tira del último hilo, su expresión transformándose de una neutralidad vigilante a una de puro, absoluto y resplandeciente triunfo. Oh, le está encantando esto. Esto es mejor para ella que una nueva joya de la corona.

¿Y Gareth?

El absoluto y redomado bastardo no lo niega. No lo refuta. Ni siquiera parece sorprendido, el muy canalla. Parece, si acaso, intrigado. En lugar de eso, sus labios se curvan en esa sonrisa lenta y devastadora que siempre me hace querer gritar contra una almohada durante una semana. Sus ojos se clavan en los míos, danzando con una irritante mezcla de diversión y algo que se parece sospechosamente a la victoria. Y dice, su voz resonando claramente, con una distintiva nota de deleite, en la quietud antinatural:

—¿Una proposición, Su Alteza? ¿Tan pronto en nuestra relación? Hiere usted mi delicada sensibilidad. Pensaba que todavía estábamos en la fase de «lanzarnos insultos y pullas ingeniosas» de nuestro cortejo. —Su tono es pura y absoluta burla.

Mi estómago se desploma a través del suelo, llevándose consigo mi dignidad, mi cordura y cualquier esperanza de una vida normal. Abro la boca —para retractarme al instante, para negarlo

vehementemente, para gritar como una posesa, quizás para entrar en combustión espontánea por pura mortificación— pero antes de que pueda articular una sola y desesperada sílaba, mi madre da una fuerte palmada, el sonido resonando como un disparo en el silencio atónito.

Anuncia, con el tono encantado de un general que acaba de ganar una guerra muy larga y tediosa contra un enemigo particularmente terco pero finalmente estúpido (yo, en este escenario):

—¡Bueno! ¡Esta es una noticia positivamente espléndida! ¡Un compromiso! ¡Qué… inesperado!

¡¿Espléndida?!

Mi boca se abre de nuevo, mi cerebro se esfuerza, incapaz de procesar la velocidad a la que mi vida se está desmoronando.

—¡Madre, no! ¡Esto es un malentendido! ¡Un terrible, terrible malentendido! ¡No lo decía en serio! ¡Era frustración retórica! —Mi voz se escapa antes de que pueda detenerla, incrédula y aguda por el pánico creciente, sonando angustiosamente como un ratón acorralado.

El salón de baile estalla inmediatamente en un frenético hervidero de susurros, una marea creciente de voces ahogadas y jadeos apenas contenidos que se extiende por la multitud atónita como un contagio. Las damas se aferran a sus collares de perlas como si se prepararan para que el escándalo las derribe físicamente donde están. Los lores se inclinan unos hacia otros, sus murmullos densos de incredulidad y, sin duda, de innegable regocijo ante el drama que se desarrolla.

—¿Acaba de…? —susurra alguien en voz alta cerca.

—Seguramente no… —jadea otro.

—¿La princesa y Montford? ¡Imposible! ¡Absolutamente imposible! ¡Es un libertino! ¡Ella lo desprecia! ¿O no…? —Los abanicos de plumas se abren y se cierran de golpe en una sucesión rápida y agitada, una sinfonía frenética de reacciones de asombro que recorre el salón dorado. En algún lugar cerca de la gran escalera, una formidable duquesa viuda deja escapar un grito ahogado antes de hundirse rápidamente y de forma dramática en la chaise longue más cercana, buscando a tientas sus sales aromáticas.

Una bandada de debutantes con los ojos como platos se agrupa como cervatillos asustados, divididas entre el horror consternado y el delicioso deleite vicario de presenciar semejante implosión de decoro monárquicamente espectacular. Incluso la orquesta parece tropezar, los violines flaquean por un instante antes de recuperarse rápida y torpemente, como si la buena sociedad se hubiera deshilachado momentáneamente sin remedio y no estuvieran muy seguros de qué melodía se adaptaba al caos inminente.

Y de pie en el centro mismo de este torbellino de caos, Gareth Montford simplemente sonríe. Esa sonrisa irritante, atractiva y absolutamente satisfecha de sí misma. Siento que caigo en picado, perdiendo por completo el control de la situación, de mi vida, de mi futuro, de todo.

—Esperen… —intento decir, con la voz débil, desesperada—. ¡Esto no es lo que parece!

—Oh, qué magnífica pareja harán —continúa mi madre, con la voz resonando de pura alegría, ya planeando mentalmente las

invitaciones de boda, la distribución de los asientos (colocándome lo más lejos posible de cualquier objeto afilado, sin duda), el monstruoso pastel de siete pisos, la mujer traicionera y triunfante. Sonríe a la multitud—. ¡Un compromiso de tal intriga, de tan inesperado romance! Debemos comenzar los preparativos de inmediato, naturalmente.

La Reina ignora por completo mi súplica desesperada, volviéndose en su lugar hacia un lacayo de aspecto aturdido que merodea cerca, que parece que podría desmayarse él mismo.

—Convoque al personal de palacio inmediatamente. Tendremos un anuncio oficial redactado antes de la medianoche. Y avise al Arzobispo. Y al joyero real. Y quizás a un psiquiatra para la Princesa. —(De acuerdo, quizás imaginé esa última parte, pero se sentía implícita).

Una extraña ola de aplausos educados y ligeramente vacilantes se extiende por la sala. Aplausos de verdad. Como si acabara de ofrecer la actuación de mi vida en lugar de haberme prometido accidental e irrevocablemente al hombre más horrible, más inadecuado y más irritantemente engreído de toda Inglaterra.

Gareth parece demasiado, demasiado complacido con este giro de los acontecimientos, su sonrisa se extiende lenta y deliberadamente, como un gato muy engreído que acaba de acorralar con éxito a un ratón aterrorizado y, francamente, bastante estúpido. Sus ojos brillan con una irritante mezcla de pura diversión y triunfo innegable, y —oh, está disfrutando esto demasiado, demasiado para mi cordura—. Inclina la cabeza ligeramente, una ceja arqueada como si me desafiara a discutir más, la viva imagen

de la insufrible satisfacción masculina. La luz parpadeante de las velas solo parece acentuar la petulancia que prácticamente irradia de su rostro, y juro que, si tuviera un objeto pequeño y pesado al alcance de la mano —como el abanico desechado de esa viuda— estaría actualmente incrustado en su frente.

—Parece… —murmura, acercándose una fracción más, su voz baja y goteando positivamente de una diversión que solo yo puedo oír, haciendo que mi piel se erice con una combinación de rabia y algo más que me niego a analizar— como si se hubiera tragado accidentalmente un limón particularmente agrio, princesa. O quizás un limonero entero.

—Te asesinaré mientras duermes —susurro de vuelta ferozmente, apenas moviendo los labios, mis uñas clavándose dolorosamente en mis palmas mientras lucho contra el impulso abrumador de estrangularlo aquí mismo delante de Dios y de la cotilla alta sociedad, solucionando así al menos uno de mis problemas.

Gareth realmente se ríe, el sonido bajo, íntimo y absolutamente carente de arrepentimiento. Envía un escalofrío inoportuno por mi espina dorsal, lo cual es irritante.

—Oh, pero imagine el delicioso escándalo que eso causaría. —Se inclina un poco más, su aliento cálido y con un leve olor a whisky y victoria contra mi oreja, haciendo que los pequeños vellos de mi nuca se ericen—. Solo haría toda esta ridícula situación aún más emocionante, ¿no cree? «La Princesa Asesina a su Libertino Prometido en la Víspera de la Boda». Los compositores de baladas se pondrían las botas.

Mi ojo izquierdo tiembla violentamente. Voy a desarrollar un tic facial permanente por culpa de este hombre.

—Estás disfrutando esto demasiado, absoluto demonio de los más profundos y oscuros pozos de la malevolencia. —Es una constatación de hechos, no una acusación.

Su sonrisa se ensancha de alguna manera, llegando a sus ojos, que brillan con pura diablura.

—Por supuesto que sí. Usted, princesa Georgina de Montrose, la intocable, la indomable, acaba de proponerme matrimonio públicamente a mí, Gareth Montford, el azote de la sociedad, delante de medio Londres. Es materia de leyendas, querida. O al menos, un cotilleo muy divertido para las próximas semanas.

Inhalo bruscamente por la nariz, todo mi cuerpo se tensa de indignación y pánico atrapado.

—Eso no fue una proposición. Fue… ¡frustración retórica! ¡Un lapsus momentáneo de juicio! ¡Una petición de ayuda, quizás, de una mujer llevada más allá del límite de la cordura por hombres insufribles y madres autoritarias! —Una defensa débil, incluso para mis propios oídos, but era todo lo que tenía.

Él levanta una ceja, pareciendo absolutamente encantado con mi sufrimiento frenético. Su mirada baja brevemente a mis labios antes de encontrarse de nuevo con mis ojos, completa y malditamente divertido.

—Quizás. Pero la Reina, su madre, parece pensar de otra manera. ¿Y no es su opinión, en asuntos de matrimonio sancionado por el estado y la evitación de más escándalos, la única que realmente importa al final?

Aprieto los labios con tanta fuerza que prácticamente desaparecen, saboreando el sabor metálico de la sangre donde me mordí el interior de la mejilla.

—Juro por cada ser divino que reside actualmente en los cielos, Montford, que si no borras esa mirada insoportablemente engreída de tu cara este instante…

—¿Hará qué, princesa? —sonríe él, inclinando la cabeza con fingida curiosidad, haciéndose el inocente mientras parece todo lo contrario, el absoluto sinvergüenza. Luego, alzando la voz lo justo para que se oiga claramente por encima de los murmullos circundantes, cortando los susurros como un cuchillo, pregunta—: ¿Casarse conmigo?

Las palabras resuenan, deliberadamente altas, deliberadamente provocativas, sellando deliberadamente mi perdición con una cinta elegantemente atada de pura burla. Una nueva ola de jadeos escandalizados recorre el salón de baile, y juro que oigo claramente a alguien dejar caer su copa cerca con un estrépito, añadiendo una nota de percusión a mi humillación. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que podría romperme un diente. Gareth, la absoluta amenaza para la sociedad, solo sonríe más ampliamente, deleitándose claramente en mi inminente aniquilación social, el muy miserable.

—¿O besarme?

—Tú…

Gareth se acercó más y me susurró al oído, su voz un ronroneo bajo y perverso que me provocó escalofríos que negué con vehemencia.

—Mmm… no me importa si pasamos directamente a la primera noche. Para sellar el trato, por así decirlo. Por la Reina y por la patria, por supuesto.

Mi furia finalmente estalla, caliente y cegadora, y doy un único y amenazador paso hacia él, al diablo con las consecuencias. Él, el insufrible y arrogante bastardo, simplemente se recuesta contra su pilar como si fuera dueño del mismo aire que respiro, observándome desmoronarme con esa diversión irritante y distante que me hace querer gritar. Quiero estamparle la cara contra el cuenco de ponche más cercano. O quizás contra la fuente de fuera; parece ser un tema recurrente en mis interacciones con él.

Desafortunadamente, antes de que pueda cometer una agresión justificada contra su persona real (o al menos, su persona que está a punto de volverse adyacente a la realeza, para mi horror), mi madre me agarra del brazo con una fuerza sorprendente. Comienza a empujarme a la fuerza hacia la salida, ya parloteando emocionada con una dama de compañía cercana sobre las invitaciones de boda, las listas de invitados y los arreglos florales adecuados que no incluyan coles podridas.

Me siento como un cordero llevado, no al matadero, sino a algo infinitamente peor: el matrimonio. Con él.

Gareth, todavía irradiando petulancia desde su pilar como una gárgola particularmente satisfecha de sí misma, hace una reverencia. Dramáticamente. ¡Qué descaro el del hombre!

—Aguardaré nuestro primer encuentro oficial de cortejo con el aliento contenido, querida —grita detrás de mí, su voz teñida de risa y una irritante cantidad de triunfo.

Voy a morir de humillación. O posiblemente cometer un incendio provocado. Empezando por su guardarropa, y luego quizás pasando al concepto de los matrimonios concertados en su totalidad. Posiblemente ambas cosas suenan atractivas ahora mismo.

5

Un Compromiso que Ninguno de los Dos Quería (Excepto que Uno de Ellos se lo Está Pasando Demasiado Bien)

Gareth

Hay momentos, he descubierto, de un caos tan exquisito y puro que rozan el gran arte. Son esos momentos en los que la fachada meticulosamente construida de la sociedad se resquebraja de par en par. Revela la deliciosa, hirviente y a menudo ridícula locura que bulle justo bajo la superficie. ¿Y la declaración de intenciones de la princesa Georgina de casarse conmigo, espectacularmente inoportuna, notablemente pública y totalmente asombrosa? Eso, amigos míos, fue puro, absoluto y jodidamente magnífico teatro. Del tipo que a un hombre le daría para hablar durante un año entero.

El salón de baile había sido un escenario brillante y predecible para naderías educadas y emparejamientos estratégicos solo un segundo antes. Luego se había congelado: a mitad de un giro, a mitad de un sorbo, a mitad de un cotilleo. Ahora, prácticamente bullía de deleite escandaloso. Este gozoso alboroto se debía por completo a mi repentino, inesperado y totalmente heterodoxo compromiso con la princesa Georgina Montrose.

Los susurros se deslizaban entre la multitud atónita. Eran como serpientes particularmente venenosas, pero muy entretenidas. Los vestidos de seda crujían furiosamente. Las damas se inclinaban sobre sus abanicos, diseccionando cada delicioso e increíble matiz de la situación. Los caballeros, recuperando rápidamente el ingenio, murmuraban conspiradoramente detrás de sus manos enguantadas de blanco. Sin duda, ya estaban haciendo nuevas apuestas sobre cuánto duraría esta particular y gloriosa farsa. O, más inmediatamente, si yo sobreviviría a las inevitables, y probablemente muy públicas, recriminaciones de la princesa.

Incluso la orquesta parecía desconcertada. Los músicos intentaban valientemente mantener la ilusión de la buena sociedad entonando una melodía de celebración. Sin embargo, los violines sonaban sospechosamente forzados, casi histéricos. Era como si ellos también estuvieran procesando lo absurdo, puro, sobrecogedor y alucinante de todo aquello.

¿Y la querida princesa en persona? Georgina. ¿Mi recién estrenada y, sospecho, profunda y profundamente horrorizada prometida? Oh, había huido de la escena de forma espectacular. No fue una retirada grácil y digna propia de la realeza, entiéndase. Eso

simplemente no sería el estilo inimitable de Georgina. No, ella salió furiosa.

Sus faldas se agitaban como olas airadas y turbulentas. Su espalda estaba tan rígida que podría haber sido confundida con una estatua de mármol vengadora y particularmente indignada, una a punto de declararle la guerra al buen juicio, al decoro y, muy posiblemente, a mí directamente.

No creo que respirara ni una sola vez desde el momento en que su madre —la siempre oportunista y estratégicamente brillante Reina — bramó el anuncio de la boda como un pregonero que anuncia una nueva y bastante emocionante plaga, hasta el instante en que desapareció. Un borrón de seda furiosa, directo a través de las grandes puertas dobles.

Dejó tras de sí un campo de batalla. Estaba sembrado de bocas abiertas, abanicos caídos, jadeos ahogados y escandalizados, y mi propio y creciente, casi incontrolable, regocijo.

Por un instante fugaz, casi imperceptible, cuando las palabras de la Reina habían resonado —sellando la «espléndida noticia» con un aire de triunfante finalidad— una sensación diferente y menos divertida me había punzado.

Maldita sea.

¿Un compromiso real? ¿La propia Reina orquestándolo sobre la marcha, con la velocidad y precisión de un general experimentado?

Esto ya no era una farsa de salón, fácilmente descartable con un comentario ingenioso y una salida rápida. Esto era… vinculante. Irrevocablemente, si Su Majestad —con su voluntad de hierro y su

bien conocida inclinación a salirse con la suya— tenía algo que decir al respecto.

Esa sensación familiar, fría y punzante de Halloway's —cuando Ian y los demás me habían deleitado por primera vez con sus ridículas apuestas y los vínculos de las columnas de cotilleos— se había deslizado desagradablemente por mi espina dorsal de nuevo. El universo, al parecer, realmente tenía un sentido del humor retorcido, casi sádico. Y una noción aún más retorcida, y ciertamente inconveniente, del entretenimiento. Esto se parecía sospechosamente al remate de un chiste del que no me había dado cuenta de que yo era el blanco.

Pero entonces, al ver el pánico puro, absoluto y magnífico en el rostro de Georgina. La forma en que sus hermosos y expresivos ojos se habían abierto de par en par con un horror total e incomprensible antes de que saliera disparada como un ciervo asustado y muy indignado. El delicioso pandemónium en cadena que estalló a nuestro alrededor mientras la alta sociedad perdía colectivamente la compostura… bueno. El breve e inoportuno escalofrío fue rápida y decisivamente consumido por una ola de regocijo profundo, casi vertiginoso. Vinculante o no, este iba a ser el espectáculo más entretenido de la Temporada. Posiblemente de la década. Era una verdadera y sentida lástima que se hubiera marchado tan rápido, de verdad. Me lo estaba pasando notablemente bien viendo la implosión social colectiva.

Casi al instante, como si hubiera sido convocado por mi necesidad tácita, un vaso de whisky ambarino se materializó directamente frente a mí. Fue ofrecido por una mano familiar y

principesca. Lo tomé sin apartar la vista del delicioso pandemónium que se desarrollaba en el salón de baile. Sabía exactamente quién había proporcionado este necesario y vital refrigerio.

Ian se desploma en la silla a mi lado, que ha aparecido milagrosamente a mi codo. Consigue parecer a la vez elegante sin esfuerzo y completa y absolutamente destrozado. Este es un truco que solo un príncipe cuya hermana mayor acaba de hacer implosionar públicamente y de forma espectacular su propia vida (y, por extensión, su paz inmediata futura) puede dominar de verdad.

—Bueno —dice con vozarrón, un tono cargado de una diversión que reflejaba, y quizás incluso superaba, la mía—. Eso ha sido absoluta y completamente magnífico, Montford. Bravo. De verdad. Nunca, en mis sueños más salvajes y febriles, pensé que mi querida hermana tuviera dentro de sí la capacidad de ser tan… proactiva y públicamente desastrosa. —Hizo una pausa, una sonrisa lenta y perversa extendiéndose por su rostro—. O —añade— tan inadvertidamente brillante para resolver una apuesta a tu favor.

Llevo el vaso a mis labios, saboreando el calor suave y ahumado del licor mientras se desliza por mi garganta. Entonces, finalmente, lo miro. Sus ojos azules —tan parecidos a los de su hermana, pero actualmente llenos de una travesura desenfrenada y profana en lugar de la furia asesina e incandescente que acababa de presenciar (normalmente, de todos modos; nunca se sabía del todo con Georgina)— brillan de deleite.

—¿Eso cree, Su Alteza? —pregunto con suavidad, disfrutando a fondo del ardor del excelente whisky—. Pensé que a su salida, aunque enérgica, le faltaba cierto… garbo. ¿Una andanada de

canapés bien apuntada, quizás? O una fuente de champán volcada dramáticamente podría haber añadido drama teatral al conjunto.

Tomo otro sorbo.

—Y en cuanto a resolver apuestas… —Dejo que mi mirada se desvíe deliberadamente hacia Bastian y Colin. Se están acercando ahora, sus expresiones un delicioso estudio de incredulidad y una incipiente y horrorizada realización financiera.

—Finalmente —suspira Ian dramáticamente.

Estira sus largas y elegantemente vestidas piernas como si fuera él quien de repente, inesperadamente, se viera agobiado por este imprevisto y, francamente, bastante emocionante compromiso. Gesticula vagamente, con un movimiento de muñeca, hacia las grandes puertas dobles por las que Georgina acaba de desaparecer con tan encomiable, aunque algo alarmante, velocidad.

—Alguien —una mujer de espíritu y, aparentemente, una sorprendente falta de previsión— podría realmente obligarte a comportarte por una vez, Montford. —Reflexiona—. O al menos, proporcionarnos a todos un entretenimiento sin igual y, sospecho, bastante costoso, mientras Georgina intenta asesinarte de maneras cada vez más creativas, y sin duda públicas, antes incluso de que lleguéis al altar.

Casi me atraganto con el whisky, tosiendo ligeramente. La imagen que evoca es a la vez alarmante y extrañamente… atractiva.

—¿Comportarme? ¿Yo? ¿Comprometido con Georgina Montrose? —La idea es ridícula. Risible, incluso. Si acaso, esta inesperada unión, sancionada por la realeza, garantiza precisamente lo contrario. Sus intentos de «asesinarme», como Ian tan

encantadoramente, y probablemente con acierto, lo expresó, serían sin duda lo más destacado de mi año. Posiblemente de mi vida.

Ian sonríe con suficiencia, disfrutando claramente de mi momentáneo y etílico balbuceo.

—Bueno, como mínimo —concede, agitando su propia bebida con el aprecio de un entendido— probablemente estarás demasiado ocupado esquivando la considerable —y te aseguro, bastante formidable— ira de Georgina. Así como sus inventivos, y probablemente muy dolorosos, intentos de asesinato. He oído que es sorprendentemente, casi inquietantemente, hábil con una horquilla afilada y bien colocada. Así que puede que no tengas tiempo para arruinar la reputación de nadie más… o para desplumar a matronas desprevenidas, durante un tiempo.

—Quizás —reflexiono en voz alta. Observo el líquido dorado girar hipnóticamente en mi vaso. Una sonrisa lenta y apreciativa se extiende por mi rostro mientras considero las deliciosas y caóticas posibilidades. Que trame. Que conspire. Que desate toda su magnífica furia. Sería infinitamente más entretenido, más… estimulante, que la aceptación melindrosa y predecible que uno solía recibir de alguna debutante sosa y ávida de títulos. Y Georgina, furiosa y conspirando y totalmente reacia, era siempre, siempre, un espectáculo digno de ver.

—O quizás, querido Ian —continúo, mi sonrisa ensanchándose— este es simplemente el glorioso y auspicioso comienzo de mi reputación más escandalosa y comentada hasta la fecha. —¿Matrimonio con la princesa intocable, indomable y actualmente apoplética? Las columnas de cotilleos me adorarán. Los libros de

apuestas de White's rebosarán de nuevas, emocionantes y muy improbables apuestas. Y hablando de apuestas…

Mi mirada se desliza hacia Bastian y Colin. Se han unido a nosotros ahora, sus rostros un delicioso estudio de consternación. Bastian, en particular, parece como si acabara de tragarse un sapo particularmente nocivo.

—Bueno, caballeros —digo, mi voz suave como la seda, un brillo depredador en mis ojos—. Parece que «La Tempestad en la Taza de Té y la Ridícula Apuesta del Bribón» ha tomado un giro bastante… inesperado, ¿no están de acuerdo? —Hago una pausa—. A menos que mis oídos me engañaran en medio del alboroto general, la princesa, de hecho, declaró públicamente su intención de casarse conmigo. Lo cual, si no recuerdo mal, resuelve de manera bastante decisiva nuestra pequeña apuesta sobre mi incapacidad para ganarme sus… afectos. —Dejo la última palabra suspendida en el aire, saboreando su incomodidad.

La apuesta. Su presunción arrogante e irritante de que no podría despertar ni una pizca de interés en la Princesa de Hielo. Había sido un acicate, un desafío ridículo que casi había descartado. Casi. Pero ahora… ahora parecía que el destino, bajo la apariencia de una princesa furiosa, me había entregado la victoria en bandeja de plata. Junto con una prometida real. Un giro de lo más divertido.

Al otro lado de la mesita, Bastian suelta una risa baja y apreciativa, aunque algo dolida. Su mirada siempre aguda me está evaluando. Es como si yo fuera un experimento fascinante y peligroso de desastre humano que él está encantado y ligeramente aterrorizado de observar. Se recuesta cómodamente, aunque un

poco rígidamente, en su silla. Sus brazos cuelgan perezosamente a los lados.

—Este —declara con una certeza que solo se ve ligeramente minada por la desolación en sus ojos— va a ser el cortejo más entretenido y, para algunos de nosotros, económicamente ruinoso de la historia registrada. —Suspira—. Incluso podría encargar una obra de teatro. Una tragedia, muy probablemente. Protagonizada por ti como la víctima desafortunada y desconcertada.

—Suponiendo que viva tanto tiempo, por supuesto —añade Colin alegremente. Su sonrisa por encima del borde de su propio vaso parece un tanto forzada ahora. Parece demasiado complacido con la posibilidad de violencia, el pequeño marqués sediento de sangre. Sin embargo, está simultáneamente abatido ante la idea de pagar su apuesta—. Personalmente, le doy quince días. Antes de que Georgina encuentre una manera de estrangularlo silenciosa y eficientemente mientras duerme con una de sus propias corbatas impecablemente anudadas. Justicia poética, en realidad. Y un pequeño consuelo por mis quinientas guineas perdidas.

Levanto mi vaso en un saludo burlón hacia Colin.

—Qué optimismo, marqués. Me conmueve su fe inquebrantable en mis habilidades de supervivencia. Y, por supuesto, en la integridad estructural de mi colección de corbatas. —Tomo otro sorbo apreciativo de whisky. El sabor de la victoria, incluso una lograda de forma tan extraña, es realmente dulce.

A su lado, Edmund —primo de Georgina y una espina perpetua en mi costado— permanece rígido, pellizcándose el puente de su nariz aristocrática. Su presencia moralizante ha sido durante mucho

tiempo una molestia, gracias a su inquebrantable, casi patológico, sentido del decoro… y a su lealtad inquebrantable a la princesa.

Parece como si estuviera considerando seria y desesperadamente lanzarse desde el balcón del palacio más cercano. Solo para escapar de esta conversación, de esta compañía y, posiblemente, de las inminentes y desastrosas nupcias.

—Si ella no lo consigue —murmura sombríamente, con la voz tensa por la desesperación— podría ofrecerme voluntario para el trabajo. Por el bien del reino, entiéndame. Y para ahorrarme el tener que presenciar esta… esta alianza profana.

Suelto una risa baja y satisfecha. Me reclino aún más en mi silla, completa y maravillosamente relajado y entretenido por sus funestas y divertidas predicciones. La luz de las velas parpadea alegremente sobre los suelos de mármol pulido. Se refleja en el ribete dorado de mi chaleco. Me pregunto ociosamente si alguna vez me he divertido tanto, tan completamente, en un baile de sociedad. Normalmente, eran ejercicios embrutecedores de tedio e hipocresía educada.

Todo este glorioso fiasco es, sin lugar a dudas, lo mejor —lo más vigorizante— que ha sucedido en toda la tediosa y predecible temporada. Y ni siquiera había tenido que mover un dedo, más allá, quizás, de derramar un poco de café unos días antes. La princesa había hecho todo el trabajo pesado. Bendito sea su furioso, impulsivo y ganador de apuestas corazón.

Y entonces Rhys habla. Su voz, por una vez, no está teñida de su habitual cinismo aburrido y lánguido. En cambio, contiene algo que se acerca a una consternación genuina, casi trágica. Rompe

ligeramente el ambiente generalmente festivo, aunque algo morboso.

—Esto —anuncia dramáticamente, como si pronunciara un panegírico particularmente deprimente por un amigo querido y fallecido— es un desastre absoluto, rotundo e incalificable.

Todos nos giramos para mirarlo, sorprendidos por su tono inusual de genuina alarma. Rhys —normalmente desparramado en su silla de esa manera singularmente despreocupada, casi deshuesada, que solo un hombre que nunca ha temido realmente las consecuencias sociales (o, de hecho, un cofre vacío) puede lograr de manera convincente— parece genuina y profundamente horrorizado.

No divertido como Ian.

No intrigado como Bastian.

No anticipando alegremente la violencia como Colin.

Realmente, visiblemente horrorizado.

Levanta su propio vaso de whisky como si ofreciera un brindis solemne en un funeral particularmente deprimente y lluvioso.

—Caballeros —suspira apesadumbrado, su voz cargada de fatalidad—. Por el desafortunado, prematuro y probablemente muy doloroso fin de la preciada y bien ganada libertad de Gareth Montford. Y posiblemente, de hecho, muy probablemente, de su vida. Que descanse en… bueno, no en paz, ciertamente. No con Georgina como su esposa. Quizás en pedazos.

Sonrío con suficiencia, incapaz de resistirme a sacarlo con pullas de su repentina e inusual melancolía. Era casi tan entretenido como la alegría un tanto forzada de los demás a costa mía (y de su apuesta).

—Los celos no te sientan bien, Rhys, querido amigo. ¿Acaso estás triste por no haber sido tú a quien una princesa furiosa, y debo decir, bastante atractiva, aunque actualmente enfurecida, le propusiera matrimonio de forma tan espectacular y pública en un arrebato de gloriosa e incontrolada rabieta?

Rhys entrecierra los ojos. Me lanza una mirada que podría cortar la leche a cincuenta pasos, o al menos, el vino barato y aguado que algunos de estos bailes de menor reputación se atrevían a servir ocasionalmente.

—¿De ti, Montford? Ni lo más mínimo. ¿De tu inminente, inevitable y probablemente muy desastroso final? Quizás un toque de lástima compasiva.

Se bebe el resto de su copa de un trago impresionante y fortalecedor. Luego, deja el vaso vacío sobre la mesa con un golpe decisivo, casi fúnebre.

—Has ido demasiado lejos esta vez, Gareth. Incluso para ti. Esto no es un flirteo inofensivo y fácilmente descartable del que puedas simplemente alejarte con una sonrisa encantadora y una disculpa bien colocada. Esto es la Corona. Esto es Georgina. Estás, por decirlo suavemente, absoluta y completamente condenado.

—Oh, por favor —resoplé. Agité una mano despreocupada y confiada, disfrutando a fondo de su preocupación fuera de lugar, casi conmovedora. Era casi como si realmente le importara—. No es como si hubiera planeado meticulosamente este caótico, aunque admito que bastante dramático, giro de los acontecimientos. —Aunque ciertamente planeo disfrutar de las consecuencias. Y quizás, solo quizás, orquestar un poco más de ellas para mi propio

beneficio. La apuesta, después de todo, ahora era mía para ganar. O más bien, había sido ganada para mí. Los detalles eran meramente… semántica.

Ian suelta un bufido incrédulo, casi dolido, a mi lado.

—¡Esa es precisamente la peor y más aterradora parte, Gareth! ¡Es que te metes a ciegas y felizmente en estos líos monumentales! ¡Como un querubín borracho y demasiado confiado en una tienda de porcelana de valor incalculable e irreemplazable! ¡Y luego tienes la audacia de actuar sorprendido, incluso complacido, cuando todo se rompe tan bellamente, tan completamente, tan irrevocablemente a tu alrededor!

Colin sonríe ampliamente. Se inclina hacia adelante de nuevo, sus ojos brillando, claramente ansioso por más drama, más caos.

—Apuesto a que Georgina está, en este mismo momento, de vuelta en el palacio, planeando meticulosa y furiosamente tu dolorosa, prolongada y preferiblemente muy embarazosa desaparición. —Hace una pausa, considerando—. Probablemente involucrando venenos exóticos e imposibles de rastrear. O un candelabro muy pesado e ingeniosamente amañado. O quizás incluso una legión de corgis reales altamente entrenados y muy enfadados. —Eso le pega. Su ingenio para causar incomodidad creativa era casi comparable al mío. Si no, me atrevo a admitirlo, superior.

—Sinceramente, me sentiría bastante ofendido, quizás incluso un poco dolido, si no lo estuviera haciendo —replico con suavidad. Dejo mi propio vaso sobre la mesa pulida con un tintineo decisivo y satisfactorio. Enfrento sus miradas preocupadas, divertidas y

horrorizadas con calma. La viva imagen de la serena compostura—. De verdad, caballeros, no logro entender por qué todo el mundo está tan profunda y melodramáticamente preocupado. Es solo un poco de matrimonio, después de todo. Con una princesa, nada menos. ¿Qué tan malo puede ser?

—¿Un poco de matrimonio? —repite Edmund. Su voz es tan seca como leña antigua y blanqueada por el sol. Me mira como si de repente me hubiera salido una segunda cabeza, posiblemente una que suelta tonterías absolutas y certificables. Lo cual, para ser justos, no era una evaluación del todo inexacta de mi estado mental actual.

—Gareth, ¿te das cuenta plena y completamente de que ahora estás oficial, realmente y a los ojos de Dios y de toda la escandalizada alta sociedad, comprometido con Georgina Montrose?

Me reí entre dientes.

—Desafortunadamente, sí. Mi querido Edmund.

Él suspira.

—¿Mi prima? ¿La mujer que, siendo apenas una niña, una vez reemplazó todo tu preciado suministro de rapé francés caro e importado con un polvo de estornudos altamente potente e incapacitante? Esto fue justo momentos antes de tu primer discurso en la Cámara de los Lores. Resultó en un incidente diplomático menor con el embajador francés y, si no recuerdo mal, en tu aversión de por vida a hablar en público sin revisar primero tu tabaquera.

—Tu prima parece tener talento para envenenar a la gente, no es problema mío. Os tengo a vosotros como posibles víctimas.

Ian puso los ojos en blanco, Bastian se estaba atragantando con el brandy. Mientras, Colin se reía suavemente. Rhys respiró hondo de forma dramática, aparentemente preparándose como una posible víctima lista para ser envenenada.

Él se estremece.

—Probablemente preferiría prenderse fuego, en público y con gran entusiasmo, que casarse contigo voluntaria y conscientemente.

—Quizás —concedo fácilmente. Una sonrisa lenta y pensativa se curva en mis labios mientras recuerdo su rostro furioso, magnífico y totalmente sin remordimientos después del incidente del rapé. Su espíritu, incluso entonces, era ciertamente… vigorizante—. Pero ella dijo que se casaría conmigo. Aquí mismo. Delante de todos. Incluida su madre. Una mujer de palabra, nuestra querida princesa. Incluso cuando esa palabra es chillada en un ataque de ira apoplética.

—Lo dijo en un ataque de ira ciega y asesina, idiota colosal —corrige Bastian pacientemente. Aunque sus ojos se ríen, disfrutando completa y exhaustivamente de toda esta debacle que se desarrolla. Sabe exactamente cuánto estoy disfrutando esto, el muy réprobo. Y sabe lo de la apuesta. Maldito sea. Probablemente ya está gastando mentalmente sus pérdidas anticipadas.

—Ah, semántica —replico. Mi sonrisa se ensancha en una mueca completa y profana. Un detalle menor e insignificante, en realidad, en el gran y glorioso esquema de las cosas—. Pero aun así dijo las palabras. No hay retractaciones delante de doscientos testigos horrorizados y de la mismísima y sumamente satisfecha Reina, creo. Sería de terriblemente, terriblemente mala educación.

Cuando lo pienso, es increíble y profundamente satisfactorio. Casi tan satisfactorio como una mano ganadora contra un barón sudoroso y en bancarrota. Y considerablemente más rentable, dadas las apuestas de nuestro pequeño envite, caballeros. El cual, según mis cálculos, acabo de ganar inequívocamente. Sin mover un dedo. La princesa Georgina, al parecer, tiene un talento inesperado, y muy divertido, para resolver apuestas a mi favor.

Rhys vuelve a negar con la cabeza. Se frota las sienes vigorosamente, como si intentara evitar un inminente y debilitante dolor de cabeza por pura fuerza de voluntad. O quizás solo para bloquear la pura y absoluta idiotez de sus compañeros, incluido yo mismo.

—Definitivamente, sin sombra de duda, vas a morir —murmura de nuevo. Su voz está cargada con la convicción de un profeta que prevé una perdición cierta e inevitable—. O peor, mucho, mucho peor… te volverás un hombre domesticado.

—Altamente improbable, mi querido Rhys, en ambos casos —digo con desenfado. Me siento bastante magnífico, casi invencible en este momento. Inesperadamente, este caos, este repentino e imprevisto compromiso con una mujer que me desprecia activamente, es notable y maravillosamente vigorizante. Casi tan vigorizante, si soy sincero, como la idea de la propia princesa Georgina. Y el satisfactorio tintineo de las monedas que pronto se transferirán del bolsillo de Bastian al mío.

Ian me observa durante un largo y contemplativo momento. El fantasma de su anterior sonrisa triunfante tira de la comisura de su

boca. Reconoce este estado de ánimo. La calma antes de que yo, alegremente y con gran habilidad, desate algún nuevo, particular y probablemente muy entretenido tipo de infierno sobre un mundo desprevenido. O al menos, sobre su hermana mayor. Antes de que pueda formular otro comentario indudablemente ingenioso, y probablemente insultante, me inclino ligeramente hacia adelante en mi silla.

Mi propia sonrisa se ensancha en algo que es quizás, solo quizás, un poco peligroso. Decido que ya es hora de darles la vuelta a la tortilla a estos bastardos engreídos y apostadores. Recordarles sus propios enredos románticos bastante poco ortodoxos y sus proposiciones altamente públicas.

—Sabes, Ian —comienzo en tono de conversación, mi voz suave como la seda—. A pesar de todos tus perspicaces, y debo decir, bastante mordaces comentarios sobre mi repentino y admito que algo escandaloso compromiso, y por supuesto, nuestro pequeño… acuerdo financiero con respecto a mi éxito o fracaso en ese departamento… no olvidemos que esta particular y encantadora tendencia de proposiciones altamente públicas y algo poco convencionales más bien comenzó en tu propia y estimada casa real, ¿no es así?

Hago una pausa.

—Si la memoria no me falla, y rara vez lo hace en asuntos de diversión, ¿no te propuso matrimonio la encantadora Lydia de forma bastante dramática, bastante pública y, si no recuerdo mal, bastante ruidosa, en medio de un banquete de estado bastante estirado? Esto fue después de que hubieras estado evitando hábilmente, y de

forma bastante cobarde, la acuciante cuestión del matrimonio durante varios meses embarazosos.

La sonrisa cuidadosamente cultivada de Ian flaquea visiblemente. Saboreo, con considerable satisfacción, el breve y delicioso destello de aguda incomodidad que cruza su rostro principesco, normalmente imperturbable.

—Aquello —dice rápidamente, carraspeando con una fuerza innecesaria, sus orejas adquiriendo un tono rosado bastante revelador y atractivo— fue… una situación completamente diferente y única, y podría añadir, profundamente personal. —Tose—. Y altamente, altamente romántico, que lo sepas. —Se mueve incómodo en su lujoso sillón. De repente, encuentra sus impecablemente pulidos puños de botín intenso, casi fascinantemente, interesantes.

Inclino la cabeza, fingiendo una profunda y compasiva contemplación.

—Oh, ¿de verdad, Su Alteza? Porque si no recuerdo mal, y los detalles están bastante vívidamente grabados en mi memoria, imagino que, en la memoria de todo el cuerpo diplomático reunido, ella literalmente, y con considerable gracia atlética para una mujer con un vestido muy encorsetado, se arrodilló justo delante de toda la corte asombrada, incluida su bastante sorprendida madre, y te declaró su prometido y, aparentemente, algo reacio, esposo antes de que pudieras siquiera atragantarte con tu faisán demasiado cocido.

Sonrío inocentemente.

—Un movimiento audaz, pensé en ese momento. Se podría incluso decir… bastante al estilo de Georgina en su puro y audaz

desprecio por las convenciones. —Dejo que eso cale durante un momento satisfactorio.

Ian exhala bruscamente. Su compostura principesca cuidadosamente construida se está desmoronando por completo ahora. Evita firmemente mi mirada, su atención todavía fija en sus puños de repente fascinantes. Esa es una señal segura de que no tiene lista ninguna refutación adecuada, o ni siquiera vagamente plausible. Excelente. Presiono mi ventaja. Soy incapaz de resistirme a hurgar en la herida un poco más, para mi propia diversión y para la diversión de nuestros compañeros.

—¿Y quizás deberíamos recordar también, querido Ian, en aras de la precisión histórica y una apreciación completa de los gestos románticos reales, cómo posteriormente, y con bastante menos dignidad de la que mostró Lydia, amenazaste a la propia Reina, tu propia madre?

Me inclino.

—Algo bastante subido de tono, si no recuerdo mal, sobre dejar embarazada de inmediato, y con gran entusiasmo, a la querida Lydia, independientemente de la aprobación materna, y asegurando así que la familia real tendría su primer, e indudablemente más escandaloso, sucesor claramente no oficial de la historia registrada si Su Majestad se atrevía a oponerse a vuestra sagrada, y de repente muy urgente, unión. —Chasqueo la lengua con simpatía—. Una verdadera clase magistral de delicada diplomacia familiar, aquello. Bastante inspirador.

Colin, que había estado escuchando con suma atención, casi escupe su bebida. Se disuelve en una serie de toses ahogadas y

farfullantes detrás de su manga elegantemente bordada. Bastian, abandonando toda pretensión de decoro ducal, se dobla en su silla, sacudido por una risa silenciosa, convulsiva y lacrimógena.

Edmund, siempre el solemne y sufrido, simplemente se frota las sienes con más fuerza. Su rostro es una máscara de dolor profundo, casi espiritual. Parece como si toda esta discusión, cada vez más escandalosa, le estuviera causando no solo una migraña severa, sino posiblemente una crisis existencial.

Ian me fulmina con la mirada ahora. Su mandíbula se tensa ominosamente. Su sonrojo real se está intensificando a un tono carmesí bastante alarmante.

—Aquello —dice entre dientes, su voz baja y peligrosa— fue un movimiento estratégico, y enteramente necesario, para asegurar la felicidad última de la mujer que amo. —Hace una pausa, y luego añade de forma fulminante—: Un concepto con el que tú, claramente y de forma demostrable, no estás en absoluto familiarizado, Montford.

Levanto una ceja escéptica y sin arrepentimiento, disfrutando completa y exhaustivamente de su aguda y merecida incomodidad.

—Ah, sí. La bien conocida y consagrada estrategia romántica del chantaje puro y duro dirigido directamente a la propia soberana y madre de uno. Genial, de verdad. Un movimiento audaz e innovador, Su Alteza. Uno para los libros de historia, estoy absolutamente seguro.

Edmund, pareciendo cada vez más, casi cómicamente, alarmado por la dirección que está tomando esta reminiscencia escandalosa y potencialmente traicionera, que se deteriora rápidamente, levanta

una mano temblorosa. Es un gesto de advertencia claro y desesperado.

—Gareth… —comienza, su voz tensa de esfuerzo y presagio.

Le lanzo una sonrisa rápida, perversa y completamente carente de remordimiento, interrumpiéndolo a mitad de la súplica.

—Oh, no, no, querido Edmund. No vas a silenciarme ahora que las cosas se están poniendo verdaderamente interesantes. Ya estamos vadeando profundamente, hasta nuestros cuellos aristocráticos, en las deliciosas y turbias trincheras del escándalo real aquí. Sería una terrible, terrible lástima no arrastrar también tu propio y estimado, y sorprendentemente romántico, nombre por el fango, ¿no crees? La miseria, como dicen, adora la compañía. Y me siento particularmente sociable esta noche.

Edmund gime en voz alta. Es un sonido de sufrimiento puro y absoluto. Deja caer la cabeza entre las manos por un momento, como si buscara refugio de mi persecución implacable.

—Te lo suplico, Gareth —dice, su voz ahogada desesperadamente por sus dedos—. Por una vez en tu vida caótica y malgastada, por favor, por favor, cállate. Antes de que incites inadvertidamente un incidente diplomático. Antes de que nos exilien a todos a alguna roca olvidada de la mano de Dios e incivilizada. O peor, mucho peor, antes de que le des a mi querida suegra más munición, totalmente inoportuna, para sus memorias.

—Pero si ya estamos discutiendo tan a fondo, y tan agradablemente, proposiciones reales poco ortodoxas y que acaparan titulares —continúo alegremente, mis ojos brillando con pura y absoluta malicia mientras ignoro completa y alegremente la

expresión dolida y suplicante de Edmund— ¿pasamos ahora quizás a la historia igualmente encantadora, aunque algo menos regia, de Beatrice y nuestro querido y estoico Edmund? —Le sonrío radiante.

—Porque si mi memoria no me falla, y es notablemente, casi fotográficamente, nítida en asuntos de absurdos románticos, ella también se propuso primero, ¿no es así? Algo bastante dramático. Involucraba un caballo desbocado y aterrorizado, un delicado tobillo convenientemente, o quizás estratégicamente, torcido, y una declaración bastante pública, y sorprendentemente elocuente, de devoción eterna y apasionada. ¿Todo esto, justo en medio de un Rotten Row abarrotado y completamente escandalizado durante la hora más de moda del día?

Edmund gime de nuevo, esta vez más fuerte. Es un sonido de pura desesperación existencial. Se pellizca el puente de su nariz aristocrática con tanta fuerza que temo genuinamente que pueda dejarse moratones ducales permanentes.

—Absoluta e inequívocamente, no vamos a discutir ese desafortunado, y enteramente tergiversado, incidente. Nunca. Jamás. —Su voz es firme.

—¡Oh, pero simplemente debemos! —gesticulo grandiosamente, teatralmente, con mi vaso de whisky, fingiendo una sorpresa desconcertada e inocente—. ¡Uno empieza a percibir un patrón distinto, casi hereditario aquí! ¿Qué pasa con la realeza, y de hecho, con las conexiones extendidas, en esta particular y fascinante familia?

Me inclino conspiradoramente.

—¿Estáis todos secreta y románticamente condenados a ser los receptores pasivos y sorprendidos de proposiciones dramáticas, inesperadas y altamente públicas de mujeres bastante asertivas y decididas? —Reflexiono—. ¿Es una predisposición a causar un escándalo social generalizado, y aparentemente a atraer a hembras bastante formidables y resueltas, simplemente una aflicción inevitable e incurable de vuestra noble y antigua línea de sangre?

Me acaricio la barbilla.

—Uno empieza a ver un área fascinante, y potencialmente bastante rentable, para un estudio más a fondo. Y quizás —añado, con los ojos centelleando— ¿otra apuesta bastante interesante?

Rhys niega lentamente con la cabeza. Una mirada de resignación cansada está grabada en su rostro normalmente impasible. Murmura entre dientes:

—Esto se está volviendo absoluta y completamente ridículo, incluso para ti, Gareth. Vas a acabar metido en un duelo, o posiblemente en una vendetta sangrienta de por vida, antes de que acabe la noche. Apunta mis palabras.

—¿Es meramente ridículo, mi querido Rhys? ¿O es quizás… el destino? —replico con suavidad, con una elevación teatral y floreada de mi vaso—. Así que, ¡brindemos, caballeros! ¡Por el delicioso e inesperado escándalo! ¡Por los compromisos reales sorprendentes que desafían las convenciones, toda lógica, toda expectativa, toda cordura! Y lo más importante —declaro con sentimiento— ¡por las mujeres asertivas y magníficas que saben precisamente lo que quieren, incluso si, ocasionalmente, y de forma bastante inconveniente para los caballeros implicados, somos nosotros!

Colin suelta una carcajada de apreciación, aunque ligeramente vacilante. Inmediatamente, aunque algo nervioso, choca su vaso contra el mío.

—Realmente tienes un don sin parangón, casi sobrenatural, Montford —dice.

Niega con la cabeza con una mezcla de admiración y genuina trepidación.

—De alguna manera, milagrosamente, convertir una catástrofe absoluta y total, un desastre de proporciones verdaderamente épicas, en un motivo de celebración generalizada. O al menos —enmienda, con una sonrisa irónica— en un juego de beber decente, aunque algo arriesgado.

Niega con la cabeza de nuevo, una sonrisa reacia y divertida jugando en sus labios.

—¿Por qué lamentar el inevitable y delicioso caos, amigo mío —replico con suavidad, tomando otro largo y satisfactorio sorbo de whisky— cuando puedo abrazarlo de todo corazón y con entusiasmo? ¿Y quizás —añado, con un sutil guiño— incluso beneficiarme de él de forma bastante generosa?

El ardor del whisky es cálido. Vigorizante. Muy parecido al delicioso, hirviente e impredecible caos que tan expertamente —aunque algo inadvertidamente— he dejado arremolinándose a mi paso por el ahora bullicioso y completamente escandalizado salón de baile.

Y, si soy perfecta y brutalmente honesto conmigo mismo, muy parecido a la propia princesa.

Mi princesa.

Mi prometida.

El pensamiento todavía me provoca una sacudida. No del todo desagradable. Sorprendentemente estimulante.

Ian me observa ahora. Un destello cómplice, evaluador, casi especulativo, ha vuelto a sus ojos azules. Reconoce este estado de ánimo: la calma antes de que yo, alegremente y con gran y practicada habilidad, desate algún nuevo, particular y probablemente muy entretenido tipo de infierno sobre un mundo desprevenido.

O al menos, sobre su hermana mayor, y actualmente, imagino, bastante apoplética.

—Realmente te estás metiendo de lleno en todo esto, ¿no es así, Gareth? —pregunta al fin. Hay un toque de admiración reacia, casi a regañadientes, o quizás solo una profunda y cansada resignación, en su tono principesco cuidadosamente modulado.

Sonrío con suficiencia, encontrando su mirada directamente. Un desafío silencioso y confiado parpadea en mis ojos.

—¿Y por qué no iba a hacerlo, Su Alteza? Si la corte —y de hecho el reino— anhela tan desesperadamente un escándalo jugoso y emocionante sobre el que susurrar, que diseccionar, sobre el que apostar…

Me encojo de hombros ligeramente.

—Bien podría asegurarme de darles uno verdaderamente memorable. Históricamente significativo, incluso.

Hago una pausa, mi sonrisa se ensancha en algo que es quizás —solo quizás— un poco peligroso.

—¿Y si cierta princesa ardiente y magnífica quiere una guerra de ingenios y voluntades… una batalla de orgullo obstinado y pasiones

hirvientes e innegables?

Hago una pausa de nuevo, más lentamente esta vez. Dejando que la sonrisa se estire un poco más.

Saboreándola.

—Bueno. Nunca he sido de los que rechazan un desafío. Especialmente de una oponente tan enérgica, cautivadora y, ahora, al parecer, sorprendentemente proactiva y ganadora de apuestas.

Esto, sin duda, los mantendrá a ellos, y a mí, completa y maravillosamente entretenidos durante meses. Posiblemente años. Y el pago de esa apuesta bastante generosa con Bastian, Colin y el resto de su estúpido sindicato será particular y exquisitamente dulce.

Bastian se ríe de nuevo, un sonido bajo y retumbante. Niega lentamente con la cabeza, como si contemplara mi perdición cierta, y probablemente muy dolorosa. Y quizás ya componiendo mentalmente un epitafio adecuadamente ingenioso, aunque algo prematuro, para mi lápida. Y, sin duda, calculando con pesar los intereses de sus inminentes pérdidas.

—Te das cuenta, ¿no, viejo amigo —dice en tono de conversación, sus ojos todavía brillantes con una mezcla de diversión y preocupación genuina, aunque bien oculta— de que Georgina, tu querida, devota y, imagino, actualmente furibunda prometida. ¿Podría realmente, literalmente, encontrar una manera de asesinarte? Lenta y dolorosamente. ¿Antes de que amanezca cualquier potencial y altamente improbable día de boda? —Reflexiona—. Es notablemente ingeniosa, ¿sabes? Y tiene, creo, acceso ilimitado a las cocinas del palacio: ¿mariscos dudosos,

quizás? ¿O un candelabro convenientemente, y fatalmente, aflojado en tus aposentos?

Apoyo un codo de manera casual y cómoda en el brazo de mi silla. Finjo una profunda y seria reflexión mientras agito el líquido ambarino restante en mi vaso.

—Quizás —concedo a la ligera, con un encogimiento de hombros despreocupado e indiferente—. Una posibilidad distinta, aunque algo inconveniente. Uno siempre debe estar preparado para lo inesperado cuando se trata con una mujer de su… espíritu.

Tomo un sorbo.

—Pero tendrá que atraparme primero, ¿no es así? Y la caza, amigos míos —añado, mis ojos brillando de anticipación y una emoción que no había sentido en años— es siempre, siempre, al menos la mitad de la diversión.

No me molesto en negar la clara posibilidad de su intención asesina, o al menos, mutiladora; solo añade más al exquisito e incomparable entretenimiento de todo el asunto. Por supuesto que me estoy metiendo de lleno en esto. ¿Cómo podría, humanamente, resistirme a un regalo tan divinamente caótico, maravillosamente absurdo y potencialmente muy rentable de los dioses de la travesura?

Este es precisamente el tipo de caos delicioso, inesperado y que altera por completo la vida que hace que la existencia sea verdadera, profunda e intoxicatingly digna de ser vivida. La corte devorará absolutamente el escándalo. Diseccionarán cada matiz, cada mirada, cada palabra susurrada, embellecida y completamente fabricada con un deleite indisimulado.

La alta sociedad especulará salvajemente, y apostará fuerte, durante semanas, meses, posiblemente generaciones, sobre si este extraño, improvisado y sancionado por la realeza compromiso fue secreta y astutamente inevitable desde el principio, oculto bajo capas de animosidad mutua, teatral y muy entretenida, o si simplemente, finalmente, gloriosamente, y quizás de forma bastante maravillosa, he perdido la cabeza.

Y Georgina —oh, gloriosa, furiosa, magnífica Georgina— estará absoluta, incandescente y maravillosamente lívida. Cada segundo de cada precioso y anticipado día. Durante un tiempo, al menos. Hasta que ella también, quizás, empiece a ver las… posibilidades.

Sonrío para mis adentros, el pensamiento me calienta mucho más eficazmente, mucho más satisfactori-iamente, que incluso el mejor y más añejo whisky irlandés. Es demasiado fácil, y mucho, mucho más entretenido, imaginarla irrumpiendo en mi casa mañana por la mañana, o quizás incluso irrumpiendo en mi habitación esta misma noche, con el fuego ardiendo práctica, literal y magníficamente en sus increíbles y expresivos ojos.

Ese dedo afilado, imperioso y sorprendentemente delicado clavándose acusadoramente, con fuerza, en mi pecho mientras exige —no, ordena— que arregle este lío, este ultraje, este desastre absoluto y glorioso, de inmediato. Que deshaga lo que tan clara, tan monárquicamente, tan deliciosamente, no puede ser deshecho.

Pero no lo haré, por supuesto. Oh, no. Eso estropearía toda la diversión. Y potencialmente me costaría una apuesta bastante sustancial. Creo que la haré sufrir solo un poco. Por todas las veces que ella me ha despreciado de forma tan experta, tan displicente,

tan irritante y, si soy sincero, tan cautivadora. Por todas esas miradas altivas, desdeñosas, pero extraña y enloquecedoramente seductoras. Por ser tan irritante, única, cautivadora y maravillosamente ella misma.

Me ha atormentado con bastante eficacia, con bastante habilidad, durante años, con esa lengua afilada como una navaja y esas miradas altivas, displicentes, pero extraña e irresistiblemente intrigantes. Siempre pareciendo ir un paso frustrante e irritante por delante. Siempre irritante, magnífica y malditamente intocable.

¿Y ahora? Ahora, gracias a su propio arrebato glorioso, impulsivo y totalmente inesperado, está bien y verdaderamente —real y legalmente— atada a mí. Tan ineludiblemente, tan irrevocablemente, como yo, al parecer, estoy ahora atado a ella. Y a esa ridícula —pero ahora bastante pertinente, y que pronto será muy lucrativa— apuesta.

Si debo soportar el peso inesperado, y no del todo inoportuno, de este repentino y asombroso compromiso, entonces, por Dios, ella también debe hacerlo. Y quizás —solo quizás— no será enteramente un suplicio para ninguno de los dos. Quizás podría incluso ser… agradable. De una manera singularmente caótica, al estilo de Georgina y Gareth.

Tengo la intención de alargar esto —esta farsa, este… compromiso— tanto como sea humanamente, y divertidamente, posible. Saboreando cada delicioso y exquisito momento de su frustración incandescente y magnífica. Cada vez que aprieta esos puños pequeños, decididos y sorprendentemente fuertes para no estrangularme. Cada vez que frunce el ceño —tan bellamente, tan

expresivamente— ante la mera, inocente y, a partir de ahora, sospecho, bastante frecuente mención de mi nombre.

¿Y si, en algún momento del camino, durante esta prolongada y deliciosa sesión de tortura —o quizás, más exactamente, este cortejo enérgico, poco convencional y enteramente inevitable— me encuentro disfrutando realmente de la caza, del desafío, del caos puro, absoluto e intoxicante de todo ello… mucho, mucho más de lo que probablemente, sensatamente, racionalmente debería?

¿Si las chispas innegables, brillantes y consumidoras de su furia, su espíritu, su ingenio encienden algo completamente distinto? ¿Algo inesperado? ¿Algo… más dentro de mí?

Bueno. Eso suena como una complicación potencialmente deliciosa —y muy entretenida— para otro día. Un día que de repente, sorprendentemente, me encuentro anticipando con un entusiasmo agudo, casi juvenil, y totalmente inapropiado. Y un día que podría convertirme en un hombre considerablemente más rico, y posiblemente incluso más feliz, gracias a las apuestas imprudentes y demasiado confiadas de Bastian.

Esta noche, sin embargo, simplemente levanto mi vaso en un brindis silencioso, solitario, profunda y profundamente satisfecho.

Por el destino, en toda su gloria extraña, impredecible y a menudo muy divertida.

Por el delicioso escándalo que sacude a la sociedad y acapara los titulares.

Y por lo que promete, con absoluta, inequívoca y gloriosa certeza, ser el compromiso más divertido, más desafiante y más absoluta y maravillosamente cautivador que la sociedad londinense

haya tenido el claro, y que pronto será ruidosa y vociferantemente expresado, placer de presenciar.

Georgina Montrose —Princesa del Reino, mi futura, muy reacia e indudablemente muy furiosa esposa— va a despreciar cada segundo de esta cercanía forzada, pública y sancionada por la realeza hacia mí.

O eso intentará convencerse a sí misma. Y a todos los que estén al alcance de su voz. En voz alta. Apasionadamente. Con ese magnífico estilo que tan bien se le da.

Y yo —Gareth Montford, libertino, jugador y, ahora, de alguna manera, ganador de una apuesta y hombre inesperadamente comprometido— voy a disfrutar cada momento de demostrarle que está equivocada. Espectacularmente. Deliciosamente. Y quizás, solo quizás… con el tiempo.

O al menos, pasármelo condenadamente bien, y de forma potencialmente muy rentable, y ciertamente nunca aburrida, intentándolo.

6

El Arte de Perder Batallas (Especialmente Contra la Propia Madre)

Georgina

Uno podría esperar un cierto período de… ajuste. Tal vez una tarde tranquila llorando sobre las almohadas, o quizás el consumo discreto de una lata entera de galletas. Después, por supuesto, del compromiso público, accidental y ahora sancionado por la realeza con un hombre al que uno desprecia activamente. Ciertamente. ¿Toda la alta sociedad, ávida de cotilleos, estallando en febriles especulaciones sobre mi cordura? Indiscutiblemente.

Pero, ¿encontrar un aviso formal de mi compromiso —¡mi compromiso! ¡Con el maldito Gareth Montford!— siendo despachado con la rapidez de una campaña militar a cada familia prominente de Inglaterra antes incluso de que hubiera podido tomar mi primera taza de té matutino fortificante?

Absoluta y positivamente no. Y, sin embargo, aquí estoy, maldita sea, de pie, rígida, en el gran salón de mi madre. Una estancia a la que secretamente me refería como el Salón del Trono de la Tiranía Materna, sintiéndome menos como una princesa y más como un pez recién capturado, todavía boqueando en la cubierta.

Estoy aferrando una copia del anuncio de compromiso excesivamente oficial. El pergamino todavía está ligeramente tibio de la imprenta. La tinta prácticamente grita mi perdición en una caligrafía elegante y enrevesada. La pura audacia del asunto hace que mi tensión arterial se dispare, amenazando con que mis globos oculares salgan disparados por la habitación como bolas de billar descarriadas.

Aprieto el pergamino, deseando a medias poder estrangular las palabras ofensivas hasta que simplemente desaparezcan en el aire, o mejor aún, entren en combustión espontánea. El papel cruje ominosamente bajo mis dedos, la tinta tan fresca que aún podría mancharse, pero el daño que representa se siente horrible e irrevocablemente irreversible. Esta única hoja parece más pesada que un decreto real condenándome a una vida de bordar tapices de mi propia miseria.

La habitación en sí es, como siempre, una visión prístina de un refinamiento agónico. Las pesadas cortinas han sido corridas para dejar que la luz del sol de la mañana brille sobre los suelos de madera pulida y resalte las molduras doradas que enmarcan el techo como una corona particularmente sentenciosa. El leve y empalagoso aroma a lavanda y cera de limón persiste, un aroma que normalmente encuentro reconfortante pero que hoy huele sospechosamente al líquido de embalsamar de mi libertad. Esta mañana, parece menos un salón y más una celda de prisión bellamente decorada, mi propia Bastilla personal con aroma a lavanda.

Frente a mí, sentada con una calma irritante en un trono de damasco de seda que se hace pasar por un sofá, está la Reina. Mi madre, sí, pero en momentos como estos, el aspecto maternal parece retroceder, reemplazado por la formidable monarca que podría hacer llorar a hombres adultos con una sola ceja arqueada.

Está, como siempre, inmaculadamente compuesta, su presencia una fuerza de la naturaleza inquebrantable e inamovible, como un glaciar bellamente esculpido a punto de desprender un iceberg de

decepción directamente sobre mi cabeza. Vestida con un vestido de mañana de color lavanda pálido que de alguna manera acentúa la agudeza gélida de su mirada, irradia el tipo de autoridad sin esfuerzo que hace que reinos enteros se arrodillen nerviosamente.

Su cabello oscuro está recogido en un elaborado moño sin un solo mechón que se atreva a estar fuera de lugar, un contraste crudo y burlón con mi propio estado probablemente desaliñado, que probablemente grita «recién sacada de la cama para enfrentar una perdición inminente». Remueve delicadamente su té, el suave y rítmico tintineo de la plata contra la porcelana fina llenando la habitación; una banda sonora irritantemente serena para mi colapso interno.

—Desde luego, trabajas rápido, madre —consigo decir, con la voz tensa, mis ojos entrecerrándose ante la pura y sobrecogedora impertinencia de la mujer que aparentemente trabajaba de noche como una leva forzosa matrimonial de alta velocidad. Ella planeó esto. Debió hacerlo. Esto tenía todas las características de una de sus maniobras estratégicas meticulosamente ejecutadas.

Finalmente, levanta su fría mirada de las profundidades de su taza de té, el más leve fantasma de lo que podría ser diversión danzando en sus ojos. Hace que se me encoja el estómago. Esta no es la expresión de una madre compartiendo una deliciosa sorpresa.

—La eficiencia, mi querida Georgina —responde con suavidad, su voz como miel mezclada con arsénico— es una característica necesaria para un gobierno exitoso. Y para un emparejamiento exitoso, al parecer, particularmente cuando la novia exhibe una cierta… reticencia que roza el motín abierto.

Exhalo bruscamente por la nariz, obligándome a no arrugar el anuncio en una bola y lanzárselo directamente a su regia cabeza. Eso probablemente sería traición y, además, su puntería con una taza de té es notoriamente precisa.

—Supongo, entonces —continúo, esforzándome por mantener una calma que absolutamente no siento, una calma que probablemente está de vacaciones en algún lugar del Caribe con mi cordura— que fuiste tú la responsable de enviar esta… esta declaración de mi inminente perdición directamente a la imprenta antes incluso de que cantara el gallo, y mucho menos antes de que yo hubiera tomado café.

Sus labios se curvan en el más pequeño y más irritante atisbo de una sonrisa. No llega a sus ojos, que actualmente me evalúan como si fuera una pieza de ajedrez particularmente rebelde que está a punto de sacrificar estratégicamente.

—De verdad, Georgina. ¿Perdición? Qué dramatismo. Uno podría pensar que te he sentenciado a la guillotina en lugar de simplemente facilitar los planes de tu boda con un heredero de duque muy elegible; un hombre, podría añadir, cuyas conexiones familiares son de lo más… ventajosas.

¡Facilitar! ¡Planear! ¡Qué descaro!

—Planear —repito, una peligrosa nota de histeria infiltrándose en mi voz que rápidamente trato de tragar. Sabe a desesperación. Mis nudillos están blancos donde agarro el papel—. ¿Ya has empezado a planear la boda? ¿Basándote en una declaración hecha en un momento de locura temporal, justificable e inducida por Montford anoche?

—Por supuesto —dice simplemente, dejando su cucharilla con delicada precisión, como si discutiera el tiempo o el último sermón bastante aburrido—. ¿De verdad imaginabas que permitiría que un compromiso real, por muy… inesperada y teatralmente que se anunciara, simplemente quedara en la incertidumbre? ¡Piensa en los cotilleos, la especulación! ¡La posibilidad de que te escabulleras de él!

Parpadeo rápidamente, mi agarre se aprieta aún más en el maldito pergamino. Mi mente lucha por seguir el ritmo de su despiadada eficiencia. Esto es como intentar superar a una caballería a la carga armada únicamente con un cuchillo de mantequilla.

—Bueno… ¿sí? —¿No era esa la suposición lógica? ¿Que fue una locura momentánea que se barrería silenciosamente bajo la alfombra de Aubusson más cercana, de valor incalculable, y de la que nunca más se hablaría?

Hay una pausa durante la cual casi puedo oír la fanfarria triunfante sonando en su cabeza. Entonces mi madre se ríe. No es el tipo de risa cálida y afectuosa que una madre normal podría ofrecer al encontrar a su hija divertidamente ingenua. Oh, no. Esta es una risa terrible: fría, controlada y absolutamente escalofriante, del tipo que sugiere que ha superado a imperios con menos esfuerzo. Es el tipo de risa que resuena con finalidad, sugiriendo que ya he perdido esta batalla, y posiblemente la guerra, antes incluso de saber realmente que había comenzado.

—Estás muy equivocada, querida —dice con suavidad, su voz teñida de la confianza suprema de alguien que no solo tiene todas las cartas, sino que probablemente ha diseñado la baraja y

sobornado al crupier—. La boda será magnífica. Un verdadero espectáculo. Naturalmente, debemos comenzar los preparativos de inmediato. Las invitaciones —el primer lote ya está con el calígrafo— los arreglos florales que no sean ofensivamente llamativos o, Dios no lo quiera, incluyan tubérculos, la lista de invitados necesita una cuidadosa consideración para evitar cualquier desafortunado incidente internacional…

Con un grito de desesperación que suena sospechosamente como un tejón herido, me lanzo dramáticamente sobre el sofá de seda frente al suyo, casi derribando un jarrón inocente lleno de peonías rosas ofensivamente alegres que parecen burlarse de mi sombrío futuro.

—Madre. Absolutamente no. —Aterrizo con un golpe sordo, momentáneamente sin aliento por mi propio dramatismo, pero totalmente comprometida con él.

Ella exhala lentamente, como si yo fuera la que está siendo completamente irrazonable, colocando su taza de té de nuevo en su platillo con una gracia exasperantemente controlada. Sinceramente, ¿nada perturba a esta mujer? ¿Un asedio? ¿Una plaga de langostas? ¿La aparición repentina de Gareth Montford como yerno? Aparentemente no.

—Georgina, querida, intenta sentarte correctamente. Pareces un pelícano descontento que ha perdido su pescado.

Deliberadamente no me siento correctamente. En su lugar, aprieto el anuncio de compromiso contra mi pecho como un escudo contra el sentido común y las maquinaciones maternales y gesticulo salvajemente hacia el documento ofensivo con mi mano libre.

—No puedes esperar que me case de verdad con Gareth Montford. El hombre es… ¡es una aflicción! ¡Una catástrofe andante, parlante y encantadoramente vestida! ¡Probablemente considera la puntualidad una señal de debilidad!

Mi madre, completamente imperturbable por mi arrebato o mi postura de pelícano (que yo consideraba bastante efectiva para transmitir desesperación), simplemente coge una elegante pluma de plata del escritorio cercano. La moja en el tintero y comienza a redactar algo, probablemente la distribución de los asientos para mi inminente desastre nupcial, separando cuidadosamente a los enemigos conocidos, o quizás una lista de nombres adecuados para mi primogénito (que, bajo ninguna circunstancia, se llamaría Gareth Junior).

—No solo lo espero, querida —responde sin levantar la vista, su atención centrada por completo en su lista, como si toda mi felicidad futura fuera menos importante que asegurarse de que el barón Von Grumbleschnitzel no esté sentado junto a la ventana abierta—. Insisto en ello de todo corazón.

Dejo escapar un sonido ahogado e indigno, mi cuerpo se abalanza hacia adelante en el sofá como si la pura fuerza de mi incredulidad pudiera expulsar físicamente esta absurdidad de la habitación. Mis dedos aprietan el pobre y maltratado pergamino que detalla mi compromiso, arrugando sus bordes nítidos sin posibilidad de reparación, un pequeño acto de rebelión contra sus terribles pronunciamientos.

—No puedes estar hablando en serio —consigo decir, mi voz una mezcla ahogada de horror y absoluta incredulidad de que pudiera

ser tan… tan ella—. ¡Tú detestas a Gareth Montford más que nadie! ¡Una vez dijiste que sus corbatas eran una afrenta a la sociedad civilizada y que su encanto era un arma peligrosa que era mejor mantener bajo llave!

Finalmente, levanta una sola y elegante ceja, mirándome con una expresión de leve diversión que solo profundiza mi creciente pavor. Es precisamente como ver a un gato elegante jugar despreocupadamente con un ratón particularmente condenado y aterrorizado antes del zarpazo final e inevitable.

—Eso —corrige con calma, su voz suave como el hielo sobre un lago muy profundo y muy traicionero— fue antes de que él, de forma bastante inoportuna y muy pública, se convirtiera en mi futuro yerno, por supuesto. Las circunstancias, como sabes, Georgina, pueden alterar drásticamente la perspectiva de una sobre asuntos tan triviales como la elección de la corbata de un hombre o su potencial para la alteración social. Especialmente cuando está en juego una alianza con el heredero del duque de Cornualles.

Una carcajada aguda e incrédula se me escapa antes de que pueda detenerla. Es un sonido totalmente carente de diversión, casi histérico, del tipo que uno hace al darse cuenta de que la partida de ajedrez estaba amañada desde el principio.

—Le desprecias —le recuerdo con vehemencia, mis brazos ahora agitándose ligeramente para dar énfasis como un molino de viento atrapado en un vendaval repentino, esperando generar suficiente viento como para soplar toda esta conversación a otro continente—. ¡Has pasado los últimos cinco años prácticamente lamentando su mera existencia! ¡Lo llamaste una amenaza para la navegación! ¡Un

peligro para las debutantes impresionables y la integridad estructural de los tapices antiguos! ¡Dijiste que su sonrisa era probablemente ilegal en tres países!

Ella ofrece solo un delicado y displicente encogimiento de hombros en respuesta, sus movimientos tan precisos y calculados como los de un maestro de ajedrez planeando su jugada final e inevitable contra un oponente tonto y torpe (de nuevo, yo).

—Es… indudablemente enérgico —concede con cuidado, como si esta única y lamentablemente inadecuada palabra explicara de alguna manera años de comportamiento libertino, incidentes escandalosos y un número verdaderamente alarmante de corazones rotos y desafíos de duelo dejados a su paso. ¡Como si «enérgico» cubriera el haberle enseñado al loro premiado del pobre duque de Wexley a chillar —y cito— «¡Su Majestad prefiere lacayos robustos!» justo en el preciso momento en que el desafortunado duque intentaba una proposición perfectamente respetable en los jardines reales el verano pasado! ¡Tú misma casi sufriste una apoplejía ese día, madre! ¡Especialmente, si no recuerdo mal, cuando el duque se desmayó del susto directamente sobre tus preciados rosales blancos! ¡Querías que Gareth fuera desterrado a una isla remota e deshabitada con solo sus corbatas por compañía!

La Reina suspiró delicadamente entonces, un destello de algo que podría haber sido diversión reacia y rápidamente reprimida —o quizás un grato recuerdo del espectacular colapso del duque— rozando sus labios antes de desaparecer por completo.

—Sí, bueno —concedió fríamente, ajustando un pliegue de su vestido como si estuviera alisando todo ese desafortunado asunto—.

El duque siempre fue bastante propenso a histerias innecesarias, ¿no es así? Y hay que admitir —añadió, casi pensativamente, con un brillo aterrador en los ojos— que el loro poseía una dicción sorprendentemente notable para un simple pájaro. Y el señor Montford, a pesar de todo su… espíritu, está innegablemente bien conectado y, como parece ahora, sorprendentemente dispuesto a asegurar un matrimonio de lo más ventajoso.

La fulminé con la mirada, completamente impasible ante su intento de restar importancia al desastre de aquel día, o a su repentino giro hacia las «ventajas» de Montford. Recordaba vívidamente el caos, las plumas esparcidas, la profunda mortificación que se extendió por la corte después, y su subsiguiente diatriba de una semana sobre los peligros de los «pícaros encantadores con demasiado tiempo libre».

—Y el año pasado, madre —insistí, negándome a dejar que desestimara el reinado de terror de Montford tan fácilmente— después de ese fiasco particular del loro, te referiste específicamente a él, y en voz bastante alta, debo añadir, durante la cena del embajador, como «¡una amenaza pública y un peligro para la sociedad civilizada que debería ser encerrado bajo llave en la Torre de Londres antes de que nos arruine a todos con su sonrisa infernal!». —Recuerdo la conversación subsiguiente con bastante nitidez. Implicó una cantidad significativa de jerez reconstituyente por tu parte y amenazas bastante elaboradas, y debo decir, bastante creativas, que incluían enviarlo a colonias remotas y extremadamente desagradables pobladas enteramente por funcionarios de aduanas y ovejas maleducadas.

—Bueno —permite ahora, sus labios crispándose de nuevo como si encontrara divertido mi detallado recuerdo, la absoluta traidora a la solidaridad maternal—. Quizás posea ciertos… defectos de carácter menores, supongo. Se podría incluso llamarlos excentricidades. Todos los grandes hombres de verdad los tienen, me han dicho.

Hace que su historial de causar caos generalizado suene tan trivial e insignificante como si ocasionalmente dejara sus calcetines sucios tirados por el suelo o tuviera una inclinación por los chalecos llamativos.

Levanto las manos en pura y farfullante exasperación, casi cayéndome de nuevo del sofá en mi agitación. Esto era como discutir con una avalancha bellamente vestida e incrustada de diamantes.

—¿Defectos menores? ¡¿Defectos menores?! Madre, ¿nos estamos olvidando por completo del Gran Incidente del Revestimiento de Madera del 22? ¿O del Desafortunado Asunto de la Peluca del Embajador? ¡El hombre es un motor andante, parlante y encantadoramente vestido de puro caos envuelto en un chaleco caro, aunque admito que bien hecho! ¡No tiene defectos de carácter; tiene abismos de carácter! ¡Es el desastre encantador encarnado, y lo sabes!

Su mirada se agudiza ligeramente entonces, aunque un inconfundible e irritante destello de diversión todavía acecha en lo profundo de su expresión por lo demás fría y compuesta. Oh, sabe que me tiene bien y verdaderamente atrapada esta vez, atrapada en

una jaula dorada de mi propia creación impulsiva, y está disfrutando de cada maldito segundo.

—Tú, sin embargo —señala con calma, reclinándose ligeramente, soltando la frase como un jaque mate final e incontestable que deja a mi rey (mi libertad) tambaleándose al borde de la aniquilación total — anunciaste tu clara intención de casarte con él de forma bastante pública. Delante de toda la alta sociedad reunida, nada menos. Un acto de… digamos… encomiable proactividad por tu parte, Georgina. Un cambio refrescante. —Deja que las palabras condenatorias cuelguen pesadamente en el aire entre nosotros. Absolutamente indefendible.

Me quedo helada, mis fosas nasales dilatadas por la indignación. Mis mejillas arden con la vergüenza recordada de mi propia estupidez.

—¡No lo decía en serio! —exclamo, mi voz subiendo varias octavas de tono, para mi consternación—. ¡Estaba furiosa! ¡Molesta! ¡Temporalmente loca, quizás, debido a la exposición prolongada a libertinos insufribles y a la presión matrimonial! ¡Era un recurso retórico! ¡Un floreo dramático!

Deja su pluma con deliberado cuidado, doblando sus manos pulcramente en su regazo mientras se inclina muy ligeramente hacia adelante, su mirada sosteniendo la mía, inquebrantable como el hacha de un verdugo.

—Y sin embargo, Georgina —dice suavemente, pero con la fuerza de una orden real que podría silenciar ejércitos— lo dijiste. Las palabras fueron pronunciadas. Testigos, cientos de ellos, oyeron. Y el

señor Montford, sea dicho en su favor, no puso objeciones. De hecho, parecía bastante… receptivo.

La miro boquiabierta, mi boca abriéndose y cerrándose inútilmente como un pez en tierra firme boqueando por aire sobre una alfombra persa muy seca y muy cara. Mi mente lucha por formar un argumento coherente contra su lógica irritante, impecable y absolutamente devastadora.

—No puedes estar sugiriendo —consigo decir finalmente, mi voz temblando ligeramente con un potente cóctel de incredulidad y horror incipiente— que porque grité algo completamente ridículo en el calor de la frustración extrema —¡una locura temporal provocada por su infernal provocación, debo añadir!— ¿ahora debo seguir adelante con ello? ¿Que debo arruinar mi vida, condenarme a una existencia de combate verbal perpetuo y cojines de pedorretas estratégicamente colocados, basándome en un momento de estupidez espectacular, aunque bastante pública?

Ella inclina la cabeza, el movimiento tan leve, tan elegantemente ejecutado, que de alguna manera logra ser profundamente amenazador, como una cobra ajustando sutilmente su capucha antes de atacar. Dice mucho. De mi locura. De su victoria.

—Una princesa, querida —afirma simplemente, cada palabra aterrizando como un dardo perfectamente apuntado con la punta de una finalidad gélida— no habla a la ligera. Las palabras tienen consecuencias, especialmente las tuyas. Y en este caso, la consecuencia es una boda bastante espléndida con el futuro duque de Cornualles. De verdad, Georgina, podrías haberlo hecho mucho peor. Casi lo hiciste, varias veces.

Esas palabras se asientan sobre mí como el decreto de un verdugo, frías, pesadas y absolutamente ineludibles. Las paredes bellamente decoradas del salón de repente parecen estar cerrándose, el aire refinado, denso y sofocante con el aroma a lavanda, cera de limón y mi futuro que se evapora rápidamente.

Dejo escapar un sonido que es mitad gemido, mitad quejido patético, presionando las yemas de mis dedos con fuerza contra mis sienes como si pudiera masajear físicamente la perdición inminente que me presiona por todos lados, o al menos evitar el dolor de cabeza que seguramente está a punto de partirme el cráneo en dos. Esto no puede estar pasando. Este es el tipo de cosas que les suceden a otras princesas menos sensatas en los cuentos de hadas con moraleja.

Exhalo bruscamente, tratando de recuperar algo de compostura, aunque se siente tan resbaladiza como un lechón engrasado.

—Madre. Por favor, escúchame un momento. Intenta recordar tus propias opiniones de, oh, digamos, el martes pasado. Gareth Montford es absolutamente la última persona en esta tierra que consideraría voluntariamente como esposo. Ni siquiera si fuera el último hombre vivo y el mundo dependiera de ello para la repoblación. Antes me arriesgaría con los escarabajos.

Ella tararea suavemente, completamente imperturbable por mi dramatismo, quizás admirando el brillo de su taza de té o componiendo mentalmente la lista de invitados a la boda, asegurándose de que todos mis aliados conocidos estén sentados en una corriente de aire. Ni siquiera me mira.

—Le detestas —continúo desesperadamente, sintiendo que estoy suplicando a una estatua particularmente elegante e inflexible—. Detestas su reputación de libertino. Detestas a toda su familia, ¡una vez dijiste que su tía abuela Gertrude hacía trampas en el whist! ¡Detestas sus corbatas, sus sonrisas socarronas, su mera existencia!

—Sí, sí, Georgina, soy muy consciente de los sentimientos pasados, por muy coloridamente que se expresaran —interrumpe con suavidad, agitando una mano con desdén como si mis quejas frenéticas fueran meras interrupciones tediosas a su mañana, como una mosca zumbando alrededor de la mermelada real—. Pero dadas las circunstancias bastante públicas, y debo decir, bastante vinculantes que creaste, encuentro que mis sentimientos hacia el heredero del duque de Cornualles y su… enérgica ropa de cuello han… mejorado notablemente de la noche a la mañana. Él es, después de todo, titulado, rico y no está del todo desfigurado. Una madre podría esperar algo peor. Y frecuentemente lo hace, en tu caso.

Jadeo dramáticamente, llevándome una mano al pecho como si me hubiera golpeado físicamente con un candelabro de plata. Las piezas encajan con una claridad horrible y nauseabunda.

—¡Así que esto es político! ¡Estás usando mi monumental error que arruina mi vida para obtener ganancias políticas!

—Por supuesto que es político, querida —responde, completamente imperturbable por mi acusación, levantando su taza de té de nuevo con el aplomo deliberado de una mujer que tiene el control absoluto y aterrador del tablero, las piezas y el mismísimo libro de reglas de la vida—. Todo, al final, es político. Especialmente

el matrimonio. Particularmente tu matrimonio, que hasta anoche, se perfilaba como una migraña política y diplomática de proporciones épicas. El señor Montford, a pesar de todas sus… excentricidades, ha resuelto bastante limpiamente varios problemas para la Corona. Deberías estar agradeciéndole, de verdad. Quizás con una nota bien redactada.

Dejo escapar un largo y teatral gemido y me lanzo de espaldas contra los lujosos cojines, echando un brazo dramáticamente sobre mi cara como si me protegiera de la pura y cegadora absurdidad de toda esta situación, y de la repentina y espantosa imagen de escribirle una nota de agradecimiento a Gareth Montford. La fría seda de la tapicería parece un sudario, aunque uno muy caro.

—Esto es una auténtica pesadilla —gimo en el hueco de mi codo, con la voz ahogada—. Una pesadilla con aroma a lavanda y elegantemente amueblada de la que nunca despertaré.

—Estoy en total desacuerdo —responde mi madre, completamente imperturbable por mi histeria, dejando su taza de té con una exasperante falta de urgencia, como si mi desesperación fuera simplemente un interludio bastante aburrido en su agenda matutina—. La alta sociedad ya está fuera de sí de la emoción, zumbando como abejas en un tarro de miel al que inesperadamente le han prendido fuego. La alianza con la poderosa finca de los Montford será de lo más ventajosa para la corona. Y además —añade, haciendo una pausa para crear efecto, sus ojos brillando con algo que solo puedo describir como malicia maternal— tú y Gareth siempre habéis poseído una cierta… química natural. Una chispa,

digamos. Todas esas riñas no eran más que un juego previo, siempre lo sospeché.

Me incorporo de un salto tan rápido que los cojines casi salen volando del sofá, mis faldas crujiendo violentamente a mi alrededor como un torbellino de seda furioso. Mis ojos están abiertos de par en par por la incredulidad y un horror incipiente de que mi madre pudiera estar realmente loca.

—¡No tenemos química! ¡Tenemos una animosidad activa! ¡Tenemos un odio mutuo! ¡Apenas toleramos respirar el mismo aire sin que uno de nosotros entre en combustión espontánea por pura irritación! ¡La única chispa entre nosotros es la que me gustaría aplicar a los faldones de su levita!

Ella simplemente arquea una sola y elegante ceja, inclinando la cabeza muy ligeramente de esa manera que sugiere tanto una profunda diversión como una paciencia indulgente; dos cosas que siento que ciertamente no merezco, ni quiero, en este momento en particular. El candelabro de arriba brilla sobre el oro de sus joyas, haciéndola parecer en cada centímetro la tirana regia que siempre ha sido, orquestando mi vida con calma y crueldad, con la finura de una titiritera experimentada.

Gimo de nuevo, desplomándome contra los cojines en señal de derrota. Esto no está pasando. Debe de ser un sueño muy malo que involucra té, noticias espantosas y una madre que claramente está disfrutando demasiado de mi sufrimiento.

Mi madre, mientras tanto, vuelve a coger su pluma del ornamentado escritorio y empieza a tomar notas meticulosas sobre —Dios me ayude— lo que parece, de forma espantosa, una posible

lista de invitados para la maldita boda, probablemente asegurándose de que todas las antiguas amantes de Gareth tengan asientos en primera fila.

Me levanto de un salto de mi asiento de nuevo, incapaz de quedarme quieta, paseando frenéticamente delante de la gran chimenea de mármol, mis faldas susurrando furiosamente con cada paso agitado, como una leona enjaulada contemplando rutas de escape o, al menos, qué antigüedad de valor incalculable destrozar primero.

—Seguramente —suplico, girándome para enfrentarla, mi voz tensa por la desesperación— seguramente debe haber alguna manera de cancelar esta locura. ¿Una anulación antes incluso de que comience? ¿Un decreto real de locura temporal… la mía, obviamente? ¿Quizás una enfermedad repentina y trágica que requiera una recuperación prolongada en un lugar muy remoto y muy inaccesible donde no haya herederos de duques elegibles en absoluto?

Ni siquiera se molesta en levantar la vista de su lista esta vez. Su concentración es absoluta, su atención en la correcta ubicación de los primos lejanos, inquebrantable.

—No la hay —afirma rotundamente, su pluma arañando decisivamente el pergamino—. Los anuncios, como he dicho, están enviados. El reino espera. Retractarse ahora causaría un escándalo mucho mayor que cualquiera que tu… enérgico arrebato ya haya precipitado.

Me giro completamente hacia ella, la desesperación me vuelve audaz, incluso temeraria.

—¿Pero y si el propio Gareth le pusiera fin? ¡Él desprecia la idea del matrimonio incluso más que yo, si eso es posible! ¡Lo ve como un destino peor que la muerte, o al menos, peor que una mala mano de cartas! —Seguramente no seguiría adelante con esto. Era Gareth Montford, después de todo. Se especializaba en escapar de lazos matrimoniales.

Finalmente, levanta la vista entonces, una sonrisa lenta y peligrosa extendiéndose por sus labios. Es el tipo de sonrisa que suele preceder a una ejecución política, una declaración de guerra o, posiblemente, el servicio de una cena de estado particularmente poco apetitosa.

—Entonces —dice suavemente, su voz peligrosamente suave, como terciopelo envuelto en una hoja de acero— estaría sumamente decepcionada con él. Y las Reinas decepcionadas —añade deliberadamente, su mirada clavándose en la mía— tienen una larga memoria, amplios recursos y un talento notable para hacer la vida de ciertos individuos… extraordinariamente incómoda. Imagino que el duque de Cornualles también estaría… disgustado con su heredero por causar semejante bochorno real. Muy disgustado, en efecto.

La miro fijamente, sin palabras. Ella me devuelve la mirada, su semblante firme, desafiante, absolutamente implacable. Mi madre me está retando —retando a Gareth— a poner a prueba su resolución. Y sé, con la certeza profunda y escalofriante de una mujer que ha perdido demasiadas batallas contra esta reina en particular, que si Gareth Montford fuera lo suficientemente tonto como para intentar poner fin a este compromiso ahora, se

encontraría absoluta e irrevocablemente arruinado. Social, financiera y posiblemente incluso físicamente, si a Madre se le diera por ser particularmente creativa con su disgusto. Podría encontrarse reasignado a una remota guarnición del norte contando copos de nieve, o quizás descubriendo un interés repentino y apasionado por catalogar los archivos reales en un sótano húmedo y olvidado.

¿Y la peor parte? El remate final. Ella sabe que yo lo sé. A mi madre, la reina Catalina de Montrose, le desagrada activamente Gareth Montford. Probablemente no lo quiere como yerno más de lo que yo lo quiero como marido, a pesar de su repentino aprecio por sus conexiones familiares. Pero me quiere casada. Asentada. Contenida. Quiere que sienta el peso aplastante del deber más que nunca. Quiere que, final y definitivamente, abandone cada sueño tonto y romántico que alguna vez me atreví a albergar; sueños de casarme por amor, de elegir mi propio camino, de desafiar de alguna manera el mismo sistema que ha dictado mi vida desde el momento en que nací princesa.

Quizás ve toda esta debacle como una lección necesaria, aunque brutalmente efectiva, de pragmatismo real. Un recordatorio final e ineludible de que mis deseos personales son completamente insignificantes cuando se sopesan con las expectativas reales y la conveniencia política. O peor, mucho peor, cree genuinamente que, con suficiente tiempo y presión (y quizás la amenaza de toda una vida de sus suspiros de decepción), finalmente entraré en «razón».

Que llegaré a apreciar el supuesto honor de este ridículo enlace con un hombre que probablemente considera que «monogamia» es un tipo de madera tropical rara. Que finalmente dejaré de luchar

contra lo inevitable y me convertiré exactamente en el tipo de hija obediente y de mente estratégica que siempre ha querido. Una perfecta reina en formación, dócil, estratégica y demasiado sensata para perseguir sueños imposibles e inconvenientes como la felicidad, o un marido que no le haga querer cometer un regicidio.

Y yo, la idiota redomada que soy, le entregué el arma perfecta e ineludible para lograr todo eso con un arrebato impulsivo, airado y espectacularmente imprudente.

Mis hombros se hunden, el peso de la inevitabilidad presionándome como una capa física hecha de plomo y bordada con diminutas y burlonas coronas. Mi mente corre frenéticamente, buscando a la desesperada un argumento, una cláusula de escape, cualquier cosa que pudiera anular esta pesadilla despierta, pero es como intentar atrapar humo con un colador.

La mirada inquebrantable de la Reina es un sólido muro de ladrillo, inflexible y absolutamente inamovible, probablemente reforzado con acero y terquedad. Trago saliva con dificultad contra el nudo que se forma en mi garganta, mis dedos se cierran con fuerza en la seda de mi vestido como si de alguna manera pudiera extraer alguna apariencia de control, o quizás una pistola cargada, de la fina tela.

—Asúmelo, Georgina —dice finalmente, su voz tan suave y serena como la superficie de un lago imperturbable justo antes de que un kraken emerja de sus profundidades. Una sonrisa perfectamente compuesta e irritantemente serena curva sus labios, del tipo que dice mucho de una batalla ya ganada por completo, un desfile de la victoria ya planeado y las toallas de té conmemorativas

probablemente ya encargadas—. Vas a casarte. Con el señor Montford. Este verano. Y confiaré en que te esforzarás por parecer al menos moderadamente complacida durante la ceremonia. Por el bien de las relaciones diplomáticas, si no por otra cosa.

Una nueva oleada de calor me recorre: ira pura y absoluta mezclada con incredulidad y esa vena terca y estúpida de rebeldía de la que simplemente no puedo deshacerme, por muy inútil que parezca, como un mosquito particularmente persistente zumbando alrededor de la oreja de un león. Levanto la barbilla, encontrando su mirada tranquila con todo el desafío que puedo reunir, aunque me siento como un ratón acorralado frente a un gato muy elegante y muy bien vestido que acaba de anunciar jaque mate.

—Tú —digo con furia contenida, las palabras cayendo entre nosotras como un guantelete arrojado, cargadas de acusación y de la incipiente y horrorizada comprensión de que podría estar disfrutando de esto— eres el diablo encarnado. Posiblemente con mejor gusto para los vestidos.

No se inmuta. No reacciona en absoluto, más allá de levantar su taza de té con una gracia impecable e irritante, inclinándola muy ligeramente en reconocimiento como si acabara de halagar su genio estratégico, lo cual, de una manera retorcida, supongo que había hecho.

—Y tú, querida —responde, su voz completamente plácida, como un mar en calma que acaba de tragarse una flota entera— estás prometida. Intenta recordarlo. Y quizás practica tu reverencia. Últimamente ha estado un poco rebelde.

Algo dentro de mí finalmente se rompe, no con una explosión, sino con un pequeño y silencioso suspiro de absoluta derrota. Dejo escapar un sonido agravado —algo entre un gruñido ahogado y un gemido patético— y me derrumbo dramáticamente de espaldas en el sofá como si hubiera sido derribada físicamente por sus palabras, mis sueños de libertad desmoronándose a mi alrededor como galletas rancias. Mis manos vuelan a mi cara, mis dedos presionando con fuerza mis sienes como si de alguna manera pudieran masajear la pura y abrumadora absurdidad de mi situación, o al menos evitar que mi cerebro se escape por mis oídos.

El elegante entorno se desdibuja en la insignificancia; el ribete dorado de la moldura del salón, el delicado aroma a té y flores recién cortadas, todo ello se siente sofocante ahora, nada más que una jaula dorada disfrazada de refinamiento, sus barrotes cerrándose con cada tic del ornamentado reloj.

Solo queda una, débil, desesperada y, francamente, aterradora esperanza parpadeando en la oscuridad. El propio Gareth Montford. El sinvergüenza. El libertino. El hombre cuya reputación es más desastrosa que un choque de varios carruajes en un puente de Londres cubierto de niebla durante una tormenta de granizo de tejones furiosos. El mismo hombre que, según todos los testimonios, ha destruido sin esfuerzo más compromisos (la mayoría suyos, para ser justos) de los que puedo contar con ambas manos, dejando un verdadero rastro de escándalos y compromisos rotos esparcidos descuidadamente a su paso como guantes desechados o promesas olvidadas.

Seguramente, seguramente, él no quiere esto más que yo. Valora su libertad, su libertinaje, su capacidad para escandalizar a la alta sociedad con una sonrisa socarrona bien colocada, demasiado. Seguramente, el hombre que aparentemente ha pasado toda su vida adulta esquivando expertamente la soga del matrimonio con la agilidad de un acróbata experimentado encontrará alguna manera inteligente, taimada y diabólicamente brillante de deshacer este desastre catastrófico que su propio e irritante encanto ayudó a crear sin darse cuenta. Tiene que hacerlo. Porque si no lo hace… Si ni siquiera Gareth Montford, el maestro de la evasión y proveedor del caos, puede escapar de esto…

Bueno. Podría tener que considerar seriamente lanzarme al Támesis después de todo. Empieza a parecer una alternativa genuinamente viable. Al menos el agua sería menos sentenciosa que mi madre. Y considerablemente menos engreída que mi prometido.

7

¿Cancelar el compromiso? Gareth dice que no

Gareth

La mañana después de una explosión social particularmente espectacular suele amanecer con un cierto y delicioso zumbido en el aire. Piensen, por ejemplo, en quedar accidental y muy públicamente prometido a una princesa furiosa.

Uno se despierta. Uno parpadea con la vista nublada ante sus periódicos matutinos. Estos periódicos, invariablemente, han magnificado el escándalo a proporciones épicas, casi míticas.

Uno nota el aumento inmediato de lacayos. Llegan portando notas urgentes y exigentes de cada entrometido, pariente preocupado y rival que se regodea en la ciudad.

Uno, por lo general, se prepara para un día de consecuencias profundamente entretenidas.

Inevitablemente, el té se prepara más fuerte de lo habitual en todo Mayfair. Los susurros se encienden en las mesas de desayuno como un reguero de pólvora, un fuego que probablemente no se apagará en semanas, si no meses. Las reputaciones —ya sea recién reforzadas o total e irrevocablemente arruinadas— quedan prácticamente cimentadas antes incluso de que se sirva el almuerzo. Una eficiencia deliciosa, la verdad.

Y hoy, amigos míos, el escándalo más grandioso, más comentado y más deliciosamente ruinoso de toda la temporada me pertenece inequívoca y gloriosamente a mí. Y, por asociación involuntaria y furiosa, a la princesa Georgina Montrose. Un estado de cosas

delicioso, considerando todo. Especialmente dadas ciertas apuestas que ahora tenía muchas posibilidades de ganar.

Actualmente estoy holgazaneando con bastante comodidad en mi estudio. Una bota cara e impecablemente pulida está apoyada despreocupadamente sobre la otra rodilla. Un pesado vaso de cristal con el excelente whisky de anoche descansa negligentemente contra mi muslo. Estoy contemplando la divertida y polifacética ironía de todo esto.

La chimenea crepita alegremente frente a mí. Proyecta un cálido y dorado resplandor sobre las paredes de color verde oscuro y las estanterías de caoba. Dichas estanterías gimen bajo el peso de primeras ediciones que, naturalmente, nunca me he molestado en leer. Sin embargo, confieren un aire de respetabilidad erudita que encuentro perversa e infinitamente divertido.

Suaves vetas ambarinas de luz solar se filtran perezosamente a través de las altas e imponentes ventanas. Iluminan los nobles, casi vacíos, restos de la bastante excelente botella de brandy de anoche. La licorera misma brilla en una mesita auxiliar cercana, en silenciosa y satisfecha aprobación de mi continua e inquebrantable dedicación a evitar el aburrimiento a toda costa.

Fuera de mis ventanas, la ciudad de Londres se despereza lenta y reaciamente.

Los carruajes retumban por las calles empedradas. El distante y solemne tañido de las campanas de la iglesia marca el paso de las horas. Vendedores ambulantes invisibles pregonan sus mercancías matutinas con gritos enérgicos e incomprensibles que, por suerte y

misericordia, no llegan a penetrar estos muros gruesos y bien defendidos.

Puedo imaginarlo fácilmente. En algún lugar prestigioso de Mayfair, en este preciso momento, al menos una docena de matronas de la alta sociedad están, sin duda, agarrándose las perlas dramáticamente mientras toman su té de desayuno. Están chillando (educadamente, por supuesto, siempre educadamente) variaciones de la increíble y deliciosa noticia. Gareth Montford, el canalla más incorregible, impenitente y notoriamente encantador de toda Inglaterra, está ahora oficialmente comprometido.

¡Comprometido! Nada menos que con la princesa Georgina Montrose. Una mujer cuyo desdén activo y vocal hacia mí es prácticamente de dominio público. Un tesoro nacional, dirían algunos. Su desdén, se entiende.

Sonrío con suficiencia ante la sola idea. Inclino el pesado vaso contra mis labios, dejando que el lento y satisfactorio ardor del buen whisky se asiente en lo profundo de mi pecho como un gato contento que ronronea.

Sí. Considerando todo, se perfila como una mañana bastante espléndida, ciertamente.

El potencial para un prolongado y exquisito divertimento está simplemente fuera de serie. Casi, casi compensa el hecho bastante inconveniente de que estoy, técnica, legal y a los ojos de la Reina, comprometido. Casi.

Por eso precisamente resulta tan agradable, aunque no del todo inesperada, la sorpresa cuando Mercer, mi siempre sufrido, impecablemente correcto y monumentalmente estoico mayordomo

—un hombre cuya compostura podría rivalizar con la de una estatua romana, incluso bajo el fuego directo de un cañón— aparece en silencio, como un fantasma desaprobador, en la puerta del estudio.

Esta mañana está excepcionalmente pálido. Casi *gris*, de hecho. Como si acabara de recibir la noticia, de forma fiable y quizá bastante brutal, de su inminente y probablemente dolorosa ejecución. O quizá algo peor, que tengo intención de organizar una lectura improvisada de poesía en el salón.

Esto promete. Promete mucho, ciertamente.

—Su Excelencia —entona Mercer. Se aclara la garganta con una dificultad audible y laboriosa. Su voz suena forzada, delgada, casi aflautada. Como si se hubiera tragado recientemente su habitual compostura imperturbable junto con un pescado particularmente poco apetitoso y probablemente muy espinoso.

No me molesto en levantar la vista de la contemplación de las arremolinadas y ambarinas profundidades de mi bebida todavía. Que espere. La anticipación, después de todo, intensifica la mayoría de los placeres. Y la incomodidad de Mercer es un placer pequeño, pero constante.

—¿Sí, Mercer? —pregunto finalmente, mi tono suave—. ¿Qué nuevo infierno nos aguarda? ¿Ha empezado el cielo a llover debutantes indignadas y plantadas? ¿O simplemente a sus furiosas mamás?

—Una… visita, Su Excelencia. —Suena como si estuviera forzando las palabras a salir entre dientes apretados. Como si cada sílaba fuera un acto de sacrificio personal profundo, casi insoportable.

Finalmente levanto la mirada, intrigado a pesar de mí mismo. Mercer está de pie de una manera antinatural, casi dolorosamente rígida. Sus manos enguantadas de blanco están tan apretadas delante de él que sugiere que se está conteniendo físicamente de dar media vuelta y huir en dirección opuesta. Posiblemente gritando en busca de asilo.

Su rostro, usualmente sereno e inexpresivo, está atrapado en algún lugar de una fascinante tierra de nadie entre el estoicismo practicado e inquebrantable y el impulso primario y abrumador de huir a las colinas. Es una expresión que no he visto en su rostro desde que accidentalmente, y con consecuencias totalmente imprevistas, prendí fuego al premiado, y bastante irascible, caniche de la duquesa viuda de Grantham. (Fue un fuego muy pequeño, sostengo yo, y el caniche, en mi considerada opinión, era sorprendentemente, casi invitantemente, inflamable).

Ahora sí que estoy interesado. Esto promete ser aún más entretenido que el incidente del caniche.

—¿Una visita? —repito. Permito que una leve nota de suave curiosidad aristocrática tiña mi tono. ¿Quién demonios se atrevería a llamar a esta hora intempestiva? ¿Especialmente sabiendo el escándalo que debe estar consumiendo la ciudad como una plaga particularmente virulenta? A menos que… oh, a menos que fuera alguien íntima, y quizás involuntariamente, involucrado en dicho escándalo.

Mercer traga visiblemente. Su nuez de Adán sube y baja como una boya en un mar particularmente agitado y tempestuoso. —Es…

Pero antes de que pueda terminar su anuncio, sin duda reticente y cargado de fatalidad, la visita en cuestión irrumpe —sí, literalmente irrumpe, como una bala de cañón disparada desde un cañón de pura e inmaculada indignación— en la habitación.

Llega en un verdadero torbellino de seda cara y crujiente y una furia apenas, casi impresionantemente, contenida. Sus faldas carmesí se balancean, o más bien, acuchillan, a su alrededor como un maldito estandarte de guerra, anunciando hostilidades inminentes, y probablemente muy ruidosas. O como mínimo, una rabieta con sanción real y completamente justificada.

Vaya, vaya. Miren lo que ha traído el gato. O más bien, lo que se ha traído a sí mismo, echando chispas y luciendo notablemente, casi impresionantemente atractiva en su justa y gloriosa ira.

Este día acaba de volverse mucho más interesante, mucho más… prometedor, de lo que podría haber esperado.

La propia princesa Georgina Montrose. Permanece rígida, un pilar de furia, en el centro de mi estudio. Parece, a todas luces, como si le gustaría mucho prender fuego a toda la habitación —y muy probablemente a mí con ella, preferiblemente atado a mi sillón favorito—. Preferiblemente despacio. Y con una gran cantidad de comentarios mordaces y críticos durante todo el proceso.

Sus ojos, que usualmente eran fríos y evaluadores o brillaban con un desdén distante e ingenioso cuando se dirigían hacia mí, ahora arden con una violencia apenas contenida, casi feral.

Su espalda está rígida como una vara. Sus hombros están cuadrados como un soldado frente al enemigo, o quizás, una mula particularmente terca.

Sus manos —ataviadas con delicados, ridículamente correctos y totalmente imprácticos guantes de marfil— están apretadas en puños con los nudillos blancos a los costados. Como si estuviera imaginando vívidamente, y con gran satisfacción, sus manos firmemente alrededor de mi garganta. Casi compadezco a la pobre, inocente y cara tela que sufre tal abuso tan poco femenino.

El rápido y agitado subir y bajar de su pecho sugiere que ha marchado, no, irrumpido, por las escaleras de mi casa en un estado de pura, inmaculada y magnífica rabia. Muy probablemente ha aterrorizado a mi pobre e insospechado personal hasta casi matarlos en el proceso. Una hazaña por la que probablemente debería, en una fecha posterior y más segura, darle una pequeña medalla conmemorativa.

Dejo mi vaso de whisky en la mesa a mi lado. Con una calma exquisita, deliberada y, confío, exasperante.

La observo. Como un gato particularmente perezoso y bien alimentado podría observar a un pajarillo fascinante, aunque furioso. Un pájaro atrapado en una jaula dorada demasiado pequeña. Un pájaro que podría, si se le provoca lo suficiente, desarrollar garras sorprendentemente afiladas y efectivas.

Esto promete un excelente deporte, ciertamente. Y quizás, una prueba bastante divertida de mis habilidades.

—Alteza —digo con vozarrón, inclinando ligeramente la cabeza. Permito que solo un toque, una mera pizca, de diversión educada y de buena cuna tiña mi voz. Porque provocar a Georgina, irritar su magnífico temperamento, es, hay que admitirlo, uno de mis pasatiempos más preciados, aunque algo arriesgados.

—¿A qué debo este inesperado, y debo decir, bastante… enérgico placer? —Hago un gesto vago alrededor de la habitación—. ¿Ya ha venido a tomar medidas para las cortinas nuevas? Confieso que no me había dado cuenta de que estuviéramos progresando tan rápidamente en nuestros arreglos domésticos y conyugales.

Ignora la pulla, como sospechaba, y más bien esperaba, que hiciera. Aunque un músculo, una cosita delatora, tiembla satisfactoriamente en su mandíbula apretada.

Avanza con paso firme. Con la determinación resuelta e imponente de un comandante de campo a punto de ordenar mi ejecución inmediata, y preferiblemente dolorosa, por un pelotón de fusilamiento. O quizás, una muerte más lenta y creativa por mil miradas reales desaprobadoras y mordaces.

Sus pasos son agudos, decididos sobre las pulidas tablas del suelo. Cada uno está puntuado por el sutil y enfadado susurro de su vestido carmesí mientras acorta la distancia entre nosotros. Hasta que se para directamente, de forma desafiante, al otro lado de mi escritorio bastante grande e imponente. Irradia furia como un volcán en miniatura, muy bien vestido y actualmente activo. Su presencia llena la habitación, cargada y eléctrica y oliendo débil, deliciosamente a jazmín.

—Usted —sisea. La palabra es lo suficientemente afilada como para cortar cristal. Se emite con un veneno que es casi admirable. Se detiene en seco, dramáticamente, justo delante de mi escritorio. Lo suficientemente cerca como para que yo vea las peligrosas y cautivadoras chispas en sus ojos. Lo suficientemente cerca como

para apreciar el rubor favorecedor y furioso en lo alto de sus pómulos.

—Va a arreglar esto. —Su voz es baja, temblando de rabia contenida—. Ahora.

Parpadeo lentamente hacia ella. Afecto un aire de diversión perezosa, incomprensiva, quizás incluso un tanto estúpida. Es una expresión que he perfeccionado durante muchos años de molestar a gente importante y pagada de sí misma. Particularmente a gente que se toma a sí misma, y a sus pronunciamientos reales, demasiado en serio. Lo cual Georgina, bendito sea su corazón ardiente y terco, ciertamente, y muy deliciosamente, hace.

—¿Arreglar qué, exactamente, princesa? —inquiero, mi tono de una confusión suave y educada—. ¿El cargamento de té del palacio ha llegado tarde de nuevo? Una tragedia de proporciones monumentales, estoy seguro. Pero algo fuera de mi ámbito habitual, por desgracia. Deberá hablar con el Mayordomo Mayor sobre eso, creo.

Sus delicadas fosas nasales se ensanchan dramáticamente. Una señal segura de que el volcán se acerca a una erupción espectacular, y probablemente muy desastrosa. Lo juro, todo su cuerpo prácticamente vibra de pura, incandescente y magnífica indignación. Es todo un espectáculo, la verdad. Magnífico, a su manera únicamente aterradora y cautivadora.

Casi vuelvo a sentir lástima por Mercer. Sigue de pie, congelado como una estatua petrificada y sufridora en el umbral. Está debatiendo visiblemente, casi dolorosamente, si debería intentar una intervención heroica, y probablemente fútil (decididamente

desaconsejable). O quizás simplemente huir para salvar su vida y buscar empleo inmediato y alternativo en una casa más tranquila y menos infestada por la realeza (eminentemente sensato). O, lo más probable, simplemente traer una bandeja de galletas calmantes y una tetera de té muy fuerte (patéticamente optimista, pero típico de la fe inquebrantable de Mercer en los poderes restauradores, casi mágicos, de una buena galleta digestiva).

—¡Esto! —Georgina gesticula salvajemente, casi violentamente, con un movimiento de su mano enguantada, abarcando el espacio entre nosotros, la habitación, quizás incluso el universo entero de nuestra desafortunada asociación. Como si indicara un olor particularmente nocivo y penetrante que de repente ha impregnado ofensivamente el aire por lo demás agradable de la mañana. Como si el mismísimo concepto de nuestro supuesto compromiso, decretado por la realeza, fuera una especie de enfermedad horrenda, altamente contagiosa y socialmente ruinosa. Una que ella, desafortunadamente, y sin culpa alguna por su parte, ha contraído simplemente por estar en mi vecindad. Y que ahora, con toda la razón, exige que yo cure mágica e instantáneamente.

Exhalo lenta, deliberadamente. Me acomodo más profundamente en mi cómodo y gastado sillón de cuero. Mis dedos tamborilean un ritmo ocioso y contemplativo contra el borde de mi vaso de whisky vacío. Proyecto deliberadamente un aire de aburrimiento total e inexpugnable, aunque, en realidad, estoy todo menos eso. Esta está siendo, sencillamente, la mañana más entretenida que he tenido en años.

—Ah —murmuro por fin, asintiendo ligeramente, como si finalmente, después de mucho esfuerzo mental, entendiera su farfulleo incoherente y furioso—. Ese desafortunado asunto. —Hago una pausa, para dar efecto—. El pequeño, y bastante público, asunto de nuestras inminentes, y según he oído, ya ampliamente, aunque con cierta incredulidad, celebradas nupcias.

—Sí, ese desafortunado asunto —espeta ella. Apoya sus manos enguantadas sobre la superficie pulida y reluciente de mi escritorio y se inclina agresivamente. Como un fiscal a punto de desmontar implacablemente una coartada particularmente endeble y mal construida.

Su respiración es rápida y superficial. Todo su magnífico cuerpo vibra con una frustración contenida y explosiva. Al moverse, su cercanía perturba el aire por lo demás quieto del estudio, y vuelvo a percibir ese aroma débil, casi imperceptible, pero totalmente distractor de jazmín y agua de rosas que se aferra a ella. Es una fragancia engañosamente delicada e inocente que contrasta de forma cruda, casi cómica, con el fuego palpable y peligroso que arde tan ferozmente en su increíble mirada. Una combinación intrigante, esa. Fuego y flores. Siempre una mezcla potente.

La comisura de mi boca se contrae de nuevo. La diversión, aguda e insistente, se enrosca en los bordes. Pero consigo, con considerable esfuerzo, reprimir la sonrisa completa y de regodeo. Por ahora. La paciencia, después de todo, es clave cuando se trata con la realeza acorralada y furiosa. Especialmente la realeza que posee garras tan afiladas, y un temperamento tan volátil, como el de Georgina.

Está absoluta, magnífica, impresionantemente lívida. Cada aliento que toma parece superficial y rápido, como si apenas pudiera contener la tempestad, el huracán, que se gesta justo debajo de su piel. Sus manos enguantadas, todavía apoyadas con una intensidad de nudillos blancos contra la madera oscura e implacable de mi escritorio, tiemblan ligeramente —no de miedo, apostaría mis ganancias de anoche, sino de pura, no adulterada y explosiva frustración. Una frustración que prácticamente, casi visiblemente, canta en el aire cargado entre nosotros.

No se parece a nada tanto como a una hermosa, enfurecida y enjaulada tigresa. Paseándose por los estrechos confines de una trampa en la que acaba de darse cuenta, con un horror creciente y balbuceante, que ha entrado tontamente, y de forma bastante entretenida para los espectadores.

—Bueno, bueno, princesa —murmuro. Deliberadamente hago girar el centímetro y medio de brandy que queda en mi vaso, el movimiento lento y meditativo. Estoy disfrutando a fondo de la visión de su furia apenas, casi heroicamente, contenida. Era, tenía que admitirlo, bastante atractiva en ella. Mucho más interesante que la indiferencia educada.

—Mire quién ha irrumpido finalmente en mi estudio, exigiendo mi ayuda inmediata. —Sonrío levemente—. Es una inversión de nuestros papeles habituales bastante deliciosa, aunque inesperada, ¿no le parece? Normalmente, si no me falla la memoria, soy yo quien evita estudiadamente, y con considerable esfuerzo, sus justos, y a menudo bastante largos, sermones sobre mis muchos y variados defectos de carácter.

Dejo que una sonrisa lenta, deliberada y, confío, absolutamente exasperante se extienda finalmente por mi rostro. Encuentro sus ojos ardientes y hermosos sin pestañear. Esto era, después de todo, un juego. Un juego nuevo, quizás, con nuevas reglas y apuestas considerablemente más altas. Y era uno que tenía la intención de saborear. Cada uno de sus deliciosos y exasperantes momentos.

—Debo confesar —añado suavemente, reclinándome ligeramente en mi silla, afectando un aire de relajación total e inexpugnable, aunque mi pulso, maldita sea, iba un poco más rápido de lo que me gustaba— que estoy disfrutando demasiado de verla retorcerse, solo un poco, como para ser inmediatamente complaciente todavía, Alteza. ¿Dónde está el verdadero deporte en eso, le pregunto?

—Usted —masculla ella entonces. Aparentemente, ignora por completo mi perspicaz observación. O quizás, más probablemente, elige no dignificarla con una respuesta. Cada sílaba está afilada como el filo de una navaja. Su furia está apenas, casi impresionantemente, contenida justo debajo de la superficie de su compostura regia.

—Va a marchar directamente de vuelta al palacio. —Su voz es grave, peligrosa—. Se arrastrará ante mi madre si es necesario —imagino que es usted muy diestro en arrastrarse ante mujeres poderosas e influyentes cuando sirve adecuadamente a sus propios fines perversos— y le dirá, en términos inequívocos, que todo este compromiso fue un error espantoso, absurdo, total e inequívocamente inaceptable.

Vuelvo a coger mi vaso de whisky, tomándome mi tiempo. Hago girar lentamente el líquido restante, observando cómo las

profundidades ambarinas atrapan la luz del fuego del hogar. Los tonos dorados cambian y se arremolinan con cada movimiento perezoso y contemplativo. Lento. Hipnótico. Deliberado. Me da tiempo de sobra para pensar, para elaborar una estrategia. Y lo que es más importante, le da a ella tiempo de sobra para cocerse en su propia, magnífica y justa indignación. ¿Por qué apresurar un espectáculo tan delicioso y potencialmente muy divertido?

—¿Lo haré? —murmuro finalmente. Mi voz es suave, evasiva y deliberada, exquisitamente diseñada para enfurecerla aún más. Y, sospecho, con un éxito admirable.

Su mandíbula se tensa visiblemente. Un pequeño músculo, un fascinante indicador de su paciencia menguante y su furia creciente, salta cerca de su sien.

—Sí —insiste ella. Su voz está tensa por el esfuerzo monumental de no gritarme, sospecho. O quizás, de no abalanzarse sobre el escritorio para estrangularme—. Lo hará. Porque esta… esta farsa no nos beneficia a ninguno de los dos. Es una atrocidad. Un desastre. Una abominación.

Inclino la cabeza, estudiando atentamente su rostro sonrojado y furioso. Me fijo en los detalles fascinantes y diminutos: el rápido y agitado subir y bajar de su pecho bajo la seda carmesí de su vestido, la forma en que sus dedos enguantados se flexionan y luego se vuelven a cerrar en puños apretados y blancos, como si estuviera luchando contra un impulso poderoso, primario y totalmente comprensible de alcanzarme a través de la pulida extensión de mi escritorio y estrangularme con mi propio corbatín. Un pensamiento tentador, quizás, para ella. Uno divertido para mí.

—Porque —continúo suavemente, razonablemente, alargando el delicioso momento, saboreando su tormento— usted, princesa Georgina, no desea casarse. ¿Correcto? —Hago una pausa—. Especialmente no con un canalla notorio, impenitente y, según todos los indicios, bastante encantador como yo. Un hombre cuya sola reputación es probablemente suficiente para dar a sus santificados y difuntos antepasados un ataque de apoplejía colectivo y permanente.

—Correcto —espeta ella de inmediato, sus ojos brillando con un fuego renovado. El alivio, agudo y repentino, parpadea brevemente en sus ojos, solo para ser extinguido con la misma rapidez por la sospecha. Piensa, por un momento fugaz y tonto, que lo entiendo. Que estoy de acuerdo. Pobre, ingenua y esperanzada princesa.

—Y yo —añado, mi voz un arrastre sedoso mientras encuentro su mirada directamente, permitiendo que solo un toque de mi propia y bien ganada reputación de granuja tiña mi tono— he demostrado famosa y consistentemente una absoluta falta de inclinación hacia el restrictivo y sofocante estado del matrimonio.

Suspiro teatralmente. —Lo veo, generalmente, como una trampa. Una diseñada astutamente por mamás esperanzadas y ambiciosas y debutantes desesperadas y ávidas de títulos. Una trampa que debe evitarse a toda costa, con toda la habilidad y astucia a disposición de un hombre.

Mi reputación, afortunadamente, y en este caso, bastante convenientemente, me precede.

—¡Exacto! —confirma ella, asintiendo bruscamente, un peligroso destello de esperanza desesperada y mal aconsejada encendiéndose

una vez más en sus hermosos y tormentosos ojos. Claramente, bendito sea su optimista corazón, cree que finalmente ha encontrado un aliado. Un aliado en su propio, involuntario y actualmente bastante divertido, prometido. La ironía es verdaderamente, exquisitamente deliciosa. Casi tan deliciosa como el whisky.

—Este acuerdo —concluyo, resumiendo su punto frenético y apasionado de forma mucho más pulcra, quizás incluso más elocuente, de lo que ella misma había logrado en su furia— es, por lo tanto, desde todas las perspectivas lógicas, mutuamente desagradable. Una colisión catastrófica y mal concebida de voluntades incompatibles y reputaciones diametralmente opuestas. Y debería, por todos los derechos y razones, deshacerse con efecto inmediato y sin ceremonias. Antes de que se cause un daño más duradero e irreparable a cualquiera de nuestras imágenes públicas, cuidadosamente, y en mi caso, bastante laboriosamente, cultivadas.

Exhala bruscamente entonces. Una respiración rápida, casi explosiva, de alivio. Es un sonido que indica claramente que cree que finalmente, después de mucho esfuerzo, ha logrado meter algo de sentido común, algún atisbo de razón, en mi cráneo grueso, canalla y presumiblemente impenetrable. Sus hombros se relajan, solo una fracción mínima, casi imperceptible, liberando parte de la tensión rígida y contenida que la había mantenido tan erguida. Asiente de nuevo con firmeza, decisión, casi triunfalmente, lista para dictar los términos de nuestra mutua huida, sin duda. Sus ojos incluso tienen un brillo de… ¿me atrevo a decirlo?… ¿gratitud?

—Sí —dice, su voz teñida de una confianza recién descubierta, aunque precaria—. Precisamente. Así que ya ve…

—Pero —murmuro, mi voz una interrupción suave y sedosa que corta su esperanzada conclusión como una daga bien apuntada. Vuelvo a dejar mi vaso, muy lentamente, muy deliberadamente, sobre la pulida superficie de caoba. El pequeño y distintivo tintineo parece resonar, reverberar, en la repentina y pesada quietud de la habitación. Bajo la voz lo justo, solo una fracción, para hacerla detenerse, para hacerla inclinarse casi imperceptiblemente, atraída por una curiosidad involuntaria. Un destello de incertidumbre cautelosa, luego una sospecha incipiente y horrorizada, comienza a entrar en sus ojos. Aquí, mi querida princesa, es donde el verdadero juego, el que yo controlo, realmente comienza.

—¿Y si —continúo suavemente, manteniendo su mirada cautiva, saboreando, con la apreciación de un conocedor, la forma precisa y exquisita en que su fugaz y frágil esperanza comienza a cuajarse visiblemente en una confusión cautelosa, casi temerosa— de repente, inesperadamente, y quizás incluso perversamente, he decidido que quiero casarme con usted, princesa?

Y luego está el asunto de la apuesta. Mis amigos, esos buitres, apostaron una pequeña fortuna a que no podría ni siquiera arrancarle una cortés reverencia, y mucho menos llevarla al altar. El orgullo, Alteza, es un poderoso motivador. Y la idea de cobrar su necedad, mientras adquiero simultáneamente una princesa… Es una tentación que pocos hombres, y ciertamente no este, podrían resistir fácilmente.

—¿Y si —añado, mi sonrisa ensanchándose ligeramente— la perspectiva de ganar esa apuesta bastante sustancial, y así silenciar su incesante e irritante parloteo durante al menos un mes, ha hecho de repente todo este… enredo… notablemente atractivo?

Las palabras, ambos juegos de ellas, caen pesadamente, con un impacto devastador, en el silencio cargado y crepitante entre nosotros. Son tan potentes como el veneno, tan explosivas como la pólvora. Observo, con no poca satisfacción impía, cómo los últimos vestigios de lucha, de esperanza, de comprensión, se desvanecen por completo de ella, reemplazados por una incredulidad atónita, casi cómica.

Se congela al instante, su cabeza se echa hacia atrás como si la hubiera golpeado físicamente. Sus ojos, esos magníficos y ardientes pozos, se abren hasta alcanzar proporciones cómicas, como platos. Su expresión queda atrapada en un punto verdaderamente espectacular entre la incredulidad total e incomprensible y el rechazo inmediato, casi visceral y horrorizado. Es una expresión verdaderamente notable en ella, una que sin duda atesoraré, y quizás incluso encargue una miniatura, para la contemplación silenciosa en mi vejez.

—…¿Perdón? —susurra por fin. Su voz es apenas audible, un débil e incrédulo aliento. Todo su fuego anterior y magnífico parece momentáneamente, casi trágicamente, apagado por la pura, absoluta y desalmada audacia de mi declaración. Y la mención de una apuesta.

Sonrío entonces. Lenta, medida y total, descaradamente satisfecha. Saboreo el momento preciso y delicioso en que su

compostura regia, cuidadosamente construida, comienza a deshilacharse visible e irrevocablemente por los bordes. Como el cordón de un corsé de ballena demasiado apretado que finalmente, satisfactoriamente, se rompe bajo una presión insoportable e implacable.

Esto, reflexiono con profunda satisfacción, es infinitamente mejor que cualquier partida de cartas. Infinitamente más gratificante que cualquier apuesta fácilmente ganada contra un barón sudoroso y desesperado. Este es un juego de voluntades, de ingenio, de corazones. Y a la princesa Georgina, a pesar de todo su espíritu, de todo su fuego, le acaban de repartir una mano bastante inesperada y, sospecho, totalmente inoportuna.

—Me ha oído perfectamente, princesa —repito con calma, mi voz un ronroneo sedoso. Me inclino ligeramente hacia delante, invadiendo deliberada y provocadoramente su espacio personal una vez más. Disfruto a fondo de la forma en que ella instintivamente retrocede una fracción, y luego se endurece de nuevo en una renovada, aunque algo más temblorosa, rebeldía.

—¿Y si encuentro la perspectiva de casarme con usted… única, perversamente atractiva? —reflexiono en voz alta, como si considerara un movimiento de ajedrez novedoso e intrigante—. ¿Un desafío, quizás, de proporciones monumentales? ¿Uno que me encuentro, en contra de toda inclinación previa, sorprendentemente, casi ansiosamente, reacio a resistir? —Hago una pausa, y luego añado, con un ceño pensativo, como si la idea acabara de ocurrírseme—: Y luego, por supuesto, está el asunto no insignificante de la suma bastante considerable que ahora tengo la

posibilidad de ganarles a Ian y a los demás. Uno no puede simplemente alejarse de una ganancia tan fortuita y respaldada por una princesa, ¿verdad? Sería fiscalmente irresponsable.

Su boca se abre, y luego se cierra de golpe con un clic audible. Luego se abre de nuevo mientras lucha, visiblemente, por formar palabras coherentes y adecuadamente mordaces. Es bastante entrañable, la verdad, su momentánea y balbuceante falta de habla.

Finalmente se decide por la indignación pura, no adulterada, casi incoherente. Sus mejillas se sonrojan con un favorecedor y vibrante tono de rosa que hace que sus increíbles ojos brillen aún más ferozmente, como esmeraldas enfadadas.

—¡Eso no tiene absolutamente ninguna gracia, Montford! —explota finalmente, su voz temblando de furia—. ¡Ni la más mínima! ¡Esta es mi vida! ¡Mi futuro! ¡No una de sus sórdidas, despreciables y públicas apuestas! ¡No otro de sus malditos y manipuladores juegos!

—Oh, pero es bastante divertido, ¿no le parece? —replico suavemente, inclinando la cabeza de nuevo, disfrutando total y completamente de la fascinante y magnífica guerra entre la confusión y la furia incandescente que actualmente se libra en sus expresivos ojos. La forma en que intenta, incluso ahora, mantener su indignación regia y altiva aun cuando está clara, total y deliciosamente desconcertada es una actuación digna de un escenario.

—Y le aseguro, Alteza —añado, dejando que mi voz caiga a un registro más grave, más serio, casi íntimo, deleitándome en la forma en que su aliento se corta bruscamente, delatadoramente en su

garganta— que aunque mi vida está, ciertamente, y siempre ha estado, lamentablemente llena de apuestas de todo tipo, algunas más reputables que otras… quizás nunca he estado más serio, más… comprometido en llevar a cabo un resultado en particular, que con este. O con… usted.

Una mentira flagrante y escandalosa, por supuesto, con respecto a la profundidad de mi repentina «seriedad» sobre ella, específicamente. Pero una deliciosamente, malvadamente efectiva, a juzgar por la forma en que sus defensas reales, cuidadosamente construidas, parecen desmoronarse un poco más, dejándola con un aspecto sorprendentemente, adorablemente vulnerable. ¿Y la parte de la apuesta? Eso, al menos, era entera, deliciosamente cierto. Y demasiado tentador para resistirse.

Su expresión cambia de nuevo, un fascinante caleidoscopio de emociones contradictorias. El fuego en su mirada parpadea, no extinguido, ni de lejos, sino momentáneamente, intrigantemente aplacado por la pura e inmaculada confusión y, me atrevo a decirlo, una diminuta, inoportuna, casi invisible esquirla de intriga involuntaria y horrorizada. La ira sigue claramente ahí —hirviendo peligrosamente, volcánicamente justo debajo de la superficie como lava fundida— pero ahora está mezclada con algo completamente diferente. ¿Un destello de sospecha cautelosa e incrédula, quizás? ¿Una advertencia instintiva y primaria de que ha vagado, a ciegas, hacia una emboscada hábilmente tendida que no anticipaba remotamente, y que el cazador, maldita sea su encantadora piel, está disfrutando de la emoción de la persecución, y la perspectiva del premio, mucho, mucho más de la cuenta?

—…¿Qué? —pregunta de nuevo, la palabra más suave esta vez, casi un aliento, teñida de una incredulidad, un horror incipiente, que es casi palpable en la habitación repentinamente quieta.

Simplemente sonrío de nuevo. Lenta. Deliberadamente. Dejando que el silencio cargado se estire y zumbe entre nosotros como una cuerda pulsada. Permitiendo que todo el peso delicioso de mi diversión, mis intenciones no expresadas —mi clara e incivil intención de disfrutar de este juego, esta farsa, este inesperado compromiso, en su máxima, más entretenida extensión; mi firme intención de ver cuánto magnífico y glorioso fuego posee realmente esta cautivadora princesita— se asiente pesadamente, sofocantemente en el aire como un desafío no declarado e inevitable.

Que se pregunte. Que entre en pánico. Que, quizás, incluso sienta un peligroso e inoportuno destello de esa misma atracción innegable, exasperante e innegable que yo, para mi propia condenación eterna y actual diversión, empezaba a sospechar que podría, solo podría, existir entre nosotros después de todo. Cosas más extrañas, supongo, habían sucedido. Aunque ninguna, quizás, tan entretenida. O potencialmente rentable.

—Imagínese el puro e inmaculado caos, princesa Georgina —digo finalmente, mi voz rica y suave como el terciopelo, teñida de la promesa seductora e irresistible de travesuras compartidas y deliciosas y un caos que hará añicos a la sociedad.

—Piense en el glorioso e interminable escándalo. Considere los juegos infinitamente entretenidos que podríamos jugar con toda la alta sociedad, escandalizada y cautivada. La inevitable y

espectacular apoplejía de su estimada madre por sí sola —añado, con un zumbido pensativo y apreciativo— valdría el precio de la entrada. Y luego, por supuesto, está el asunto bastante sustancial de mis ganancias de nuestros amigos. Un hombre debe considerar sus finanzas, después de todo. Especialmente al contemplar el matrimonio.

Se queda completamente quieta ante eso, su espalda se tensa de nuevo, tan rígida como la de un guardia de palacio. Su respiración se corta muy levemente, casi inaudiblemente, en su garganta. Es como si mis palabras, mis escandalosas sugerencias, fueran una mano invisible e inoportuna que presiona firmemente contra su espalda, empujándola, en contra de su voluntad, hacia algo emocionante y aterradoramente peligroso. Algo que ella sabe, con cada fibra de su ser regio y correcto, que debería resistir con todas sus fuerzas. Pero algo por lo que se siente, para su propio y creciente horror, mórbida y malditamente curiosa.

Un destello de esa cautivadora y exasperante incertidumbre pasa de nuevo por sus increíbles ojos —aparece y desaparece en un instante, rápido como un cervatillo asustado— pero lo capto. Oh, sí. Lo capto. Es la forma en que un depredador paciente y observador capta el más breve, casi invisible, temblor delator de su presa acorralada justo antes de que comience la verdadera y estimulante persecución.

Sus dedos enguantados se mueven ligeramente, inquietos, contra la caoba oscura y pulida de mi escritorio. Se agarra al borde implacable un poco más fuerte, como si intentara, desesperadamente, anclarse contra la creciente y seductora marea

de mi escandalosa sugerencia. O quizás, contra su propia, inoportuna y traicionera curiosidad.

La tensión entre nosotros es densa ahora, una corriente eléctrica casi palpable, crepitante, que zumba, vibra en el silencio cargado y expectante. Se tensa y canta como la cuerda de un arco, a punto de romperse.

Aprieta la mandíbula con fuerza, tanta que puedo ver los delicados músculos trabajando en su garganta mientras visiblemente, con gran esfuerzo, se traga la réplica vitriólica, furiosa, indudablemente muy colorida y poco femenina que sin duda anhela, con todo su corazón, lanzarme directamente a la cabeza. La observo, total y completamente fascinado, deleitándome en la magnífica y apenas contenida tormenta que se gesta tan hermosamente justo debajo de su compostura cuidadosamente, casi desesperadamente, mantenida.

Este es un juego de paciencia, de caos exquisitamente controlado, y estoy más que dispuesto, más que ansioso, por dejar que se desarrolle exactamente a mi ritmo. Y mi ritmo, en este particular y delicioso momento, es exasperante y maravillosamente lento. Diseñado, con considerable habilidad, para maximizar su exquisito tormento a fuego lento. Y, por supuesto, mi propio, privado y profundamente satisfactorio disfrute.

—Esto no es un juego, Montford —espeta finalmente, su voz afilada como un cristal roto. Pero hay una nueva, inquieta, casi entrecortada corriente subterránea en la forma en que lo dice. Un temblor de duda, de una incipiente e inoportuna comprensión, que no estaba allí antes.

Es como si acabara de darse cuenta —con un horror repentino, que le revuelve el estómago— de que no voy a ser, en absoluto y de forma inequívoca, su aliado, su cómplice, para escapar de este ridículo predicamento con sanción real. Que podría, de hecho, ser el obstáculo más grande, más exasperante, más impredecible y posiblemente, solo posiblemente, más entretenido de todos. Y que la apuesta que mencioné no era del todo en broma.

Me reclino aún más en mi cómodo sillón de cuero, estirando los brazos lánguida, lujosamente detrás de mi cabeza. Proyecto un aire de total e inexpugnable facilidad y de completo y confiado control. Un aire que ciertamente no sentí anoche al enfrentarme a los pronunciamientos triunfantes e innegociables de la Reina. Pero un aire que estoy disfrutando a fondo, exhaustivamente, ahora que la dinámica de poder, gracias a una princesa furiosa y una apuesta oportuna, ha cambiado tan deliciosa, tan inesperadamente, a mi favor.

—Oh, pero princesa —murmuro, dejando que mi sonrisa de suficiencia se ensanche finalmente hasta convertirse en una sonrisa plena, descarada y, sé a ciencia cierta, absolutamente exasperante que sé que detesta con cada fibra de su ser real—. Creo que subestima usted vasta y trágicamente lo increíble y deliciosamente divertida que podría llegar a ser toda esta farsa. Para mí, al menos. Y quién sabe —añado, con una inclinación de cabeza esperanzada y especulativa— quizás incluso para usted, una vez que decida dejar de luchar contra lo inevitable, abandonar su trágico apego al sentido común y abrazar de todo corazón la deliciosa y liberadora

absurdidad de todo esto. Y, por supuesto, una vez que haya cobrado mis ganancias de Bastian. Eso será particularmente agradable.

Todo su rostro se contorsiona entonces. Es un campo de batalla fascinante, casi alarmante, dramáticamente dividido entre una incredulidad furiosa y balbuceante y una indignación total y sin palabras. Parece, por un momento fugaz y magnífico, como si realmente pudiera explotar. O quizás entrar en combustión espontánea por pura, no adulterada, vejación real. Es una cosa de muy, muy poco. Casi contengo la respiración en anticipación.

—Usted —escupe, su voz afilada y temblando ligeramente ahora con una furia que es casi palpable, una cosa viva, que respira, hermosa en la habitación con nosotros— es inequívocamente, sin sombra de duda, el peor, más despreciable, más exasperante hombre vivo. Una plaga para la sociedad. Una amenaza para la decencia común, los salones bien ordenados y la cordura de las princesas desprevenidas en todas partes.

Pero debajo de la familiar y magnífica ira, hay algo crudo ahora, algo casi conmovido, algo sorprendentemente, deliciosamente vulnerable incluso. Una grieta diminuta, casi invisible en la armadura regia e impenetrable. Interesante.

Luego, como si todo el peso abrumador y escandaloso de mis palabras, mi negativa flagrante y poco caballerosa a desempeñar el papel esperado del canalla arrepentido y liberarla de este compromiso fársico, de repente, aplastantemente, cayera sobre ella, da un paso involuntario y tambaleante hacia atrás.

Sus ojos, esos increíbles y expresivos ojos, se entrecierran con sospecha. Como si me estuviera viendo claramente, de verdad, por

primera vez; no solo como un irritante, un tábano, un mal necesario que hay que soportar. Sino como una amenaza genuina, impredecible y posiblemente bastante peligrosa para su mundo cuidadosamente ordenado y con sanción real.

—¿Casarse conmigo es divertido? —Su voz se eleva, incrédula, teñida de incredulidad, cada sílaba pintada con un color vibrante y asombrado—. ¿Un juego? ¿Lo es mi vida, Montford? ¿Mi futuro? ¿Mi propia cordura? ¿Es todo solo una especie de deporte divertido y trivial para usted? ¿Alguna diversión nueva y emocionante para aliviar su aburrimiento crónico y deplorable y llenar sus ya bien repletos bolsillos?

Sus respiraciones son ahora jadeos cortos, irregulares y agitados. Su pecho sube y baja rápidamente bajo la seda carmesí, como si apenas pudiera contener la tormenta emocional y furiosa que se desata tan violentamente en su interior. Por primera vez desde que irrumpió tan dramática, tan maravillosamente en mi estudio, parece menos una guerrera temible y vengadora que carga con confianza hacia la batalla, y más como una mujer, una princesa, que de repente se da cuenta, aterradoramente, de que ha entrado accidental e irrevocablemente en un territorio peligroso, inexplorado y posiblemente bastante traicionero, infestado de caimanes. Con un guía que está clara, certificada y quizás bastante deliciosamente, loco.

Me llevo una mano dramáticamente al pecho en un gesto de profunda y falsa ofensa. Compongo mis rasgos en la viva imagen del orgullo injustamente herido, aunque se necesita un esfuerzo

considerable, casi heroico, para no reírme a carcajadas de su espléndida y magnífica indignación.

—Y sin embargo —señalo en voz baja, con un tono de fingida inocencia, dejando que las palabras floten deliberadamente, cargadas de significado, en el aire tenso entre nosotros, como una soga de seda, ineludible, que se aprieta ligeramente alrededor de sus argumentos furiosos y desordenados— de entre todos los hombres elegibles —y, de hecho, inelegibles— de toda Inglaterra, princesa Georgina, tú me elegiste a mí para pedirme matrimonio en público, a gritos y de una forma bastante inolvidable.Hago una pausa, dejando que todo el peso de ese hecho innegable cale hondo —. En un salón de baile abarrotado. En voz alta. Con considerable pasión, debo añadir.

Dejo que eso cale durante un momento largo y delicioso, observando con intensa satisfacción cómo su indignación se enciende aún más, sus hermosas mejillas ardiendo con un rubor de lo más favorecedor y atractivo.

—¿No sugiere eso algo… significativo, Alteza? —continúo, mi voz un mero ronroneo ahora—. ¿Quizás que en algún nivel profundo, subconsciente y, me atrevo a decir, bastante intrigante, me encuentra… única, irresistiblemente fascinante? —Inclino la cabeza —. ¿O quizás —concedo, con un aire de justa consideración— su puntería fue simplemente notable, espectacularmente mala esa noche?

Un ruido ahogado, incoherente y totalmente poco femenino escapa de su garganta, algo entre un gruñido furioso y frustrado y un grito ahogado y desesperado. Antes de que se dé la vuelta tan

rápido, con una energía tan violenta e incontrolada, que sus faldas carmesí se abren dramáticamente, casi amenazadoramente detrás de ella como la capa rojo sangre de un matador, una salpicadura vibrante y furiosa de magnífico color contra el fondo sobrio y erudito de mi estudio.

Observo, total y exhaustivamente entretenido, cómo marcha rígidamente, como una reina guiando a sus tropas a una batalla condenada pero gloriosa, hacia la puerta. Cada paso agudo y decidido sobre las pulidas tablas del suelo irradia pura, no adulterada y magnífica furia y una ambición desesperada y maravillosamente frustrada. Su espalda está tan rígida, tan inflexible, que parece que podría, literal y realmente, partirse por la mitad antes de alcanzar la relativa seguridad del pasillo. Un accidente trágico y lamentable, por supuesto. Uno que yo, naturalmente, lamentaría profunda, profundamente. Con una botella, o quizás dos, de mi mejor y más caro brandy.

Justo cuando llega al umbral, sin embargo, justo cuando su mano se cierra sobre el ornamentado pomo de latón de la puerta, se detiene en seco. Durante un momento largo, cargado, casi insoportable, simplemente permanece allí, con la espalda rígida como una vara, sus hombros visible y palpablemente tensos.

Lo veo claramente, incluso desde el otro lado de la habitación: la forma en que sus dedos enguantados se mueven inquietos, casi convulsivamente a los costados. La forma en que sus orgullosos hombros se tensan, luego caen ligeramente, y luego se tensan de nuevo, como si estuviera inmersa en un debate interno, feroz y silencioso.

Un debate sobre si darse la vuelta y finalmente, satisfactoriamente, arrojar algo pesado, caro y preferiblemente irremplazable directamente a mi cabeza satisfecha y exasperante. O quizás simplemente soltar una larga, elocuente y muy, muy inapropiada sarta de maldiciones para una princesa, llena de palabras creativas e históricas que harían sonrojar hasta a un marinero experimentado.

Casi espero que lo haga. Animaría las cosas aún más, y Mercer, bendita sea su alma estoica y sufridora, es tan notable, casi preternaturalmente hábil para ordenar después de tales… exhibiciones apasionadas y cargadas de emoción.

Pero no lo hace.

En cambio, exhala bruscamente, un sonido como el vapor que escapa de una tetera sobrecargada y presurizada a punto de una explosión catastrófica. Y luego sale furiosa, su vestido carmesí susurrando violentamente, casi vengativamente mientras desaparece abrupta, magníficamente en el pasillo de más allá.

Solo deja tras de sí el persistente y tentador aroma a jazmín, agua de rosas y pura, no adulterada e impotente rabia.

Una salida de lo más satisfactoria y, sospecho, meramente temporal.

Un segundo de silencio perfecto, hermoso, casi reverente, cuelga en la habitación repentinamente quieta. Roto solo por el alegre y totalmente despreocupado crepitar del fuego en el hogar.

Entonces, Mercer —quien de alguna manera, a través de un acto de fuerza de voluntad sobrehumana o quizás solo por puro y paralizante terror, ha permanecido arraigado, congelado como un

gnomo de jardín aterrorizado y bien vestido en el umbral durante todo este explosivo intercambio con carga real, su expresión una verdadera clase magistral de contención— se aclaró la garganta. Tímidamente. Casi inaudiblemente.

Su voz, cuando finalmente emerge, es susurrante, cautelosa, ligeramente estrangulada. Como si realmente temiera que Georgina pudiera reaparecer en cualquier momento, posiblemente con refuerzos, o quizás, un cañón pequeño pero efectivo.

—…¿Debería quizás… prepararle otra bebida, Su Excelencia? — aventura, sus ojos lanzando miradas nerviosas hacia el umbral vacío —. ¿O quizás… sales aromáticas? Para mí, se entiende.

Miro hacia el umbral ahora vacío, una sonrisa lenta, profundamente satisfecha y totalmente impenitente curvando mis labios mientras me reclino cómoda, lujosamente en mi silla de nuevo. Saboreo el giro de los acontecimientos absolutamente delicioso y totalmente inesperado que ha tomado esta mañana caótica y sorprendente.

Este compromiso, reflexioné, haciendo girar el whisky imaginario en mi vaso ahora vacío, estaba resultando ser infinitamente más divertido, más… estimulante, de lo que podría haber imaginado en mis sueños más salvajes y optimistas.

Georgina, con su magnífico fuego y su gloriosa e indómita furia, era un desafío. Un desafío delicioso, embriagador e impredecible.

Y yo, Gareth Montford, canalla, jugador y ahora, al parecer, ganador de apuestas victorioso, nunca, jamás me echaba atrás ante un desafío. Especialmente no uno que prometiera un

entretenimiento tan exquisito, prolongado y mutuamente garantizado.

—No es necesario por ahora, Mercer, mi buen hombre —replico suavemente, estirándome lánguida, satisfechamente como un gato muy grande y muy bien alimentado que acaba de disfrutar de un cuenco de nata particularmente satisfactorio, y quizás una persecución animada y vigorizante con un ratón muy enérgico, muy hermoso y actualmente muy, muy enfadado.

—Creo —añado, mi sonrisa ensanchándose aún más— que ya estoy disfrutando de esta… situación… demasiado tal como está. —Hago una pausa, considerando las deliciosas perspectivas que se avecinan—. De hecho, Mercer —concluyo, con un entusiasmo recién descubierto, casi infantil— creo que voy a disfrutarla mucho, mucho más antes de que esté ni remotamente terminada.

¿Y lo mejor de todo? Tenía una apuesta bastante sustancial pendiente precisamente sobre eso.

8

La Reacción de la Alta Sociedad

Georgina

Si había albergado siquiera una diminuta y titilante esperanza de que la alta sociedad tuviera una pizca de sentido común sobre todo este lío del compromiso. O si había creído tonta e ingenuamente que la sociedad londinense vería mi proposición casual a Gareth Montford como la absoluta parodia que claramente era, y quizás pasaría silenciosamente al siguiente escándalo. Entonces cometí un grave y épico error de cálculo.

La ciudad entera, al parecer, echa espuma por la boca con especulaciones y un regocijo apenas disimulado. Su regocijo colectivo es tan denso que prácticamente se podría embotellar y vender como perfume, probablemente etiquetado como «Eau de Catastrophe». Los cotilleos se propagan más rápido que la gripe, cada relato del incidente más ridículo y salvajemente inexacto con cada nueva versión sin aliento.

Para cuando llego, elegantemente tarde y llena de pavor, a la fiesta en el jardín bastante exagerada de Señora Langley a la tarde siguiente, es flagrantemente obvio que mi desafortunado compromiso es el único tema que a nadie le importa de verdad. Puedo sentir el peso de la atención posarse sobre mí en el mismo instante en que piso el césped perfectamente cuidado.

El inconfundible (y probablemente estratégicamente desplegado) carruaje real de mi madre apenas ha doblado la esquina. Al menos una docena de pares de ojos se giran inmediatamente hacia mí, los abanicos revoloteando como palomas asustadas, las cabezas

inclinándose conspiradoramente unas hacia otras mientras los susurros recorren la reunión como un contagio particularmente virulento.

El zumbido general de la conversación educada cambia notablemente, cambiando de tono a algo más puntiagudo, más enfocado. Las damas presentes, siempre maestras de la sutileza, hacen un trabajo absolutamente pésimo fingiendo que no están discutiendo abierta y ávidamente mi caída. Sinceramente, sus intentos de discreción son de risa.

—¿Has oído lo último? —murmura una, en voz baja pero lo suficientemente alta como para que yo, la desgraciada, pueda oírla —. Dicen que *Montford* la comprometió allí mismo, en el baile. La obligó a hacerlo, por así decirlo—. Pobre princesa Georgina, atrapada por ese animal desenfrenado.

—Tonterías, querida —replica otra inmediatamente, inclinándose más cerca de su compañera con un aire de conocimiento superior—. Oí que ella lo comprometió a él. Lo acorraló cerca de las mesas de juego, al parecer. El pobre hombre nunca tuvo una oportunidad contra una princesa decidida. —¡Pobre Gareth, atrapado por la realeza!

—¿Montford? ¿Pobre? —Una tercera dama deja escapar un bufido delicado e incrédulo cerca—. Por favor, Amelia. El hombre es prácticamente salvaje, ¿has visto cómo la mira a veces? Como un lobo acechando a su próxima presa. —Vale, esa última podría tener una pizca de incómoda verdad, ¡pero aun así!

Exhalo lenta y deliberadamente por la nariz, reprimiendo el impulso abrumador, casi violento, de llevarme las manos a la frente

dramáticamente y soltar un largo y agudo grito. Quizás desmayarse sería más fácil. No, Madre nunca perdonaría la escena.

No son solo las damas, por supuesto, las que encuentran diversión infinita en mi actual predicamento. Oh, no. Los caballeros, esas criaturas deliciosamente simples y predecibles, han logrado convertir mi potencial miseria de por vida en una especie de vulgar deporte de espectadores. Literalmente. Están apostando sobre mi futuro.

Veo a Señor Pembroke —un imbécil insufrible con la profundidad intelectual de una cucharilla de té decorativa— inclinándose conspiradoramente hacia un grupo de lores igualmente descerebrados cerca del puesto de limonada. Las monedas tintinean alegremente en su palma mientras las lanza arriba y abajo con una indiferencia irritante, hablando en un tono de falsa compasión que me hace querer escoltarlo personalmente hasta el estanque decorativo más cercano. Preferiblemente de cabeza.

—Cien guineas a que Montford está bien y verdaderamente encadenado antes de que acabe el mes —reflexiona Pembroke en voz alta, claramente actuando para su público—. Atrapado como es debido esta vez.

Otro señor se ríe, sacudiendo la cabeza.

—No te precipites tanto, Pembroke. Subestimas a la princesa. Si alguien posee la astucia para escabullirse de este desastre, es Su Alteza. —Bueno, gracias por el voto de confianza, quienquiera que seas.

Pembroke simplemente vuelve a negar con la cabeza, una sonrisa engreída y de suficiencia curvando sus labios que me hiela la

sangre.

—Ah, pero mi querido amigo, olvidas el factor crucial —dice, bajando la voz ligeramente pero aún audible—. Montford realmente quiere este compromiso. Está jugando una partida más larga.

Me quedo rígida. El hielo se desliza por mi espalda. Oh. Oh, esa absoluta, manipuladora y conspiradora amenaza. ¡Está fomentando esto! ¡Quiere que piensen que él tiene el control, que desea esta farsa!

Me doy la vuelta bruscamente sobre el césped, mi compostura cuidadosamente mantenida hecha añicos, escudriñando el concurrido césped con los ojos entrecerrados. Mi pulso comienza a martillear contra mis costillas en un ritmo frenético alimentado por una rabia pura y sin filtros. Porque, por supuesto, Gareth Montford está aquí. ¿Dónde más iba a estar sino en la escena de su último triunfo, absorbiendo la atención como una esponja particularmente engreída? Y, por supuesto, está disfrutando de cada uno de los segundos de mi humillación pública.

Lo localizo con bastante facilidad cerca de los enrejados de rosas cubiertos de maleza, con un aspecto demasiado cómodo e irritantemente atractivo con su levita azul marino impecablemente entallada. Su cabello dorado oscuro está ingeniosamente alborotado, justo lo necesario, mientras se apoya despreocupadamente en una columna de piedra desgastada, con esa habitual sonrisa irritante firmemente cimentada en su sitio. Un grupo revoloteante de damas lo rodea, todas positivamente desmayándose y riendo tontamente detrás de sus abanicos mientras él, sin duda, les suelta alguna sarta

de tonterías absolutamente deplorables y encantadoras. Probablemente les dijo que él se había propuesto.

Y entonces, como si poseyera una especie de sexto sentido específicamente sintonizado para detectar mi creciente furia, levanta la cabeza. Su mirada, aguda y de suficiencia, se clava directamente en la mía a través del jardín salpicado de sol. Su sonrisa se ensancha. Es algo lento, deliberado y absolutamente irritante. Una mirada que dice: «¿Sí, princesa? ¿Me buscaba?». Mi tensión arterial se dispara a la estratosfera.

Antes de que pueda siquiera formular un pensamiento coherente sobre dar media vuelta y marchar directamente de regreso al carruaje —posiblemente prendiendo fuego a la fiesta en el jardín de camino— se aparta de la columna. Comienza a moverse hacia mí a través de la multitud, sorteando los grupos de invitados cotillas con la gracia pausada y confiada de un hombre que nunca en toda su privilegiada vida ha conocido el verdadero miedo o la duda. O la decencia humana básica, para el caso.

Lo desprecio. Desprecio la confianza inquebrantable que prácticamente irradia de él. Desprecio la forma en que se mueve por el mundo como si existiera únicamente para su diversión y conveniencia personal. Y, sobre todo, desprecio la forma en que me mira ahora mismo; no como si yo fuera una amenaza genuina para su soltería, sino simplemente un desafío divertido y temporal que espera superar por completo.

Para cuando finalmente me alcanza, deteniéndose directamente en mi camino, lo he asesinado mentalmente al menos de seis maneras diferentes y cada vez más creativas. Apuñalarlo con un

mazo de croquet descarriado parece particularmente atractivo en este momento.

—Princesa —murmura, inclinando la cabeza muy ligeramente en una burla de respeto. Sus ojos, sin embargo, danzan con una diversión no disimulada.

Apenas resisto el poderoso y primario impulso de arrojarle mi vaso de limonada intacto directamente a su engreída cara.

—Montford —respondo, mi voz cortante y lo suficientemente fría como para, con suerte, congelarlo en el acto. No funciona, naturalmente.

Me toma la mano antes de que pueda siquiera pensar en retirarla, sus dedos fuertes y cálidos, demorándose solo una fracción de segundo de más mientras la lleva galantemente a sus labios. Su aliento es cálido contra la fina tela de mi guante, una sensación sorprendentemente íntima que envía una sacudida inoportuna directamente a través de mí. Casi implosiono en el acto mientras oigo simultáneamente un coro colectivo de jadeos escandalizados estallar de la multitud que nos observa ávidamente. ¡Sabía que estaban mirando!

Retiro mi mano como si su toque me quemara, acunándola protectoramente contra mi pecho.

—¿Está completamente loco? —siseo, mi voz temblando ligeramente de furia.

Él inclina la cabeza, pareciendo considerar genuinamente la pregunta por un momento, golpeándose la barbilla con un dedo pensativo.

—Posiblemente —concede alegremente, como si discutiera el tiempo—. Pero los médicos no se ponen de acuerdo en el diagnóstico.

—¡Está empeorando deliberadamente esta situación! —digo entre dientes apretados, muy consciente de las docenas de ojos ahora fijos firmemente en nosotros, los oídos esforzándose por captar cada palabra. Somos el principal entretenimiento de la tarde.

Su sonrisa se profundiza, transformándose en una sonrisa lenta y perversa. Baja la cabeza ligeramente mientras se inclina, lo justo para que sus siguientes palabras sean un murmullo bajo destinado solo a mí, su voz una caricia ronca contra mi oreja que me eriza la piel.

—O —murmura, sus ojos brillando con desafío— ¿quizás la estoy haciendo infinitamente más… interesante?

Lo miro boquiabierta, momentáneamente sin palabras, luchando por formar palabras mientras mi mente tropieza consigo misma en pura e farfullante incredulidad. Mi aliento se queda atascado en algún lugar de mi garganta, una mezcla ahogada de indignación y absoluta incredulidad. Siento como si acabara de presenciar a un hombre sugerir tranquilamente prender fuego a la casa simplemente para ver si los bomberos llegan puntualmente. Está completamente desquiciado. Está genuina y certificablemente loco. Y, sin embargo… Y, sin embargo, está ahí de pie ante mí, completamente a gusto, irradiando autosatisfacción, con el brazo extendido expectante como si ofrecerme un baile fuera la cosa más natural del mundo en estas circunstancias. Sus ojos brillan con algo perverso, algo depredador,

algo que me dice sin lugar a dudas que está disfrutando a fondo de mi creciente sufrimiento.

Y entonces —porque el universo claramente me desprecia y encuentra divertido mi tormento— me ofrece su brazo de nuevo, inclinando la cabeza muy ligeramente, un desafío silencioso e irritante en sus ojos. Me está retando a rechazarlo delante de todos.

Parpadeo. Una vez. Dos veces. Mis dedos se mueven incontrolablemente a mis costados, ansiosos por lanzar algo, cualquier cosa: un canapé, una taza de té, quizás al propio Señor Pembroke.

—Absolutamente no —consigo decir, con la voz tensa.

Él simplemente arquea una sola y perfecta ceja, la viva imagen de la sorpresa fingida, como si genuinamente hubiera esperado que yo saltara ante la oportunidad de pasearme con él. ¡Qué descaro el de este hombre!

—Ahora, princesa —dice, su voz goteando una solemnidad burlona y una falsa preocupación— ¿qué diría su querida madre si la viera desairar públicamente a su devoto y recién adquirido prometido? —Lanza una mirada elocuente hacia donde varias conocidas cotillas de la sociedad fingen no estar escuchando a escondidas.

Hago un ruido bajo y ahogado en lo profundo de mi garganta, violentamente dividida entre el deseo de cometer violencia real y el instinto arraigado de autoconservación. Él lo sabe. Sabe perfectamente que no puedo montar otra escena aquí. Sabe que estoy atrapada, acorralada por el decoro y sus propias maniobras desvergonzadas. Y lo peor de todo —la peor parte de toda esta farsa

— sé con escalofriante certeza que si lo rechazo ahora, encontrará otra manera. Probablemente encontrará una forma mucho más elaborada y vergonzosa de empeorar esta situación para mí. Él prospera en el caos.

Mis dedos se mueven de nuevo a mis costados, una batalla desesperada y silenciosa librándose dentro de mí entre la necesidad arraigada de toda la vida de mantener el decoro y el deseo abrumador y visceral de retorcerle el cuello insufrible y atractivo. Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que temo poder romperme un diente. Inhalé lenta y deliberadamente por la nariz, forzando mi expresión a algo frío, algo distante. Algo que, con suerte, no delatara el odio absoluto que se arremolinaba en mi estómago como leche agria.

Así que, con una última mirada asesina que promete retribución más tarde, paso mi brazo por el suyo. Mis movimientos son rígidos, bruscos, profundamente reacios. Cada músculo de mi cuerpo grita en protesta contra esta proximidad forzada. Se siente como abrazar a una víbora particularmente encantadora.

Gareth tararea con aprobación a mi lado, el sonido un ronroneo bajo y satisfecho en lo profundo de su pecho que me pone la piel de gallina.

—¿Ve ahora, princesa? —murmura, con la voz engreída—. ¿Fue realmente tan difícil?

Aprieto instintivamente mi agarre en su brazo, lo justo para ser genuinamente doloroso, clavando mis uñas sutilmente en la fina lana de la manga de su levita a través de mi guante. Le ofrezco una sonrisa dulzona que no llega a mis ojos.

—No tiene ni la más remota idea —susurro venenosamente entre dientes apretados— de cuánto le odio de verdad en este momento, Montford.

Él realmente se ríe, el sonido bajo y completamente despreocupado, sus dedos posándose ligeramente sobre los míos donde descansan en su brazo en una repugnante burla de ternura. El contacto envía otra sacudida no deseada a través de mí.

—Querida —responde con facilidad, inclinándose ligeramente más cerca de nuevo— si poseyera una sola casa por cada vez que ha pronunciado esas exactas palabras, o algo muy similar, sería aún más obscenamente rico de lo que ya soy.

Definitivamente voy a matarlo. Pronto. Mientras comienza a guiarme suavemente hacia el sendero principal del jardín, obligándome a pasear con él como una verdadera pareja de prometidos, oigo otro coro de susurros excitados y escandalizados explotar a nuestro alrededor. Los abanicos revolotean como bandadas de pájaros asustados que levantan el vuelo, las cabezas se estiran ansiosamente para ver mejor a la princesa condenada y a su libertino captor.

Alguien cercano se ríe tontamente detrás de una mano enguantada. Alguien más murmura algo indudablemente escandaloso que se gana un jadeo de deleite de su compañera. La alta sociedad prácticamente saliva ante este espectáculo público, y Gareth —la amenaza, el demonio absoluto— se deleita claramente en cada segundo.

Y sé —simplemente lo sé— que esta pequeña y acogedora escena estará en todas las columnas de cotilleos por la mañana. La

tinta probablemente ya se está secando en la prosa sin aliento de algún periodista de pacotilla. Considero seriamente el asesinato de nuevo. ¿Un accidente trágico, quizás? ¿Un percance menor que involucre unas tijeras de podar defectuosas? Podría tropezar con una roca decorativa mal colocada. ¿Quizás caer de cabeza en la fuente y misteriosamente no volver a salir a la superficie? Las posibilidades son infinitas, en realidad.

Pero, por otra parte, supongo que probablemente tendría que estar casada con él primero para que alguien creyera que tenía un motivo. Maldita sea. Y no voy a permitir que Gareth Montford gane esta batalla de compromiso tan fácilmente. Oh, no. Esta guerra no ha hecho más que empezar.

9

Una Muestra de Afecto Muy Pública (Para Aparentar, por Supuesto)

Georgina

La espantosa velada musical de SeñoraSeñora Ashford de esta noche. Incluso puedo, por lo general, soportar los insípidos e incesantes cotilleos de la alta sociedad: sus irritantes y sabiondos susurros detrás de abanicos estratégicamente colocados. Sus absurdos círculos de apuestas públicas sobre cada aspecto de mi vida amorosa, o la falta de ella, estrechamente controlada. Todo forma parte de la espantosa y brillante actuación de ser de la realeza, ¿no es así? Molesto, pero manejable.

Pero la única cosa que absolutamente no puedo, bajo ninguna circunstancia conocida por el hombre o la bestia, soportar —la única cosa que hace que mi alma misma parezca arder con pura e inalterada indignación— es el espectáculo engreído e irritante de Gareth Montford ganando de verdad. Ganando cualquier cosa. Especialmente cuando el premio, al parecer, soy yo.

¿Y ahora mismo? Oh, el irritante hombre estaba ganando sin lugar a dudas, y maldito sea, lo sabía. La prueba prácticamente irradiaba de él en oleadas de suficiencia mientras holgazaneaba con una facilidad exasperante a mi lado aquí, en la espantosa velada musical de SeñoraSeñora Ashford esta noche. Parecía demasiado satisfecho consigo mismo, demasiado cómodo, para ser un hombre que, por derecho, probablemente debería estar aterrorizado por su continua seguridad física, considerando los pensamientos asesinos que actualmente ocupaban mi mente.

La prueba adicional estaba en la forma absolutamente ridícula en que cada una de las damas melindrosas presentes en este sobrecalentado salón de baile parecía observarlo con una atención absorta, casi sin aliento, como si fuera la criatura más fascinante, peligrosa y perversamente atractiva que jamás hubieran tenido la fortuna (o la desgracia) de contemplar. Lo cual, desafortunadamente, posiblemente podría ser.

Y la prueba final y más condenatoria estaba en la forma deliberadamente calculada en que había logrado —con bastante pericia, tenía que admitir entre dientes— asegurarse de que nos vieran constante y públicamente juntos en cada evento social posible desde esa desastrosa proposición accidental. Su mano se demoraba una fracción de segundo de más en la mía al ayudarme a bajar de un carruaje. Sus susurros en mi oído durante las cenas eran siempre demasiado cercanos para la mera cortesía, diseñados puramente para hacer que los espectadores especularan y mi propia piel se erizara.

Cada uno de sus movimientos, cada mirada compartida, cada sonrisa irritantemente encantadora dirigida a mí parecía meticulosamente diseñada para que pareciera que estábamos ridícula, nauseabunda y perdidamente locos de amor.

Era absolutamente enloquecedor. Me sentía como un caniche de exhibición forzado a llevar un disfraz con volantes. ¿Y la peor parte? ¿La parte más irritante y exasperante de toda esta farsa? La alta sociedad, fácilmente engañada, se lo estaba tragando todo con enormes cucharas de plata, prácticamente suplicando más raciones de nuestro supuesto romance épico.

En el mismo momento en que llegamos a la velada musical esta noche, las cabezas se habían girado literalmente en nuestra dirección como si fueran tiradas por hilos invisibles. Los abanicos comenzaron a revolotear inmediatamente con una velocidad agitada, como bandadas de pájaros asustados que levantan el vuelo. Los susurros estallaron al instante, propagándose como disparos a través de la densa multitud de asistentes.

Este salón de baile se sentía particularmente sofocante esta noche, una jaula dorada asfixiante llena a rebosar de expectativas tácitas y demasiados ojos curiosos. El brillo parpadeante, casi agresivo, de los innumerables candelabros arrojaba una calidez engañosa sobre cientos de rostros ya iluminados con un regocijo escandaloso apenas disimulado, todo aparentemente dirigido a mi actual predicamento.

El aire mismo se sentía denso, pesado con la empalagosa mezcla de caros perfumes franceses, cera de velas derritiéndose y el innegable, casi metálico, aroma de un escándalo fresco y jugoso; mi escándalo, al parecer. Era, en resumen, una tortura absoluta disfrazada de entretenimiento.

Sí, si de verdad existe un infierno reservado para princesas recalcitrantes, estoy bastante segura de que se ve y huele muy parecido a la velada musical anual de SeñoraSeñora Ashford. Música mala sin fin, champán caliente y gente hablando de ti a tus espaldas. Qué alegría.

—¡Mire cómo la contempla! —oí a Señorita Tremaine susurrar en voz alta —demasiado alta— a su compañera cercana, su voz prácticamente vibrando con tonterías sentimentales.

—Y ella parece absolutamente cautivada por él también, ¿no es así? —suspiró la otra mujer en respuesta, soñadoramente, abanicándose con un vigor innecesario.

¿Cautivada? ¡Estaba contemplando varios métodos para causarle graves daños corporales sin testigos!

—Oh, simplemente siempre supe que era amor verdadero escondido bajo todas esas ingeniosas disputas…

¿Amor? ¡Cielos santos, casi me atraganto violentamente con mi champán tibio en ese mismo instante! Las burbujas se me quedaron atrapadas agresivamente en la garganta mientras luchaba desesperadamente por tragar tanto el líquido mediocre como mi cruda y farfullante incredulidad.

¿Amor? ¿Con Montford?

La sola idea era tan absolutamente descabellada que rozaba la locura.

Apreté los labios con fuerza, forzando mi expresión de nuevo a una de neutralidad fría y compuesta, sin delatar nada. Pero mi agarre en el delgado tallo de mi copa de champán se apretó lo justo para que el cristal helado mordiera bruscamente, como una advertencia, en mi piel enguantada.

Antes de que pudiera tomar un respiro tranquilizador, antes de que pudiera siquiera intentar moldear mis facciones en algo menos asesino, Gareth se movió. No era solo el cotilleo, me di cuenta de repente, a lo que estaba reaccionando; era a mi furia apenas disimulada. Quería avivarla.

Se acercó más, su proximidad una invasión instantánea de la frágil compostura que intentaba mantener desesperadamente.

Hábilmente, con una posesividad que fue tan impactante como pública, su brazo se deslizó alrededor de mi cintura, atrayéndome firmemente a su costado. Para los espectadores boquiabiertos, debió de parecer el colmo del afecto devoto: el apuesto Señor Montford reclamando a su amada princesa. El suspiro colectivo que recorrió a las damas cercanas fue casi audible.

Pero entonces se inclinó, sus labios rozando el pabellón de mi oreja, su cálido aliento una caricia traicionera contra mi piel. Su voz, un murmullo bajo y sedoso destinado solo a mí, goteaba una burla descarada.

—Intente parecer menos como si estuviera contemplando mi inminente fallecimiento, querida —susurró, el apelativo cariñoso un giro deliberado del cuchillo—. Las masas adoradoras esperan que su princesa parezca adecuadamente emocionada con su premio. ¿O es mi compañía realmente tan insoportable que no puede ni fingir deleite por un momento?

Mi respiración se entrecortó. ¡Qué audacia! ¡Pasearme como un «premio» mientras se burlaba simultáneamente de mi propia incomodidad! El calor de su cuerpo, la presión posesiva de su brazo, el irritante terciopelo de su susurro, todo se combinó en una sofocante ola de pura rabia. Mis dedos, todavía agarrando mi copa de champán, temblaron.

¿Y Gareth? ¿Mi querido prometido? Él, por supuesto, sintiendo el temblor de furia que me recorrió, la forma en que mi cuerpo se puso rígido en su abrazo, tuvo la desmedida audacia de retroceder lo justo para mirarme de reojo, sus ojos iluminados por el triunfo. Me ofreció una pequeña e irritante sonrisa de complicidad. Como si

pudiera leerme la mente. Como si supiera que acababa de empujarme al límite.

Su consiguiente sonrisa socarrona fue lenta, irritantemente deliberada, una burla silenciosa y burlona envuelta pulcramente en una diversión atractiva e irritante. Su mirada se detuvo deliberadamente en la mía, sus ojos azules brillando con desafío, prácticamente retándome a reaccionar, a montar una escena, a darle a la multitud que observaba con avidez precisamente lo que tan desesperadamente anhelaba: una exhibición pública, un espectáculo emocionante, algo verdaderamente jugoso para alimentar su hambre incesante e insaciable de nuevos escándalos. Estaba disfrutando a fondo de este pequeño juego de poder entre nosotros. Demasiado, demasiado para su propio bien.

¿Y yo? Bueno, decidí en ese mismo momento que había terminado, completa y absolutamente, de seguirle el juego dócilmente a sus irritantes juegos. Ya era suficiente.

Tomé otro sorbo lento y deliberadamente medido de mi champán, francamente decepcionante, permitiendo que el leve frescor crujiente estabilizara mis nervios de repente deshilachados mientras reprimía sin piedad la réplica aguda y cortante que actualmente me picaba en la punta de la lengua. El peso delicado y familiar de la copa de cristal en mi mano se sintió extrañamente anclante en ese momento, una distracción necesaria mientras mi mente de repente se ponía a funcionar furiosamente con un nuevo y bastante perverso plan.

Si Gareth Montford de verdad quería jugar, entonces bien. Que así sea. Le daría un juego que no olvidaría pronto. Lo haría sufrir, tal

como él me estaba haciendo sufrir a mí ahora. Le haría lamentar amargamente haber pensado alguna vez que podría ganar esta guerra entre nosotros tan fácilmente. Me aseguraría, con cada onza de astucia que poseía, de que para cuando acabara con él esta noche, Gareth Montford estuviera prácticamente suplicando de rodillas que lo liberaran de este compromiso. Sí. Eso sonaba bastante satisfactorio.

Inhalé lenta y profundamente, permitiendo que el peso latente de mi frustración se asentara dentro de mí, que se cristalizara en algo más frío, más agudo, algo enfocado y controlado. Con un movimiento deliberado, casi casual, de mi muñeca, alisé la delicada caída de mis faldas de seda. Luego ajusté el ángulo de mi barbilla una fracción hacia arriba, asegurándome de que la máscara de perfecta compostura que presentaba al mundo que observaba permaneciera absolutamente intacta por la violenta tormenta que actualmente rugía justo bajo la superficie. El aire mismo a mi alrededor parecía zumbar ahora con susurros, con especulaciones, con una expectación sin aliento. Y yo… oh, sí, sin duda cumpliría.

¿Y el primer y delicioso paso en mi campaña de justa venganza? La humillación pública. La suya, naturalmente. Del tipo exquisitamente embarazoso. El tipo de desaire público y mordaz que haría que incluso los cotillas más experimentados y cínicos de la sala se detuvieran bruscamente a mitad de la frase, con la boca abierta. Del tipo que indudablemente dejaría una marca permanente y satisfactoriamente visible en la reputación irritantemente prístina, aunque totalmente inmerecida, de Gareth Montford como un conquistador irresistible.

Simplemente tenía que ser despiadado. Absolutamente devastador. Las indirectas sutiles simplemente no servirían esta noche; no cuando él había disfrutado tan a fondo, y públicamente, de pasearme por la sociedad londinense durante semanas como si fuera una especie de premio brillante y exótico que había ganado sin esfuerzo en una partida de cartas. Oh, no. Esto no sería en absoluto un incidente menor del que pudiera reírse despreocupadamente más tarde con brandy y puros con su molesta panda de amigos. Esto, decidí con sombría satisfacción, iba a ser un espectáculo en toda regla. Su espectáculo, para variar.

Visualicé vívidamente el inevitable cambio en los susurros de la sala entonces. Las sonrisas de complicidad flaqueando de repente en los rostros engreídos, las miradas encantadas y especulativas de la alta sociedad convirtiéndose abruptamente en algo completamente diferente. ¿Pena, quizás? Conmoción, sin duda. Tal vez incluso, me atrevo a esperar, una especie de admiración a regañadientes, dirigida hacia mí, naturalmente, por ser la mujer inteligente que se negaba a ser vencida tan fácilmente, incluso por el infame Montford.

Mi pulso se aceleró de repente con la pura emoción de la inminente confrontación, la anticipación zumbando como un cable pelado justo debajo de mi piel. Sí. Excelente. Si Gareth Montford de verdad quería jugar, entonces simplemente tendría que recordarle, de forma bastante contundente, que soy mucho más peligrosa, mucho más astuta, de lo que él jamás pareció darme crédito.

—Montford —murmuré entonces, girándome ligeramente hacia él, endulzando mi voz, dejándola llevarse lo justo para asegurar que los sentados más cerca se inclinaran ligeramente, su curiosidad

instantánea y predeciblemente despertada por mi repentino cambio de tono.

Él inclinó la cabeza ligeramente en respuesta, mirándome con esa familiar diversión abierta e irritante, su postura todavía engañosamente relajada a mi lado. Pensó que sabía lo que venía. No tenía ni idea.

—¿Sí, querida? —respondió suavemente, el apelativo deliberadamente provocador, diseñado para hacerme reaccionar.

Reprimí sin piedad el repentino y violento impulso de apuñalarlo bruscamente con mi horquilla decorativa. En algún lugar doloroso.

—¿Te importaría, por casualidad —pregunté en su lugar, mi voz ahora toda seda goteante y miel envenenada— traerme otra copa de champán? Esta parece haber perdido misteriosamente su efervescencia. —Le ofrecí mi sonrisa más deslumbrante y engañosa.

Sus labios se crisparon casi imperceptiblemente, las comisuras de su boca curvándose ligeramente hacia arriba con una diversión cómplice. No estaba del todo engañado, maldito sea.

—¿Oh? —inquirió a la ligera, siguiéndome el juego—. ¿Estamos quizás dando órdenes ahora, princesa? Qué autoritaria por su parte.

Le parpadeé entonces, desplegando un arma que normalmente despreciaba pero que sabía que era efectiva contra hombres como él.

—Solo si la tarea no es demasiado difícil para usted, por supuesto —repliqué suavemente, mi voz superpuesta con una dulzura fingida y un desafío sutil—. Si recuperar el champán resulta demasiado agotador, siempre puedo pedírselo a alguien más… capaz. Señor Ainsley parece bastante desocupado por allí, ¿no le

parece? —Dejé que mi mirada se desviara significativamente hacia el marqués, un conocido rival de Gareth.

Hubo una pausa lenta y evaluadora entonces. Gareth estudió mi rostro atentamente por un momento, sus ojos azules agudos, indudablemente tratando de descifrar mi estrategia oculta. Entonces, para mi total y engreída satisfacción, finalmente sonrió; un destello amplio y genuino de dientes, como si supiera perfectamente que estaba tramando algo potencialmente ruinoso pero simplemente era demasiado curioso, quizás incluso demasiado arrogante, para resistirse a seguir el juego solo para ver qué pasaba después. Predecible.

—Por supuesto, Su Alteza —murmuró finalmente, levantándose suave y grácilmente de un solo movimiento fluido—. Cualquier cosa por mi amada futura esposa. —El sarcasmo era denso, pero se iba.

Apreté los dientes con fuerza mientras se alejaba con confianza hacia las mesas de bebidas, ya odiando lo increíblemente guapo que se veía, lo completamente, irritantemente impasible que parecía ante toda esta tensión arremolinada entre nosotros. Bien. Que se sienta cómodo por ahora. Que se sienta arrogante y en control. Por el momento. Porque cuando regresara, felizmente inconsciente de mis intenciones, tenía toda la intención de arruinarlo. Públicamente. Espectacularmente.

Alisé deliberadamente mis largos guantes de seda con una facilidad practicada y pausada, mis dedos rozando ligeramente el delicado bordado dorado de las muñecas mientras inhalaba profundamente, dejando que mi irritación latente se gestara justo bajo la superficie pulida y serena de mi expresión.

El peso tangible de docenas de ojos curiosos enfocándose de repente en mí ahora que Gareth se había marchado era inconfundible. Su curiosidad colectiva se sentía densa y pesada en el aire caldeado, una cosa física que presionaba incómodamente contra mi piel como el calor sofocante que irradiaba hacia abajo desde los numerosos candelabros de arriba.

Mi espalda permaneció perfectamente recta, mi barbilla sostenida en el ángulo precisamente correcto, una máscara cuidadosamente construida de aplomo sin esfuerzo asentándose firmemente sobre mis rasgos mientras fingía deliberadamente un completo desinterés en los renovados murmullos que inevitablemente comenzaron a recorrer la sala una vez más. Mi pulso latía firmemente ahora, un ritmo medido de anticipación desafiante, mi respiración uniforme mientras me componía meticulosamente para la actuación que se avecinaba. Si Gareth Montford de verdad pensaba que todavía tenía el control total de este ridículo juego entre nosotros, estaba muy, muy equivocado.

Cambié ligeramente mi postura en la pequeña silla dorada entonces, el sutil movimiento un acto de precisión calculada, diseñado puramente para asegurar el máximo efecto dramático para lo que estaba a punto de ocurrir. En el momento en que hiciera mi siguiente movimiento calculado, lo sabía, no habría absolutamente ninguna vuelta atrás. Las líneas de batalla estarían trazadas.

Porque cuando Gareth regresara con mi champán, no me limitaría a arruinarlo. Oh, no. Tenía toda la intención de aniquilarlo pública y metafóricamente. Sí. Aniquilar sonaba adecuadamente dramático.

Esperé precisamente tres minutos insoportablemente largos; lo justo, calculé, para que toda la sala hubiera notado definitivamente su conspicua ausencia a mi lado. El tiempo suficiente para que la curiosidad ambiental sobre nuestra relación volviera a alcanzar un pico palpable. El tiempo suficiente para que docenas de ojos curiosos se desviaran inevitable y expectantes hacia mí, esperando como si fuera un acontecimiento significativo en nuestro pequeño drama.

Y entonces, solo cuando estuve absolutamente segura de que tenía su atención total y absorta, me levanté lenta y grácilmente de mi asiento. E inmediatamente comencé a flirtear.

Ferozmente. Descaradamente. Estratégicamente. Primero, con Señor Pembroke, ese tonto pomposo que sabía a ciencia cierta que ya despreciaba a fondo a Gareth por razones que involucraban una desastrosa partida de cartas y posiblemente un caballo robado varios años atrás. Luego pasé suavemente al anciano y lascivo duque de Somerset, un hombre que había estado intentando cortejarme de forma bastante vergonzosa (y fallida) durante los últimos tres años, para eterna desesperación de mi madre.

Y finalmente, para un impacto máximo, dirigí mis atenciones hacia el apuesto y melancólico marqués Ainsley, un hombre del que se rumoreaba fehacientemente en todo Londres que había vencido a Gareth de forma bastante decisiva en un duelo una vez por alguna cantante de ópera olvidada. Perfecto.

Me giré deliberadamente hacia cada uno de estos caballeros por turno, desplegando mi sonrisa más deslumbrante, encantadora y absolutamente insincera. Mantuve mi voz deliberadamente suave,

casi íntima. Me aseguré de que mi mirada se detuviera quizás solo una fracción de segundo de más en cada uno de sus rostros. Permití que mis dedos enguantados rozaran muy ligeramente, «accidentalmente», las mangas de sus levitas con una descuido ingenioso y practicado que aseguraba que cada ojo observador en todo ese salón de baile viera exactamente lo que estaba haciendo. Viéndome flirtear abierta y descaradamente con los rivales y detractores conocidos de Gareth mientras él estaba diligentemente buscando mi champán como una especie de recadero.

Para cuando Gareth finalmente regresó, sorteando la multitud con cuidado con una copa de champán fresca y rebosante en alto en su mano, toda la sala estaba prácticamente fascinada, completamente cautivada por mi descarada actuación. ¿Y la expresión que parpadeó brevemente, sin vigilancia, en su apuesto rostro mientras contemplaba la escena —yo riendo íntimamente con el marqués Ainsley?—.

Ah. Delicioso. Absoluta, maravillosa y satisfactoriamente delicioso. Oro puro.

Su mirada se clavó instantáneamente en mí, afilada como el chasquido de un látigo. Su fuerte mandíbula se tensó muy ligeramente, casi imperceptiblemente, pero lo vi claramente. La diversión fácil y ligera que había estado danzando en sus ojos azules momentos antes se extinguió por completo ahora, reemplazada instantáneamente por algo mucho más agudo, más duro, más peligrosamente enfocado. Sus dedos se curvaron ligeramente, posesivamente, contra la frágil base de la copa de champán que sostenía, toda su postura relajada cambiando sutilmente de una

negligente facilidad a algo de repente más alerta, más tenso, más intensamente consciente. Oh, sí. Lo sabía. Sabía exactamente a qué juego estaba jugando ahora.

Me giré lentamente hacia él entonces, disponiendo deliberadamente mis facciones en una expresión de pura e inocente candidez, mi sonrisa beatífica, casi angelical.

—Ah, por fin estás aquí, Montford —canturreé dulcemente, mi voz llevándose claramente a través del repentino silencio que se había apoderado de nuestra inmediata vecindad—. Tardaste una eternidad en traer una simple copa. Empezaba a preocuparme que te hubieras perdido.

Hubo una pausa tensa y cargada. El aire crepitaba palpablemente entre nosotros. Entonces —lenta, deliberadamente, su intensa mirada sin apartarse ni una sola vez de la mía— avanzó, acortando la distancia restante entre nosotros. Me entregó la copa de champán sin una palabra, sus dedos rozando intencionada y deliberadamente los míos por un momento más de lo estrictamente necesario. El breve contacto envió de nuevo esa pequeña e inoportuna sacudida a través de mí, maldito sea.

Pero antes de que pudiera siquiera levantar la copa, antes de que pudiera tocarla propiamente— Se inclinó de repente. El movimiento fue rápido, inesperado, imperdonablemente suave, cogiéndome completamente desprevenida de nuevo. Y antes de que pudiera registrar completamente lo que estaba sucediendo, antes de que pudiera reaccionar o retroceder, estaba peligrosamente, imposiblemente cerca. Su cálido aliento abanicó mi piel mientras bajaba la cabeza decididamente hacia mi oreja para murmurar:

—Está jugando con fuego, princesa.

Su voz fue un gruñido bajo, peligrosamente suave, destinado solo a mí.

Me quedé helada al instante, mi propia respiración entrecortándose bruscamente en mi garganta. Cada terminación nerviosa de mi cuerpo se tensó de repente, zumbando de adrenalina. Mis dedos se apretaron instintivamente, aplastando la delicada tela de mis faldas mientras el timbre profundo y resonante de su voz baja parecía enroscarse a mi alrededor como un humo posesivo. Su aroma familiar —whisky caro, especias exóticas, algo única e irritantemente él— invadió mis sentidos de nuevo. Afilado y potente a esta proximidad, y odiaba, odiaba absolutamente, que me fuera tan familiar ahora.

Su voz, cuando volvió a hablar, todavía estaba en un tono bajo, solo para mí, teñida ahora con algo perversamente divertido de nuevo, sí, pero también con algo más… algo casi hambriento. Depredador.

Se demoró deliberadamente allí —un latido del corazón cargado de más, disfrutando de mi reacción— antes de finalmente enderezarse, su expresión volviendo instantáneamente a su habitual máscara de irritante e indiferente frialdad mientras tomaba tranquilamente su asiento designado a mi lado una vez más. Como si no acabara de amenazarme e invadir mi espacio personal delante de todos.

Permanecí rígida donde estaba sentada, mi corazón latiendo dolorosamente fuerte contra mis costillas ahora, mi pulso acelerado de una manera que no tenía absolutamente nada que ver con la

simple ira ya. Lo despreciaba. Absolutamente. Completamente. Y sin embargo… Y sin embargo… no podía, no iba a dejar que ganara esta ronda. No después de eso.

Mis dedos se apretaron conscientemente alrededor del delgado tallo de mi copa de champán, el cristal frío y sólido de alguna manera anclándome incluso mientras mi pulso continuaba traicionándome, zumbando salvajemente bajo mi piel con algo confuso que me negaba absolutamente a nombrar o reconocer. El puro peso de su intensa mirada se sentía como una marca física contra mi piel, la intensidad de ella abrasadora, escrutadora, de alguna manera sabedora. Mantuve mi expresión deliberadamente serena, sin embargo, mis labios apenas curvándose mientras levantaba mi copa lentamente ahora con una gracia medida y elegante, inclinándola lo justo para que la luz de las velas se reflejara brillantemente contra el delicado borde antes de llevarla a mis labios.

Así que tomé un sorbo lento y deliberado, permitiendo que el mordisco fresco y frío del champán enfriara el fuego traicionero que todavía ardía justo debajo de mi piel. Mi garganta se movió en un trago elegante y controlado, cada pequeño movimiento preciso, deliberado, elaborado con la misma precisión mortal que una daga perfectamente apuntada lanzada a través de una habitación abarrotada.

Y entonces, finalmente, bajé mi copa ligeramente, giré la cabeza lo justo para encontrar su mirada expectante directamente, y sonreí. Una sonrisa lenta, cómplice y deliberada. Una que prometía una retribución envuelta elegantemente en seda y encaje.

—Entonces espero sinceramente, Montford —dije con dulzura, mi voz ahora una melodía perfecta y escalofriante de veneno sacarino diseñada puramente para irritarlo aún más— que disfrute quemándose.

Sus ojos azules brillaron peligrosamente ante eso, la sonrisa juguetona finalmente flaqueando en sus labios por una fracción de segundo. Sus dedos realmente se movieron casi imperceptiblemente donde descansaban contra su rodilla. ¡Sí!

El aire mismo entre nosotros pareció crepitar entonces, cargado y volátil, como una cuerda tensa tan increíblemente tirante que un solo movimiento en falso, una palabra más descuidada de cualquiera de nosotros, podría romperla por completo, desatando Dios sabe qué tipo de caos.

El juego, al parecer, estaba definitivamente de vuelta. ¿Y la alta sociedad que nos rodeaba? Oh, estaban absoluta y completamente encantados con este nuevo y dramático acontecimiento, ¿no es así? Sus susurros excitados ya se arremolinaban ansiosamente por el salón de baile de nuevo como una tormenta que se avecina, alimentándose con avidez de las brasas recién reavivadas de un fuego que ninguno de los dos podía permitirse extinguir ahora.

Que miren. Que susurren. Esto estaba lejos de terminar.

10

Un Vals de lo Más Incivilizado

Georgina

No hay muchas cosas en la vida de las que me arrepienta de verdad más que de haber convertido deliberadamente a Gareth Montford en mi enemigo mortal. No porque desee en secreto algún tipo de paz melindrosa entre nosotros; cielos santos, no. Disfruto positivamente de nuestra particular clase de guerra. Me alimenta, me mantiene alerta. Se ha convertido en una batalla de ingenios, en un ridículo concurso de resistencia, en un precario acto de equilibrio para ver quién se romperá primero bajo la tensión.

Pero, sinceramente, debería haberlo sabido. Debería haber esperado que, en rápida represalia por mi acto de desafío muy público y muy directo en la velada musical de la otra noche, Gareth escalaría todo el conflicto. No se limitaría a aceptar mi desafío; lo escalaría a algo mucho peor, mucho más público, mucho más… él.

Y peor es, sin duda, esta noche. El baile de los Harrington es, como siempre, un gran acontecimiento, un espectáculo brillante y ligeramente sofocante diseñado puramente para exhibir riqueza y estatus. Los candelabros gotean luz desde lo alto, arrojando un cálido resplandor dorado sobre los pulidos suelos de mármol, la resbaladiza superficie reflejando el vertiginoso remolino de costosas faldas de seda y relucientes zapatos con hebilla.

Una sinfonía de conversaciones murmuradas, risas falsas e instrumentos de cuerda flota perezosamente en el aire, puntuada por la ocasional risa genuina y sonora de alguien probablemente borracho de champán. Los familiares aromas de rosas marchitas y

cera de velas derritiéndose persisten, mezclándose con el aroma embriagador y ligeramente pegajoso del champán derramado y la desesperación.

En el momento en que me acomodo en mi silla estratégicamente elegida cerca de un helecho en maceta, alisando los pliegues de zafiro profundo de mi vestido sobre mi regazo, un cosquilleo distintivo de conciencia recorre desagradablemente mi espalda. El aire mismo a mi alrededor parece cambiar, de repente cargado con algo invisible pero profunda e instintivamente sentido. Es como si un hilo invisible se hubiera tensado en algún lugar de la habitación, poniendo todos mis sentidos en alerta. La charla ligera y las risas a mi alrededor se convierten abruptamente en un ruido de fondo distante e intrascendente en comparación con la repentina y sólida certeza de que me están observando. Atentamente.

Es una sutil onda en la atmósfera. El silencio casi imperceptible de las voces cercanas que se pausan a mitad de la frase. Y luego, el peso innegable de una mirada tan firme, tan completamente segura, que prácticamente me quema la piel expuesta de la espalda como el fantasma de un toque inoportuno. Mi corazón martillea una vez contra mis costillas, una estúpida señal de advertencia de pánico, antes de que reprima sin piedad mi expresión hasta convertirla en una de neutralidad prístina y aburrida.

Me niego a darme la vuelta. Eso sería darle la satisfacción. En su lugar, levanto la barbilla una fracción más, fingiendo ajustar la caída de mi vestido de zafiro, y proyecto un aire de estar completamente imperturbable. Finjo que no estoy, de hecho, aguda e irritantemente

consciente de la presencia evaluadora de Gareth Montford en algún lugar al otro lado de la concurrida sala.

Y entonces —maldito sea— una sombra cae sobre mí. Es cálida y de alguna manera ineludible, posándose justo detrás de mi silla. El familiar e inoportuno aroma a especias caras y a algo más oscuro, algo única e irritantemente él, se enrosca posesivamente en el aire a mi alrededor. Es un preludio burlón y deliberado a la confrontación que sé que es absolutamente inevitable esta noche. No me está tocando, no habla todavía; solo está ahí, una sombra inoportuna y melancólica, su proximidad quemándome la espalda como un atizador al rojo vivo.

Los finos vellos de la nuca se me erizan en rebelión, pero fuerzo mi expresión a permanecer perfectamente neutral mientras levanto mi copa de champán y doy un sorbo delicado y displicente. Mis dedos se aprietan instintivamente alrededor del frío tallo de cristal, un pequeño y silencioso acto de desafío que él probablemente percibe de todos modos.

—Montford —digo sin girarme, manteniendo mi voz en la viva imagen del desinterés aburrido, aunque mi agarre se tensa muy ligeramente en el frágil tallo de la copa.

—Princesa —murmura él de vuelta inmediatamente, su tono demasiado complacido para mi gusto. Es irritantemente seguro de sí mismo, teñido de diversión, como si supiera precisamente cuánto su mera presencia perturba mi equilibrio. El muy bastardo.

Exhalo lentamente, dejando deliberadamente que el aliento pase a través de labios apenas entreabiertos, tratando de expulsar parte de mi irritación junto con él. No funciona.

—Márchese —ordeno fríamente, todavía mirando fijamente un arreglo floral bastante soso.

—Ah —reflexiona él, y siento que se inclina lo justo para que su cálido aliento roce la sensible piel cerca de mi sien, enviando un escalofrío involuntario por mi espalda—. Pero eso sería terriblemente grosero por mi parte, ¿no es así? ¿Ignorar públicamente a mi propia y querida prometida? —Suena encantado con lo absurdo.

Agarro mi copa de champán con más fuerza, mis nudillos se vuelven blancos, presionando mis dedos con fuerza contra la superficie helada. Me concentro en la sensación, esperando que pueda anclarme, que pueda evitar que haga algo precipitado, como lanzar la copa entera y su contenido directamente a su insufriblemente engreída cara.

—Está montando deliberadamente un espectáculo con nosotros —digo entre dientes apretados.

—¿Lo estoy? —reflexiona pensativamente, y siento que se acerca aún más detrás de mí, su voz cayendo en algo más suave, más rico, más peligroso. Ese timbre bajo vibra a través de mí—. ¿O es que simplemente es usted demasiado consciente de mí, princesa? —El calor que irradia de él roza mi espalda, y cada terminación nerviosa de mi cuerpo zumba con una aguda irritación; o quizás, aterradoramente, con algo mucho más inoportuno y confuso.

Voy a prenderle fuego. Lo haré sin falta. Pero antes de que pueda formular un plan para la combustión espontánea, él se mueve. No hay absolutamente ninguna advertencia, ninguna formalidad educada, ninguna ridícula pretensión de una petición

caballerosa para un baile. Porque Gareth Montford no ofrece su mano. Ciertamente no pide permiso.

Simplemente toma mi mano donde descansa en mi regazo, sus dedos se curvan firmemente sobre los míos en un agarre inflexible y posesivo. Y luego, en un movimiento rápido, fluido y absolutamente irritante, me levanta de mi silla y me lleva a la concurrida pista de baile. Un jadeo colectivo recorre el salón de baile, los susurros siguiéndonos como la cola de zafiro de mi vestido. El mármol pulido brilla resbaladizo bajo mis zapatillas mientras me arrastra inmediatamente a los primeros pasos del vals, la orquesta creciendo dramáticamente a nuestro alrededor como si ellos también hubieran estado esperando ansiosamente este exacto momento escandaloso.

Mi cuerpo se sacude con el movimiento repentino, mi equilibrio se tambalea precariamente por un segundo, pero su agarre es increíblemente firme —irritantemente estable y seguro— mientras me guía sin esfuerzo al ritmo amplio e íntimo del baile. El aire a nuestro alrededor crepita con una tensión repentina. Un silencio cae sobre el parlanchín salón de baile, los ojos observadores de toda la alta sociedad aferrándose a nosotros con una fascinación absorta y escandalosa. Y me doy cuenta, con una oleada nauseabunda de claridad horrorizada, de que cada persona en esta sobrecalentada sala está observando cada uno de nuestros movimientos.

Un murmullo de sorpresa recorre el silencioso salón de baile mientras tropiezo ligeramente, más por el shock que por la torpeza, mis dedos apretándose instintivamente alrededor de los suyos en silenciosa protesta. Pero su agarre permanece firme, inquebrantable, sus movimientos irritantemente fluidos y seguros mientras me

arrastra más profundamente en el vals, la creciente música envolviéndonos. Un silencio sofocante cae de nuevo sobre el salón, los murmullos anteriores disipándose instantáneamente en un silencio atónito y sin aliento. Cada otro movimiento en la pista de baile parece ralentizarse, las conversaciones flaquean a mitad de la palabra, y puedo sentir el aliento colectivo de la alta sociedad contenido en una mórbida anticipación. Están esperando la explosión.

Y me doy cuenta de nuevo, con un horror renovado y desgarrador, de que cada maldita persona en esta sala nos está observando. Atentamente. Hambrientamente. Un sofoco de calor avergonzado sube implacablemente por mi espalda, pero lo reprimo con saña, forzando mi expresión en una máscara de fría indiferencia regia. Lo fulmino con la mirada, mi pulso martilleando salvajemente contra mis costillas, mis dedos temblando ligeramente con una furia apenas contenida.

—Usted, insufrible, arrogante…

Me hace girar bruscamente antes de que pueda terminar el insulto, su agarre firme y completamente seguro. Es como si estuviera totalmente en control; no solo del baile en sí, sino de mí, de este momento, del mismo escándalo que estamos tejiendo en el aire con cada paso. Me quedo helada a mitad del giro. Porque de repente, estamos demasiado cerca. Demasiado cerca para el decoro, para la comodidad, para la cordura.

Su mano descansa en la parte baja de mi espalda, escandalosamente baja, sus dedos presionando lo justo contra la seda de mi vestido para recordarme que estoy completamente a su

merced en este miserable e indeseado vals. Su cálido aliento abaniga mi mejilla, agitando los finos mechones de cabello en mi sien, un toque íntimo sin contacto real, un susurro de algo que absolutamente no debería estar sucediendo. Su otra mano sostiene la mía firmemente mientras nos movemos, deliberada y suavemente, su toque ligero como una pluma pero de alguna manera inquebrantable, posesivo.

No. Absolutamente no. No caeré en su juego manipulador. No le dejaré ganar esta ronda. Mi cuerpo permanece deliberadamente rígido en sus brazos, un acto de rebelión silencioso y rígido contra su control impecable y su confianza irritante. Me preparo, fijando mi mirada decididamente en un punto más allá de su hombro, fingiendo una indiferencia que estoy a kilómetros de sentir, incluso mientras siento el calor de él —de este momento cargado— posándose contra mi piel como una caricia indeseada y ardiente.

—Relájese, princesa —murmura entonces, su voz teñida de esa irritante diversión de nuevo, un sonido profundo y aterciopelado que envía advertencias inoportunas por toda mi espalda—. La gente nos está mirando, ¿sabe?

¡Como si pudiera olvidarlo!

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me duele la mandíbula, mi compostura cuidadosamente construida resquebrajándose peligrosamente en los bordes.

—Ese —digo entre dientes, manteniendo la voz baja y feroz— es precisamente el maldito problema, Montford.

—Ah. —Me hace girar de nuevo, fluido sin esfuerzo, su agarre firme y completamente implacable, acercándome una fracción más

todavía. Parece estar disfrutando de mi resistencia—. Entonces quizás —continúa suavemente— debamos esforzarnos por darles algo que realmente valga la pena ver.

Un lento y frío pavor se enrosca inesperadamente en mi estómago, floreciendo hacia afuera como tinta oscura vertida en agua clara. Antes de que pueda procesar completamente la implicación, antes de que pueda formular una réplica adecuadamente mordaz— Se inclina. Sus labios rozan el pabellón de mi oreja, su aliento un lento y deliberado arrastre de calor contra mi piel de repente sensible. Envía otro escalofrío inoportuno persiguiéndome por la espalda.

Y entonces, en una voz tan baja que es casi un gruñido, tan rica en diversión oscura y perversa que hace que mi pulso salte, susurra directamente en mi oído:

—Si la besara como es debido ahora mismo, princesa, aquí mismo delante de toda esta gente escandalizada… ¿me abofetearía hasta dejarme sin sentido, o me devolvería el beso?

Mi cuerpo entero se bloquea, rígido como una piedra. El calor sube violentamente por mi espalda, inundando mis mejillas, mi pulso flaqueando por un solo, miserable y traicionero momento. Su cálido aliento me hace cosquillas en la piel, la presión burlona de sus labios a escasos centímetros de los míos ahora. Prácticamente puedo sentir su sonrisa socarrona contra mi oreja: irritante, sabionda, retándome deliberadamente a reaccionar, a traicionarme. El aire cargado entre nosotros se espesa aún más, eléctrico con algo volátil, algo que ninguno de los dos está dispuesto a nombrar. Mis dedos se aprietan

convulsivamente contra la fina tela de la manga de su levita, una advertencia desesperada, una amenaza silenciosa y frenética.

—Inténtelo, Montford —consigo decir de alguna manera, mi voz sorprendentemente firme a pesar del absoluto motín que estalla dentro de mí—. Y me aseguraré personalmente de que no vuelva a bailar un vals. O a caminar, posiblemente.

Una nueva oleada de calor inunda mi cuello, subiendo más por mis mejillas, traicionera y completamente involuntaria. Puedo sentir la satisfacción engreída que irradia de él en oleadas, la confianza tranquila y arrogante de un hombre que sabe exactamente lo que está haciendo, que se deleita en la forma en que me he puesto rígida en respuesta automática a su escandalosa provocación. Mi agarre en su hombro se aprieta aún más, mis uñas probablemente dejando marcas de media luna a través de la lana cara. Un aliento agudo y tembloroso se me escapa, apenas audible con la música, pero él lo oye; por supuesto que lo oye, el muy maldito.

Una risa perversa y retumbante vibra desde su pecho, baja, cómplice y demasiado íntima.

—¿Se está sonrojando, querida? —murmura, su voz cargada de risa—. Qué encantador.

Podría matarlo. Aquí mismo. Con mis propias manos. Cada centímetro de mí arde con el impulso repentino y abrumador de golpearlo, de borrar esa sonrisa irritante y atractiva de su cara, de reclamar de alguna manera el control que él me roba tan sin esfuerzo y arrogantemente con cada aliento. Mis dedos se mueven de nuevo contra la tela de su levita, ansiosos por retorcer, por empujar, por dejar alguna marca física en él que perdure mucho

después de que los susurros de la alta sociedad se hayan desvanecido. Lo mataré. Con el tiempo.

Pero primero… primero, ganaré esta ronda. Inhalo lenta, deliberadamente, forzando el aire tan necesario a mis pulmones de repente contraídos, deseando que mi pulso acelerado se calme. Mis pestañas bajan por un breve segundo mientras reprimo sin piedad mi expresión de nuevo en algo frío, distante, absolutamente intocable. Y entonces… levanto la barbilla de nuevo, encontrando su mirada intensamente divertida con una lentitud deliberada, dejando que el pesado silencio se estire entre nosotros, denso y crepitante de desafíos tácitos y tensión latente.

Y justo cuando su confianza parece agudizarse, justo cuando su agarre se estabiliza con la arrogante certeza de que me ha desconcertado— Le piso con fuerza su pie elegantemente calzado. Con una fuerza deliberada y concentrada. Un parpadeo —ahí, rápido como el pensamiento, solo por un instante— una breve e sorprendida inhalación, un sutil cambio en su peso mientras sus músculos se tensan automáticamente en reacción. Pero para mi eterna furia, el bastardo no tropieza, ni siquiera flaquea en el ritmo del vals. En cambio, una diversión cruda parpadea ardientemente en sus ojos, fundida y vívidamente viva, y entonces… se ríe. Literalmente, se ríe. Bajo. Profundamente divertido. Absolutamente encantado con mi patético intento de represalia.

El sonido se desliza por mis nervios ya en carne viva como terciopelo arrastrado sobre acero rugoso, una cosa rica y sabionda que enciende algo peligrosamente cercano a una furia genuina dentro de mí. ¿Cree que esto es divertido?

—Está intentando atormentarme activamente, ¿no es así? —susurro ferozmente, las palabras escapándose antes de que pueda detenerlas.

Él tararea, el sonido peligrosamente cercano a una aprobación engreída ahora. Sus dedos presionan solo un poco más firmes contra la parte baja de mi espalda, guiándome sin esfuerzo, posesivamente, a través de los giros del vals, como si fuera dueño de este momento, como si de alguna manera fuera dueño de mí. Y entonces… porque el universo es claramente cruel, porque el destino se deleita positivamente en mi tormento interminable… baja la cabeza de nuevo.

El movimiento es lento esta vez, deliberado, perfectamente calculado en su sobrecogedora audacia. El aliento atrapado entre nosotros se desvanece por completo, el pequeño espacio que debería existir —un límite necesario y digno entre las parejas comprometidas, especialmente nosotros— se disuelve en un instante. Mi corazón se contrae dolorosamente, una cosa violenta y traicionera que me traiciona martilleando frenéticamente contra mis costillas como un pájaro atrapado.

Y me besa la mejilla. Justo ahí. En la pista de baile. No solo un roce rápido y educado de labios, no meramente el fantasma de contacto que uno podría ofrecer a una tía soltera. No, Gareth Montford, fiel a su estilo, monta un espectáculo absoluto. Sus labios se demoran contra mi piel durante un segundo escandaloso, un susurro de calidez inesperada, suave e increíblemente audaz. El olor de él —rico en especias y ese levísimo rastro de buen whisky—

invade mis sentidos de nuevo, envolviéndome como una trampa invisible e ineludible.

El mundo parece dejar de girar. Los jadeos se propagan hacia afuera a través del atónito salón de baile como piedras lanzadas simultáneamente a un estanque en calma. Oigo el abanico de una dama caer ruidosamente al suelo cercano, olvidado en el caos subsiguiente de un nuevo escándalo. Un murmullo sin aliento y excitado recorre la multitud, una cosa ansiosa, casi glotona, devorando positivamente la escena que se desarrolla ante ellos. Y yo… yo permanezco congelada en sus brazos, incapaz de moverme, el calor persistente de su toque marcando mi mejilla mucho después de que finalmente se aparta. Mis manos se cierran en puños apretados, mis uñas clavándose dolorosamente en la delicada seda de mis guantes, pero soy completamente impotente para borrar lo que ya se ha hecho irrevocablemente delante de cientos de testigos.

Gareth se echa hacia atrás, la pura satisfacción curvando sus labios en una sonrisa triunfante, sus ojos danzando con una travesura completamente impenitente.

—Bueno —murmura, su voz teñida de oscura diversión y satisfacción— eso debería darles algo jugoso de qué hablar mañana por la mañana, ¿no está de acuerdo?

En algún lugar de la locura subsiguiente, una copa de champán se desliza de los dedos entumecidos de alguien, explotando en mil fragmentos cristalinos contra el pulido suelo de mármol. El sonido agudo y demoledor resuena fuertemente a través del sofocante y conmocionado silencio que sigue. Y Gareth… Oh, Gareth tiene la

desmedida audacia de parecer completamente satisfecho consigo mismo. El muy bastardo engreído.

Finalmente me echo hacia atrás de un tirón, mi respiración entrecortada e irregular, todo mi cuerpo inundado de una rabia al rojo vivo. Ya no me importa que nos estén mirando, que esto sea un desastre. Le empujo con fuerza en el pecho, mi voz emergiendo como un gruñido bajo y furioso.

—¿Está completamente loco?

Él simplemente inclina la cabeza, completamente imperturbable por mi furia o el caos circundante. De hecho, parece divertido.

—Debemos ser convincentes en nuestro afecto, ¿no es así, querida? —pregunta suavemente, sus ojos brillando—. Por el bien de la farsa.

Un calor visceral e incontrolable sube por mi pecho, extendiéndose por mis miembros como un incendio forestal. Cada nervio de mi cuerpo canta con una indignación cruda, mi pulso martilleando violentamente en mi garganta como un frenético tambor de batalla. Mis manos se cierran de nuevo en puños, mis uñas mordiendo dolorosamente mis guantes mientras resisto el impulso abrumador y primario de borrar esa satisfacción engreída de su insufrible cara con mis propias manos. Estoy a momentos, meros momentos, de perder completamente el control, de prenderle fuego a su levita con una vela perdida, de gritar como una posesa en medio de la pista de baile, de asegurar su rápida e prematura desaparición aquí mismo.

Pero entonces… justo cuando tomo aliento para desatar sobre él la ira divina… una voz corta el caos. Es profunda, resonante e

instantáneamente autoritaria, cortando los murmullos y jadeos como una cuchilla afilada a través de seda fina. Es una voz que conozco demasiado bien. Una voz que me hiela la sangre al instante y hace que mi estómago se desplome violentamente como si acabara de saltar desde el borde de un acantilado muy alto.

—Basta.

La única palabra no es gritada, no es ladrada, pero resuena a través del salón de baile de repente silencioso con el peso inconfundible de un decreto real tácito. Detiene el movimiento al instante, contiene la respiración, congela el tiempo. Las cuerdas flaquean a mitad de la nota, el arco de un violín cercano chirriando ligeramente mientras los músicos se congelan en una incertidumbre conmocionada. Un lacayo que se movía por el borde de la pista de baile casi deja caer su pesada bandeja de plata, el nervioso tintineo de la cristalería el único sonido que resuena en el sofocante y absoluto silencio que sigue.

Me giro lentamente, mecánicamente, mi pulso latiendo un ritmo frenético contra mis tímpanos, mi furia anterior agriándose instantáneamente en un pavor frío y nauseabundo. Observo cómo el mar de cuerpos ante mí se abre como una marea que se retira de la orilla, revelando la inevitable tormenta que se aproxima en su centro. Y allí… de pie, enmarcado en la gran entrada del salón de baile, con las manos entrelazadas firmemente a la espalda, vestido con un traje de noche de riguroso negro y oro que de alguna manera enfatiza su autoridad, su expresión completamente ilegible, sus ojos afilados como acero templado…

Es mi padre. El Rey.

El aliento se me escapa de los pulmones en un susurro ahogado y sin sonido, mis dedos se vuelven repentinamente fríos a pesar del calor que todavía arde en mi pecho. Siento las rodillas débiles. Oh, demonios. Un infierno absoluto, total e ineludible.

11

Una Convocatoria Real (O Cómo Arruinarse la Vida Antes de la Cena)

Georgina

Hablemos de morir. Hay muchas maneras de abandonar este mundo terrenal, supongo. Algunas son notablemente rápidas: caer accidentalmente desde una gran altura, encontrarse en el extremo puntiagudo de una espada durante un duelo, quizás excederse un poco con el láudano después de una noche particularmente difícil. Rápido, sucio, eficiente.

Otras son agónicamente lentas: consumirse por un escándalo ruinoso, asfixiarse lentamente bajo el peso aplastante de las interminables expectativas de la sociedad o, como estoy descubriendo ahora de primera mano, ser convocada para enfrentarse a tu aterrador padre, el Rey, inmediatamente después de que tu recién adquirido y totalmente indeseado prometido bese públicamente tu mejilla en medio de un maldito y abarrotado salón de baile. Este último método, sospecho, será mi perdición definitiva. Se siente significativamente menos digno que caerse de un caballo.

En el mismo momento en que la voz de mi padre, tranquila pero con el peso de las montañas, cortó el jolgorio en el baile de los Harrington, todo el brillante acontecimiento se congeló por completo. Fue bastante dramático, la verdad. Los incesantes susurros se apagaron al instante, extinguiéndose como velas apagadas. La música cesó a mitad de la nota, los pobres músicos aferrando sus instrumentos como si temieran que el Rey pudiera desatar rayos sobre ellos a continuación. Unas cuantas damas fácilmente asustadizas jadearon audiblemente, como si presenciaran

el comienzo de algún tipo de juicio bíblico en lugar de solo la desaprobación real.

Y entonces, lo peor de todo —lo absoluto, irritante e imperdonable peor de todo— Gareth simplemente exhaló, una respiración lenta, profunda y completamente despreocupada. Luego se apartó de mí con la expresión más insufriblemente relajada, casi aburrida, que he presenciado en toda mi vida. Como si él no fuera la causa directa de la razón por la que todos estábamos a punto de ser posiblemente exiliados, probablemente ejecutados o —Dios no lo quiera— forzados a un matrimonio inmediato solo para contener el daño. ¡Qué descaro el del hombre!

El Rey no había levantado la voz, por supuesto. No le había hecho falta; su disgusto irradia. Pero esa única palabra, pronunciada en voz baja —«Basta»— había poseído la fuerza suficiente para partir el brillante mundo del salón de baile limpiamente en dos. Un momento, caos y escándalo; al siguiente, silencio atónito y perdición inminente. Mi perdición, específicamente.

Y así, aquí estoy ahora. De pie, rígidamente, fuera de las imponentes puertas del estudio de mi padre, mi pulso retumbando contra mis costillas como los frenéticos últimos compases de un tambor de guerra. Estoy, literalmente, esperando mi sentencia. A mi lado, demostrando que el universo posee un sentido del humor verdaderamente retorcido, Gareth holgazanea contra la pared oscura y pulida de paneles de madera. ¡Holgazanea! Como un hombre que no tiene ni una sola preocupación en el mundo entero. Sus brazos están cruzados holgadamente sobre su pecho, su expresión

irritantemente ilegible excepto por el más leve atisbo de una sonrisa socarrona que tira persistentemente de la comisura de su boca.

Oh, está disfrutando a fondo de esto. El muy canalla. Actuó como si el decreto real de mi padre interrumpiendo nuestro escandaloso vals no fuera nada más significativo que una inoportuna llovizna en un paseo vespertino por lo demás perfectamente agradable. Había dado ese único paso atrás, dejando un calor casi tangible en el espacio entre nosotros donde había estado su cuerpo, y simplemente había sonreído con suficiencia. No con arrepentimiento por causar una escena. Ciertamente no con vergüenza. Sino con el tipo de diversión descarada e impenitente que me hizo considerar seriamente cometer un incendio provocado. Empezando por su ridículamente bien entallada levita.

Deliberadamente me negué a mirarlo ahora. Mirarlo solo parecía alentar su comportamiento espantoso. Tragué saliva con dificultad contra la repentina opresión en mi garganta, levanté la barbilla desafiante y me preparé para enfrentar las consecuencias. O en este caso, el ominoso silencio del disgusto real.

Inhalo bruscamente, forzando mi expresión a una de serena y digna compostura. Si de verdad estoy a punto de ser arrastrada a mi perdición, ciertamente no lo haré pareciendo nerviosa o culpable. Las pesadas puertas de roble se abren silenciosamente. El chambelán, con aspecto pálido y nervioso él mismo, se inclina ligeramente.

—Sus Majestades los recibirán ahora, Su Alteza, Su Gracia. —Evita cuidadosamente hacer contacto visual con cualquiera de nosotros.

Trago saliva de nuevo, el sonido fuerte en el repentino silencio. Aprieto las manos en puños a mis costados, ocultas en los pliegues de mi vestido. Y entonces, tomando una respiración profunda que no hace absolutamente nada para calmar mi corazón acelerado, entro en la guarida del león. Gareth me sigue, con demasiada despreocupación para mi gusto.

El estudio del Rey siempre fue una cámara de autoridad tranquila e imponente. Este era un lugar donde las decisiones que moldeaban imperios, firmaban tratados y ocasionalmente arruinaban vidas se tomaban con solemne gravedad. A diferencia del esplendor dorado casi llamativo del salón del trono oficial, este espacio era oscuramente refinado, casi intimidante. Techos altos se elevaban sobre paredes forradas de suelo a techo con estanterías llenas de pesados tomos encuadernados en cuero que olían débilmente a polvo y conocimiento.

Los familiares aromas a pergamino viejo y tinta se mezclaban con el siempre presente aroma a caoba pulida y velas de cera de abeja que se consumían lentamente. Las pesadas cortinas de color verde esmeralda colgaban en pliegues gruesos e imponentes, permitiendo que solo débiles franjas de la tenue luz de la tarde cortaran las lujosas alfombras persas esparcidas por el suelo. Era una habitación diseñada para asuntos serios, no para explicar incidentes de vals escandalosos.

Y allí, en el centro de todo, sentado detrás de un escritorio de caoba macizo e imponente que parecía pesar más que un carruaje, se sentaba el Rey. Mi padre. Su expresión era completamente ilegible, una máscara de neutralidad cuidadosamente construida. Sus

manos estaban pulcramente dobladas ante él sobre el escritorio con una quietud practicada e inquietante. Su pesado anillo de sello de oro captaba la luz parpadeante de las velas, brillando sordamente mientras lo giraba distraídamente, lentamente, contra su dedo; un pequeño hábito inconsciente que conocía demasiado bien. Era un hábito que significaba que su formidable paciencia se estaba agotando peligrosamente.

De pie, erguida a su lado, un pilar silencioso de apoyo y juicio, estaba mi madre. Parecía equilibrada y perfecta como siempre, su vestido de un tono marfil apagado que de alguna manera la hacía parecer aún más formidable, como un elegante iceberg. A diferencia de la estoica neutralidad de mi padre, ella no mantenía un aire de calma indiferencia. Oh, no. Su aguda mirada se movía evaluadoramente entre Gareth y yo con el cálculo frío y penetrante de una mujer que ya estaba calculando el alcance total del daño diplomático que indudablemente habíamos causado.

Resistí firmemente el impulso de moverme incómodamente bajo su intenso escrutinio. Resistí el impulso aún más fuerte de darme la vuelta y salir corriendo de la habitación gritando. En cambio, forcé mis rodillas temblorosas a una reverencia baja y respetuosa, manteniendo mi voz milagrosamente firme mientras murmuraba:

—Sus Majestades.

Gareth, siempre la viva imagen de la arrogancia sin esfuerzo e irritante, ejecutó una reverencia grácil, casi lánguida, a mi lado. Se movió como si simplemente estuviera entrando a una velada de entretenimiento ligero en lugar de enfrentarse a un posible juicio real por indecencia pública. Todo su porte prácticamente gritaba que

nunca había conocido un solo momento de miedo o duda en toda su vida encantada. Lo cual era completamente ridículo, porque yo, de pie justo al lado del irritante pavo real, estaba actualmente lo suficientemente aterrorizada por los dos.

Un silencio pesado y opresivo se apoderó de la habitación entonces, denso y sofocante como una capa de terciopelo que ahoga todo sonido. Se prolongó por lo que pareció una eternidad, roto solo por el fuerte tictac del ornamentado reloj sobre la repisa de la chimenea. Finalmente, después de que hubieran pasado aproximadamente mil años, mi padre exhaló bruscamente por la nariz y pronunció una sola y cargada palabra.

—Expliquen.

Abrí la boca de inmediato, totalmente preparada para hacer precisamente eso: suplicar perdón, alegar locura temporal, arrojarme a su merced y exigir, con toda la razón, ser liberada de inmediato de este compromiso de pesadilla basado en el comportamiento espantoso de Gareth. Pero antes de que pudiera siquiera pronunciar una sola sílaba crucial, Gareth, el entrometido canalla, me interrumpió por completo.

—Su Majestad —dijo con suavidad, su voz cálida y resonante, llevando ese irritante matiz de diversión oculta que siempre me ponía los pelos de punta—. Con todo el debido respeto, no hay absolutamente nada que explicar.

Mi cabeza se giró hacia él tan rápido que casi me provoco un latigazo cervical. Mi mirada era lo suficientemente afilada, esperaba, como para atravesar directamente su costosa levita y posiblemente perforar un órgano vital. Gareth ni siquiera se molestó en mirarme

de reojo. Mantuvo su mirada fija firmemente, respetuosamente, en mi padre.

—Tengo la suerte de estar prometido a su notable hija —continuó con calma, como si declarara un hecho simple e innegable en lugar de hacer referencia a la catastrófica, accidental y caótica situación que nos había llevado hasta aquí—. Seguramente —añadió, inclinando ligeramente la cabeza, la viva imagen de la inocencia atractiva— que un caballero muestre a su amada prometida un pequeño ápice de afecto público no es del todo escandaloso en estos días, ¿verdad?

Realmente me atraganté. Un pequeño sonido ahogado escapó de mi garganta. ¿Un ápice de afecto? ¡¿Un ápice?! ¡Me había arrastrado a la fuerza a un vals que no había aceptado, me había susurrado cosas escandalosas y casi indecentes al oído, y luego me había besado deliberadamente —incluso se había demorado!— delante de toda la sociedad londinense! ¡Eso era significativamente más que un «ápice»!

Mi padre presionó las yemas de sus dedos con fuerza contra su sien, cerrando los ojos brevemente como si intentara evitar un dolor de cabeza que se acercaba rápidamente. La Reina, por otro lado, inclinó ligeramente la cabeza, sus labios apretándose con fuerza como si estuviera conteniendo algo peligrosamente cercano a… ¿diversión? Seguramente no.

—Ya veo —dijo finalmente, su voz perfectamente uniforme, sin delatar nada—. ¿Así que esta muestra de afecto público bastante… entusiasta fue simplemente una extensión natural y espontánea de su profundo afecto por mi hija, señor Montford?

Gareth sonrió entonces, una sonrisa encantadora y desarmante que probablemente funcionaba de maravilla con las debutantes impresionables pero que a mí solo me daban ganas de golpearlo.

—Por supuesto, Su Majestad. Totalmente espontáneo. —¡Mentiroso redomado!

Sentí que podría entrar en combustión por pura e impotente furia. Ardía con la fuerza de mil estrellas moribundas atrapadas dentro de mi corsé. El Rey permaneció en silencio durante otro largo y tenso momento, simplemente observando a Gareth con el escrutinio medido y penetrante de un hombre que había visto demasiado del mundo, y demasiados mentirosos encantadores, como para ser engañado fácilmente. Finalmente, suspiró de nuevo, un sonido cargado de resignación.

—Usted —dijo secamente, fijando a Gareth con una mirada cansada— es un joven absolutamente intolerable, Montford.

Gareth realmente se llevó una mano al corazón, su expresión de una profunda y fingida sinceridad, como si se sintiera profundamente honrado por la evaluación del Rey.

—Gracias, Su Majestad. Un gran elogio, en efecto.

Hice otro ruido ahogado. ¡El hombre era incorregible! La Reina dejó escapar un aliento lento y deliberado, pellizcándose el puente de la nariz delicadamente entre el pulgar y el índice.

—Creo —intervino suavemente, su voz llevando apenas el más leve rastro de exasperación cansada ahora— que lo que Su Majestad quizás intenta preguntar, señor Montford, es por qué. ¿Por qué, después de décadas cultivando una reputación de escándalo impenitente y evitando el matrimonio como la peste, ha decidido de

repente unirse tan públicamente, tan… entusiastamente, a nuestra hija?

Gareth no dudó ni un segundo. Su respuesta fue instantánea, pronunciada con una confianza desconcertante.

—Porque, Su Majestad —dijo, su voz bajando ligeramente a algo demasiado suave, demasiado medido, demasiado deliberadamente calculado, su mirada desviándose brevemente, inesperadamente, hacia mí antes de volver a mi madre— la encuentro absolutamente fascinante.

Un silencio pesado y cargado cae abruptamente sobre la habitación de nuevo. Se siente denso y sofocante, presionándome como los pesados pliegues de un telón de teatro justo antes del acto final y trágico. Olvido cómo respirar por un momento. El aire es de repente demasiado fino, las imponentes paredes del estudio de mi padre parecen estar cerrándose, cada fuerte tictac del reloj dorado sobre la repisa alargándose en una eternidad insoportable. Mi estómago se retuerce en nudos imposibles y dolorosos, un pavor frío y creciente floreciendo rápidamente en mi pecho mientras la horrible comprensión se estrella sobre mí con la fuerza innegable de un maremoto.

Estaba mintiendo, por supuesto que estaba mintiendo. Todo esto seguía siendo solo un juego para él, ¿no es así? Una actuación diseñada puramente para prolongar mi sufrimiento, para asegurar que permaneciera irremediablemente enredada en este compromiso imposible y fársico que claramente encontraba tan divertido. Pero la forma en que lo dijo —la forma en que su voz había bajado solo un poco a ese registro íntimo, la forma en que sus ojos contenían solo

un destello de algo ilegible, algo que no podía nombrar del todo—maldito sea, casi sonaba real. Casi creíble. Lo odié con renovada intensidad por hacerme dudar siquiera momentáneamente.

Mi padre exhaló lentamente, su mirada moviéndose entre los dos una última vez antes de dirigirse a mi madre. Una conversación silenciosa e intrincada pasó entre ellos en esa única mirada, una decisión completa tomada, finalizada, sin necesidad de que se pronunciara una sola palabra en voz alta. Llevaban décadas haciendo eso.

Entonces, mi padre se enderezó ligeramente en su silla. Su voz, cuando habló, era final, absoluta, desprovista de toda emoción. La voz de un Rey dictando un decreto.

—Este compromiso —declaró claramente, su mirada fija en algún lugar por encima de nuestras cabezas— procederá. Según lo planeado.

Un aliento agudo salió violentamente de mis pulmones. Mi corazón dio un vuelco nauseabundo. Mi pulso rugió como un trueno en mis oídos, ahogando el tictac del reloj.

—¿Qué? —La palabra se me escapó en un susurro horrorizado.

La Reina inclinó la cabeza, perfectamente serena, exasperantemente tranquila. Como si este fuera el único resultado posible.

—Seguramente no esperabas realmente otra cosa, ¿querida? —preguntó suavemente, casi amablemente, lo que de alguna manera lo empeoró.

Abrí la boca, aturdida en un silencio momentáneo, mi mente dando vueltas.

—Pero… pero seguramente, dadas las circunstancias… el escándalo…

—Las circunstancias —interrumpió mi padre con firmeza, su voz sin dejar absolutamente ningún lugar para la discusión— son que declaraste públicamente tu compromiso a la mitad de la sociedad londinense. Y que tu prometido —añadió, lanzando una mirada elocuente hacia Gareth— acaba de expresar absolutamente ningún deseo de cancelarlo.

Me giré desesperadamente, mirando los rostros implacables de mis padres, al rostro irritantemente tranquilo de Gareth, al desastre ineludible y aplastante que de alguna manera, inexplicablemente, se había convertido en toda mi vida. Y Gareth —ese bastardo engreído, insufrible y atractivo— parecía completa y absolutamente nada sorprendido. Como si hubiera sabido que este resultado preciso era inevitable desde el principio. Como si hubiera esperado este veredicto exacto. Como si, quizás, de alguna manera incluso lo hubiera deseado.

Y en ese único y horrible momento, la comprensión final se estrelló sobre mí como un maremoto, robándome el aliento. Esto ya no era solo un juego. No para mis padres, al menos. Quizás ni siquiera para él, aunque no podía estar segura. Realmente, verdaderamente, ineludiblemente, iba a casarme con Gareth Montford. Y él… él prosperaba en este caos. Su postura permanecía relajada, casi casual, sus labios curvándose muy ligeramente en las comisuras, como si él personalmente hubiera orquestado toda esta debacle y ahora estuviera sentado para ver cómo su obra maestra caótica se desarrollaba exactamente como estaba previsto. El

destello de diversión que aún persistía en su mirada se sentía más afilado que cualquier cuchilla física, cortando directamente a través de mi compostura cuidadosamente construida con una facilidad insoportable y humillante.

Quería gritar. Arrojar algo pesado y frágil. Exigir cómo podía encontrar divertido algo de esto cuando todo mi futuro se acababa de desmoronar completamente ante mis propios ojos, dejándome enredada en nudos de su creación. Pero Gareth Montford —el insufrible e irritante Gareth Montford— estaba claramente disfrutando de cada delicioso segundo de mi espectacular caída. El villano absoluto.

12

Sabotaje de los Planes de Boda

Georgina

El decreto de mi padre después del desastre del baile de los Harrington había sido rápido. Fue absoluta e inflexiblemente final. El compromiso seguiría adelante según lo planeado, punto final. Al parecer, no había nada que yo, una mera princesa con un compromiso matrimonial repentina e inconvenientemente prometido, pudiera hacer para detenerlo.

Créanme, lo había intentado. Oh, cómo lo había intentado.

Había argumentado con pasión, empleando una lógica que habría impresionado a un abogado experimentado. Había suplicado, incluso rogado por la razón, señalando lo absurdo, flagrante y monumental de todo ello a cualquiera que quisiera escuchar (que, hay que admitirlo, era un número cada vez menor). Incluso —para mi eterna, ardiente vergüenza y profunda humillación— había considerado breve y desesperadamente arrastrarme patéticamente por el frío suelo del palacio. Nada de eso, ni un ápice, había importado. Mi destino, al parecer, estaba sellado. Por mis propias palabras precipitadas y el oportunismo aún más precipitado de mi madre.

¿Y Gareth? ¿El engreído, irritante e incorregible Gareth? Simplemente había sonreído. ¡Sonreído! Durante toda la reprimenda real, bastante incómoda, que había recibido. Como si hubiera esperado este resultado preciso desde el principio. Como si ya hubiera ganado algún juego tácito, diabólico e irritante del que solo él entendía las reglas. Qué descaro el del hombre.

Bueno. Si no podía romper directamente esta farsa de compromiso, este circo sancionado por la realeza, entonces simplemente tendría que hacerlo sutil, exquisita e imposiblemente difícil de ejecutar. Tan absoluta y exhaustivamente insoportable en sus meticulosas exigencias de lo «perfectamente único», tan completamente intragable en su silenciosa escalada de gastos astronómicos, que incluso mi madre, despiadadamente decidida, con su voluntad de hierro y sus maquinaciones políticas, se vería finalmente obligada a admitir la derrota. O al menos, a desarrollar una migraña muy severa inducida por el estrés y quizás liberarme por motivos compasivos y fiscalmente responsables.

Era hora de la Operación: Arruinar el Compromiso (Con un Gusto Real Impecable, Aunque Ligeramente Perverso). Empezando ahora.

Mi primer objetivo, o más bien, mi primera colaboradora artística en esta empresa, comenzó con la llegada programada de la organizadora de bodas. Señora Whitmore, bendito sea su corazón desprevenido, meticulosamente organizado y consciente del presupuesto, había sido la autoridad indiscutible, reinante y bastante intimidante en todo lo matrimonial durante las últimas dos décadas. Nadie cuestionaba el gusto de Señora Whitmore, sus horarios o, ciertamente, sus presupuestos cuidadosamente asignados. O eso creía la sociedad.

Vestida impecablemente con un vestido de lavanda almidonado que prácticamente gritaba eficiencia, buen gusto irreprochable y prudencia fiscal, su cabello gris peinado en una formidable e intrincada corona trenzada sobre su cabeza que parecía desafiar la gravedad misma, entró en el salón este del palacio, excesivamente

formal y ligeramente lúgubre, como si fuera un general de cinco estrellas marchando con confianza a una batalla que ya había ganado de forma decisiva.

Armada con un grueso e intimidante fajo de notas de pergamino que detallaban gastos reales anteriores en una mano elegantemente enguantada y una pluma afilada hasta una punta que parecía sospechosa y preocupantemente un arma (quizás para tachar partidas de gastos excesivas) en la otra, exudaba el aire de una mujer que nunca había perdido el control de una novia nerviosa y llorosa, de una caótica y políticamente tensa distribución de asientos o, lo más importante, de un presupuesto desbocado. Claramente, no tenía ni la más remota idea de a qué, o más bien a quién, se enfrentaba realmente esta tarde.

A saber, a mí. Una princesa con una visión. Una visión sutil, irritante y, con suerte, capaz de quebrar a la organizadora y al erario.

Señora Whitmore, cuya formidable reputación de orquestar bodas aristocráticas impecables, aplaudidas por la sociedad y notablemente rentables la precedía como un heraldo con una trompeta muy sonora, muy insistente y probablemente muy bien negociada, se ajustó el monóculo con montura de oro posado con bastante severidad en su nariz afilada y aristocrática. Le daba el aire distintivo y ligeramente inquietante de un halcón a punto de diseccionar meticulosamente, y con gran precisión, a su presa; siendo la presa, en este caso particular, cualquier indicio de indecisión nupcial, vulgaridad o, Dios no lo quiera, extravagancia innecesaria y no presupuestada.

Gareth, maldita sea su irritante piel, parecía demasiado cómodo. Holgazaneaba con su habitual gracia despreocupada en el sofá de seda cercano, una sonrisa socarrona ya jugando en sus atractivos labios como si anticipara la tormenta que se avecinaba, y estuviera más bien esperando el entretenimiento, posiblemente incluso tomando notas para sus memorias. El canalla. Probablemente pensó que iba a sugerir algo infantilmente escandaloso. Estaba a punto de ser iluminado sobre el arte del sabotaje sofisticado y destructor de presupuestos.

—Su Alteza —comenzó Señora Whitmore, su voz tan nítida e inflexible como el lino recién almidonado, su mirada recorriendo críticamente la habitación como si ya estuviera calculando mentalmente el coste de retapizar todo con algo más… sensato.

—Nos ocuparemos, si le place, de los arreglos florales primero. Un elemento fundamental, se podría decir. Para una boda real, uno naturalmente aspira a una elegancia sobrecogedora, una declaración atemporal de herencia y tradición y, naturalmente, un gusto impecable e inexpugnable… dentro de los parámetros financieros establecidos, por supuesto.

Me incliné hacia adelante en mi silla, adoptando una expresión de profunda, casi reverente, contemplación artística. Incluso junté las manos ligeramente, como si me hubiera sobrevenido una repentina visión creativa de inspiración divina.

—Señora Whitmore —dije, mi voz cuidadosamente teñida de una seriedad artística recién descubierta, bastante fingida, casi espiritual, que esperaba que sonara a la vez profundamente sincera y solo un toque… regiamente exigente—. Si bien el «gusto impecable» dictado

por la convención y, ah, los parámetros, es… encomiable, ciertamente, para uniones menores y más predecibles, para esta boda en particular, bastante única —una boda que debe capturar verdaderamente la profundidad y, digamos, la pasión incandescente del momento— siento que debemos aspirar a algo más… personalmente resonante. Algo que hable verdaderamente de las, digamos, matizadas complejidades del corazón, el sutil juego de luces y sombras en cualquier gran romance, y la búsqueda de una belleza incomparable e inolvidable, ¿no está de acuerdo?

La ceja izquierda perfectamente esculpida, y bastante aterradora, de Señora Whitmore se movió. Solo una vez. Pero fue un movimiento cargado con el primer atisbo de aprensión fiscal.

—¿Resonante, Su Alteza? —inquirió, su voz un tono menos nítida, un toque de cautela profesional entrando en su tono previamente imperturbable.

—En efecto —insistí, animándome con mi tema, sintiendo una deliciosa, casi invisible, fisura en su formidable compostura. Tenía que hacer esto tan sutilmente espantoso en su impracticabilidad, tan ingeniosamente terrible en su silenciosa e implacable escalada de dificultad y gasto, que la propia Señora Whitmore presentaría mi «visión» a mi madre con una hoja de cálculo de números tan aterradores que incluso la voluntad de hierro de la Reina podría flaquear.

—Estaba imaginando algo que redefiniera suave y elegantemente la estética nupcial tradicional. Por ejemplo, en lugar de las habituales y predecibles, me atrevería a decir, bastante… comunes rosas y lirios… ¿ha considerado alguna vez el potencial dramático, pero

etéreo, de importar, digamos, diez mil tallos de la orquídea «Flor de Medianoche»?

—¿Flor de Medianoche, Su Alteza?

—Sí. Es un híbrido único, creo, cultivado solo por un único y bastante solitario botánico en un remoto bosque nuboso venezolano. Poseen un pétalo aterciopelado, casi negro, que brilla con una luz violeta interior, pero solo bajo condiciones atmosféricas específicas que, por supuesto, necesitaríamos replicar dentro de la capilla. —Sonreí soñadoramente—. ¡El simbolismo, Señora Whitmore! ¡Un amor tan raro y precioso como la propia orquídea, floreciendo contra todo pronóstico, un faro en la oscuridad! Tan apasionado, tan único. Justo como nuestra historia de amor, ¿no es así, querido?

El silencio que cayó sobre el salón fue lo suficientemente denso como para untarlo en tostadas muy caras. Fue un silencio hermoso, profundo, ligeramente aterrorizado. Gareth, noté por el rabillo del ojo, realmente se atragantó con lo que sospeché que era una risa, rápidamente, aunque no del todo con éxito, disfrazada de un repentino, violento y completamente poco convincente ataque de tos que le obligó a enterrar la cara en su pañuelo.

—Por supuesto, querida —sonrió Gareth mientras guiñaba un ojo con coquetería. Aunque noté que las comisuras de sus labios se movían ligeramente.

El monóculo de Señora Whitmore pareció temblar delicadamente en su nariz, como un sismógrafo detectando un temblor distante, pero significativo, en el erario real.

—¿Diez… mil… orquídeas «Flor de Medianoche», Su Alteza? —repitió, su voz un susurro fino, ahogado, casi incrédulo. La pluma en

su mano se tambaleó precariamente, amenazando con desatar un borrón de tinta de puro y absoluto horror, o quizás solo una sarta de ceros, en sus notas prístinas y por lo demás impecablemente organizadas—. ¿De… Venezuela? ¿Requiriendo… replicación atmosférica?

—¡Precisamente! —radié, proyectando lo que esperaba que fuera un aura de entusiasmo artístico sereno, aunque ligeramente exigente y total, gloriosamente impracticable—. Y para el ramo de novia en sí, algo discreto pero profundamente significativo. Quizás una única e impecable pasionaria «Fuego de los Andes», que, según tengo entendido, florece durante apenas seis horas una vez cada década, en lo alto de una cordillera bastante inaccesible. Necesitaríamos, por supuesto, enviar una expedición botánica dedicada con mucha antelación para asegurar su llegada oportuna y prístina. —Junté las manos de nuevo, como si me hubiera sobrecogido la pura y conmovedora belleza de todo ello.

—¡El simbolismo, Señora Whitmore! ¡Un amor tan raro que es casi mítico, capturado en un momento fugaz y perfecto! Mi madre, la Reina, que siempre ha apreciado los… desafíos logísticos inherentes al verdadero arte, quedaría completamente… asombrada, estoy segura, por la dedicación. —Sonreí dulcemente, la viva imagen de la fantasía nupcial inocente, aunque astronómicamente cara.

Señora Whitmore parecía como si acabara de sugerirle educadamente que el Arzobispo oficiara la sagrada ceremonia mientras dirigía simultáneamente una orquesta en vivo compuesta enteramente por pájaros cantores raros, importados y muy temperamentales, cada uno requiriendo su propia jaula dorada y su

cuidador aviar personal. Su rostro, momentos antes una máscara de profesionalismo almidonado e inquebrantable, había adquirido un tono decididamente pálido, casi translúcido.

Era notablemente similar, noté con cierta satisfacción interna, al delicado, casi inalcanzable, blanco fantasmal de la orquídea venezolana «Flor de Medianoche» que acababa de describir tan apasionadamente. La pobre mujer parecía estar desinflándose física y visiblemente ante mis propios ojos, el peso de una logística imposible y unos costes aterradoramente crecientes presionándola como un sudario de plomo.

—Su… Su Alteza —tartamudeó, su voz ahora varias octavas más alta que antes, tambaleándose al borde de un chillido de pánico, completamente antiprofesional y posiblemente que acabaría con su carrera— si bien… conceptos tan únicos, e indudablemente… llamativos, ciertamente tienen su… su innegable mérito estético… el abastecimiento… el transporte especializado… la delicada aclimatación… el mero gasto para una boda real… la dignidad de la Corona… el propio… famoso enfoque prudente de la Reina hacia el erario privado… —Se interrumpió, sus ojos moviéndose nerviosamente hacia la puerta, como si pareciera rezar fervientemente por una intervención divina. Una plaga mundial de orquídeas repentina, o quizás solo un sumidero rápido y misericordioso que se abriera directamente bajo sus pies impecablemente calzados, vestidos de lavanda y actualmente bastante inestables.

—¡Tonterías, Señora Whitmore, la Reina adora el arte visionario! ¡Es famosa por su aprecio por lo… exquisitamente difícil y

singularmente memorable! —canturreé alegremente. Si bien la idea de mi madre de «arte visionario» generalmente implicaba una distribución de asientos ligeramente menos tradicional en las cenas de estado, o quizás un nuevo y atrevido sabor de sorbete conmemorativo. No la adquisición internacional y la replicación atmosférica de flora temperamental, casi mítica e indudablemente ruinosamente cara con un plazo muy ajustado.

—¡Piense en la declaración sin parangón que haría! ¡Los negros y violetas dramáticos, casi de otro mundo, la singular y ardiente pasionaria! ¡Las posibilidades texturales son simplemente divinas! —Agité una mano displicente y etérea como si detalles tan mundanos como el coste, los tratados internacionales y la viabilidad botánica básica fueran triviales bajo mi grandiosa visión artística de inspiración divina.

—Pero nuestras maravillas botánicas cuidadosamente seleccionadas son simplemente un acento, por supuesto. La verdadera declaración artística, el alma de la celebración, siento, provendrá naturalmente del esquema de colores elegido para todos los accesorios. Imagino una sinfonía de colores que refleje verdaderamente la naturaleza apasionada, tempestuosa y profundamente regia de esta unión.

Hice una pausa, permitiéndole un momento para absorber esta nueva vía de posible ruina financiera. Gareth, podía sentirlo, prácticamente vibraba de risa contenida en el sofá. Estaba, maldito sea, disfrutando esto demasiado. Si pensaba que mi sabotaje era simplemente para su diversión, estaba muy equivocado. Se trataba

de un presupuesto tan aterrador que haría que mi madre reconsiderara.

Alcanzo el pesado muestrario de terciopelo de Señora Whitmore. Paso las páginas rápidamente y me detengo, con un toque pequeño, firme, casi triunfal. Encontré una serie de muestras que, en conjunto, serían absolutamente deslumbrantes. Y asombrosamente caras.

—Estoy pensando —anuncié, mi voz resonando con la convicción fingida e inquebrantable de una profetisa que revela una visión divina, aunque algo compleja y ciertamente muy costosa— en una paleta central de rojo rubí machacado. El verdadero, profundo, casi negruzco rubí sangre de pichón, entiéndame, no algún tono de granate común. Este debe ser obtenido de las mejores minas birmanas, por supuesto, para la precisa profundidad de color en las sedas de los cortinajes principales y los vestidos de mi séquito. Esto se acentuará con un tono vibrante, casi eléctrico, de púrpura amatista. La amatista siberiana más profunda para los cortinajes secundarios, los lazos de las sillas y quizás los chalecos de los caballeros.

Luego seleccioné una tercera muestra, un oro brillante, casi líquido.

—Y para todos los bordados, adornos y detalles incidentales, hilo de oro hilado de verdad, naturalmente. No esa imitación de latón. Debe tener ese brillo verdadero y suave. ¿Quizás de una técnica inca redescubierta? El efecto, Señora Whitmore —barrí mi mano dramáticamente, con un floreo regio, a través de la combinación ofensiva y opulentamente deslumbrante— será de una pasión sin

parangón, una majestad regia y un lujo innegable e histórico. Tan apasionado. Tan… nosotros.

Las gafas de Señora Whitmore, que se habían estado aferrando precariamente, finalmente sucumbieron a su valiente lucha y cayeron. Crujieron con un sonido casi apocalíptico de desesperación financiera.

Se quedó mirando la combinación de rubí, amatista y oro puro como si no solo hubiera insultado personalmente a todos sus venerados, elegantes y fiscalmente responsables antepasados, sino que también hubiera pateado a su premiado y perfectamente peinado spaniel, quemado su casa ancestral, malversado su pensión. Y luego bailado alegremente, aunque con cierta biliosidad, sobre las cenizas aún humeantes mientras cantaba una melodía alegre y desafinada.

—¿Y las… las orquídeas, Su Alteza? —susurró al fin.

Su voz apenas audible ahora, un sonido débil, susurrante, derrotado, como hojas secas correteando sobre una lápida olvidada y sin pagar. Claramente, desesperada y tontamente, esperaba que hubiera olvidado el desafortunado, logísticamente pesadillesco e indudablemente deslumbrantemente caro elemento floral en mi nueva obsesión. No hubo tal suerte, pobre, asediada y pronto en bancarrota mujer.

—¡Ah, las orquídeas! —radié, como si acabara de recordarme un detalle delicioso, perfectamente complementario y menor—. ¡Deben, por supuesto, armonizar perfectamente con este glorioso, regio y profundamente simbólico esquema de colores! Las orquídeas «Flor de Medianoche» proporcionarán los matices dramáticos y

aterciopelados de negro-violeta. Y la pasionaria «Fuego de los Andes» para mi ramo será la chispa perfecta de contraste. Brillantez de tonos de joya ardiente contra mi vestido, que, por cierto, probablemente debería estar bordado con perlas de aljófar y esquirlas de rubí de verdad, ¿no cree? Para ese sutil brillo de pasión. —Suspiré satisfecha.

—Será una sinfonía de gozoso… gasto. Un testamento de amor sin parangón y de un presupuesto sin parangón. —Prácticamente podía saborear el horror estético colectivo, los gemidos del erario real, el pánico incipiente en los ojos de mi madre cuando viera las estimaciones. Esto iba espléndidamente. Mucho mejor que un sabotaje común. Esto era sabotaje elevado a una forma de arte.

Señora Whitmore emitió un pequeño sonido ahogado, casi como una paloma repentinamente estrangulada con una bufanda de seda hilada en oro. Su maquillaje cuidadosamente aplicado, diseñado para resistir los rigores de cualquier temporada social, pareció resquebrajarse alrededor de sus ojos. Sus ojos estaban llenos de un horror invisible, casi existencial. La mano que había estado sosteniendo la pluma con confianza (todavía estaba en el suelo, olvidada) parecía temblar, un temblor sutil y suave que señalaba que estaba al borde de un colapso muy, muy severo, un colapso profesional. Parecía una mujer que observaba a los Cuatro Jinetes del Apocalipsis llegar a su casa para el té de la tarde.

Podía sentir la mirada de Gareth sobre mí, un horror incrédulo ante el coste potencial y una admiración no disimulada, casi de adoración, por mi pura y sobrecogedora audacia, pero mantuve mi

sonrisa, dirigiéndome a la organizadora de bodas que se desintegraba rápida, visible y bastante satisfactoriamente.

—¿No sería ese el gesto romántico definitivo? ¡Tan nosotros! ¡Tan inolvidable! —Me giré hacia Gareth, con los ojos muy abiertos, las pestañas revoloteando con la fuerza teatral de una brisa pequeña y costosa.

Gareth —el incorregible y secretamente impresionado bribón— había estado observando el desmoronamiento de Señora Whitmore como un naturalista que estudia una especie rara, y posiblemente condenada, de organizadora de bodas. Entonces se echó a reír. No una risita educada, sino una carcajada rica e incontrolable que rebotó en las paredes con frescos y que probablemente hizo que los lacayos dejaran caer reliquias en el pasillo. Cuando finalmente recuperó el aliento, sus ojos brillaban con una perversa mezcla de asombro, horror y deleite.

—¡Romántico más allá de las palabras, mi deslumbrante, trastornada y financieramente intrépida amada! —declaró, con la voz cargada de una risa que me emocionó y exasperó en igual medida —. ¡Una obra maestra de locura confitera! De hecho —añadió, clavando la mirada en una Señora Whitmore claramente desmoronada— ¿por qué detenerse ahí? Tengamos una elegante andanada de fuegos artificiales de interior durante los votos. ¡Nada dice devoción eterna como una detonación que amenaza la capilla!

Le lancé una mirada de reojo, aunque una sonrisa me delató. Maldito sea, lo estaba empeorando. Y mejorando. No solo se divertía con mi sabotaje calculado, sino que se unía activamente. Una señal

emocionante y peligrosa de que entendía tanto el juego como a mí, mucho más de lo que había imaginado.

Señora Whitmore, sin embargo, había llegado a su límite. Los fuegos artificiales fueron el golpe final sobre los planetas comestibles, los envíos de orquídeas y la locura de tonos de joya e hilos de oro. Su rostro se desvaneció al color del pergamino enmohecido. Su respiración llegó en jadeos débiles y entrecortados. Su agarre se aflojó. Su peinado almidonado incluso se inclinó, derrotado. Sus creencias fundamentales —en el orden, en el presupuesto, en la cordura— se habían desmoronado por completo bajo la exquisita e insoportable absurdidad de nuestro caos compartido y magnífico.

Parecía, pensé, una mujer atrapada entre un triunfo abrumador y el más leve parpadeo de simpatía humana; alguien que acababa de ver su celebrada y premiada carrera pintada con extracto de orquídea rara, incrustada con planetas de azúcar éticamente cuestionables y rubíes libres de conflicto, y luego lanzada a la estratosfera por fuegos artificiales de interior no programados.

Se levantó lenta y bruscamente, como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos; de forma decisiva, quizás maliciosa, y ciertamente cara. Cuando finalmente habló, su voz era un chillido agudo y tembloroso, al borde de una histeria bien merecida.

—Me encuentro… —comenzó, sus ojos anchos y vidriosos moviéndose entre mí, Gareth (que apenas disimulaba la risa con una tos), y la distante y atractiva seguridad de la puerta— me encuentro con que acabo de recordar un… compromiso previo extremadamente urgente… de vital importancia. —Su voz se quebró en la última

palabra: desesperación cruda—. En otro lugar. Muy, muy lejos. Posiblemente —añadió, sus ojos iluminándose con una frágil esperanza— en otro continente menos exigente.

Ya se estaba retirando, sus faldas de lavanda crujiendo con una urgencia frenética.

—Algo que requiere mi atención inmediata, indivisa y posiblemente de por vida. Debo retirarme. De inmediato. Inmediatamente. ¡Antes de que… llegue el… planetario! —Se detuvo en la puerta, una mano temblorosa y enguantada buscando a tientas el pomo, su rostro afligido por el tipo de horror existencial normalmente reservado para zonas de guerra y teatro de vanguardia.

—Me temo —añadió solemnemente, su voz temblando con lágrimas que se negaba a derramar— que estaré… indispuesta. Indefinidamente. Probablemente por el resto de mi larga y, con suerte, libre de bodas, vida. Lejos de aquí. Y de cualquier cosa que involucre mostaza dorada o pájaros en la confitería.

Y entonces huyó —no caminó, no salió, sino que se desvaneció— la puerta cerrándose de golpe con un golpe final y glorioso. Su rendición fue total. Posiblemente, también lo fue su dimisión.

Exhalé, profundamente, saboreando el momento. La victoria era cálida, efervescente y salvajemente cara. Un obstáculo importante menos, despachado con estilo, caos y un gusto impecable. Arte. Guerra. Y estaba amando cada segundo.

Pero antes de que pudiera disfrutar adecuadamente de mi triunfo, la risa baja y exasperantemente divertida de Gareth cortó el

aire, enviando una sacudida demasiado familiar de irritación —y algo más cálido— por mi espalda.

—Eso —dijo, con la voz cargada de un deleite apenas contenido — fue magnífico, princesa. Inspirado. No me había divertido tanto en años.

Hizo una pausa, sus ojos todavía brillando de risa —y algo más que no me atreví a nombrar— antes de inclinarse, su tono cayendo a ese ronroneo bajo e irritante que siempre se deslizaba más allá de mis defensas.

—Pero dígame, querida, ahora que ha derrotado espectacularmente a la pobre Señora Whitmore y sus pintorescas nociones de cordura fiscal, ¿cuándo aceptará finalmente la verdad? Que está atrapada conmigo. Entera, deliciosa e irrevocablemente.

Me giré lentamente, encontrando su mirada engreída e insufrible con lo que esperaba que fuera una calma gélida y regia. No le dejaría ver cuánto me desconcertaba su confianza. O cuánto había, traicioneramente, perversamente, disfrutado de su alegre sabotaje.

—En el momento en que no me quede ninguna otra opción razonable, racional o remotamente aceptable, Montford —dije fríamente, mi voz puro hielo—. Ni un segundo antes. ¿Entendido?

Su sonrisa socarrona solo se profundizó, una cosa lenta y devastadora que me hizo querer arrojarle algo frágil e irremplazable a la cabeza.

—Entonces, por todos los medios, princesa —dijo grandiosamente, barriendo con la mano la habitación sin organizadora y que pronto estaría extravagantemente arruinada—.

Continúe con su audaz y brillante sabotaje. Es mucho más entretenido —y mucho más nosotros— de lo que jamás imaginé.

Mi mandíbula se tensó casi dolorosamente mientras me levantaba grácilmente, con toda la dignidad regia que pude reunir en circunstancias tan difíciles e irritantes, de mi asiento. Alisé las faldas de mi vestido con una finalidad decidida, final, casi agresiva. No, no le daría la satisfacción de verme desconcertada. O divertida. O, Dios no lo quiera, intrigada por su inesperada, y francamente, bastante alarmante, alianza en mi campaña de terror sutil y caro.

—Disfrute del espectáculo mientras pueda, Montford —le aconsejé fríamente, mi voz una amenaza sedosa y prometedora—. Porque créame, esto está muy, muy lejos de terminar. La Operación: Arruinar el Compromiso (Con Estilo Impecable) solo acaba de comenzar su glorioso, disruptivo y fiscalmente ruinoso reinado.

Me giré bruscamente sobre mis talones y salí de la habitación con todo el desdén altivo y toda la furia contenida y latente que pude reunir regiamente, ya formando mental, alegremente y con un renovado sentido del propósito artístico, mi siguiente movimiento brillante, disruptivo y total, exquisita, deslumbrantemente caro.

Porque si Gareth Montford honestamente pensaba por un solo, solitario y arrogante segundo que simplemente concedería la derrota, me rendiría y aceptaría mansa y resignadamente este ridículo destino sancionado por la realeza y aparentemente mutuamente divertido sin una lucha monumental, prolongada y muy, muy entretenida…

Entonces, clara y demostrablemente, no tenía absolutamente ni idea de con quién estaba verdadera, irrevocable y, ahora, al parecer,

bastante alarmante y muy posiblemente ruinosamente, comprometido.

La verdadera batalla, pensé con una sonrisa sombría, profundamente satisfecha y sorprendentemente estimulada, no había hecho más que empezar. Y tenía la intención de convertirla en una obra maestra de proporciones sutiles, elegantes y financieramente catastróficas.

13

Una Guerra de Escalada y el Golpe de Gracia de la Reina

Georgina

Declararle la guerra total a Gareth Montford estaba resultando ser significativamente más difícil, e infinitamente más irritante, de lo que había anticipado inicialmente. No era que mis brillantes tácticas fueran ineficaces —oh no, mi campaña de sabotaje no había sido menos que una obra maestra estratégica, si se me permite decirlo—.

La notoriamente imperturbable organizadora de bodas había huido del palacio presa del histerismo, probablemente ya reservando un pasaje rápido a los confines más lejanos e incivilizados del continente para escapar de mí. La crucial discusión sobre los arreglos florales había sido permanentemente desechada debido a diferencias artísticas totalmente irreconciliables.

Todo este glorioso caos, esta absoluta perturbación, debería haber sido absolutamente más que suficiente para que cualquier caballero que se precie se cuestionara seriamente si seguir adelante con este compromiso valía realmente el esfuerzo monumental y el ridículo público.

Pero, como estaba aprendiendo rápidamente, Gareth Montford no era, de hecho, un caballero que se preciara en el sentido tradicional. Era, sospechaba, una pesadilla atractiva envuelta en seda cara y puro pecado, enviada específicamente para atormentarme. Y lo peor de todo —la parte más absoluta e irritante — parecía estar disfrutando a fondo durante todo mi reinado del terror.

No importaba qué extravagante artimaña llevara a cabo, no importaba cuán creativamente intentara desbaratar los procedimientos, él simplemente me observaba con esa diversión irritante y cómplice. Su sonrisa socarrona simplemente se ensanchaba, sus ojos azules parpadeando con un deleite escandaloso, como si yo fuera el rompecabezas más fascinante e impredecible que jamás le hubieran dado el placer de resolver.

¿Y peor?

Oh sí, se puso peor. De alguna manera había comenzado a contraatacarme activamente a cada paso, frustrando mis mejores esfuerzos con una facilidad irritante. Cuando «accidentalmente» extravié la lista de invitados meticulosamente elaborada (en la chimenea), él reescribió tranquilamente toda la lista de memoria durante la noche, incluso añadiendo una docena más de nombres de personas que particularmente me desagradaban, solo para fastidiarme.

Cuando declaré dramáticamente que tenía la intención de llevar un vestido de luto completo, con velo negro, a la bendita ceremonia, él se ofreció alegremente a igualarme con un trágico terciopelo negro, sugiriendo que sería terriblemente romántico y melancólico. Cuando luego insistí en que el banquete de bodas consistiera en nada más que nabos hervidos y agua (un toque verdaderamente inspirado, pensé), él aceptó de buen grado, siempre y cuando también se sirviera después un imponente pastel de chocolate de varios pisos únicamente en mi honor.

¡Estaba arruinando todo! ¡Mi sabotaje estaba siendo saboteado! Y ahora, solo para hacer las cosas verdadera y absolutamente

insoportables, la propia Reina —mi madre— había entrado oficialmente en la contienda. Esto solo podía terminar mal para mí.

Así que aquí estaba sentada, rígidamente encaramada en el salón privado de mi madre, observándola hojear gruesas muestras de invitaciones de boda de color crema con la eficiencia serena y aterradora de un general experimentado que orquesta fríamente una importante campaña de batalla. La brillante luz del sol se derramaba a través de las altas ventanas arqueadas, captando el bordado de oro pálido en su elegante vestido y el suave y frío brillo del broche de zafiro prendido pulcramente en su hombro. Era la viva imagen de una compostura inquebrantable y enloquecedora, sus delicados dedos recorriendo ligeramente el grueso pergamino, deteniéndose solo ocasionalmente para hacer anotaciones rápidas y decisivas con su elegante y fluida caligrafía.

Yo, por otro lado, estaba sentada rígidamente frente a ella, hirviendo en un silencio absoluto, mi espalda tan rígida que temía genuinamente que pudiera partirse en dos por pura tensión. Mis manos estaban apretadas en puños en mi regazo.

—Necesitaremos adelantar la fecha de la boda —anunció de repente, sin siquiera molestarse en levantar la vista de una invitación que representaba palomas ofensivamente alegres. Su voz era tranquila, medida, totalmente indiferente a mi inminente perdición sancionada por el estado.

Inhalé bruscamente, el aire se me quedó atascado en la garganta. ¿Había oído bien?

—¿Perdón, madre? —pregunté, esperando que mi voz no delatara el repentino vuelco de pánico en mi pecho.

Finalmente levantó la mirada entonces, arqueando una ceja perfectamente perfilada de esa manera que siempre me hacía sentir como si tuviera unos cinco años.

—La boda, Georgina —repitió pacientemente, como si hablara con una niña de pocas luces—. Habrá que adelantarla. Significativamente.

Esas simples palabras se posaron sobre mí como un repentino e inesperado derrumbe de pesada piedra, aplastando el aire de mis pulmones.

—No —dije de inmediato, forzando mi voz a algo parecido a la calma, proyectando una razonabilidad que absolutamente no sentía. En el fondo, ya podía sentir los frenéticos bordes de la histeria infiltrándose, amenazando con desbordarse—. Desde luego que no se adelantará.

Sus labios se curvaron entonces, apenas un atisbo de una sonrisa tocando sus comisuras. No era diversión esta vez; era triunfo puro y absoluto. Oh, sabía exactamente lo que estaba haciendo.

—Oh, pero querida —replicó suavemente, su voz sedosa y suave — desde luego que sí.

Apreté la mandíbula con tanta fuerza que mis dientes rechinaron, luchando desesperadamente por el control, por algún argumento que pudiera persuadirla.

—Madre, ¡no estamos ni de lejos preparados! ¡Las flores ni siquiera se han elegido definitivamente, gracias a mis esfuerzos! ¡El menú es actualmente un desastre de tubérculos! Las invitaciones…

Me interrumpió suavemente, girando uno de los sobres terminados en sus manos, admirando el escudo real recién

presionado en la oscura cera de sellado.

—Las invitaciones, querida —me informó con calma, sosteniéndolo ligeramente para que lo viera— ya han sido impresas. Y enviadas esta mañana.

Se me cortó la respiración. Mi estómago se desplomó. ¿Enviadas? ¿Ya?

—¿Qué? —La palabra se me escapó en un susurro ahogado.

Ella exhaló ligeramente, casi con indulgencia, como si yo fuera simplemente una niña un poco díscola y demasiado cansada que actualmente estaba teniendo una rabieta predecible, en lugar de una mujer adulta que observaba cómo todo su futuro era sellado sin piedad con tinta y franqueo en tiempo real.

Alisó un pliegue invisible de la tela de su vestido.

—Eres mi hija, Georgina —dijo simplemente, su voz suavizándose ligeramente pero sin perder nada de su acero—. Te he conocido íntimamente desde el momento en que tomaste tu primer aliento. Supe, en el mismo segundo en que soltaste esa ridícula proposición, que intentarías inmediatamente sabotear este compromiso hasta hacerlo irreconocible. —Su mirada se endureció entonces, solo un poco, revelando un destello de la voluntad de hierro bajo el guante de seda—. Y también supe, con absoluta certeza, que finalmente fracasarías.

La miré fijamente, sin palabras, mi corazón latiendo un ritmo frenético contra mis costillas. Mis manos se cerraron con más fuerza en los pliegues de mis faldas, buscando un punto de apoyo, buscando algo sólido en mi mundo que se derrumbaba. Esto no era posible. Esto no podía estar sucediendo. No se atrevería.

La Reina dejó su pluma con silenciosa finalidad, cruzando las manos pulcramente en su regazo mientras encontraba mi mirada de ojos muy abiertos con una resolución inquebrantable. Su expresión era tranquila, decidida, absoluta.

—Te casarás, Georgina —declaró claramente, sin dejar lugar a dudas ni argumentos— en dos meses.

Una oleada fría y nauseabunda de pavor se estrelló sobre mí entonces, tragándome entera, hundiendo sus garras heladas y afiladas profundamente en mi pecho y arraigándose allí como una mala hierba obstinada. Mi estómago se retorció violentamente, la náusea subiendo por mi garganta. Mi aliento se cortó de nuevo, como si el aire mismo en el salón se hubiera espesado de repente con el peso sofocante de mi inminente perdición. ¡¿Casarme en dos meses?!

¡Eso era apenas unas semanas! Los días pasarían rápidamente, deslizándose como finos granos de arena a través de mis dedos desesperadamente apretados, precipitándome de cabeza hacia un destino inevitable y horrible del que no podía escapar ni retrasar. Mi pulso rugía en mis oídos, un contrapunto ensordecedor que ahogaba el silencioso crujido de los papeles en las manos firmes de mi madre, el tictac suave e irritante del reloj dorado sobre la repisa que parecía burlarse de mí cruelmente con cada segundo precioso que pasaba. El tiempo, mi antiguo aliado en tácticas dilatorias, de repente se movía demasiado rápido. Demasiado despiadadamente. Y yo… yo sentía que me estaba ahogando en él.

Abrí la boca, desesperada, preparada para lanzar una última y frenética súplica —para razonar, para rogar, para quizás incluso fingir

una enfermedad repentina y debilitante— pero la pesada puerta del salón se abrió antes de que pudiera presentar mi caso. Y la peor persona de toda la existencia conocida entró despreocupadamente. Gareth. Por supuesto, era Gareth. Siempre aparecía en los momentos más inoportunos, como un mal presagio con sastrería a medida.

Parecía irritante, insultantemente a gusto, como siempre. Su corbata estaba perfectamente anudada, a pesar de la hora temprana, su cabello dorado oscuro ingeniosamente despeinado de esa manera descuidada que solo él podía lograr sin parecer que acababa de salir de la cama (lo cual, conociéndolo, probablemente había hecho). Sus agudos ojos azules se movieron evaluadoramente entre mi expresión horrorizada y la serena de mi madre con lo que parecía una curiosidad perezosa, aunque la curva claramente divertida de su boca me dijo al instante que ya sabía exactamente lo que estaba sucediendo. Probablemente también orquestó esto, de alguna manera.

Se apoyó despreocupadamente en el ornamentado marco de la puerta, cruzando los brazos holgadamente sobre su ancho pecho, dando toda la impresión de que el palacio era suyo.

—¿Acaso he oído algo —inquirió suavemente, su voz suave como el terciopelo— sobre que nuestra boda se adelanta de forma bastante significativa?

Apreté los dientes con tanta fuerza que temí que pudieran hacerse polvo en mi boca. ¡Qué descaro el suyo! Mi madre, sin embargo, simplemente inclinó la cabeza en una confirmación educada, casi cortés, sin pestañear.

—Así es, señor Montford. Sentimos que los próximos dos meses serían los más adecuados.

Gareth emitió un suave y pensativo zumbido en lo profundo de su garganta, golpeando un dedo ociosamente contra su manga como si contemplara el nuevo cronograma. Luego, para mi absoluto y creciente horror, sonrió. Una sonrisa amplia, genuina y absolutamente encantada.

—¡Maravilloso! —declaró alegremente—. Excelentes noticias. Debo confesar que me estaba impacientando bastante esperando.

Vi todo rojo. Una literal neblina roja pareció descender sobre mi visión.

—¿Usted qué? —exigí, mi voz subiendo una octava más de lo que debería, peligrosamente cerca de un chillido.

Su sonrisa se ensanchó aún más mientras entraba completamente en la habitación, con un aspecto irritante y engreídamente satisfecho de sí mismo. El demonio.

—Bueno, princesa —razonó con calma, caminando hacia nosotros — ya hemos perdido bastante tiempo precioso con todas estas… tonterías de planificación, ¿no es así? Mejor pasar directamente al evento principal, digo yo.

Me volví de nuevo hacia mi madre, sintiéndome desesperada, furiosa, completamente traicionada por ambos.

—¡No puede estar hablando en serio! —grité, gesticulando salvajemente, impotente, hacia Gareth, que tuvo la increíble audacia de parecer completamente entretenido por mi creciente sufrimiento —. Usted… esto… él… —Las palabras me fallaron—. ¡No puede tener la intención de hacer esto! ¡De forzar esto!

La Reina simplemente ofreció otra sonrisa serena e irritantemente tranquila, completamente impasible ante mi angustia. Su compostura era absoluta.

—Mi querida Georgina —dijo suavemente, finalmente— ya está hecho.

Inhalé bruscamente de nuevo, mi pulso latiendo como un tambor contra mis tímpanos, mi mente ya girando frenéticamente a través de todos los medios posibles de escape. Tenía que haber algo que pudiera hacer. ¿Un resquicio en el protocolo real, un escándalo repentino incluso peor que en el que ya estaba envuelta, quizás un barco de última hora con destino a algún país lejano e inexplorado donde nadie pudiera encontrarme nunca más? ¿Quizás podría fingir mi propia muerte?

Pero cuando me volví de nuevo hacia Gareth, lista para amenazarlo, para negociar con él, quizás incluso para rogarle que detuviera esta locura, él simplemente extendió la mano, tomó mi mano suavemente antes de que pudiera reaccionar, la levantó con un cuidado exagerado y cortés… y presionó un beso lento, deliberado e irritante contra mi guante. Sus ojos se encontraron con los míos sobre mis nudillos, brillando con desafío.

—¿Ve, querida? —murmuró, su voz en un tono bajo, destinada solo para mí, teñida de esa maldita diversión—. Hay cosas que son, simplemente, el destino.

Retiré mi mano de un tirón como si su toque me hubiera quemado, apenas resistiendo el impulso abrumador de arrojarle algo pesado y preferiblemente afilado directamente a su cara perfectamente engreída y atractiva. La guerra, juré en silencio,

furiosamente, estaba muy, muy lejos de terminar. Aún no había ganado.

Pero el tiempo, me di cuenta con el corazón encogido, definitivamente ya no estaba de mi lado. Ya no. Malditos sean ambos.

14

El Arte de Perder con Gracia (O Cómo Aceptar la Propia Perdición con Estilo)

Georgina

Por primera vez en mi vida, admito que mimada y contraria, había perdido de verdad. Completa y absolutamente derrotada. Había luchado contra este ridículo compromiso con cada onza de desafío que poseía, que es considerable. Había orquestado desastres menores, sembrado la discordia calculada, convertido mis inminentes nupcias en una verdadera campaña de sabotaje absoluto y glorioso; y sin embargo, irritantemente, al amargo final, nada de eso había importado un bledo.

Mi madre me había superado con su habitual eficiencia fría y aterradora. Gareth había contrarrestado cada uno de mis ingeniosos planes con una diversión irritante, malditos sean sus ojos. Y mi padre, el Rey, había puesto un fin rápido y decisivo a cualquier esperanza persistente y tonta simplemente declarando todo el asunto zanjado.

La fecha estaba irrevocablemente fijada. Las malditas invitaciones ya habían sido enviadas, difundiendo la noticia de mi perdición por todo el país. El reino entero, desde los estirados duques hasta las fregonas, ahora aparentemente esperaba sin aliento la desastrosa boda de la temporada. Y no había una sola, solitaria cosa que pudiera hacer para evitar que sucediera ahora. Ni una cosa.

La certeza se apoderó de mí con un peso insoportable y aplastante mientras estaba sentada, desplomada, en mis aposentos privados, mirando sin expresión los jardines del palacio

meticulosamente cuidados que se extendían abajo. La luz del sol del atardecer se derramaba sobre los setos perfectos en burlonas vetas doradas. Estos terrenos siempre habían sido mi refugio, un lugar de tranquila soledad, un breve escape de los deberes de la corte. Pero hoy, el paisaje familiar se sentía opresivo, más como los muros de una jaula bellamente decorada e ineludible.

El dulce aroma a lavanda fresca entraba perezosamente por las puertas abiertas del balcón, una cruel burla de la serenidad, un recordatorio de la libertad justo fuera de mi alcance. Agarré con fuerza los brazos de mi sillón de terciopelo, obligándome a permanecer perfectamente quieta, aunque cada fibra de mi ser prácticamente gritaba por una acción desesperada. Por la huida.

Había considerado seriamente huir, ¿sabe? De verdad, honestamente lo consideré durante varios minutos frenéticos. Había al menos una docena de posibles rutas de escape del palacio, cien maneras ingeniosas en las que podría escabullirme sin ser notada: se podían sobornar cocheros, ciertas doncellas comprensivas podrían desviar a los guardias siempre vigilantes, los barcos mercantes siempre se dirigían a costas lejanas y exóticas donde nadie sabría nunca mi nombre o mi desafortunado predicamento. La logística no era imposible. Y sin embargo…

Y sin embargo, era imposible. No porque careciera de los medios necesarios, ni siquiera del coraje, sorprendentemente. Sino porque sabía —en el fondo, en ese lugar secreto y sensato que generalmente detestaba admitir que existía— que nunca estaría verdaderamente libre de esta situación, o del alcance de mi familia. Incluso si lograra desaparecer por completo, desvaneciéndome en

los confines más lejanos y oscuros del mundo conocido, mi madre finalmente me encontraría. Mi padre enviaría a alguien para traerme de vuelta, probablemente encadenada. Y Gareth…

Bueno. No confiaba ni por un solo, solitario segundo en que Gareth Montford me dejaría simplemente escabullirme silenciosamente en la noche. No era de ese tipo. Era precisamente el tipo de hombre arrogante y posesivo que prospera en el control, que encuentra un entretenimiento perverso en el desafío y las luchas de los demás, especialmente las mías. Si tan solo intentara desaparecer ahora, no tenía absolutamente ninguna duda de que él personalmente me daría caza, probablemente con esa sonrisa irritante y engreída todavía firmemente plantada en su atractivo rostro, tratando todo el asunto como una gran y emocionante aventura organizada únicamente para su diversión personal. Simplemente no había salida. En realidad no.

Los muros ineludibles de mi destino se habían cerrado bien y verdaderamente a mi alrededor, apretándose implacablemente como un corsé demasiado ajustado por una doncella demasiado entusiasta, dejándome sin aliento y atrapada. La cruda realidad de mi situación finalmente se asentó, pesada e inevitable, presionando mis costillas, constriñendo mi garganta, asfixiando mi propia existencia. Realmente, irreversiblemente, iba a casarme. Con Gareth Montford. Pronto.

La horrible comprensión se asentó pesada y plomiza en mi pecho, densa y sofocante. Apreté los dedos con fuerza en la suave tela de terciopelo de mis faldas, mi mandíbula se tensó mientras intentaba desesperadamente tragar mi orgullo herido, prepararme

para lo inevitable, encontrar de alguna manera una forma de soportar el futuro absolutamente insoportable que se extendía ante mí. Dignidad. Necesitaba dignidad.

Y entonces —porque por supuesto el cruel universo no había terminado de atormentarme por el día— oí su voz irritantemente familiar cortar mi miseria.

—Parece usted absolutamente trágica, querida —observó alegremente desde el umbral—. Bastante atractiva, en realidad, de una manera condenada.

Me puse rígida al instante, cada músculo se tensó. Mi cabeza se giró lenta, deliberadamente, hacia el umbral, donde Gareth se apoyaba con demasiada comodidad contra el pesado marco de madera. Tenía un hombro apoyado perezosamente contra la madera tallada, sus brazos cruzados holgadamente sobre su ancho pecho en una actitud de suprema y odiosa facilidad.

Estaba vestido impecablemente, como siempre, maldito sea, su levita azul marino oscuro perfectamente entallada, su corbata blanca anudada con una precisión irritante y descuidada. No había ni una sola onza de remordimiento o simpatía en su expresión, solo ese tipo de diversión ociosa familiar e irritante, como si simplemente hubiera entrado sin ser invitado para observar las fascinantes secuelas de su propia destrucción cuidadosamente orquestada. ¡Qué descaro!

Inhalé bruscamente, forzando mi expresión a una de aburrimiento frío y distante antes de responder.

—¿Está aquí simplemente para regodearse, Montford? ¿O tenía un propósito real?

Sus labios se curvaron diabólicamente en los bordes, aunque hizo un gran alarde de suspirar dramáticamente como si estuviera profundamente herido por mi acusación.

—Me hiere usted en lo más vivo, princesa —se lamentó, apartándose del marco de la puerta y comenzando a cruzar la habitación hacia mí con esa facilidad pausada y segura que siempre me ponía los pelos de punta—. ¿No puede un hombre simplemente visitar a su amada prometida en sus aposentos sin ser inmediatamente acusado de villanía rastrera? —Sonaba completamente sincero. El muy mentiroso.

Le dediqué una mirada larga, lenta y fulminante que habría hecho acobardarse a hombres de menor valía. Aparentemente, Gareth no era un hombre de menor valía.

—¿Si ese hombre resulta ser usted? —repliqué fríamente—. Entonces no. Absolutamente no.

Su consiguiente risa fue suave, irritantemente cálida y enteramente demasiado genuina. Alcanzó el lugar directamente frente a mi silla, atrapándome efectivamente. Pertenecía aquí ahora, ¿no es así? Ya había ganado, ¿no es cierto? Quizás sí. Se detuvo justo delante de mí, su aguda mirada cayendo deliberadamente donde mis dedos todavía estaban apretados con demasiada fuerza en la tela de mi regazo, como si fueran lo único que me impedía gritar incoherentemente o cometer actos de violencia espontánea contra su persona. Inclinó la cabeza, observándome con algo casi pensativo en sus ojos azules.

—¿Todavía contemplando la huida, princesa? —preguntó suavemente, su voz bajando ligeramente. La pregunta dio

demasiado en el clavo, desconcertantemente precisa, y mi agarre se apretó involuntariamente en mis faldas. Maldito sea por leerme tan fácilmente.

Su sonrisa socarrona se profundizó al instante. Sabía que había tocado un punto sensible.

—No se moleste —murmuró, su voz baja y cómplice, casi conspiradora—. Usted y yo sabemos que no hay absolutamente ningún lugar en este mundo al que pudiera ir y que su formidable madre no la encontrara finalmente. —Hizo una pausa, inclinándose solo un poco—. O que yo no la encontrara.

Odiaba que tuviera innegablemente razón. Huir era inútil. Estaba atrapada. Levanté la barbilla desafiante, convocando hasta el último jirón de compostura real que poseía, deseando que mi voz permaneciera firme, sin delatar nada del pánico arremolinado en mi interior.

—Entonces supongo —dije rígidamente, las palabras sabiendo a cenizas amargas en mi boca— que debo simplemente aceptar mi destino con gracia.

La mirada de Gareth parpadeó inquisitivamente sobre mi rostro de nuevo, como si intentara calibrar la sinceridad detrás de mis palabras. Me negué a apartar la mirada esta vez, me negué a dejarle vislumbrar cuán profundamente dolía esta pérdida total, cuánto me costaba realmente conceder la derrota, incluso verbalmente. Y sin embargo, sorprendentemente, en lugar de una evidente suficiencia, en lugar de un triunfo regodeante iluminando sus ojos, simplemente tarareó suavemente, observándome como si yo fuera un misterio fascinante y complejo que aún no había resuelto por completo.

—Sabe —reflexionó pensativamente, acercándose aún más —demasiado cerca— de modo que el familiar e inquietante aroma a sándalo y a algo rico y cálido y singularmente él me envolvió como una red invisible—. Puede que la vida de casada no le resulte tan insoportable como imagina, princesa. —Su proximidad envió una sacudida inoportuna a través de mi sistema.

Dejé escapar una risa aguda, entrecortada y totalmente falsa, negando con la cabeza con desdén.

—¿Oh? Dígame, Montford, ¿por qué es eso? —desafié, tratando de sonar aburrida.

Sus ojos sostuvieron los míos, y por un segundo fugaz, algo peligroso y completamente ilegible parpadeó detrás de la habitual diversión perezosa en sus profundidades.

—Porque, princesa —murmuró, su voz bajando de nuevo, volviéndose un hilo más suave, más íntimo, de alguna manera más potente— en última instancia, somos usted y yo los que estamos enredados en este lío juntos. Y sospecho —añadió, un brillo perverso entrando en sus ojos— que podríamos divertirnos considerablemente más de lo que espera actualmente.

Un ridículo e inoportuno escalofrío recorrió lentamente mi espalda. No era miedo. No era pavor. Era algo completamente diferente. Algo confuso y traicionero que me negué rotundamente a nombrar o analizar. Me obligué a bufar con desdén, reclinándome ligeramente en mi silla, ejecutando un deliberado y exagerado giro de ojos para señalar mi absoluto desdén.

—Diversión —repetí secamente—. Qué absolutamente delicioso. Sí, estoy segura de que nuestro feliz futuro juntos estará lleno hasta

los topes de risas… principalmente mías, mientras planeo lenta y meticulosamente su desafortunado fallecimiento.

Él sonrió entonces, lento, perverso y completamente imperturbable ante la amenaza, maldito sea.

—¿Ve? —replicó suavemente—. Ya está planeando nuestro futuro compartido. Eso es un progreso definitivo, ¿no diría usted?

Quería arrojarle algo pesado a la cabeza. Preferiblemente el reloj de porcelana cercano. En cambio, me levanté bruscamente de mi asiento con una dignidad que absolutamente no sentía, alisando mis faldas con movimientos bruscos, como si toda esta irritante conversación no me hubiera sacudido hasta la médula.

—Si de verdad voy a ser casada en contra de mi voluntad expresa —anuncié fríamente, reuniendo los bordes deshilachados de mi compostura destrozada a mi alrededor como un escudo endeble — entonces le aseguro, Montford, que lo haré enteramente en mis términos.

Sus cejas se levantaron ligeramente, una chispa de genuina intriga entrando en sus ojos ahora.

—¿Oh? —dijo con vozarrón, claramente interesado a pesar de sí mismo—. ¿Y qué términos específicos serían esos, Su Alteza?

Encontré su mirada directamente, sosteniéndola firme, negándome a dejarle ver la desesperada vulnerabilidad que se agitaba bajo mis palabras cuidadosamente construidas. Que piense que todavía me quedaba algo de lucha.

—Puede que haya ganado esta batalla, Montford —declaré claramente, mi voz firme a pesar del temblor interior—. Pero no confunda esto, ni por un solo momento, con una rendición.

Su mirada ardió en la mía, sus labios se separaron ligeramente como si fuera a decir algo más, algo desafiante, quizás algo incluso peligrosamente cercano a lo sincero. Pero no se lo permití. En cambio, pasé altivamente a su lado, mi corazón latiendo demasiado rápido contra mis costillas, mi respiración demasiado inestable para mi comodidad. Podía sentir su mirada siguiéndome, quemándome la espalda mientras lo dejaba allí de pie, solo, en mis aposentos, sabiendo, de alguna manera, en lo más profundo de mis huesos, que esta ridícula guerra entre nosotros estaba todavía muy, muy lejos de terminar.

¿Pero por ahora? Por ahora, aceptaría mi destino. Al menos exteriormente. Dejaría que el mundo viera exactamente lo que quería ver: una princesa finalmente resignada a sus circunstancias, concediendo con gracia y obediencia el decreto inevitable de sus padres. Mis hombros permanecerían rectos, sin inclinarse. Mi barbilla se mantendría en alto. Mi compostura parecería inquebrantable, impecable, porque eso era precisamente lo que se esperaba de mí. Desempeñaría el papel que todos habían escrito para mí: la hija obediente, la prometida cumplidora, la futura duquesa. Que todos crean que finalmente me he rendido. Que piensen que me he inclinado graciosamente ante el peso aplastante de la expectativa y el deber.

Por ahora, sí, dejaría que todo el mundo creyera que finalmente, de verdad, me había rendido. Pero bajo el barniz pulido y sonriente, bajo los pasos medidos y las expresiones cuidadosamente estudiadas, la guerra continuaba. Oh no, esto era simplemente un cambio temporal de estrategia. Una retirada táctica, quizás, pero

definitivamente no una rendición. Gareth Montford había ganado esta ronda en particular, de manera exhaustiva. Pero me había subestimado tonta y fatalmente si pensaba que este era el final.

No tenía ni la más remota idea del infierno que acababa de firmar para sí mismo. Y yo, la princesa Georgina, iba a asegurarme de que nunca, jamás, lo olvidara. Que continúen los juegos.

15

Una Boda es un Campo de Batalla

Georgina

Cuando una se enfrenta a una perdición segura —como, por ejemplo, un matrimonio ineludible con su némesis jurado— generalmente tiene dos opciones viables. Podría resistirse frenéticamente, arañando y luchando con hasta el último aliento hasta ser arrastrada a patadas y gritos al altar. O, quizás, podría aceptar su destino con serena gracia, tal vez algunas lágrimas dignas y, posiblemente, una daga muy afilada y bien colocada, discretamente oculta bajo sus faldas para emergencias. Opciones prácticas, en realidad.

Yo, por supuesto, siendo completamente irrazonable, había elegido naturalmente una tercera opción, mucho más entretenida. Si iba a caer, estaba absolutamente decidida a arrastrar a Gareth Montford a los pozos ardientes de la miseria matrimonial conmigo. Si me veía forzada a soportar esta absoluta parodia de boda, si mi vida iba a estar forzosa e irrevocablemente unida a un hombre que parecía prosperar únicamente provocándome más allá de la resistencia, entonces me aseguraría de que no sufriera solo. Oh, no. Si iba a estar atrapada en este espectáculo elaborado, ridículo y sancionado por el estado, entonces el maldito Gareth Montford ardería a mi lado. En sentido figurado. Probablemente.

Y así, la gran guerra de la boda continuó con renovado vigor. Si él honestamente pensaba que me había rendido de verdad después de que se adelantara la fecha, si realmente creía por un solo y tonto momento que ahora me metería dócilmente en mi papel asignado

como su obediente futura esposa, entonces claramente no había aprendido absolutamente nada sobre mí a lo largo de los años. Lo cual era su error, no el mío. Y para cuando hubiera terminado con él de verdad, juré en silencio, lamentaría profundamente cada segundo de este maldito compromiso. Maldeciría el día en que me sonrió con suficiencia.

La alta sociedad, por supuesto, esos buitres del cotilleo, no se cansaba de nuestro drama en desarrollo. Cada salón de sociedad, cada tediosa fiesta de té, cada conversación susurrada en los sombríos palcos de la ópera parecía consumida por una especulación febril y sin aliento sobre nuestras nupcias que se acercaban rápidamente. Apenas podía dar dos pasos por los jardines del palacio en estos días sin oír alguna discusión vertiginosa y especulativa sobre qué estilo podría tener mi vestido de novia, si Montford y yo estábamos realmente locamente enamorados bajo nuestras disputas o simplemente enemigos acérrimos destinados a algún tipo de romance trágico y gótico (¡sinceramente!), y —lo más frecuente e irritante— si realmente me presentaría y llevaría a cabo la ceremonia.

No dignifiqué tal cháchara ridícula con una respuesta directa, naturalmente. Eso estaría por debajo de mí. Pero sí me propuse deliberadamente sonreír dulcemente, casi serenamente, cada vez que me preguntaban directamente sobre los planes de la boda, sabiendo muy bien que mi repentina docilidad probablemente estaba volviendo a Gareth absolutamente loco de curiosidad confusa detrás de su fachada engreída. Que se pregunte qué estaba tramando ahora.

Que se quede despierto por la noche, cuestionando cada sonrisa engañosamente dulce que le ofrecía en público, cada asentimiento demasiado agradable durante las tediosas sesiones de planificación, cada repentina mirada fingida de recato y sumisión marital. Que piense que finalmente, de verdad, me había vencido, que ahora era de alguna manera una participante dispuesta, incluso ansiosa, en esta ridícula farsa que él parecía encontrar tan divertida. Que se retuerza un poco.

Que anticipe mi próximo movimiento impredecible, esperando constantemente el próximo golpe, el momento en que inevitablemente contraatacaría, desentrañando cada pizca de control engreído que creía poseer. Que sienta esa aguda e incierta emoción de la anticipación, el delicioso tormento privado de saber en el fondo que su supuesta victoria no estaba, de hecho, enteramente asegurada. No mientras yo siguiera respirando.

Porque tenía planes. Oh, sí, tenía planes maravillosamente retorcidos cociéndose a fuego lento. Planes que asegurarían que, cuando todo estuviera dicho y hecho, Gareth Montford lamentaría amargamente haber pensado alguna vez que podría domesticarme, o ganar esta guerra entre nosotros tan fácilmente.

Y así, mi nueva estrategia de tortura sutil (y no tan sutil) comenzó de inmediato. ¿El primer frente de batalla? La notoriamente contenciosa distribución de los asientos de la boda. Un campo de minas de potenciales desastres sociales, perfecto para mis propósitos. Estábamos reunidos sombríamente en el estudio de mi madre de nuevo, un extenso y detallado mapa del gran salón de baile extendido ante nosotros en la gran mesa, la ubicación

requerida de cada familia noble meticulosamente marcada con una elegante caligrafía.

Mi madre y el mayordomo de palacio, con aspecto perpetuamente estresado, debatían ubicaciones críticas en tonos bajos y serios: quién odiaba a quién, quién no podía sentarse cerca de la corriente de aire, quién podría montar una escena borracho. Mientras tanto, yo fingía escuchar atentamente, mi mirada deslizándose con suma inocencia de reojo hacia Gareth.

Él se recostaba en su silla como de costumbre, con las largas piernas estiradas ante él, los dedos tamborileando un ritmo ocioso e irritante contra su rodilla. Parecía demasiado cómodo, demasiado condenadamente satisfecho consigo mismo para mi gusto, y eso simplemente no podía ser. Me incliné hacia adelante, fingiendo un aire de profunda concentración mientras trazaba mis dedos ligeramente sobre la delicada caligrafía que marcaba la extensa lista de invitados.

—Creo —murmuré pensativamente, lo suficientemente alto como para que él pudiera oírme fácilmente por encima del zumbido del mayordomo— que deberíamos colocar a todas tus conocidas amantes anteriores juntas en la misma mesa prominente. ¿Cerca del frente, quizás? —Hubo un instante de silencio cargado antes de que la mirada de Gareth se clavara bruscamente en la mía, la diversión familiar parpadeando instantáneamente en algo más duro, más afilado. ¡Éxito!

Mi madre ni siquiera se molestó en levantar la vista de sus notas.

—Eso sería deliberadamente imprudente, Georgina, y lo sabes. —Suspiró con cansancio.

Incliné la cabeza, fingiendo una inocente consideración.

—Oh, pero ¿no sería simplemente encantador, madre? Una especie de reunión, ¿no diría usted? —Golpeé ligeramente el pergamino con el dedo, apenas ocultando mi deleite malicioso ante la imagen—. Imagínese las fascinantes historias que todas podrían compartir durante el plato de salmón. ¡Sería tan animado!

Gareth dejó escapar un aliento lento y deliberado por la nariz, una pequeña y peligrosa sonrisa curvándose en los bordes de su boca. Pero había algo decididamente desafiante en su mirada ahora, algo que claramente decía: «Cuidado ahora, princesa. No presiones demasiado». Pero no me sentía cuidadosa hoy. Me sentía claramente vengativa y disfrutando bastante.

—Supongo —concedió finalmente, su voz demasiado agradable, lo que inmediatamente me puso en guardia— que sería un teatro bastante entretenido. —Y justo cuando pensé que podría conceder el punto, quizás por puro aburrimiento, añadió suavemente—: Por supuesto, lo justo es justo. Eso naturalmente significa que todos tus numerosos pretendientes anteriores probablemente deberían sentarse juntos en la mesa adyacente también. Una deliciosa oportunidad para que recuerden colectivamente lo que podría haber sido, si no hubieras sido tan exigente.

Me puse rígida al instante, mi espalda se enderezó mientras él levantaba una sola y burlona ceja con fingida inocencia. ¡Qué descaro el del hombre! ¡Mencionar mis estándares perfectamente razonables! Entrecerré los ojos hacia él, preparando una réplica mordaz, pero antes de que pudiera tomar represalias, mi madre suspiró en voz alta, agitando una mano con desdén sobre el mapa.

—La distribución permanece exactamente como está marcada actualmente. No hay más discusión.

La sonrisa de Gareth se ensanchó entonces, lenta y deliberada, la mirada de un hombre que acababa de asegurarse una victoria innegable y completamente satisfactoria. Sus ojos azules brillaban con una perversa diversión mientras me observaba, poseyendo la paciencia desconcertante de un depredador que sabía, con certeza, que su presa acorralada no tenía absolutamente a dónde huir. Apreté los dientes en silencio, mis uñas clavándose dolorosamente en el pesado pergamino frente a mí mientras un calor impotente ardía en mi pecho. Mi otra mano se cerró sobre la tela de mis faldas, pero me negué rotundamente a darle la satisfacción de un arrebato visible.

Bien. La primera ronda de la batalla de la distribución de asientos claramente fue para él. Le concedería este momento de triunfo fugaz e insignificante. Pero el juego, me recordé a mí misma con fiereza, estaba increíblemente lejos de terminar. Y cuando finalmente contraatacara, él nunca, jamás, lo vería venir.

Lo que me llevó directamente a mi siguiente brillante movimiento estratégico: un asalto frontal a su legendaria paciencia, una prueba rigurosa de su resistencia, una necesaria indulgencia en el fino arte de la tortura sutil y prolongada. Si Gareth había esperado tontamente que nuestras tareas previas a la boda restantes fueran un asunto simple y civilizado, entonces era un tonto aún más grande de lo que pensaba.

¿El campo de batalla de hoy? La cata de pasteles.

Llegamos más tarde ese día a las vastas cocinas del palacio para encontrar una larga mesa entera gimiendo bajo el peso de extravagantes y aterradoramente azucaradas confecciones. Había imponentes pasteles de varios pisos espolvoreados generosamente con pan de oro comestible, delicados pasteles de frutas rellenos precariamente con frutas confitadas de tonos de joya, interminables y ordenadas filas de *petits fours* multicolores, e innumerables otras delicias glaseadas, escarchadas y rociadas. Debería haber sido una experiencia agradable, incluso decadente. Pero yo, naturalmente, no tenía absolutamente ninguna intención de que así fuera. No para él, de todos modos.

El jefe de pastelería, un francés de aspecto perpetuamente agotado con harina espolvoreada en las mangas y pánico en los ojos, nos sonrió nerviosamente, retorciéndose las manos.

—Su Alteza, Mi Señor —comenzó, su voz temblando ligeramente — hemos preparado una pequeña selección de nuestros mejores…

—Probaré todos —anuncié con firmeza, interrumpiéndolo a mitad de la frase con un gesto displicente de la mano. Todos y cada uno.

El pobre hombre parpadeó rápidamente, sus ojos muy abiertos por la alarma.

—¿Todos… todos, Su Alteza? ¡Pero hay docenas!

Gareth dejó escapar una risa tranquila y divertida a mi lado, negando lentamente con la cabeza mientras alcanzaba despreocupadamente un tenedor de plata para degustar.

—Es usted completamente imposible, princesa —murmuró, aunque sonaba más entretenido que molesto. Maldito sea.

Me giré lentamente hacia él, poniendo una expresión de dulzura almibarada en mi rostro que probablemente no lo engañó ni por un segundo.

—Oh, querido —arrullé, abriendo los ojos inocentemente— ¿seguramente no le importa complacer a su amada prometida en este pequeño e inofensivo capricho?

Algo perverso brilló brevemente en su expresión, un desafío aceptado quizás, pero simplemente gesticuló grandiosamente hacia la mesa cargada.

—Por todos los medios, princesa —invitó suavemente—. Dese el gusto. Pruebe hasta la última miga.

Y así, lo hice. Durante dos horas insoportablemente largas y llenas de azúcar, tomé precisamente un bocado delicado y crítico de cada elaborada confección que me presentaron… y luego la declaré rápidamente completamente inadecuada para nuestra boda. Todas y cada una.

¿La rica tarta de merengue de avellana? Demasiado rica, casi vulgar. ¿El delicado bizcocho de agua de rosas? Demasiado endeble, completamente olvidable. ¿La decadente tarta de ganache de chocolate negro? Demasiado decadente, positivamente pecaminosa. ¿El bizcocho de limón glaseado? Demasiado… amarillo. El párpado izquierdo del chef comenzó a temblar violentamente a mitad de la prueba. Lo consideré una pequeña victoria.

Gareth, para mi suprema y creciente molestia, simplemente se reclinó más en su silla durante toda la actuación, observándome con esa curiosidad irritantemente divertida en sus ojos. Parecía como si se estuviera preguntando genuinamente hasta dónde estaba

realmente dispuesta a llevar esta farsa, cuántos pasteles podría rechazar plausiblemente antes de admitir la derrota. O posiblemente antes de que el pobre chef entrara en combustión espontánea por el estrés.

No fue hasta que arrugué la nariz pensativamente y sugerí casualmente un pastel de varios pisos relleno generosamente con cebollas especiadas y quizás arenque en escabeche —solo para ver si finalmente podía romper su irritante compostura— que finalmente intervino. Dejó su propio tenedor en su plato con una lentitud deliberada y elocuente. El pequeño tintineo resonó en la cocina de repente tensa.

—Basta —dijo en voz baja. Su voz era seda y acero, todavía teñida de diversión subyacente, pero ahora definitivamente enhebrada con una clara nota de advertencia.

Parpadeé hacia él, fingiendo de nuevo una inocencia de ojos muy abiertos.

—¿Pasa algo, querido? —pregunté dulcemente—. ¿No le apetece el glaseado de arenque en escabeche?

Sus dedos se curvaron ligeramente alrededor del borde de la mesa, sus ojos azules brillando peligrosamente a la brillante luz de la cocina.

—Tiene usted una suerte increíble —declaró secamente, su voz bajando de tono— de que sea ridículamente hermosa, princesa. De lo contrario… —Dejó la amenaza implícita suspendida en el aire.

Ignoré la forma completamente inoportuna en que mi respiración se entrecortó ligeramente ante el cumplido ambiguo, levantando mi propio tenedor con una elegancia deliberada y elocuente.

—Y usted tiene una suerte increíble, Montford —repliqué fríamente— de que todavía no haya descubierto cómo prenderle fuego a toda esta mesa, y posiblemente a usted con ella.

Su sonrisa regresó entonces, lenta y afilada, todo dientes.

—Todavía —reconoció suavemente, sosteniendo mi mirada.

Nos miramos fijamente durante un largo y cargado momento a través de la carnicería de pasteles rechazados, el aire mismo en la habitación pareciendo zumbar con algo tácito, algo volátil, antes de que el suspiro elocuente y cansado de mi madre rompiera la repentina tensión. Sinceramente, ¿tenía espías por todas partes?

—El bizcocho de vainilla y almendras con relleno de albaricoque es perfecto —anunció enérgicamente desde el umbral. El pastelero, que casi se había desmayado, pareció aliviado de que le quitaran la decisión de las manos.

Dejé escapar un aliento lento y tembloroso mientras el chef se escabullía, sabiendo, con certeza, que esta estaba lejos de ser la última batalla que se libraría entre Gareth y yo antes de que amaneciera el día de la boda. Porque por mucho que estuviera intentando activa y creativamente hacer sufrir a Gareth a través de este proceso, por mucho que quisiera que se arrepintiera de haberse enredado alguna vez conmigo… no podía ignorar por completo la verdad peligrosa y confusa que acechaba justo debajo de la superficie de todo ello.

Él, contra toda lógica, se estaba divirtiendo de verdad discutiendo conmigo. ¿Y peor? ¿Mucho, mucho peor? Sospechaba, en el fondo, que tal vez… solo tal vez… yo también. Y ese era el pensamiento más aterrador de todos.

16

Un Vals con el Diablo

Georgina

Sinceramente, la alta sociedad siempre había sido absolutamente insufrible, un mal necesario de mi posición. ¿Pero ahora? ¿Ahora, desde que mi destino había sido irrevocablemente sellado? Se habían vuelto verdadera y profundamente insoportables. Una cosa era, irritante pero manejable, cuando simplemente susurraban sobre mi desastroso compromiso en tonos bajos y escandalosos con un té tibio. Era casi divertido cuando especulaban salvajemente si realmente llevaría a cabo la ceremonia.

Pero ahora que la boda estaba oficial y aterradoramente en marcha —ahora que las malditas invitaciones habían sido enviadas a lo largo y ancho y la propia catedral probablemente había sido adornada con flores ofensivamente alegres que despreciaba específicamente— habían llevado su obsesión colectiva a un nivel de absurdidad completamente nuevo.

No podía ni siquiera pasear por los jardines del palacio para tomar un poco de aire fresco sin encontrarme con hordas literales de debutantes risueñas. Se abalanzaban sobre mí como palomas esperanzadas, sus ojos brillando con un romanticismo desesperadamente fuera de lugar, sus voces tontas goteando un sentimentalismo ridículo y azucarado mientras adulaban mi inminente perdición. Era como ser asfixiada por encajes e ignorancia.

—¡Oh, Su Alteza, debe de estar positivamente mareada de felicidad! —zalamereó una ayer, juntando las manos como una tonta.

Mareada de rabia, más bien.

—Señor Montford está completamente prendado de usted, ¿no es así? ¡Es todo terriblemente romántico! —suspiró otra soñadoramente. ¿Prendado? ¡El hombre estaba tramando mi lenta desaparición a base de pura irritación!

—Se dice que simplemente la adora, princesa… ¿ha oído los rumores? ¡La mira como si usted personalmente hubiera colgado las mismísimas estrellas en el cielo! —dijo una tercera con efusión, casi desmayándose en el camino de grava.

Casi me atraganto con mi sándwich de pepino con esa última. ¿Colgar las estrellas? Por favor. Gareth Montford no me miraba como si yo hubiera colgado las estrellas en los cielos. Me miraba más como un hombre que disfrutaba a fondo prendiendo fuegos pequeños y contenidos y luego observando con diversión distante para ver cuán rápido podían descontrolarse. Eso parecía significativamente más preciso.

Y, como si de alguna manera supiera exactamente lo que la alta sociedad decía sobre su supuesta adoración, como si hubiera oído mágicamente cada comentario ridículo y sin aliento susurrado detrás de los abanicos, aparentemente había hecho de su solemne misión en la vida asegurarse de que cada noble en Inglaterra estuviera absoluta y completamente convencido de su devoción eterna. Lo cual era simplemente otra forma de decir que se había dedicado a atormentarme sin piedad, implacablemente, en público. Cada vez que tenía la oportunidad.

Comenzó sutilmente, con los más pequeños e irritantes gestos diseñados puramente para desconcertarme mientras encantaba a

todos los demás. Una mano posesiva que se demoraba una fracción de segundo de más, un toque demasiado bajo, en la parte baja de mi espalda durante las reuniones formales, haciendo que se me erizara la piel. Una sonrisa lenta, cómplice y privada dirigida solo a mí cada vez que inevitablemente me sorprendía fulminándolo con la mirada a través de un salón de baile abarrotado.

En una velada particularmente tediosa la semana pasada, había llegado tan lejos como para inclinarse y susurrarme algo absolutamente escandaloso al oído —sinceramente, ni siquiera oí las palabras reales, solo sentí el inquietante calor de su aliento contra mi piel, registré la forma en que mi pulso traidor me había delatado instantáneamente con un estúpido salto, sentí la forma en que todo mi cuerpo se había bloqueado con una conciencia repentina e indeseada—. Y por supuesto, porque era una absoluta amenaza para mi cordura, se había echado hacia atrás lo justo después para observar mi indudablemente desconcertada reacción, sonriendo con suficiencia satisfecha cuando apenas había logrado reprimir un escalofrío de cuerpo entero. El muy canalla.

¿Pero hoy?

De alguna manera era aún peor. Porque hoy, mi madre, en su infinita sabiduría y crueldad, había declarado que nosotros —Gareth y yo— ensayaríamos formalmente el vals nupcial. En el gran salón de baile. Con un maestro de baile profesional. Había sospechado, en el fondo, que este horror en particular finalmente me sería impuesto, una especie de práctica para el espectáculo público que se avecinaba, pero todavía había rezado ferviente, desesperadamente,

en vano, para que de alguna manera me librara de esta tortura específica.

Desafortunadamente, mi madre creía firmemente que si de verdad iba a casarme en contra de mi voluntad, al menos lo haría con gracia, sin tropezar con mis propios pies o los suyos. Y así, ahora me encontraba atrapada aquí, en el vasto y resonante vacío del gran salón de baile, literalmente atrapada en los brazos de Gareth Montford, mientras un maestro de baile muy decidido y demasiado entusiasta llamado maese Leclair marcaba el tempo preciso del vals detrás de nosotros como un metrónomo de la perdición.

—¡Postura, Su Alteza, postura! —regañó por quinta vez maese Leclair, acercándose apresuradamente para ajustarme físicamente los hombros con un entusiasmo totalmente inoportuno. Sus dedos se demoraron de forma molesta—. ¡La gracia se encuentra en la línea elegante del cuerpo! No se resista tanto al movimiento natural. Debe dejar que su pareja la guíe.

Ese, por supuesto, era precisamente todo el maldito problema, ¿no es así? Porque Gareth Montford estaba guiando, con una confianza irritante, y yo me estaba resistiendo mucho. Con cada fibra de mi ser. Mantenía la espalda deliberadamente rígida como una tabla, mis dedos apenas descansando sobre su ancho hombro como se requería, mi otra mano yaciendo completamente lánguida e insensible en su firme agarre. Que me arrastrara como un saco de patatas si era necesario.

Gareth suspiró dramáticamente junto a mi oído, inclinando la cabeza de esa manera irritante que tenía, fingiendo una falsa

decepción.

—Sabe, querida —murmuró, su voz en un tono bajo e íntimo, claramente destinada solo para mí a pesar de que el maestro de baile rondaba cerca— la mayoría de las mujeres en Londres probablemente matarían —quizás literalmente— por estar en esta exacta posición ahora mismo. Bailando un vals conmigo.

¡Qué arrogancia!

Levanté la barbilla una fracción más, mirando deliberadamente un punto particularmente poco interesante en la pared lejana por encima de su hombro, como si de alguna manera pudiera desterrarlo de mi existencia inmediata a través de pura y concentrada fuerza de voluntad. No estaba funcionando.

—Entonces, por todos los medios, Montford —repliqué fríamente, mi voz tensa— déles mi lugar inmediatamente. Abdico.

Sus dedos se apretaron una fracción alrededor de los míos, su agarre en mi cintura de alguna manera acercándome un poco más, lo justo para robarme el aliento por un segundo sin pronunciar una sola palabra. El calor de su cuerpo era de repente demasiado evidente.

—Ni hablar, princesa —susurró de vuelta, su aliento cálido contra mi oído de nuevo.

Me negué a reaccionar. Me negué absolutamente a darle la satisfacción. Pero estaba, desafortunadamente, muy, intensamente consciente de él, no obstante. La inquietante calidez de su palma presionada firmemente contra la parte baja de mi espalda. El sutil y seguro cambio de su postura mientras me guiaba. La irritante forma en que se movía con tal fluida y masculina confianza, guiándome sin

esfuerzo a través del suelo pulido como si hubiéramos hecho esto mil veces antes, como si mi flagrante reticencia fuera simplemente un juego divertido para él, otro desafío que tenía toda la intención de ganar.

¿Y lo peor de todo? ¿La peor parte de todas? Era notablemente bueno en esto. Maldito sea hasta lo más profundo, pero el hombre se movía como alguien que sabía exactamente cómo hacer que una mujer sintiera cada paso, cada giro vertiginoso, cada sutil cambio de presión que dictaba el intrincado movimiento del baile. Hacía que pareciera completamente sin esfuerzo, incluso grácil, como si ni siquiera estuviera pensando en los pasos, dejándolo libre para concentrarse por completo en atormentarme. Lo odié tanto en ese momento que apenas podía respirar.

—Deje de fulminarme la corbata con la mirada, princesa —murmuró entonces, su voz baja e íntima de nuevo, vibrando ligeramente contra mi oído—. Se supone que debe parecer desesperada y felizmente enamorada, ¿recuerda? Para el público. —Gesticuló vagamente con la cabeza hacia mi madre y maese Leclair.

Le ofrecí mi sonrisa más dulce y venenosa, del tipo generalmente reservado para los dignatarios visitantes que particularmente me desagradaban.

—Le pisaré el pie, Montford —amenacé dulcemente—. Fuerte.

—Hágalo —desafió al instante, la diversión parpadeando brillantemente detrás de su mirada azul. Realmente quería que lo intentara—. Me gustaría bastante verla intentarlo, en realidad.

Y lo habría hecho, con gusto, con inmensa satisfacción, si maese Leclair no hubiera aplaudido de repente con un deleite alegre e

inconsciente en ese momento.

—¡Ah! ¡*Magnifique*! ¡Eso fue absolutamente perfecto! ¿Vio ese giro final, Su Majestad? ¡Simplemente divino! ¡Qué química!

Me puse aún más rígida, si eso era posible. ¿Química? Mi madre, que había estado observando nuestra sesión de tortura atentamente desde una silla colocada estratégicamente junto a las ventanas lejanas, realmente sonrió entonces. Una genuina sonrisa de triunfo maternal.

—Encantador, en efecto, maese Leclair —convino suavemente—. Hacen una pareja bastante bien avenida en la pista de baile, ¿no es así? —Mi expresión probablemente permaneció cuidadosamente neutral, cuidadosamente inexpresiva, pero por dentro, estaba gritando. En voz alta. Profanamente.

Gareth, por supuesto, tuvo el descaro absoluto de parecer claramente complacido con esta evaluación, su agarre en mí permaneciendo firme y completamente inflexible, incluso cuando la música de práctica finalmente se detuvo. Sentí como si no tuviera absolutamente ninguna intención de dejarme ir, física o metafóricamente. Jamás.

En ese momento, casi podía sentir la obsesión colectiva de la alta sociedad alcanzando nuevas e insoportables alturas fuera de estos muros del palacio. Prácticamente podía oír los susurros excitados ya comenzando, imaginando los abanicos revoloteando, las mujeres suspirando dramáticamente en sus guantes de encaje sobre lo absolutamente devoto que parecía Señor Montford mientras bailaba, sobre lo sorprendentemente hermosa que parecía la princesa recalcitrante en sus brazos, sobre cómo realmente nunca habían

presenciado una pareja tan profundamente romántica en todos sus años de emparejamiento social. Quería prenderle fuego a algo —preferiblemente a la levita perfectamente entallada de Gareth—. Ahora mismo.

En cambio, reuniendo mis últimas reservas de fuerza, me solté bruscamente de su agarre, alisando mis faldas con una precisión violenta e innecesaria. Me giré inmediatamente hacia mi madre, forzando toda la compostura fría que pude reunir en mi voz y expresión.

—¿Hemos terminado ya? —inquirí tensamente.

Sus labios se crisparon de nuevo, demasiado sabiondos para mi comodidad. Vio a través de mi fachada.

—Sí, querida —respondió con calma—. Eso será todo por la práctica de hoy. Excelente progreso.

Me giré de inmediato, lista para huir de este salón de baile de pesadilla tan rápido como mis pies calzados con zapatillas pudieran llevarme, pero antes de que pudiera dar más de dos pasos, Gareth me agarró de la muñeca. Su toque fue irritantemente ligero esta vez, exasperantemente casual, pero posesivo, como si tuviera todo el derecho concebible del mundo a mantenerme físicamente en mi sitio. ¡El hombre no tenía límites!

—Cuidado ahora, princesa —murmuró, su voz cálida con demasiado disfrute obvio a mi costa—. La gente está mirando, ¿recuerda? —Asintió sutilmente hacia el umbral, donde rondaban unos cuantos lacayos curiosos.

Entrecerré los ojos, negándome a apartarme esta vez, enfrentando su desafío de frente. Mi voz bajó a un susurro mortal.

—¿Y qué? —Que miren. Que cotilleen. Ya no me importaba.

Su pulgar rozó deliberadamente la piel sensible del interior de mi muñeca entonces, el movimiento tan fugaz, tan sutil, que casi podría haberlo imaginado si no fuera por la sacudida que me envió.

—Y que —susurró de vuelta, inclinándose solo un poco más, sus ojos clavándose en los míos— simplemente odiaría que pensaran que no disfruta a fondo bailando con su futuro esposo.

Retiré mi mano con fuerza entonces, ignorando deliberadamente la forma en que mi pulso me traicionó inmediatamente con un salto estúpido y frenético. Ignoré el calor inoportuno que se enroscaba en la parte baja de mi espalda. Ignoré la irritante forma en que él simplemente se quedó allí, observándome con esa mirada de complicidad en sus ojos, como si supiera algo crucial sobre mí que ni siquiera yo misma sabía. Esta guerra ridícula, irritante y enloquecedora no había terminado en absoluto. Ni de lejos. Aún no había ganado.

17

El Problema de la Indiferencia

Georgina

El verdadero problema de fingir indiferencia, empezaba a aprender rápidamente, era que requería una cantidad de esfuerzo sostenido absolutamente agotadora. Era como mantener una pose muy pesada y muy incómoda durante horas. Cada día que precedía a esta maldita boda se sentía más largo que el anterior, principalmente porque la fascinación obsesiva de la alta sociedad por mis inminentes nupcias se volvía más insufrible por momentos.

Susurraban sobre mí constantemente en los sofocantes salones de Mayfair, riendo tontamente detrás de sus caros abanicos mientras especulaban si estaba verdadera y locamente enamorada de mi libertino futuro marido o simplemente atrapada como una mosca en el ámbar del deber real.

El palacio mismo se había convertido en una ridícula puerta giratoria de visitantes no solicitados, todos aparentemente ansiosos por ofrecer sus opiniones totalmente indeseadas sobre mi situación. Viejas matronas aristocráticas con demasiado tiempo libre me agarraban las manos con fuerza entre sus dedos enguantados de encaje y suspiraban con nostalgia, parloteando sobre lo increíblemente afortunada que era por haber capturado de alguna manera al notoriamente escurridizo y devastadoramente atractivo Señor Montford.

Mientras tanto, debutantes melindrosas que, solo meses antes, prácticamente se habían arrojado físicamente sobre él, ahora me miraban con una envidia mal disimulada, sus sonrisas

enfermizamente dulces, sus palabras de felicitación bordeadas de una desagradable especie de falsa sinceridad. Todo era profunda y profundamente irritante.

Y luego, por supuesto, estaban los caballeros. ¡Oh, los caballeros! Hombres que antes nunca me habían dedicado más que una mirada pasajera y obediente, ahora parecían observarme con una nueva e intensa intriga, como si mi inminente matrimonio con un conocido libertino me hubiera transformado de repente en una especie de fascinante y prohibida novela de misterio que estaban desesperados por leer. Se demoraban deliberadamente en los bordes de los salones de baile, sus ojos brillando con una curiosidad inoportuna, sus voces bajas en una conversación susurrante y especulativa cada vez que yo pasaba. Algunos particularmente audaces incluso se atrevían a flirtear abiertamente ahora, probando claramente los límites de lo que se consideraba un comportamiento aceptable hacia una princesa comprometida. Especialmente una comprometida con un hombre como Montford.

Que es precisamente como me encontré efectivamente acorralada cerca de los rosales en los jardines del palacio una tarde por Señor Thomas Blackwood. Blackwood era un hombre con el que una vez —muy brevemente, muy tontamente, hacía varias vidas, al parecer— realmente consideré casarme. Antes de tener más juicio, obviamente. La tarde en sí era engañosamente pacífica a nuestro alrededor; el embriagador aroma de las rosas en flor flotaba denso en el cálido aire de verano, y el distante y suave goteo de la fuente principal prestaba una falsa ilusión de serenidad a la escena. Pero no había absolutamente nada sereno en la forma calculada en que

Blackwood se paraba ante mí ahora, su atractiva presencia una mezcla cuidadosa y deliberada de confianza fácil y malicia subyacente. Tramaba algo.

—Princesa Georgina —dijo con vozarrón, acercándose decididamente, invadiendo mi espacio personal, su voz demasiado suave y familiar para mi gusto actual. Olía ligeramente a colonia cara y a una confianza en sí mismo injustificada—. Seguramente —continuó, su mirada recorriéndome evaluadoramente— incluso ahora, ¿no tiene realmente la intención de seguir adelante con esta farsa?

Arqueé una sola ceja lentamente, manteniendo deliberadamente mi expresión fría, distante, con la esperanza de proyectar aburrimiento.

—¿Seguir adelante con qué, precisamente, Mi Señor? —inquirí educadamente, como si no tuviera ni idea de lo que estaba insinuando.

Sus labios se curvaron en esa sonrisa lenta y cómplice que vagamente recordaba. Era el tipo de sonrisa que podría haber provocado un delicioso nerviosismo en una versión más joven e ingenua de mí misma años atrás. Pero ya no era ni joven ni particularmente ingenua. Y desde luego no estaba nerviosa por Señor Blackwood.

—Esta boda —aclaró innecesariamente, inclinando la cabeza ligeramente como si compadeciera mi supuesta ignorancia—. Esta… farsa bastante pública con Montford. Simplemente no le sienta bien, Su Alteza, debe saberlo.

Junté las manos holgadamente delante de mí, fingiendo una inmensa paciencia que no sentía.

—¿Y qué, precisamente, imagina que me sienta bien, Señor Blackwood? —pregunté, genuinamente curiosa sobre su percepción ahora.

Se acercó aún más entonces, bajando la voz a algo más suave, algo claramente destinado a ser íntimo y persuasivo. Sinceramente, los hombres podían ser tan predecibles.

—La aventura le sienta bien —murmuró, sus ojos sosteniendo los míos—. La libertad le sienta bien. Un esposo devoto que no sea un notorio y maldito sinvergüenza ciertamente le sienta bien. —Parecía bastante complacido con esta evaluación.

Inhalé profundamente, contando en silencio hasta cinco, luchando contra el poderoso impulso de poner los ojos en blanco con tanta fuerza que podrían desprenderse de sus órbitas. Sinceramente.

—Ah —reflexioné en voz alta, girándome ligeramente para pasar mis dedos enguantados por los suaves y aterciopelados pétalos de una rosa premiada cercana, ganando tiempo—. Así que lo que sugiere, entonces, es que debería abandonar dramáticamente mi compromiso actual —¿causar un escándalo aún mayor?— a favor de… ¿qué, exactamente? ¿Un futuro emocionante de domesticidad educada, predecible y enteramente estable con usted?

La perspectiva sonaba tan emocionante como ver secar la pintura.

Su expresión de confianza flaqueó entonces, solo por un momento, un destello de irritación cruzando sus rasgos antes de que

recuperara rápidamente su suave fachada.

—Un futuro —replicó, su voz ligeramente cortante ahora— donde no estaría encadenada de por vida a un hombre que claramente se burla por completo de todo lo que usted, y su familia, supuestamente representan. —Lo hizo sonar tan simple, tan noble.

Me reí entonces. No una risa educada y principesca. No una risita recatada y femenina. Fue un sonido real, afilado, ligeramente incrédulo que cortó limpiamente el calor del aire pacífico de la tarde. Las cejas de Blackwood se fruncieron de inmediato, su confianza vacilando visiblemente.

—¿Encuentra divertida mi preocupación, princesa? —preguntó rígidamente.

Me volví para mirarlo de frente entonces, levantando la barbilla, encontrando su mirada directamente.

—Lo que encuentro profundamente divertido, Mi Señor —repliqué fríamente— es que parece creer honestamente que necesito que me salven. De Montford, o de cualquier otra cosa. —La arrogancia de los hombres nunca dejaba de sorprenderme.

Su mandíbula se tensó casi imperceptiblemente.

—No lo está negando, sin embargo, ¿verdad? Que Montford es…

—¿Un sinvergüenza? —interrumpí suavemente, dando yo misma un pequeño paso más cerca ahora, reclamando mi espacio—. ¿Una amenaza para la buena sociedad? ¿Una catástrofe andante y parlante apenas contenida en unas botas de montar? Sí, sí, y enfáticamente sí, probablemente es todas esas cosas. —Hice una pausa, bajando la voz lo justo para que se inclinara ligeramente, asegurándome de tener toda su atención—. Pero déjeme decirle

algo importante, Señor Blackwood. —Mi voz era suave pero firme—. Sinceramente, preferiría toda una vida de caos estimulante al lado de Gareth Montford antes que un solo y tedioso año de previsibilidad soporífera con usted. Cualquier día.

Esperaba que la ira brillara en sus ojos. Quizás la frustración. Como mínimo, un ego significativamente herido que requiriera un consuelo inmediato. Lo que absolutamente no esperaba era la sonrisa lenta, progresiva y genuinamente intrigada que se extendió gradualmente por su rostro. Blackwood me estudió ahora con una curiosidad abierta y no disimulada, como si acabara de desenterrar algo inesperado, algo completamente fascinante bajo mi superficie previamente predecible.

—Vaya, vaya —murmuró pensativamente, su mirada aguda y analítica ahora—. Entonces quizás ha cambiado incluso más de lo que pensé inicialmente, princesa.

Entrecerré los ojos con sospecha, sin gustarme su tono.

—¿Qué se supone que significa eso, Blackwood? —exigí bruscamente.

—Significa, Su Alteza —murmuró de vuelta, su voz tranquila pero extrañamente segura, casi confidencial— que quizás… quizás en realidad no odia a Montford tanto como finge con tanta vehemencia. —Sus ojos sostuvieron los míos, desafiándome a negarlo.

Abrí la boca al instante, lista para negarlo vehementemente, violentamente, incluso. Lista para refutar su absurda e insultante acusación con cada fibra de mi ser. Pero… inexplicablemente… dudé. Solo por una fracción de segundo, pero la duda estaba ahí, flotando

torpemente en el aire entre nosotros. Y eso, me di cuenta de inmediato, fue mi error fatal.

La sonrisa de Blackwood se ensanchó en una mueca de complicidad.

—Interesante —respiró, pareciendo completamente satisfecho con su descubrimiento.

Definitivamente iba a empujarlo a la fuente cercana ahora. Justo en la parte con las algas ligeramente viscosas. O lo habría hecho sin dudar, si no hubiera sentido de repente una presencia muy distintiva, muy familiar, muy inoportuna materializarse directamente detrás de mí. El aire mismo a nuestro alrededor pareció cambiar, crepitar. El agradable calor del sol de la tarde se volvió instantáneamente eléctrico, cargado.

El dulce aroma de las rosas fue abruptamente superado por algo más agudo, más oscuro; algo inconfundiblemente masculino e irritantemente Montford. La mirada de Blackwood se desvió deliberadamente más allá de mi hombro, y su expresión cambió de nuevo, solo un poco, antes de soltar una risa suave, casi apreciativa, entre dientes.

—Ah —murmuró, sonando genuinamente divertido ahora—. Hablando del rey de Roma.

Lo supe, incluso antes de darme la vuelta. Lo sentí antes de verlo realmente. Gareth Montford estaba a solo unos pasos de distancia, apoyado despreocupadamente en un banco de piedra, con un aspecto engañosamente relajado, casi aburrido. ¿Pero su mirada, cuando se encontró con la mía? Su mirada era cualquier cosa menos relajada. Era afilada. Evaluadora. Intensamente vigilante. Y absoluta

e irritantemente ilegible. Como un maestro jugador de cartas entrando en una partida de altas apuestas que no tenía absolutamente ninguna intención de perder. Los problemas habían llegado.

Blackwood, siempre el bastardo encantador y buscaproblemas, le ofreció a Gareth una reverencia perezosa y burlona.

—Montford —saludó suavemente—. Qué casualidad encontrarle aquí. Estaba teniendo la conversación más deliciosa e esclarecedora con su encantadora prometida.

Prácticamente ronroneó la palabra «prometida».

Gareth no parpadeó. No sonrió. Ni siquiera reconoció la superficial cortesía del comentario con un simple asentimiento. En cambio, su intensa mirada permaneció fija por completo en mí. Escrutadora. Interrogante. Y por alguna razón —alguna razón completamente irritante, inexplicable e inquietante— de repente me resultó muy difícil respirar normalmente.

El momento se tensó entre los tres, el aire cargado de desafíos tácitos, de historia latente, de algo volátil que ni Gareth ni yo queríamos reconocer delante de Blackwood. La expresión de Gareth permaneció irritantemente ilegible, su mirada inquebrantable mientras escudriñaba mi rostro, como si buscara algo específico oculto justo debajo de mi piel. ¿Alguna señal de… qué? ¿Culpa? ¿Coqueteo? ¿Traición?

Y entonces, como si apuntara deliberadamente a empeorar las cosas exponencialmente, Blackwood volvió a sonreír con suficiencia, esa chapa de bribón encantador firmemente de vuelta en su sitio.

—Una lástima, la verdad —suspiró dramáticamente, negando lentamente con la cabeza—. Uno casi podría creer, al oír los susurros por la ciudad, que Señor Montford aquí tenía en realidad una seria competencia por los afectos de la princesa.

Las palabras goteaban una diversión calculada, aguda y deliberadamente provocativa, y un peso frío y pesado se instaló instantáneamente en la boca de mi estómago.

La mandíbula de Gareth se tensó entonces, apenas, el único signo externo de reacción alguna. Pero lo vi. Sentí el cambio en el aire a su alrededor. Mi propio aliento se quedó atascado en algún lugar de mi garganta.

—¿Qué está insinuando exactamente, Blackwood? —exigí, mi voz más aguda de lo previsto.

Blackwood simplemente exhaló una risa suave y displicente, negando con la cabeza de nuevo como si compartiera una broma privada.

—Solo —respondió a la ligera— que la alta sociedad ha estado positivamente en llamas con los cotilleos últimamente. Una pequeña apuesta por aquí, un susurro escandaloso oído por allá… Aparentemente, muchos parecen pensar que todavía tiene bastantes más pretendientes esperanzados merodeando de lo que quizás se da cuenta, princesa. —Lo hizo sonar como si fuera de conocimiento común.

El silencio descendió de nuevo. Pesado. Incómodo. Pasó un instante. Luego otro. Y entonces, una lenta, progresiva y horrible comprensión comenzó a amanecer, enviando un escalofrío inesperado por mi espalda a pesar del calor de la tarde. Me giré

bruscamente hacia Gareth, buscando en su rostro, pero permaneció frustrantemente ilegible, sus labios apretados en una línea firme e inflexible. Él sabía algo. Algo importante. Algo que claramente no se había molestado en contarme sobre estas supuestas apuestas o susurros.

Blackwood dejó escapar otro suspiro de falsa compasión, disfrutando a fondo de la tensión que había creado.

—Una terrible lástima, la verdad —chasqueó la lengua, negando con la cabeza una última vez—. Y yo que pensaba que ustedes dos, criaturas volátiles, eran en realidad la pareja perfecta y explosiva el uno para el otro después de todo. —Hizo una reverencia de nuevo, brevemente, luego se dio la vuelta y se alejó paseando, dejándonos a Gareth y a mí solos en el silencio de repente sofocante del jardín, el aroma de las rosas ahora pareciendo empalagoso y pesado.

Tragué saliva con dificultad, mi pulso retumbando erráticamente en mis oídos, mi corazón latiendo por razones que no entendía del todo y que definitivamente no quería examinar demasiado de cerca. Porque algo había cambiado definitivamente en el aire entre Gareth y yo en ese momento. Algo significativo. Algo para lo que todavía no tenía las palabras adecuadas, algo inesperado y potencialmente peligroso. Y, sinceramente, no estaba del todo segura de cómo me sentía acerca de esa revelación. No estaba segura en absoluto.

18

Se Acabó el Señor Amable, o Cómo Decidí que un Beso Era Apropiado

Gareth

Ya era más que suficiente. Georgina Montrose, mi prometida por necesidad, absolutamente irritante y totalmente cautivadora, me había estado tomando el pelo. ¿Su lengua? Más afilada que la hoja de un duelista, encontrando cada grieta en mi armadura con una precisión exasperante. ¿Sus miradas? Pura provocación, retándome a escaramuzas a las que me encontraba demasiado ansioso por unirme. Era una amenaza en seda, una espina en mi costado que no me atrevía a arrancar del todo.

¿Recuerdas esa fiesta en el jardín? Por supuesto que sí. Se había inclinado, toda inocencia y el aroma de las flores de verano —lavanda y miel, una combinación que francamente debería ser ilegal por su puro poder de distracción—. Su proximidad había sido un desafío descarado, tentándome a acortar la distancia, a ser el canalla que la alta sociedad ya pensaba que era. Y justo cuando mi resolución vacilaba, se había echado hacia atrás con esa sonrisa irritantemente satisfecha de sí misma, dejándome a fuego lento. La pequeña pícara sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Mi paciencia, normalmente un océano vasto y complaciente, se había evaporado. Desaparecido. Puf. Si pensaba que podía orquestar esta farsa sin consecuencias, estaba a punto de recibir un despertar bastante rudo. Mi nueva estrategia era simple: molestia total y absoluta. Me convertiría en su sombra, su compañero constante, la rebaba bajo su silla de montar de moda.

Cada botón que poseía, metafórico o no, planeaba presionarlo. ¿Ese muro de compostura cuidadosamente construido detrás del que se escondía? Considérelo marcado para la demolición. Acompañarla se convertiría en mi ocupación principal. No más esconderse entre las alhelíes o buscar refugio con las viudas para la princesa Montrose. Oh, no. Estaría al frente y en el centro, agarrada a mi brazo, le gustara o no. Lo cual no le gustaría. Espléndido.

Y me acercaría mucho. Tan cerca que podría sentir mi aliento agitar los pequeños cabellos de su nuca, los que siempre parecían escapar de su peinado por lo demás perfecto. Susurraría tonterías absolutas, sugerencias escandalosas, cualquier cosa solo para ver ese delicioso sonrojo subir por su cuello, solo para ver su compostura resquebrajarse por una fracción de segundo. Este compromiso sería un espectáculo. Una actuación gloriosa, inevitable, ligeramente escandalosa para toda la alta sociedad, la propia Reina y, lo más importante, para Georgina. Era real, le gustara o no.

¿Y si casualmente obtenía una cantidad escandalosa de placer de su consiguiente retorcimiento? Bueno, eso era enteramente culpa suya por empezar esta guerra. Había provocado al oso, como dicen. Ahora el oso estaba despierto, ligeramente malhumorado y con bastantes ganas de causar algo de caos.

Primera parada: la fiesta en el jardín de Señora Sinclair. Un ejercicio anual de cortesía competitiva, té tibio y conversación insoportablemente aburrida. Normalmente, inventaría una aflicción repentina —un ataque de gota, quizás, o una necesidad urgente de inspeccionar mi cajón de calcetines— para evitarlo. ¿Pero hoy? Hoy era el campo de batalla perfecto. Una oportunidad madura para ser

aprovechada, y nunca desperdiciaba una buena oportunidad, especialmente una que implicara irritar a Georgina.

Naturalmente, hice una entrada elegantemente tardía. Predeciblemente, Georgina ya se había atrincherado en el rincón más seguro que pudo encontrar: un corrillo de duquesas formidables de color gris acorazado. Formaban una falange protectora a su alrededor, sus impertinentes levantados como armas contra cualquier hombre que se acercara menor de sesenta años. Probablemente pensó que estaba hábilmente oculta, aislada de mi particular tipo de irritación. Pobre e ingenua Georgina. No había tenido en cuenta mi recién descubierta resolución. No me había anticipado.

Localizarla fue fácil. Incluso rodeada de matriarcas imponentes, destacaba. Quizás era la inclinación desafiante de su barbilla, o la forma en que el sol de la tarde captaba los reflejos rojizos de su cabello oscuro. Su vestido era de un azul pálido e inocente, un marcado contraste con la furia latente que sabía que acechaba bajo esa superficie engañosamente tranquila.

Estaba intentando soportar las monótonas atenciones de algún vizconde desventurado a su lado, sus labios pegados en una sonrisa delgada y frágil. La paciencia personificada. Excepto por ese pequeño, casi imperceptible, tic en la comisura de su boca. Ah, ahí estaba. Su señal. Estaba aburrida. Y molesta. Excelente.

No notó mi acercamiento. No hasta que me inserté deliberadamente en su pequeño círculo protector, coloqué una mano posesiva en la parte baja de su espalda —sintiendo la sorprendente

rigidez bajo la seda— y me incliné para murmurar directamente en su oído:

—Parecía terriblemente sola, querida.

Se puso rígida. Absoluta y completamente quieta. Como si acabara de hacerle proposiciones a su abuela. El aire crepitó. El vizconde cercano se atragantó con su pastelito de té. Incluso las duquesas parecieron detener momentáneamente su cotilleo, sintiendo una perturbación en la Fuerza.

Luego, lentamente, con la precisión calculada de una víbora preparándose para atacar, giró la cabeza. Sus ojos oscuros, normalmente brillantes de travesura o molestia, destellaron con una advertencia genuina. Un silencioso y potente «ni se te ocurra».

—Le aseguro, Montford —dijo cortante, cada palabra mordida, sus dientes prácticamente apretados— que estaba perfectamente contenta.

Dejé que mi sonrisa más encantadora y más irritante se extendiera por mi rostro. Mis dedos presionaron solo una fracción más firmes contra la curva de su espalda. Sentí la sacudida que la recorrió, la conciencia de mi toque quemando a través de las capas de su vestido, hasta el ridículo armazón de su corsé.

—¿Está segura? —repliqué, mi voz en un tono bajo, deliberadamente burlón—. Tenía el aire distintivo de una damisela en apuros. Desatendida. ¿Quizás incluso… anhelante?

Sus fosas nasales se dilataron. Solo un poco, pero lo vi. Un punto para mí.

—Estaba adecuadamente atendida, gracias —siseó, aunque mantuvo la voz lo suficientemente baja como para que solo yo y

quizás el ahora sudoroso vizconde la oyéramos.

—Mm —musité pensativamente, volviendo mi mirada hacia el pobre hombre, que parecía a punto de huir—. Mis disculpas, Mi Señor —dije, inyectando la cantidad justa de autoridad displicente en mi tono—. Pero creo que mi prometida requiere toda mi atención ahora. Está usted despedido.

El vizconde no necesitó que se lo dijeran dos veces. Murmuró algo incoherente sobre tener que ir a ver… ¿su caballo? ¿Su corbata? Apenas importaba. Prácticamente tropezó con sus propios pies en su prisa por escapar, casi chocando con una bandeja de limonada. Cómico, la verdad.

Georgina exhaló bruscamente, un sonido como vapor escapando. Se giró completamente para mirarme entonces, con los hombros cuadrados, la barbilla alta. Esa familiar postura de lucha. Oh, la conocía bien. Se estaba preparando para lanzar una andanada verbal. Pude ver el revelador sonrojo subiendo desde el escote de su vestido, manchando su garganta de un tono rosado bastante atractivo. Prueba positiva. No importaba cuánto fingiera lo contrario, me estaba metiendo bajo su piel. Éxito.

—Gareth —comenzó, su voz engañosamente dulce, teñida de suficiente ácido como para grabar cristal.

—¿Sí, mi amor? —respondí, untando el apelativo cariñoso como si fuera melaza. Observé con inmensa satisfacción cómo su mandíbula se tensaba visiblemente. Oh, esto era mucho más divertido que simplemente ignorarnos mutuamente.

Tomó una respiración profunda y fortalecedora, claramente reuniendo su munición.

—Detenga esto —ordenó, su voz cayendo a un susurro furioso.

—¿Detener qué, precisamente? —Incliné la cabeza, fingiendo una inocencia de ojos muy abiertos. Disfruté a fondo la forma en que sus dedos enguantados se movían nerviosamente a sus costados. Sospechaba que me estaba estrangulando mentalmente, y solo la presencia de la mitad de la alta sociedad le impedía hacerlo una realidad física. Una lástima, en cierto modo. Podría animar la fiesta.

Se acercó más, invadiendo mi espacio, su voz bajando aún más, volviéndose aguda, íntima, peligrosa.

—Usted —acusó— está disfrutando esto demasiado, demasiado.

Sonreí, completamente impenitente.

—Y usted —repliqué, inclinándome lo justo para sentir el calor que irradiaba de ella— está haciendo un trabajo pésimo fingiendo que no.

Su aliento se entrecortó. Un pequeño e involuntario jadeo.

Te pillé.

Lo vi claro como el día. Ella también lo sentía: esa ridícula y crepitante energía que hervía entre nosotros cada vez que estábamos cerca. Esa cosa inconveniente e innegable que ninguno de los dos se atrevía a nombrar. Era irritante. Era confuso. Y maldita sea, era ridículamente fascinante.

Solo para ver las consecuencias, solo para presionarla un poco más, alcancé su mano enguantada. Se tensó, pero no la retiró de inmediato. Progreso. Levanté su mano con una lentitud deliberada, mi pulgar rozando el delicado borde de encaje de su guante. Luego, sosteniendo su mirada, llevé sus nudillos a mis labios. No le di solo un besito. Oh, no. Deslicé mi boca sobre el fino cuero de cabritilla,

una caricia lenta y persistente que decía mucho más que cualquier gesto educado.

Se quedó helada. Sentí el temblor recorrer su brazo.

Su garganta se movió mientras tragaba, su aliento conteniéndose audiblemente. Por un segundo glorioso, vi sus ojos oscurecerse, sus pupilas dilatarse, antes de que retirara la mano como si se hubiera quemado. Sus mejillas estaban ahora propiamente sonrojadas, un favorecedor color rosa que provocaba cosas alarmantes en mis entrañas.

Inclinándome de nuevo, cerrando el pequeño espacio que había creado, mi voz un murmullo bajo destinado solo a sus oídos, susurré:

—Pero dígame honestamente, Georgina… ¿sigue tan absolutamente segura de que quiere que esto termine?

Su aguda inhalación fue mi recompensa. Ese parpadeo de nuevo: vacilación, incertidumbre, rápidamente enmascarado por el desafío. Lo vi. No podía ocultármelo, no cuando la miraba tan de cerca.

Sus labios se separaron, se cerraron y luego se separaron de nuevo mientras buscaba una respuesta adecuadamente cortante.

—Es el curso lógico —dijo finalmente, pero su voz carecía de su habitual convicción nítida. Estaba ligeramente ronca. Interesante.

—Y sin embargo —presioné suavemente, mi voz bajando otro tono, volviéndose peligrosamente suave— acaba de dudar. ¿Por qué?

Apretó la mandíbula. Esa pequeña y terca barbilla se levantó de nuevo.

—Está imaginando cosas, Montford.

Me reí entre dientes, un retumbo bajo en mi pecho.

—¿Lo estoy? ¿De verdad? —Esto era mejor que provocar a viejos políticos estirados en el Parlamento. Mucho mejor.

Dejó escapar otro aliento agudo, sus dedos se cerraron en puños a sus costados.

—¿Qué es esto, Gareth? ¿Espera que me desmaye? ¿Que de repente desarrolle un *tendre* por usted simplemente porque se está comportando como un absoluto bribón? —Hizo una pausa, sus ojos entrecerrándose—. ¿Quiere que finja que esta farsa es real?

Mi voz bajó a un susurro bajo e íntimo, una promesa y un desafío todo en uno.

—Porque, mi querida Georgina —murmuré contra su cabello— podría llegar a adorarme.

Se echó hacia atrás como si la hubiera golpeado, negando vehementemente con la cabeza, con un intenso color en las mejillas.

—Eso —declaró, su voz temblando ligeramente a pesar de sus mejores esfuerzos— nunca sucederá. Nunca.

Sonreí, lento y completamente seguro ahora. Este era el camino a seguir. Irritarla, sí, pero también… tentarla. Mostrarle lo que se estaba perdiendo.

—Está bien entonces —concedí suavemente—. Si no puede decidirse a adorarme genuinamente —un fallo que encuentro bastante desconcertante, debo admitir— entonces simplemente tendrá que fingir que me adora.

Ella realmente bufó, un sonido agudo e incrédulo que apenas enmascaraba el nerviosismo que vi arremolinándose en sus ojos.

—¿Fingir? ¿Quiere que finja que le adoro? ¡Gareth, esa sería la pieza de teatro más absurda que esta ciudad haya presenciado

jamás!

Simplemente asentí, mi sonrisa ensanchándose.

—Precisamente. Piense en el valor del entretenimiento. Se las arreglará espléndidamente —repliqué, mi tono goteando una falsa confianza—. Tengo una fe absoluta en sus habilidades de actuación, mi amor.

Hizo un sonido a medio camino entre una risa y un ahogo. Definitivamente era inestable.

—No disfrutaré ni un momento de ello —murmuró, apartándose ligeramente.

Mi sonrisa socarrona se profundizó. Me acerqué de nuevo, mi voz un gruñido bajo cerca de su oído.

—Mentirosa.

La expresión de Georgina se volvió tormentosa. Sus labios se apretaron en una línea exangüe. Sin otra palabra, giró sobre sus talones, sus faldas azules arremolinándose dramáticamente alrededor de sus tobillos, claramente con la intención de escapar de mi presencia. Pocas posibilidades.

La seguí, sin prisas, pero igualando su paso con una determinación fácil que sabía que la volvía loca.

—¿Huyendo tan pronto? —murmuré, lo suficientemente alto como para que solo ella lo oyera, disfrutando de la rigidez de sus hombros.

No miró hacia atrás, solo bufó.

—Simplemente me estoy retirando de una compañía insufrible.

Se me escapó una risa baja.

—Un esfuerzo valiente. Y sin embargo, no ha conseguido deshacerse de mí, ¿verdad?

Su aliento salió en un suspiro frustrado. Aumentó el paso, zigzagueando entre los grupos de invitados cotillas como un barco navegando por aguas traicioneras. Sus manos estaban de nuevo apretadas a sus costados, los nudillos blancos.

—Es usted imposible, Gareth. Absoluta y profundamente imposible.

Simplemente sonreí, manteniendo el ritmo sin esfuerzo. Era ridículamente fácil.

—Y sin embargo —ronroneé— aquí estamos. Juntos.

Se detuvo en seco, girándose para mirarme. Sus ojos brillaron, una combinación peligrosa de pura irritación y algo más… algo eléctrico.

—¿Le resulta divertido? ¿Esta… esta persecución implacable? ¿Soy su presa en una especie de retorcida caza del zorro?

Incliné la cabeza, fingiendo considerarlo, acercándome hasta que las puntas de mis botas casi rozaron el bajo de su vestido.

—Inmensamente —admití, mi voz bajando de nuevo—. Más de lo que las palabras pueden expresar.

Los labios de Georgina se separaron, a punto de soltar una réplica que probablemente arrancaría la pintura de las paredes. Pero entonces, pareció desinflarse ligeramente, dejando escapar un aliento agudo antes de girarse una vez más. Sus movimientos eran bruscos, espasmódicos, una manifestación física de su intento de ignorarme, de fingir que no estaba siguiendo cada uno de sus pasos, saboreando cada segundo de su furia apenas contenida.

Me llevó en una alegre persecución por los cuidados senderos del jardín de Señora Sinclair, esquivando a lores ancianos y debutantes melindrosas. Me mantuve a su lado, una presencia constante y alegre a su codo. Era como ver a una mariposa particularmente elegante pero muy enfadada tratando de evadir a un abejorro bastante persistente.

—Supongo —murmuró, su mirada fija firmemente hacia adelante, sus dedos jugueteando con la tela de su vestido— ¿que imagina que este acoso implacable es inteligente?

—Interminablemente entretenido —corregí alegremente—. Aunque sospecho que, en el fondo, no encuentra mi compañía tan objetable como profesa.

Un bufido incrédulo fue su única respuesta, aunque no lo negó rotundamente. Interesante. Tampoco disminuyó el paso.

—Espero que se dé cuenta —dijo entre dientes apretados— de que idearé una venganza adecuada por el tormento de esta tarde.

Sonreí ampliamente. Que lo intente.

—Oh, querida —prácticamente canturreé— cuento con ello. Adelante.

Finalmente se detuvo cerca del borde del gentío principal, junto a una gran y burbujeante fuente de piedra cuyos chapoteos casi enmascaraban el incesante zumbido de la buena sociedad. Se giró, poniendo las manos en las caderas —una pose de lo más poco femenina pero bastante atractiva— sus ojos tormentosos, sus mejillas todavía sonrojadas.

—Está bien, Gareth. Si su único propósito hoy era fastidiarme sin medida, entonces considere su misión cumplida —siseó, su voz

tensa por la irritación—. Felicidades. Usted gana.

Me incliné, invadiendo su espacio una vez más, bajando la voz hasta que fue un susurro conspirador por encima del gorgoteo de la fuente.

—Y sin embargo —señalé suavemente, dejando que mi mirada se detuviera en sus labios solo un momento de más— todavía no se ha alejado de mí. Curioso, ¿no es así?

Su garganta se movió mientras tragaba. Sus pestañas revolotearon —solo una fracción— antes de que su voluntad de hierro se reafirmara, bloqueando su expresión de nuevo en una de fría compostura.

—Quizás —replicó, aunque el efecto se vio ligeramente empañado por el sonrojo persistente— simplemente estaba esperando el momento oportuno para escapar.

Sonreí, lento y depredador. Observé esos dedos inquietos, la ligera tensión alrededor de su boca. Oh, sí, un beso era definitivamente necesario. Pronto. Sería el *coup de grâce* perfecto para este ridículo juego que creía estar jugando.

—Entonces me temo, mi querida Georgina —murmuré, mis ojos sosteniendo los suyos cautivos— que va a tener que esperar mucho, mucho tiempo. Porque no pienso ir a ninguna parte.

El resto de la tarde fue, desde mi perspectiva, un triunfo absoluto. Georgina permaneció completa y deliciosamente fastidiada. ¿Y la alta sociedad? Prácticamente comían de mi mano, tragándose por completo la actuación.

Me pegué a ella como la lapa. La acompañé de un tedioso grupo de conversación a otro. Dejé que mi mano se demorara

posesivamente en la parte baja de su espalda. Sostuve su mirada solo un segundo más de lo necesario durante las presentaciones. Le toqué el brazo al enfatizar un punto. Pequeñas cosas, individualmente, pero colectivamente… un teatro devastadoramente efectivo.

Los susurros nos siguieron como las abejas a la miel.

—¿Viste cómo la mira? ¡Positivamente prendado!

—¡Apenas la deja sola! ¡Tan protector! ¡Es terriblemente romántico!

—¡He oído de Señora Atherton que desafió a Señor Blackwood a un duelo por una ofensa imaginaria a la señorita Montrose!

Ese era completamente inventado, pero útil no obstante.

—¡Está tan claro que está completamente loca por él! ¡Perdidamente enamorada!

Ante ese último fragmento oído al pasar, Georgina se puso completamente rígida a mi lado. Giró la cabeza lentamente, fijándome una mirada tan potente, tan llena de intención asesina, que genuinamente temí por la seguridad del topiario cercano. Si las miradas mataran, estaría criando malvas bajo las premiadas rosas de Señora Sinclair.

Simplemente le ofrecí mi sonrisa más encantadora e impenitente.

Primer asalto: Montford.

¿Y la mejor parte de todas? ¿La guinda verdaderamente deliciosa de este fastidioso pastel?

Ella lo sabía. Oh, sí, lo sabía hasta la punta de sus zapatillas de seda. Y sabía, igual que yo, que esto estaba lejos de terminar. De hecho, más bien sospechaba que la verdadera diversión acababa de

empezar. Y probablemente implicaría poner mis manos —y quizás mis labios— mucho más cerca de la señorita Georgina Montrose.

19

Un Beso (Que No Significó Absolutamente Nada, Muchas Gracias)

Georgina

Había tantas maneras espectaculares para que una mujer arruinara su vida por completo. Algunas lo lograban con estilo, fugándose con lacayos inadecuados, dejando escándalo y padres desconsolados a su paso. Otras lo conseguían más lentamente, quizás malgastando toda su fortuna en apuestas imprudentes en Newmarket o involucrándose en amoríos trágicos y escandalosos con poetas sin blanca que nunca llegaron a ser más que malos versos y deudas. Opciones bastante dramáticas, en realidad.

Y luego, bueno, luego estaba yo de nuevo. La princesa Georgina. De pie, rígidamente, en el sofocante silencio del salón de mi madre, me sentía como una actriz lanzada a un escenario sin guion, con toda la corte como su ansioso público. El aire mismo zumbaba con una tensión insoportable, una consecuencia directa del último escándalo: la casi confrontación de Gareth con Señor Blackwood en los jardines del palacio, un incidente ahora magnificado por el insaciable apetito de la alta sociedad por el drama hasta convertirlo en un duelo casi fatal evitado en el último segundo.

Mi madre, la Reina, estaba sentada en su trono, su mirada tan afilada y fría como el hielo glacial, diseccionando a Gareth y a mí con una precisión desconcertante. No era meramente una audiencia; era una prueba. Podía sentirlo en la forma en que sus dedos tamborileaban casi imperceptiblemente contra el reposabrazos, en el ligero y deliberado arqueo de su ceja mientras sus ojos se movían entre nosotros.

Estaba sopesando la veracidad de los susurros: ¿era este compromiso un caldero de pasión a fuego lento, como la alta sociedad ahora creía fervientemente, o simplemente una alianza política que amenazaba con desbordarse en un escándalo genuino? Un edecán carraspeando demasiado fuerte cerca de la puerta me hizo saltar, el sonido como un disparo de cañón en la tensa quietud. La presión por actuar, por presentar un frente unido, incluso afectuoso, era un peso físico que me oprimía los hombros.

A mi lado, Gareth Montford irradiaba una certeza irritantemente engreída, como si toda esta inquisición fuera un delicioso entretenimiento vespertino diseñado únicamente para él. Pero mientras estábamos allí, soportando el escrutinio silencioso y colectivo, vi un brillo familiar y peligroso encenderse en sus ojos. Era la misma mirada que había tenido justo antes de… bueno, antes de cualquiera de sus más escandalosas exhibiciones públicas. Estaba evaluando la sala, midiendo la atmósfera, y supe, con un repentino y frío vuelco en el estómago, que estaba a punto de hacer algo. Algo audaz. Algo para aparentar. Algo completamente Gareth.

Y en ese mismo espantoso momento, una mezcla confusa y traicionera de emociones se agitó dentro de mí. Pavor, ciertamente, ante el inminente espectáculo. Molestia, por su predecible audacia. Pero debajo de ello, una esquirla vergonzosa e innegable de… anticipación rebelde. ¿Qué nuevo infierno estaba a punto de desatar, y cómo lo enfrentaría yo? Había una parte perversa de mí, una parte que usualmente mantenía firmemente encerrada, que casi daba la bienvenida al caos que él cortejaba. Era una distracción, al menos, del sofocante peso del deber. Y quizás, solo quizás, era una

oportunidad para demostrar —a mi madre, a la corte, a él, incluso a mí misma— que no era simplemente una participante pasiva en esta farsa. Que si él iba a hacer un movimiento, yo podría enfrentarlo, quizás incluso convertirlo en mi propia ventaja.

No era una premonición de lo que yo haría, sino una tensa certeza de lo que él estaba a punto de orquestar. Apreté las manos. Mi mente corrió, ya escribiendo represalias, defensas. Me estaba preparando para el impacto, pero una vocecita diminuta y temeraria susurró: «Que lo intente». Si pensaba que podía controlar esta narrativa, controlarme a mí, con algún gesto grandioso y público…

Todo este lío estaba escalando, y aunque sentía una certeza nauseabunda de que estaba a punto de quedar atrapada en el fuego cruzado de su actuación, también sentí esa familiar chispa desafiante. Si iba a ser arruinada, no sería en silencio.

¿Y Gareth?

Gareth, maldito sea hasta los pozos más profundos, confirmó cada una de mis aprensiones. Claramente había visto la oportunidad, no solo para la travesura, sino para un golpe maestro en esta actuación de altas apuestas para la Reina. Lo vi en el sutil cambio de su peso mientras se giraba una fracción más hacia mí, el estrechamiento casi imperceptible de sus ojos cuando se encontraron con los míos: un desafío silencioso, una declaración de intenciones. Los cortesanos reunidos parecieron contener colectivamente la respiración, los abanicos revoloteando nerviosamente, sus ojos moviéndose con avidez entre nosotros como espectadores esperando el clímax de alguna novela romántica prohibida que se desarrollaba en vivo ante ellos.

Se movió entonces, y aunque había estado anticipando algo, la rapidez de ello aun así me robó el aliento. Su mano se deslizó posesivamente alrededor de mi cintura, el toque sorprendentemente cálido y alarmantemente firme contra la seda de mi vestido. Mi mente, aunque preparada, todavía luchaba por reaccionar, por formular una defensa contra un ataque que no sabía que sería tan… directo.

Y cuando se inclinó cerca, su cálido aliento susurrando contra mi mejilla, su voz en un tono bajo y absoluta, irritantemente impenitente, supe que no había logrado detenerlo a tiempo.

—Querrá que esto sea convincente, querida —murmuró, justo antes de que sus labios descendieran sobre los míos.

Y entonces me besó. Justo ahí. Delante de mi madre, del Rey (en algún lugar cercano, afortunadamente fuera de la vista), y de la mitad de la corte cotilla.

No fue un beso apresurado, no fue descuidado ni torpe, no fue nada para lo que pudiera haberme preparado, ni siquiera con mis vagas premoniciones. Oh, no. Fue enteramente deliberado. Un descenso lento e impactante hacia algo más profundo, algo inesperado, algo que envió una corriente eléctrica, aguda e inoportuna, directamente a través de mis venas, haciendo que los dedos de mis pies se encogieran dentro de mis zapatillas.

Sus labios eran cálidos, insistentes, casi exigentes contra los míos, su toque firme y anclante contra la parte baja de mi espalda, presionándome más cerca; y por un momento loco, sin aliento y absolutamente ruinoso, mis propios labios respondieron a los suyos. Sí, en parte era para el público.

Su jadeo colectivo apenas se ocultaba detrás de abanicos que revoloteaban de repente, sus ojos muy abiertos con el tipo de deleite ávido que solo un escándalo público verdaderamente jugoso podría provocar. También era, indudablemente, para satisfacer la mirada intensamente vigilante de la Reina. Su expresión aún exasperantemente ilegible, aunque creí detectar un leve brillo en su mirada que delataba su engreída satisfacción por el espectáculo que se desarrollaba precisamente como probablemente esperaba. Ciertamente está diseñado para acallar la insaciable curiosidad. La curiosidad lasciva de la alta sociedad, que aparentemente había pasado semanas especulando si la supuesta «pasión» en este ridículo compromiso era realmente real. O simplemente la invención ingeniosa de susurros bien colocados y apariciones públicas cuidadosamente seleccionadas. Y quizás, lo más irritante de todo, estaba destinado a recordarme la gran ficción que supuestamente debíamos mantener juntos. La elaborada ilusión creada por necesidad y por mi propio estallido tonto. La cosa en la que ambos, aunque a regañadientes, estábamos actuando, al menos hasta hace poco, borrando todas las líneas que se habían trazado cuidadosamente más allá de toda esperanza de reconocimiento.

Eso era todo lo que se suponía que debía ser, maldita sea. Una actuación. Un engaño cuidadosamente orquestado y mutuamente beneficioso. Absolutamente nada más.

Y sin embargo… Y sin embargo, mientras sus labios se movían con sorprendente confianza contra los míos, mientras sentía que me inclinaba hacia el beso en lugar de apartarme, mientras el inesperado calor de él parecía filtrarse directamente en mi piel,

mientras el peso sólido de su mano ardía posesivamente contra mi cintura como una especie de promesa tácita… de repente ya no estaba tan segura. Lo cual era aterrador.

Eso fue ciertamente lo que me dije frenéticamente cuando sus labios reclamaron los míos por primera vez, cuando todo el salón pareció inclinarse ligeramente fuera de su eje y mi pulso aparentemente olvidó cómo funcionar correctamente. Cuando el puro calor de él se posó sobre mí como una pesada manta, cuando mis dedos traidores se aferraron con fuerza a la fina lana de la parte delantera de su levita —agarrando, quizás incluso atrayéndolo una fracción más cerca en un momento de pura e irreflexiva locura—. Y definitivamente ya no estaba tan segura cuando el beso, destinado puramente como una actuación estratégica para los espectadores, se profundizó, se mantuvo, se demoró un instante más de lo que cualquier mera actuación requería, alimentado por alguna imprudencia compartida y tácita.

La habitación, la gente, la atmósfera sofocante: todo se había desvanecido por completo en ese momento. Los murmullos, los jadeos, incluso el silencio medido de la Reina: todo se desvaneció abruptamente en algo distante, algo completamente irrelevante. Porque de repente, todo lo que podía sentir, todo en lo que podía concentrarme, éramos nosotros. La lentitud deliberada, casi estudiada, de su boca moviéndose contra la mía, la presión correspondiente de la mía.

La forma impactante y desconcertante en que me besó, no como un hombre que simplemente cumple una obligación desagradable, sino como un hombre que quizás había estado esperando

pacientemente algo. Como un hombre que sabía exacta y precisamente lo que estaba haciendo, y lo estaba disfrutando inmensamente. Y peor, como una mujer que, por un momento de locura, olvidó quién y dónde estaba y simplemente… respondió.

No fue apresurado en absoluto. Ciertamente no fue impulsivo, como mi desastrosa proposición. Se sintió enteramente… intencionado. Calculado, incluso. El aire a nuestro alrededor parecía crepitar con una energía invisible, el peso de innumerables ojos curiosos presionando sobre nosotros desde todos los lados, pero no parecía poder concentrarme en nada más allá del sorprendente calor de su palma presionada contra mi espalda. La forma inesperada en que su cuerpo parecía encajar contra el mío como si realmente perteneciera allí. La forma en que mi propio cuerpo parecía traicionar cada pensamiento sensato en mi cabeza al derretirse contra el suyo.

El aroma de él —sándalo, humo de puros caros, algo más innegable e irritantemente él— me envolvió. Es inquietantemente familiar ahora, y sin embargo se siente enteramente demasiado íntimo, demasiado potente, en este momento altamente público y altamente inapropiado.

Apenas recordaba cómo respirar correctamente cuando finalmente, al final, se apartó. Sus labios flotaron peligrosamente cerca de los míos por otro segundo cargado, sus ojos oscuros e intensos con algo enteramente ilegible que me revolvió el estómago. El único sonido discernible en la habitación de repente mortalmente silenciosa fue la exhalación aguda y temblorosa que

involuntariamente salió de mis propios labios. Sentía los labios hinchados, sensibles, completamente besados.

Y supe, simplemente supe con una certeza espantosa, que cada persona en ese salón todavía nos estaba mirando, estaba viendo el sonrojo en mis mejillas que ahora se sentía como un fuego embravecido, estaba notando el ligero temblor en mis manos (¡todavía agarrando su levita!), estaba presenciando algo que me negaba desesperadamente a reconocer incluso a mí misma.

No solo me habían besado, le había devuelto el beso.

Me sentí mareada, inestable, completamente descolocada. Como si acabara de tropezar a ciegas en un juego en el que ni siquiera sabía que estaba jugando, y cuyas reglas definitivamente no entendía, y mucho menos seguía.

¿Y Gareth?

Él solo me miraba atentamente, esperando, buscando algo en mi rostro. Su mano todavía descansando ligeramente, posesivamente, en mi cintura, sus dedos moviéndose casi imperceptiblemente contra la seda, como si sorprendentemente se mostrara reacio a dejarme ir ahora que la actuación había terminado. El momento cargado se alargó demasiado, volviéndose incómodo, y me obligué a dar un pequeño paso hacia atrás, arrancando mis manos de su levita como si me quemaran, rompiendo el contacto. Mi piel se erizó al instante con la pérdida de su toque, una reacción completamente ridícula, y mis manos se cerraron en puños apretados a mis costados para evitar que hicieran cualquier otra estupidez.

La Reina, para mi absoluto y creciente horror, realmente sonrió entonces. Y no cualquier sonrisa educada y real. Oh, no. Fue una

sonrisa genuinamente triunfante. La sonrisa de una maestra de ajedrez que acaba de dar jaque mate a su oponente en tres movimientos. Oh, no. No, no, no. Mi estúpida e impulsiva respuesta había jugado directa, estúpidamente, directamente en sus astutas manos.

Los cortesanos circundantes estallaron inmediatamente en murmullos encantados y aliviados. Los abanicos se abrieron y cerraron con aprobación. Alguien cercano suspiró demasiado dramáticamente, probablemente abrumado por el puro romance de todo ello. Y mi madre, con un aspecto absoluta y engreídamente victorioso, inclinó la cabeza solo un poco en clara aprobación.

—Bueno —dijo a la ligera, su voz llevándose por toda la sala, como si no acabara de orquestar mi completa y total caída con esa única mirada de expectación—. Eso fue ciertamente de lo más… convincente, niños.

De alguna manera logré esbozar una débil sonrisa a cambio, aunque mis manos todavía estaban apretadas en puños dolorosos a mis costados, mi corazón todavía interpretando un frenético y caótico solo de tambor contra mis costillas.

—Por supuesto, madre —logré decir, mi voz sonando forzada incluso para mis propios oídos.

Gareth, de pie, irritantemente a gusto a mi lado ahora, parecía entera e insoportablemente demasiado complacido consigo mismo. El muy bastardo. Lo sabía. Debió sentirlo. Sabía que le devolví el beso.

Tan pronto como la Reina nos despidió con un movimiento de muñeca, señalando que la audiencia había terminado, me giré

bruscamente sobre mis talones y prácticamente salí furiosa del salón. Mi piel todavía sentía como si estuviera ardiendo donde me había tocado, mis labios todavía hormigueaban con el recuerdo de los suyos, mi mente un desorden caótico y revuelto de señales confusas y pensamientos traicioneros e indeseados.

Gareth me siguió, naturalmente. Por supuesto que lo hizo. Probablemente quería regodearse. Me alcanzó fácilmente en la relativa tranquilidad del pasillo, su paso deliberadamente pausado, su voz teñida de demasiada diversión para mi gusto.

—Bueno, pues —comenzó alegremente— eso fue bastante…

Me giré hacia él al instante, con los ojos brillando peligrosamente.

—Si se atreve a decir la palabra «delicioso», Montford —le advertí entre dientes— le juro que lo apuñalaré con mi ridículo.

Sus labios se crisparon, luchando contra una sonrisa.

—En realidad —corrigió suavemente— iba a decir «convincente». Su madre parecía bastante complacida. —Parecía irritantemente engreído al respecto. ¿Y por qué no iba a estarlo? Le acababa de entregar munición en bandeja de plata.

Hice un sonido ahogado y frustrado en lo profundo de mi garganta, apartándome de nuevo antes de hacer algo verdaderamente tonto. Como agarrarlo por las solapas y besarlo de nuevo solo para demostrarme a mí misma —y tal vez a él— que no había significado absolutamente nada. Lo cual sería una locura. Una locura absoluta y certificable.

Pero antes de que pudiera llevar a cabo mi huida, antes de que pudiera reunir mi compostura dispersa, Gareth extendió la mano de

nuevo, agarrando mi muñeca suavemente. No con fuerza esta vez. No posesivamente como antes. Solo… lo suficiente para hacerme detener, para hacerme mirarlo de nuevo.

Y entonces, en una voz más suave, más tranquila de lo que esperaba, desconcertantemente seria para él, simplemente dijo mi nombre.

—Georgina.

Odié la forma completamente involuntaria en que mi aliento se atascó en mi garganta de nuevo. Odié la forma ridícula en que sus dedos, apenas tocando los míos correctamente, enviaron otro escalofrío inoportuno de algo peligroso y familiar corriendo a través de mí.

Así que hice lo único sensato que podía hacer en ese momento. Me aparté bruscamente, aunque mi cuerpo gritaba traición con su obvia reticencia, cada terminación nerviosa todavía pareciendo sintonizada con el fantasma persistente de su toque, su beso. Enderezando los hombros con esfuerzo, me obligué a tomar una respiración profunda y calmante, deseando que los latidos erráticos de mi corazón se volvieran algo más firmes, más compuestos, más de princesa. Levanté la barbilla con el aire desafiante que había pasado toda mi vida perfeccionando, dejando que la familiar máscara de fría indiferencia se deslizara sin esfuerzo de nuevo en su lugar.

Y entonces, porque sentí que era la única arma que me quedaba en mi agotado arsenal, porque admitir la verdad, incluso a mí misma, era impensable, encontré su mirada escrutadora

directamente, fríamente, inquebrantablemente, y mentí descaradamente.

—No significó nada, Montford —afirmé con firmeza, esperando que mi voz no temblara—. Absolutamente nada en absoluto.

Un silencio cargado y pesado se extendió entre nosotros entonces, lleno de algo denso e ilegible, algo potente que me negué a reconocer o nombrar. Luego, lenta, deliberadamente, Gareth sonrió. No era una sonrisa socarrona esta vez, no era el habitual destello irritante de diversión. Era algo más profundo, más tranquilo, algo desconcertantemente… sabio.

Y en ese preciso momento, mirando esos ojos azules de repente serios, supe con absoluta y demoledora certeza que no creía ni una sola palabra de lo que acababa de decir. Ni por un segundo. Sabía que estaba mintiendo porque había sentido que le devolvía el beso.

Y quizás, por primera vez desde que comenzó todo este ridículo compromiso, tuve la escalofriante y demoledora sospecha de que tal vez, solo tal vez, ya no era yo quien jugaba a este peligroso juego. Quizás nunca lo había sido.

20

El beso que nunca ocurrió

Georgina

El Beso. Con B mayúscula, con B de bestia. El maldito, infernal, enteramente estratégico y completamente insignificante Beso que de alguna manera había tomado residencia permanente e inoportuna en mis pensamientos, como un huésped particularmente odioso y excesivamente perfumado que simplemente se negaba a captar la indirecta e irse. Habían pasado dos días completos desde ese… incidente… en el salón de mi madre. Dos días en los que había intentado diligente, heroicamente, borrar hasta el último vestigio de su recuerdo de mi cerebro con la eficiencia despiadada de una lavandera curtida en mil batallas atacando una mancha de vino persistente.

No había funcionado. Ni remotamente.

No importaba lo que hiciera, no importaba cuán violentamente intentara desterrar el recuerdo —empujarlo a la fuerza al rincón más lejano, polvoriento y lleno de telarañas de mi mente, donde residían los tratados de estado olvidados y mi miedo infantil a los setos con vida propia— solo parecía hacerse más grande. Más vívido, más irritantemente presente. Acechaba persistentemente en las sombras de mis pensamientos. Esperaba pacientemente el momento en que inevitablemente bajara la guardia (generalmente mientras intentaba concentrarme en algo profundamente importante, como la lista de invitados para un tedioso almuerzo diplomático, o si un tono particular de azul realmente me hacía parecer deslucida), listo para

atormentarme con la verdad insoportable, ineludible y humillante de todo ello.

Yo, la princesa Georgina, no solo había sido besada por Gareth Montford. Yo, para mi eterna vergüenza, le había devuelto el beso.

Era irritante. Absolutamente enloquecedor. Y, francamente, ¡completamente ridículo! ¡Había sobrevivido a escándalos reales antes, por el amor de Dios! Había soportado años de intensa especulación sobre mi supuesta naturaleza rebelde, había sido objeto de innumerables conversaciones susurradas lamentando mi obstinada negativa a ser domada o casada como ganado premiado en una feria de pueblo. Había sufrido un desfile interminable de pretendientes sosos y predecibles con sus intenciones aún más sosas y sus grandiosas y vacías declaraciones de devoción eterna, todo lo cual había navegado con mi compostura (en su mayor parte) intacta.

Pero nunca —ni una sola vez en toda mi vida— había quedado tan completa y totalmente deshecha por algo tan simple, tan insignificante, como un único beso, estratégicamente desplegado y completamente sin sentido. Porque eso era realmente todo lo que había sido. Solo un beso. Una exhibición calculada para el beneficio de la Reina, la corte vigilante y los miembros insaciablemente cotillas de la alta sociedad que parecían vivir para tales migajas dramáticas.

Un ósculo sin sentido que Gareth Montford, ese libertino experimentado, ese conocedor de afectos fugaces, sin duda ya había olvidado por completo meros momentos después de que sucediera, probablemente categorizándolo bajo «Asunto Real Necesario» o quizás «Diversión Levemente Entretenida de un Martes por la

Tarde». Probablemente besaba a las doncellas con más sentimiento genuino, el sinvergüenza.

Y sin embargo… Y sin embargo, mi mente traidora, con una voluntad enteramente propia, seguía reproduciendo la escena con una claridad atroz. No importaba cuánto intentara convencerme de lo contrario, simplemente no podía olvidar la impactante y deliberada lentitud con la que sus labios se habían rozado contra los míos. No podía olvidar la forma inesperada en que su mano se había posado firmemente en mi cintura, posesiva pero de alguna manera no exigente, un ancla cálida en el repentino y arremolinado caos de mis sentidos.

Sobre todo, no podía olvidar la mortificante forma en que mi propio cuerpo traidor había respondido al instante, inclinándose hacia él en lugar de apartarse instintivamente con asco como debería haber hecho, como cualquier princesa cuerda y con amor propio prometida a Gareth Montford habría hecho. ¡Fue una traición absoluta a cada principio que apreciaba! Mi cuerpo era claramente un traidor de la más alta categoría.

Consecuentemente, apenas había pegado ojo desde esa espantosa audiencia en el salón, mis noches pobladas por un desfile interminable de vestidos esmeralda arremolinados, sonrisas maternales de complicidad y la sensación fantasmal de labios cálidos contra los míos. Cada vez que cerraba tontamente los ojos, podía sentirlo todo de nuevo: la sorprendente calidez de su boca, la irritante forma en que se había demorado una fracción de segundo de más, como si realmente hubiera querido continuar, como si la actuación, por un momento, se hubiera convertido en algo… más.

Como si lo hubiera disfrutado. Lo cual era absurdo. Absoluta y demostrablemente absurdo. Él era Gareth Montford. Disfrutaba del caos, no de… no de eso. No conmigo.

¿Y la peor parte?

¿La parte verdaderamente aplastante, que destrozaba la cordura y que daban ganas de golpearse la cabeza contra una pared? Era que Gareth lo sabía. Estaba segura de ello. Sabía que no había estado actuando del todo. Sabía que me había desconcertado hasta la médordia. Porque el bastardo engreído e irritante no había dejado de mirarme estos dos últimos días con esa expresión particular. Esa que indicaba claramente que sabía un secreto muy importante y muy divertido sobre mí que ni siquiera yo misma comprendía del todo todavía. Un secreto que claramente estaba disfrutando demasiado. Era enloquecedor. Como tener una melodía particularmente irritante pegada en la cabeza, solo que la melodía tenía un rostro atractivo, una sonrisa diabólica y una extraña habilidad para hacer que mi pulso hiciera cosas completamente inapropiadas.

En el momento en que finalmente escapamos del salón aquel fatídico día, había jurado en silencio ignorarlo por completo de ahora en adelante. Fingir que no había ocurrido absolutamente nada de importancia, nada más allá de una pieza de teatro político bastante efectiva, entre nosotros. Simplemente seguir con mi vida como si él no fuera más importante que una mosca particularmente molesta zumbando persistentemente alrededor de mi cabeza; una mosca grande, atractiva e irritantemente encantadora, quizás, con un sastre molestamente bueno, pero una mosca al fin y al cabo.

Desafortunadamente, la maldita alta sociedad tenía otras ideas, significativamente más dramáticas. Aparentemente, habían tomado ese único beso público y lo habían tejido en un tapiz épico de pasión clandestina y destino innegable.

Ahora, gracias a ese único momento de actuación compartida (y uso el término con reservas), ya no solo especulaban. Oh, no. Ahora, aparentemente estaban completamente convencidos de que Gareth y yo estábamos secreta, salvaje y locamente enamorados. Y nuestra animosidad previa, simplemente una artimaña inteligente para ocultar nuestra ardiente y devoradora pasión. La pura absurdidad era asombrosa. Uno pensaría que no tenían nada mejor de qué hablar, como el lamentable estado de la temporada de ópera actual o el alarmante precio de las sedas importadas.

Lo veía claramente ahora en la forma ridícula en que damas normalmente sensatas se agarraban las perlas y suspiraban soñadoramente cada vez que yo entraba en una habitación, sus ojos empañándose como si presenciaran a la heroína de su novela sentimental favorita. Lo veía en la forma en que matronas mayores y más sabias me sonreían con complicidad, hablando en tonos bajos y conspiradores de destino y pasión irresistible y devoción profunda del alma, como si alguna vez hubieran conocido un solo momento de ninguna de las dos cosas en sus propios matrimonios cuidadosamente arreglados y enteramente pragmáticos. (La mayoría de ellas parecían como si su pasión más profunda estuviera reservada para una mano particularmente buena en el whist o un Stilton bien curado).

Y ciertamente lo oía en los susurros no tan silenciosos que parecían seguirme a absolutamente todas partes a las que iba ahora, como una nube de perfume empalagoso y sacarino de la que no podía escapar.

—¿Viste cómo la besó? ¡Oh, fue positivamente escandaloso! ¡Justo delante de la Reina!

—¡Pero tan terriblemente romántico! Y la forma en que la miró después… ¡como si fuera la única mujer en el mundo!

—Está perfectamente claro que ahora está completamente entregado a ella. ¡Vaya, oí de Señorita Layla que casi mata a Señor Blackwood en los jardines por atreverse a hablarle! ¡Qué protección tan feroz!

—¡Oí que finalmente lo ha domado! ¿Puedes imaginarlo? ¡Señor Montford, de entre todas las personas, sentando la cabeza para ser un esposo fiel y cariñoso! ¡Es un milagro, te digo, un verdadero milagro de amor!

Casi me choco de bruces con una fuente ornamental llena de carpas de aspecto bastante sorprendido cuando oí esa última joya en particular ayer por la tarde. ¿Domado? ¿Esposo fiel? ¿Gareth Montford? ¿Acaso el mundo entero había perdido colectivamente el juicio y se había fugado con una tropa de unicornios particularmente fantasiosos?

Pero el verdadero, insoportable y desgarrador horror de todo ello era que Gareth, el canalla, el arquitecto de mi miseria actual, estaba dejando activamente que lo creyeran. ¡Incluso fomentándolo! No había hecho absolutamente nada para disipar los rumores ridículos y salvajemente inexactos que se arremolinaban a nuestro alrededor

como un enjambre de abejas particularmente persistentes y adictas al cotilleo. Si acaso, los había fomentado sutilmente con su comportamiento reciente, una serie de micro-tormentos aparentemente diseñados para su diversión y mi creciente locura.

Porque ahora, cada vez que nos veíamos obligados a estar en público juntos —lo cual era demasiado a menudo para mi gusto, ya que Madre parecía decidida a pasearnos como un par de cerdos premiados en una feria de pueblo— había desarrollado un nuevo y terrible hábito. Se paraba un poco demasiado cerca. Rozaba «accidentalmente» sus dedos con los míos al alcanzar una taza de té o una copa de champán. Su mano se demoraba un momento más de lo necesario.

Peor aún, se encontraba deliberadamente con mi mirada a través de una sala abarrotada y la sostenía solo un segundo de más. Un desafío silencioso y cómplice que hacía que mi piel ardiera bajo el peso de su atención. Sabía exactamente lo que estaba haciendo. Me estaba atormentando. Haciéndome recordar lo que intentaba olvidar. Haciéndome cuestionar mi propia cordura.

Y hoy, en otra fiesta de jardín soporífera —rodeada de cientos de personas que no dejaban de hablar de mis planes de boda como si fuera el evento más fascinante desde la invención del corsé— lo estaba haciendo de nuevo.

Había estado haciendo todo lo posible por ignorarlo. Me concentré en sorber mi champán tibio con la elegancia tranquila de una mujer completamente impasible ante un único e insignificante beso de hacía dos días. Uno que tenía toda la intención de olvidar.

Entonces lo sentí. Su mano. Descansando ligeramente —demasiado ligeramente— contra la piel desnuda de mi muñeca, justo por encima de mi guante. Justo donde mi pulso comenzó a martillear como un pájaro atrapado.

Se me cortó la respiración. Fue un toque tan casual. Nada impropio. No aquí, rodeada de un centenar de ojos curiosos. Un momento fugaz. Un susurro de calor.

Y sin embargo, mi cuerpo traidor reaccionó al instante. Vergonzosamente. Con una sacudida tan brusca que casi hizo que mi champán se derramara por la parte delantera de mi vestido.

Mi pulso tartamudeó como un pájaro nervioso atrapado en una trampa. Mis dedos se apretaron reflexivamente alrededor del tallo de mi copa, amenazando con romperlo en dos. Todo mi ser se odió al instante por notarlo, por registrar cuán sorprendentemente cálida se sentía su piel contra la mía, por la forma ridícula en que mi corazón parecía saltar a mi garganta ante su cercanía.

Giré la cabeza lenta y deliberadamente, furiosa conmigo misma por mi reacción. También estaba furiosa con él por causarla y con el mundo estúpido entero por permitir que esta ridícula situación sucediera en primer lugar y aparentemente ordenar que fuera atormentada por este hombre irritante para siempre.

Gareth estaba a mi lado, con un aspecto absoluta e irritantemente despreocupado por el caos interno que indudablemente estaba causando. Se apoyaba ligeramente en un pilar cercano como si no tuviera una sola preocupación en el mundo. Actualmente me estaba llevando al borde de la locura con sus juegos y besos inolvidables. Cuando captó mi mirada fulminante,

tuvo la audacia de simplemente sonreír. Esa sonrisa lenta, perezosa e irritante que sabía demasiado y no concedía nada.

—Princesa —murmuró suavemente. Su voz ridículamente baja y fácil, como si no fuera la absoluta pesadilla de toda mi existencia en este momento. Como si ese beso hubiera sido en efecto tan olvidable para él como un martes por la mañana. Como si simplemente estuviéramos compartiendo una agradable charla vespertina, en lugar de estar encerrados en esta batalla de voluntades silenciosa y cada vez más confusa.

No le devolví la sonrisa. Ciertamente no me ablandé. Mi resolución, aunque deshilachada, todavía estaba presente. En cambio, entrecerré los ojos, esperando que mi expresión transmitiera suficiente odio como para cuajar el mismísimo champán en su copa (sin duda imaginaria).

—Montford —repliqué, mi voz cortante y lo suficientemente gélida como para darle escalofríos a un oso polar.

Sus dedos rozaron ligeramente los míos de nuevo, enteramente deliberado esta vez, enviando otra sacudida inoportuna a través de mi sistema. Luché contra el impulso de retirar mi mano como un gato escaldado.

—Parece bastante tensa hoy, querida —observó suavemente, sus ojos brillando con una diversión que encontré profundamente ofensiva para mi actual estado de profunda agitación—. ¿Son las inminentes nupcias? ¿O simplemente mi devastadora presencia?

Tomé un sorbo de champán tranquilo y medido, rezando por la compostura, porque la tierra se abriera y me tragara entera, o al

menos para que él desarrollara espontáneamente un caso de laringitis.

—Y usted parece absolutamente decidido a empeorar mi existencia significativamente con cada momento que pasa —repliqué fríamente, aunque mi voz tembló delatadoramente en la última palabra.

Él exhaló una risa suave, apenas audible, inclinando la cabeza ligeramente mientras me observaba, su mirada demasiado perceptiva, como si pudiera ver directamente a través de mi compostura cuidadosamente construida hasta el desastre frenético y balbuceante que había debajo.

—Me está evitando —afirmó simplemente, su voz toda fingida inocencia, aunque el brillo cómplice y perverso en sus ojos lo delató por completo—. O, más precisamente, está evitando mirarme a los ojos. Uno casi podría pensar que es… tímida, princesa. ¿O quizás, atormentada por un recuerdo?

Dejé escapar un aliento lento y deliberado, obligándome a permanecer exteriormente, gélidamente, impasible ante su acusación, aunque interiormente estaba componiendo mentalmente su obituario.

—Ciertamente no le he estado evitando, Montford —mentí suavemente, con una altivez regia que esperaba fuera convincente —. Simplemente he estado… ocupada. Con importantes asuntos de estado. Como seleccionar cintas para los caniches reales. Mucho más absorbente que su compañía, le aseguro.

—¿Oh? —Levantó una sola ceja inquisitiva, claramente sin creerme ni por un segundo, sus labios crispándose—. ¿Es así?

Entonces dígame, princesa, si está tan ocupada y yo soy tan poco memorable, ¿por qué no ha logrado mirarme correctamente a los ojos desde… ah, sí, desde esa exhibición pública de afecto en el salón de su madre? Nuestro beso, creo que fue como lo denominaron los elementos más románticos de la alta sociedad.

Pronunció la última palabra con un énfasis deliberado, observando mi reacción de cerca, el muy canalla.

La copa de cristal casi se me resbala de la mano de repente entumecida, la delicada flauta inclinándose peligrosamente en mi agarre antes de que forzara mis dedos a estabilizarla justo a tiempo. Mi dique de negación cuidadosamente construido finalmente se resquebrajó. Me recuperé rápidamente —quizás demasiado rápido, para alguien que se suponía que estaba completamente impasible—. Pero Gareth ya había visto el desliz, el temblor, el destello momentáneo de pánico en mis ojos. Su aguda mirada parpadeó con esa familiar diversión cómplice, y la lenta curva de sus labios se profundizó en algo insoportable, insufriblemente engreído. Era como si hubiera estado esperando pacientemente precisamente este momento, esta grieta en mi armadura, esta confirmación de su efecto en mí.

Mi pulso tropezó de nuevo, un calor inoportuno subiendo insidiosamente por mi espalda en total traición, y supe —simplemente lo supe— que no dejaría pasar esta aparente ventaja sin más comentarios, sin hurgar un poco más en mi ya herido orgullo. Maldito sea. Maldito sea por ser tan perceptivo y tan irritantemente atractivo mientras lo hacía.

—Sinceramente, no recuerdo ningún beso específico —dije con desenfado, esforzándome por una naturalidad que se sentía tan auténtica como un pollo de tres cabezas, esperando desesperadamente sonar convincente, como si todo mi cuerpo no se hubiera puesto rígido ante la mera mención de ello, como si mis labios no acabaran de hormiguear con un recuerdo fantasma, como si no hubiera estado pensando en ello implacable y obsesivamente durante los dos últimos días, excluyendo todo pensamiento sensato.

Gareth emitió un suave y pensativo zumbido en lo profundo de su garganta, golpeando sus dedos ligeramente contra su propio vaso vacío, sus ojos sin apartarse nunca de los míos.

—¿No? —reflexionó en voz alta, su voz una trampa sedosa—. Eso es bastante extraño. Porque, curiosamente, yo lo recuerdo con bastante nitidez. Cada segundo fascinante, sorprendente y, me atrevo a decir, bastante prometedor. —Hizo una pausa, dejando que las palabras colgaran en el aire, cada una un pequeño dardo bien apuntado.

Apreté la mandíbula con fuerza, negándome a morder el anzuelo, aunque mis mejillas ardían. Esta era una batalla de voluntades, y no sería la primera en romper. No de nuevo.

—Fue simplemente para el beneficio de la Reina —afirmé con firmeza, con desdén, esperando que la convicción en mi voz de alguna manera lo hiciera verdad.

—Ah —reconoció suavemente, agitando su bebida imaginaria perezosamente, su mirada todavía intensa—. Por supuesto. Una actuación de encargo. Para su madre.

—Y puramente por el bien de los ridículos cotilleos de la alta sociedad, para darles algo de qué hablar que no fuera mi desafortunada elección de sombreros la temporada pasada —añadí rápidamente, sintiendo la necesidad de reforzar la mentira, de construir una fortaleza de negación alrededor de ese recuerdo traicionero.

—Naturalmente —convino fácilmente, su expresión completamente ilegible ahora, lo que de alguna manera era más desconcertante que su habitual sonrisa socarrona—. El público siempre exigente.

—Y por lo tanto —concluí, quizás con demasiada fuerza, mi voz un poco demasiado alta— no significó absolutamente nada. Un mero desliz. Olvidado. —Ahí. Dicho. Hecho. Seguramente ese era el final.

Sus labios se curvaron ligeramente en los bordes entonces, un cambio sutil, casi imperceptible, pero frustrantemente, no dijo nada más. El silencio se extendió entre nosotros de nuevo, denso y de repente cargado de cosas no dichas, con el fantasma de ese beso flotando entre nosotros como una entidad tangible. Y yo era aguda, horriblemente consciente de cada par de ojos curiosos que indudablemente nos observaban desde el otro lado del césped, consciente de cómo debíamos parecer de pie allí: cercanos, aparentemente íntimos, la imagen perfecta de una pareja devota profunda, aunque algo combativamente, enamorada.

Y Gareth también lo sabía. Odiaba, odiaba, odiaba que supiera exactamente cómo se veía esto, exactamente cuán atrapada me sentía, exactamente cuánto ese maldito beso —que absolutamente no sucedió de ninguna manera significativa— todavía me estaba

afectando. ¡Odiaba que estuviera ganando tan claramente este ridículo juego que ni siquiera se suponía que estuviéramos jugando de verdad!

Así que, impulsada por la pura desesperación, una creciente sensación de pánico y una molestia abrumadora conmigo misma por estar tan transparentemente desconcertada, hice algo bastante drástico. Algo impulsivo. Algo probablemente muy, muy tonto.

Le devolví la sonrisa, dulcemente esta vez, una deslumbrante confección de falsedad pura y absoluta, dejando mi copa de champán deliberadamente en una mesa cercana con una gracia exagerada. Luego di un pequeño paso hacia adelante, invadiendo deliberadamente su espacio personal para variar, inclinando la cabeza ligeramente hacia arriba para que mi aliento probablemente rozara su mandíbula, disfrutando de la forma casi imperceptible en que se tensó. Que vea cómo le gustaba estar a la defensiva.

Gareth se quedó completa y absolutamente quieto a mi lado. Su diversión, por una vez, parecía haberlo abandonado momentáneamente. Interesante.

Dejé que mi voz cayera a un murmullo bajo, teñido de falsa inocencia y un desafío sutil y vibrante que esperaba que sonara más seguro de lo que me sentía.

—Y sin embargo, Montford —susurré, lo suficientemente cerca como para sentir el calor que irradiaba de él, lo suficientemente cerca como para ver cómo sus pupilas se dilataban casi imperceptiblemente— para alguien que supuestamente experimentó un desliz insignificante y olvidable, parece usted demasiado

interesado en hacerme recordar constantemente algo que afirma que nunca sucedió realmente. Curioso, ¿no es así?

Los dedos de Gareth se movieron casi imperceptiblemente donde descansaban contra su muslo. Su expresión permaneció cuidadosamente ilegible, cuidadosamente en blanco, pero lo vi; solo un parpadeo de algo más, algo menos controlado, ardiendo profundamente bajo la superficie. Algo peligroso. Algo inquietantemente intenso. Algo… que ya no era del todo divertido.

¡Ja! Finalmente había ganado esta ronda. Finalmente había borrado esa irritante sonrisa de su rostro, aunque solo fuera por un momento. Me había metido bajo su piel. La pequeña y cruel emoción de ello fue sorprendentemente potente.

Y sin embargo… Mientras me apartaba ligeramente, fingiendo no sentir mi propio corazón acelerado como un conejo asustado que acababa de pellizcar descaradamente la nariz de un lobo dormido, supe, con un repentino vuelco de inquietud que no tenía nada que ver con el triunfo, que podría haber cometido un terrible, terrible error. Porque por primera vez desde que comenzó este maldito compromiso… Gareth Montford no me miraba como si fuera una diversión entretenida. Me miraba como… como algo completamente diferente. Y yo tampoco estaba del todo segura de seguir fingiendo mis propias reacciones.

Y ese pensamiento era mucho más aterrador que cualquier escándalo público.

21

La Locura (O Cómo un Prado No Arregló Absolutamente Nada)

Gareth

Había un gran número de cosas verdaderamente locas que había experimentado en mi vida, bastante agitada hasta ahora. Me habían, por ejemplo, disparado (fallaron por poco, afortunadamente) por un marido extremadamente iracundo que blandía una pistola de duelo. Había logrado tanto ganar como posteriormente perder una pequeña fortuna por completo en una sola y mal aconsejada noche de cartas de altas apuestas. También una vez fui memorablemente perseguido por un pasillo muy largo y muy corriente por la esposa de un embajador francés sorprendentemente rápida, mientras no llevaba absolutamente nada más que mi corbata y una almohada decorativa estratégicamente, aunque precariamente, colocada. Buenos tiempos, en su mayoría.

Pero nada —absolutamente nada en mi considerable catálogo de caos— se comparaba con la locura única, específica y absorbente de intentar, y fracasar espectacularmente, olvidar a Georgina Montrose. La princesa Georgina. Mi prometida accidental. Debería haber sido ridículamente fácil, sinceramente. Había pasado años perfeccionando meticulosamente el fino arte de no preocuparme demasiado por nadie ni por nada. Prácticamente había hecho toda una carrera de mala reputación a base de indiferencia casual, dominando flirteos que nunca duraban más allá del amanecer, perfeccionando la habilidad de dejar a las mujeres mucho antes de que tuvieran la oportunidad de dejarme a mí. Era más simple de esa manera. Más seguro. Y sin embargo…

Sus labios. Maldita sea. Exhalé bruscamente, mirando furiosamente por la ventanilla del carruaje mientras el verde paisaje inglés se desdibujaba en una mancha indiferente. Mis dedos enguantados tamborileaban un ritmo inconscientemente irritado contra mi rodilla. Esto era enteramente culpa suya. Todo ello.

Era la forma en que se había parado una fracción demasiado cerca en esa maldita fiesta en el jardín antes, su aroma irritantemente único —¿rosas y algo agudo, como cítricos quizás?— infiltrándose insidiosamente en el aire, suave y enloquecedoramente dulce. Era la forma innegable en que su pulso había saltado físicamente contra mi pulgar cuando lo había rozado sobre la delicada piel de su muñeca. Era la forma provocativa en que había inclinado la cabeza hacia mí, desafiándome, su voz toda dulzura de falsa inocencia envuelta en un desafío puro y temerario. «Y sin embargo, parece usted demasiado interesado en hacerme recordar». Sabía exactamente lo que estaba haciendo.

Apreté la mandíbula con fuerza solo de pensarlo. Ese maldito intercambio había sido hace dos horas completas, quizás más, y sin embargo todavía podía oír su voz resonando claramente en mi cabeza. Todavía imaginaba vívidamente la curva desafiante de su sonrisa, la forma en que sus ojos habían parpadeado con algo peligroso y completamente ilegible justo antes de que se diera la vuelta. Y el beso anterior… Dios, el beso en el salón. Ese beso iba a ser mi muerte absoluta.

Inicialmente lo había concebido puramente como una actuación, ¿sabe? Algo calculado, controlado, diseñado únicamente para acallar los cotilleos y satisfacer la mirada vigilante de su madre. Había

esperado plenamente resistencia por su parte, anticipado que se apartaría con un suspiro exasperado quizás, incluso esperado que maldijera mi nombre creativamente a los cielos y me amenazara con daños corporales inmediatos después. Lo normal en Georgina, la verdad.

Lo que ciertamente no había esperado era que ella me devolviera el beso. Y no solo devolviera pasivamente el gesto, sino que se inclinara activamente hacia él por un momento, sus pequeñas manos curvándose instintivamente contra la parte delantera de mi levita, su aliento conteniéndose, suave y cálido y absoluta, devastadoramente ruinoso contra mi piel. Me pasé una mano bruscamente por la cara ahora, ignorando deliberadamente la mirada cuidadosamente neutral, pero indudablemente cómplice, del cochero —mi propio y sufrido sirviente, Stevens— reflejada brevemente en el espejo. Sin duda, había presenciado demasiadas de mis tonterías a lo largo de los años como para sorprenderse remotamente de mi actual estado de frustrada melancolía.

Toda esta situación era absurda. Absolutamente absurda. Era un hombre adulto, por el amor de Dios, no un tonto verde y enamoradizo suspirando por su primer romance. Había besado a docenas —decenas, probablemente— de mujeres hermosas y dispuestas en mi tiempo. Y me había alejado, con bastante facilidad de hecho, de cada una de ellas sin mirar atrás, sin este ridículo y persistente… sentimiento. Entonces, ¿por qué —por qué— podía sentir todavía el maldito fantasma de sus labios presionados contra los míos dos días después? No tenía sentido.

Bien. Claramente necesitaba una distracción. Algo drástico. Algo inmediato para despejar mi cabeza de estos pensamientos no deseados y persistentes de princesas irritantes. Que es precisamente como, aproximadamente una hora después, me encontré de repente inclinándome hacia adelante en mi asiento, golpeando bruscamente contra el techo acolchado del carruaje.

—Pare aquí, Stevens.

El cochero apenas me dedicó una mirada en el pequeño espejo interior esta vez, su rostro curtido cuidadosamente disciplinado en una neutralidad practicada. Sabía que no debía cuestionar mis caprichos, por lo general.

—¿Aquí, señor? —inquirió suavemente, su tono cuidadosamente desprovisto de juicio, aunque sentí que acechaba por debajo.

—Sí, aquí mismo —confirmé, señalando vagamente la vasta y vacía extensión de campo bañado por el sol que actualmente pasaba por la ventanilla—. Ese prado parece adecuado. —Solo hierba, cielo y quizás algunas ovejas. Perfecto.

Las cejas de Stevens se movieron hacia arriba una fracción, una única y silenciosa marca de escepticismo comprensible, pero afortunadamente no dijo nada más mientras expertamente sujetaba las riendas de los caballos. El carruaje se detuvo suavemente en el arcén cubierto de hierba junto al sinuoso camino rural. Con un suspiro silencioso que llevaba el peso distintivo de un hombre que había lidiado con mis impulsos impredecibles demasiadas veces a lo largo de los años, asintió con un gesto seco y resignado.

—¿Espero cerca, Su Gracia?

Me ajusté los puños con una precisión aguda e innecesaria, necesitando de repente sentir que tenía el control de algo.

—No, gracias, Stevens. Creo que encontraré mi propio camino de vuelta eventualmente.

Aire fresco y un largo paseo eran claramente necesarios.

Dudó por un brevísimo momento, quizás debatiendo si discutir la impracticabilidad de abandonarme a kilómetros de cualquier lugar, y luego sabiamente decidió no hacerlo. Con un movimiento apenas perceptible de su muñeca, chasqueó ligeramente las riendas, y el carruaje avanzó suavemente, dejándome de pie, bastante solo, sintiéndome bastante tonto, en medio de un maldito prado vacío. Exhalé lentamente. Bien. Esto estaba bien. Naturaleza. Bendito silencio. Un entorno perfecto y tranquilo para olvidar firme y finalmente a cierta mujer irritante por completo.

Eché la cabeza hacia atrás, mirando fijamente el vasto e interminable cielo azul, sintiendo el sol de la tarde agradablemente cálido contra mi piel. Los pájaros piaban alegremente en algún lugar cercano. Una brisa suave y gentil agitaba la alta hierba verde alrededor de mis botas. Un arroyo cercano balbuceaba en una dichosa ignorancia de mi actual predicamento. Sí. Definitivamente era esto. Este idilio pastoral era precisamente donde recuperaría mi compostura, donde desterraría a la princesa Georgina Montrose y sus labios traicioneros de mi mente para siempre. Pan comido.

Tomé una respiración profunda y purificadora, llenando mis pulmones de aire fresco del campo. E inmediatamente vi sus malditos labios de nuevo, curvados en esa sonrisa desafiante, claros como el día justo ahí en mi cabeza. Gemí en voz alta, dejándome

caer dramáticamente de espaldas en la hierba alta en total derrota, mis brazos extendidos como una especie de héroe trágico en una obra mal escrita. Miré fijamente las nubes blancas que se desplazaban como un ridículo tonto romántico. Esto no estaba funcionando en absoluto. Ni lo más mínimo. El prado pacífico era en realidad demasiado silencioso, maldita sea, dejando demasiado espacio vacío para que mis pensamientos traicioneros deambularan exactamente a donde no quería que fueran.

Me giré irritado sobre un costado, fulminando con la mirada a una vaca marrón de aspecto particularmente sentencioso que pastaba pacíficamente en la distancia. Su masticación plácida parecía burlarse de mi agitación interna.

—No me mires así —murmuré entre dientes. La vaca simplemente masticó pensativamente, total y profundamente impasible ante mi presencia o mi humor. Fruncí el ceño con más fuerza.

—¿Qué demonios sabes tú de mi sufrimiento, máquina de leche de gran tamaño? —Movió una oreja con desdén en mi dirección general y continuó masticando.

Suspiré pesadamente, dejándome caer de nuevo sobre la hierba, pasándome las manos frustradamente por mi ya desaliñado cabello. Esto era inútil. El problema innegable, finalmente admití para mis adentros con sombría reticencia, era que realmente lo había disfrutado. No solo el sorprendente beso en sí, aunque eso ciertamente era parte del problema. Sino todo ello, en realidad. El constante combate verbal, las bromas ingeniosas, la irritante forma en que ella consistentemente hacía que mi sangre corriera más

caliente y mi pulso latiera más rápido que cualquier otra mujer jamás lo había hecho. La asombrosa forma en que su rara y genuina sonrisa probablemente podría enviarme a la guerra sin pensarlo dos veces. La irritante forma en que cada comentario agudo e ingenioso de sus labios solo me hacía querer acercarla más, callarla, preferiblemente con mi boca.

Siempre había sabido que Georgina era diferente, por supuesto. Era brillante e imposiblemente mordaz y exasperantemente terca; completamente imposible en muchos sentidos. Pero nunca, jamás, había esperado sentir esto realmente. Esta inquietante, ineludible y muy inconveniente atracción hacia ella. Este lío confuso que actualmente me ataba las entrañas en nudos.

Cerré los ojos con fuerza, obligándome a respirar uniformemente, obligándome a pensar en otra cosa, en cualquier otra cosa: cartas, caballos, finanzas, esa viuda intrigante de Bath… Sus labios. Sus malditos labios desafiantes e irritantemente suaves.

Me incorporé de un salto con una maldición violenta, pasándome una mano bruscamente por el pelo de nuevo mientras la frustración cruda se enroscaba caliente, tensa e inoportuna en mi pecho.

—¡Maldita sea! —Las palabras salieron desgarradas de mi garganta, agudas y furiosas, como si maldecir el aire mismo pudiera librarme mágicamente del fantasma persistente de sus labios, su aroma, su irritante presencia en mi cabeza. ¡Había besado a docenas de mujeres, posiblemente cientos a lo largo de los años! Me había alejado fríamente de cada una de ellas sin pensarlo dos veces, y mucho menos con esta persistente obsesión ridícula. Y sin

embargo… Georgina. Maldita sea. Maldita sea ella y sus labios enloquecedores, inolvidables e imposibles.

Una bandada de pajarillos asustados levantó el vuelo de repente del seto cercano, sus alas batiendo en una protesta caótica y ruidosa ante mi arrebato inesperado, como si ellos también estuvieran completamente escandalizados por mi sorprendente falta de control caballeroso.

—¡Oh, idos al cuerno todos! —les espeté irritado, pasándome de nuevo la mano por el pelo con pura exasperación.

—¡No sabéis ni una maldita cosa de todo esto!

Los pájaros, naturalmente impasibles ante mi creciente miseria, simplemente desaparecieron en el amplio cielo azul, dejándome completamente solo de nuevo con mi necedad. Y todavía, frustrantemente, todo en lo que realmente podía pensar era en cuán completa y exhaustivamente ella había logrado arruinarme con una mirada, un beso, un desafío. Basta. Esta locura absoluta tenía que terminar. Ahora.

Me negaba —absoluta y categóricamente me negaba— a ser el tipo de hombre patético que perdía el juicio, su legendaria compostura, por un solo beso de una mujer que probablemente lo despreciaba. Me puse de pie bruscamente, sacudiéndome el abrigo de repente manchado de hierba con movimientos agudos y bruscos. Me ajusté la corbata ligeramente torcida con un tirón decisivo y me dirigí decididamente de vuelta hacia la carretera, dejando atrás a la vaca sentenciosa y al prado pacífico.

Bien. Que así sea. Si la princesa Georgina Montrose de verdad quería jugar a este ridículo juego, si insistía en desafiarme a cada

paso, entonces simplemente jugaría como es debido de ahora en adelante. No más miradas sutilmente burlonas a través de los salones de baile. No más toques descuidados y «accidentales» diseñados puramente para provocar una reacción. Ciertamente no más dejarla pensar, ni por un segundo, que de alguna manera tenía la sartén por el mango en este extraño compromiso.

Porque la próxima vez que la besara —y oh sí, absolutamente habría una próxima vez, porque claramente estaba completamente condenado y posiblemente loco— definitivamente no sería simplemente para aparentar. Y ciertamente no sería algo que ella pudiera descartar u olvidar jamás. Sentí una lenta sonrisa extenderse por mi rostro entonces, sintiendo los últimos restos andrajosos de mi compostura habitual volviendo firmemente a su sitio. La próxima vez que besara a Georgina Montrose, juré en silencio, se aseguraría de no olvidarlo jamás. Que los juegos comiencen de verdad.

22

El Tira y Afloja se Vuelve… Peligroso

Gareth

Seguía siendo solo un juego.

Un juego ridículo, irritante y cada vez más complicado, y una apuesta. Los juegos y apuestas que hacía con mis amigos. Se me daba bien el juego y rara vez perdía. Eso es precisamente lo que me repetía a mí mismo, una y otra vez. Eso es ciertamente lo que me decía cada vez que la princesa Georgina Montrose entraba en un salón de baile abarrotado y todo mi maldito cuerpo se tensaba inexplicablemente en aguda anticipación.

Me encontraba esperando, casi conteniendo la respiración, ese momento inevitable en que finalmente me vería, el instante en que nuestros ojos se encontrarían inevitablemente a través de la sala y todo el mundo brillante se reduciría de alguna manera abruptamente a solo nosotros dos de pie allí, encerrados en nuestra guerra silenciosa. Un comportamiento completamente normal para enemigos jurados, naturalmente.

Eso es absolutamente lo que me dije cuando la vi inesperadamente en alguna fiesta de jardín insufriblemente aburrida la semana pasada, la cálida luz del verano atrapada ridículamente en los mechones oscuros de su cabello, iluminándola de una manera que la hacía parecer algo raro y posiblemente intocable. Y sin embargo, maldita sea, todavía quería tocarla de todos modos. Quería acortar la distancia, provocar una reacción, cualquier cosa solo para sentir esa chispa encenderse entre nosotros de nuevo. Absoluta locura.

Y eso es definitivamente lo que me decía cada vez que me burlaba de ella sin piedad —lo cual era a menudo— y ella se sonrojaba con ese favorecedor tono rosado justo antes de que inevitablemente me respondiera bruscamente. Su voz sería todo fuego agudo y furia indignada, ¿pero su aliento después? Solo una fracción demasiado inestable para ser puramente ira. O eso me gustaba imaginar. Esto seguía siendo solo un juego que jugábamos. Por supuesto, maldita sea, lo era. ¿No es así? La alternativa era impensable.

Comenzó sutilmente, ¿no es así?

El cambio. La forma en que estas malditas cosas siempre parecen hacerlo, acercándose sigilosamente sin que te des cuenta. El tira y afloja entre nosotros que una vez había sido tan cuidadosa y deliberadamente equilibrado —un deporte mutuo, una batalla de ingenios agudos, un juego privado que jugábamos puramente para nuestra propia y retorcida diversión— estaba innegablemente comenzando a deslizarse hacia algo completamente diferente. Algo sin nombre. Algo peligroso. Y el verdadero problema, el quid frustrante de todo, era que ninguno de los dos parecía dispuesto, o quizás capaz, de reconocer realmente que estaba sucediendo.

Al principio, naturalmente, me dije a mí mismo que simplemente estaba imaginando cosas. Proyectando, quizás. Que la forma casi imperceptible en que sus labios parecían separarse ligeramente cada vez que deliberadamente me acercaba un poco más de lo necesario no significaba absolutamente nada. Que la forma débil pero definida en que su pulso se aceleraba visiblemente en la base de su garganta cuando murmuraba algo deliberadamente demasiado bajo para que

cualquier otra persona cercana pudiera oírlo era meramente una coincidencia.

Que cuando bailábamos —forzados por las circunstancias o por su madre— y mi mano inevitablemente se demoraba quizás una fracción de segundo de más en la atractiva curva de la parte baja de su espalda, y ella deliberadamente no se apartaba… bueno, eso era simplemente la practicidad dictando el movimiento en una pista abarrotada. Nada más.

Pero estaba ahí, ¿no es así?

Infiltrándose insidiosamente en nuestras interacciones como una verdad inoportuna e innegable de la que ya no podía escapar, por mucho que lo intentara. El cambio. La tensión lenta, latente y que se desenredaba entre nosotros que siempre había sido aguda, sí, siempre chispeante de animosidad, siempre innegablemente peligrosa… ¿pero ahora? Ahora se sentía como algo fundamentalmente más. Más potente. Más complicado. Más irritantemente distractor.

¿Y lo peor de todo? ¿El peor desarrollo de todos?

Mis supuestos amigos, esos bastardos entrometidos, aparentemente habían notado el cambio de inmediato. Debería haberlo sabido, la verdad. Había muy pocas cosas en este mundo que el príncipe Ian (el propio e irritante hermano de Georgina), el duque Bastian y el marqués Colin parecieran disfrutar más que entrometerse alegremente en las complicadas vidas de otras personas. Y últimamente, al parecer, me había convertido desafortunadamente en su fuente absoluta y favorita de entretenimiento y especulación continua. Qué suerte la mía.

Así que cuando llegué un poco tarde a la elegante casa del duque de Lightwood esta noche, anticipando nada más extenuante que una velada de cartas y buen whisky, apenas crucé el maldito umbral antes de que Ian me sonriera. Sonrió como un gato particularmente engreído que acababa de encontrarse inesperadamente encerrado durante la noche en un aviario real particularmente bien surtido. Problemas, justo ahí.

—Dígame, Montford —dijo con vozarrón perezosamente, reclinándose contra el paño verde de la mesa de billar, sus dedos tamborileando un ritmo ocioso contra el borde de su vaso de whisky —. ¿Está completamente seguro de que todavía quiere cancelar este compromiso de alguna manera? Las cosas parecen estar… calentándose. Y algunos de nosotros tenemos bastante apostado a que no llegue al altar con el corazón, o al menos el orgullo, intacto.

Lo ignoré deliberadamente. O al menos, intenté proyectar un aire de total indiferencia mientras pasaba a su lado. Porque no iba a tener esta conversación en particular con estos buitres en particular esta noche. Ni hablar. Especialmente no sobre esa ridícula apuesta.

Bastian, siempre la viva imagen del desapego frío y divertido, tomó un sorbo lento y deliberado de su whisky antes de añadir pensativamente, sus ojos agudos:

—Pareces un poco… obsesionado últimamente, amigo mío. ¿Distraído, quizás? Casi como si estuvieras en peligro de olvidar los términos de nuestro pequeño acuerdo: que ella es completamente inmune a ti. O peor, que te estás volviendo inmune a tu propio buen juicio. —Sabía exactamente cómo tocarme las narices.

Colin, el muy bastardo, simplemente sonrió con complicidad desde su sillón, disfrutando claramente inmensamente de mi incomodidad. Rhys, el bueno de Rhys, que parecía haberse resignado a nuestra estupidez colectiva y a nuestras malas decisiones vitales años atrás, simplemente me dedicó una mirada larga y profundamente poco impresionada antes de negar lentamente con la cabeza.

—Toda esta situación —suspiró pesadamente— inevitablemente va a terminar terriblemente para alguien. Probablemente para ti, Gareth. Especialmente si pierdes la apuesta y la cordura. —Gracias por el voto de confianza.

Exhalé bruscamente por la nariz, echando los hombros hacia atrás deliberadamente, obligándome a mantener una fachada cuidadosamente elaborada de completa indiferencia mientras pasaba junto a sus rostros cómplices. Me dirigí directamente hacia la pesada licorera de cristal de brandy en el aparador, actuando como si su ridícula conversación no estuviera sucediendo en absoluto, como si no hubiera oído una sola palabra.

—Esto sigue siendo solo un juego —murmuré entre dientes, más para convencerme a mí mismo que a ellos, sirviéndome una generosa medida—. Un juego que tengo toda la intención de ganar, apuesta y todo. Están leyendo demasiado en un antagonismo pre-nupcial perfectamente normal.

Ian dejó escapar una risa baja y escéptica detrás de mí.

—Oh, ¿es así? ¿Así que estás diciendo categóricamente que no estás pensando en ella, ni un poquito, ahora mismo? ¿Olvidando que

cada pensamiento tierno es un punto en tu contra en el libro de nuestra apuesta?

No agarré mi pesado vaso de brandy con demasiada fuerza en ese momento. Eso no sucedió en absoluto. Las afiladas e implacables aristas del cristal tallado ciertamente no se clavaron dolorosamente en mi palma, y mis nudillos no estaban en absoluto blancos por una tensión repentina e involuntaria. Por supuesto que no. La apuesta era una nimiedad. Ella… una distracción.

Bastian tarareó suavemente entonces, un sonido lento y cómplice que me crispó los nervios, sus ojos oscuros brillando con demasiada diversión mientras agitaba su whisky pensativamente.

—Interesante —murmuró en el silencio—. Casi como si lo que está en juego en nuestra apuesta fuera lo último en lo que piensa.

Colin, siempre el diablillo, dejó que su sonrisa se ensanchara aún más, observándome ahora con el tipo de interés agudo y depredador que uno podría reservar para observar un duelo particularmente entretenido y parejo a punto de volverse sangriento.

—Fascinante, incluso —añadió servicialmente—. Uno podría sospechar que en realidad se está… divirtiendo. Olvidando que se supone que debe demostrar la impasibilidad de ella, no sucumbir a la suya propia.

Rhys suspiró de nuevo, sufrido y profundamente resignado a nuestra idiotez colectiva, pellizcándose el puente de la nariz con fuerza.

—Agotador —declaró secamente—. Verdadera y absolutamente agotador. Y probablemente vaya a ser muy caro para algunos de

ustedes, aunque no, sospecho, para Montford, si juega esto tan tontamente como parece estar haciéndolo.

Me bebí la copa de un trago largo y ardiente, el familiar calor del buen brandy abriéndose paso por mi garganta, aunque no hizo absolutamente nada para atemperar mi creciente irritación. Dejé el vaso vacío sobre la madera pulida quizás con un poco demasiada fuerza, el resultante tintineo agudo resonando ligeramente en la habitación.

Luego me giré lentamente, clavando deliberadamente una mirada fulminante al grupo colectivo de bastardos engreídos que holgazaneaban ante mí, cada uno de ellos pareciendo demasiado entretenido por mi compostura que se desmoronaba rápidamente.

—Vosotros —dije secamente, mi voz peligrosamente uniforme— sois completamente insufribles. —Ignoré la forma elocuente en que la sonrisa de Ian se ensanchó aún más, como si acabara de ganar algún tipo de apuesta silenciosa y privada consigo mismo. O quizás, ya estuviera gastando mi dinero mentalmente.

—Quizás —señaló alegremente Ian, levantando su vaso en un brindis burlón directamente a mi evidente incomodidad—. Pero todavía no has respondido a la pregunta, Montford. ¿Está el gran seductor, el hombre que supuestamente nunca pierde una apuesta del corazón, perdiendo finalmente esta por… desarrollar uno de verdad?

Exhalé lentamente por la nariz de nuevo, invocando reservas de paciencia que definitivamente no poseía.

—No tengo —respondí bruscamente, mi tono cortante ahora, deliberado, final— que responder a ninguno de vosotros, malditos,

sobre mis asuntos privados. Menos aún los que pertenecen a una ridícula apuesta a la que fui incitado.

Los labios de Bastian se crisparon, su diversión apenas oculta bajo una ceja cuidadosamente arqueada y condescendiente.

—Poniéndote un poco a la defensiva, ¿no, viejo amigo? —inquirió sedosamente—. Un hombre seguro de ganar su apuesta —y a su dama, si ese fuera su objetivo— seguramente estaría más… compuesto.

—Estoy comprometido para casarme con la mujer —les recordé bruscamente entre dientes, porque de alguna manera, convenientemente, todos parecían haber olvidado colectivamente que todo este lío se suponía que era solo un compromiso arreglado nacido del accidente y el deber, no un romance tonto y sentimental en el que me había metido. Y ciertamente no un movimiento estratégico para ganar una apuesta que claramente pensaban que estaba a punto de perder por pura e inusual… interés.

—Ah, sí, un compromiso del que claramente estás disfrutando cada segundo antagónico —intervino Colin suavemente, sin molestarse en ocultar en lo más mínimo su engreído deleite. Le encantaba esto—. Casi como si hubieras olvidado el punto del ejercicio, Montford. La apuesta era que no podías ganártela. No que acabarías realmente queriéndolo.

Exhalé bruscamente por la nariz de nuevo, mis dedos apretándose inconscientemente alrededor del borde de la mesa cercana hasta que mis nudillos protestaron. Necesitaba otra copa.

—¿Sabías —reflexionó Ian entonces, su voz engañosamente casual, aunque su sonrisa se ensanchó en algo positivamente

depredador— que Georgina aparentemente dijo exactamente lo mismo sobre ti ayer? Con respecto al «juego» que es vuestro cortejo, no la apuesta, por supuesto. Es demasiado correcta para hablar de cosas tan vulgares como las apuestas sobre sus afectos.

Me quedé a medio camino de alcanzar la licorera, el pesado vaso de repente sintiéndose más pesado en mi mano de lo que lo había hecho momentos antes. Mi agarre se apretó involuntariamente, las afiladas aristas del cristal presionando con fuerza en mi palma mientras giraba la cabeza, lenta, deliberadamente, para mirar a Ian directamente.

—¿Ella qué? —Mi voz salió más aguda, más dura de lo que pretendía, delatando el repentino e inoportuno giro de inquietud que se enroscaba en la parte baja de mi estómago.

Ian, siempre el insufrible príncipe bastardo, simplemente sonrió más ampliamente, saboreando claramente el momento dramático como un zorro suelto en un gallinero particularmente gordo.

—Oh, sí —confirmó, su tono demasiado satisfecho consigo mismo para mi gusto—. Mi hermana aparentemente se refirió a todo este calvario del compromiso como nada más que un «juego irritante» al que simplemente estaba siguiendo la corriente hasta que finalmente tuviera lugar la boda. —Soltó la frase con deleite—. ¿Así que ya ves, Montford? Ella está jugando un juego. Se supone que tú estás jugando un juego para ganar una apuesta. Sin embargo, pareces peligrosamente cerca de olvidar tu papel. Y tu apuesta.

Mentiras. Tenía que ser mentira. Ella no… ¿O sí? Un pulso agudo y desagradable de algo que me negué rotundamente a nombrar se

alojó firmemente en mi pecho. Mi mente evocó instantáneamente su rostro desafiante de la fiesta en el jardín —su voz baja, burlona, peligrosamente temeraria—: «Y sin embargo, parece usted demasiado interesado en hacerme recordar…». Definitivamente había tenido la intención de provocarme ese día. Absolutamente había tenido la intención de burlarse de mí, de mofarse de mí. ¿Para verme desmoronarme lentamente, quizás? ¿Para empujarme deliberadamente hacia el borde tentador de algo en lo que no tenía absolutamente ningún derecho a caer?

Y sin embargo… y sin embargo, lo había visto entonces, ¿no es así? Ese innegable parpadeo de algo más escondido detrás del desafío en sus ojos. La forma en que su aliento se había entrecortado ligeramente cuando le había tocado la mejilla. La forma casi inconsciente en que se había inclinado hacia mí —cerca, demasiado cerca— como si me desafiara, quizás incluso esperando que yo hiciera algo increíblemente temerario. Algo exactamente como besarla de nuevo. ¿Y ahora Ian me decía que ella honestamente pensaba que todo esto era solo una especie de juego divertido para pasar el tiempo?

El pensamiento hizo que algo afilado, algo crudo y desconocido e intensamente posesivo, se retorciera con fuerza en mis entrañas. Un calor lento y latente comenzó a arder bajo mi piel, un dolor sordo extendiéndose por mi pecho que me negué a nombrar. El brandy se abrió paso ardientemente por mi garganta mientras tomaba otro trago largo y fortalecedor, pero no hizo absolutamente nada para apagar las brasas recién avivadas de la irritación —no, de la ira— que ardían profundamente dentro de mí ahora.

Bien. ¿Así que así es como quería jugar?

Entonces estoy listo para apostar.

Si la princesa Georgina Montrose honestamente quería que esto fuera solo un juego entre nosotros, entonces iba a tener uno, y bien bueno. La próxima vez que se burlara de mí con esa sonrisita irritantemente sabionda, la próxima vez que me provocara deliberadamente, la próxima vez que se acercara demasiado mientras fingía que toda esta tensión latente entre nosotros no significaba una maldita cosa… Bueno. Iba a asegurarme de que fuera ella la que se quedara sin aliento esta vez. La que se quedara inestable sobre sus pies. La que ya no pudiera pretender, ni siquiera para sí misma, que esto era solo un juego sin sentido que estábamos jugando. Oh, no. Que empiece el juego, princesa.

23

Un Pretendiente Muy Persistente

Georgina

Gareth Montford se estaba volviendo oficialmente loco. Tenía que ser eso. Esa era verdaderamente la única explicación razonable para su comportamiento reciente, ¿no es así? Siempre había habido algo irritantemente, innegablemente persistente en él, por supuesto: su extraña habilidad para meterse precisamente donde no se le quería, su molesto hábito de convertir cada conversación en una especie de agotadora batalla de ingenios, su insufrible talento para parecer entera y fríamente imperturbable incluso mientras estaba hundido hasta las rodillas en medio de un furioso escándalo de su propia creación.

¿Pero hoy? Hoy, en esta tediosa fiesta de jardín, era simplemente… implacable. Absoluta y sofocantemente implacable.

Sinceramente, no podía dar un solo paso sin sentir su sombra cerniéndose justo detrás de mi espalda. No podía escapar del bajo murmullo de su voz encontrando deliberadamente el camino hasta mi oído. Su mirada parecía seguirme a dondequiera que iba, posesiva e inquebrantable, como un hombre absoluta y tontamente prendado de su prometida. Lo cual era patentemente absurdo. No estaba prendado; estaba conspirando.

¿Y la peor parte? ¿La parte más absoluta e irritante? La alta sociedad, fácilmente engañada, estaba absoluta y completamente encantada con su pequeña actuación. Susurraban encantados detrás de sus abanicos revoloteantes, sus ojos iluminados con una curiosidad escandalosa y sin aliento. Cada supuesta mirada robada

accidentalmente que me dirigía, cada toque deliberadamente prolongado de sus dedos contra los míos, cada palabra baja y burlona pronunciada lo suficientemente alto como para ser estratégicamente oída por casualidad solo servía para añadir más leña a sus ridículas y románticas nociones sobre nuestra apasionada devoción.

—¡Señor Montford está completamente prendado de ella, no es así! —oí a Señorita Penwood suspirar dramáticamente cerca de la mesa de la limonada.

—¿Ha presenciado alguna vez tal adoración descarada? ¡Mire cómo la sigue como un perro leal! —declaró la baronesa Albright, abanicándose vigorosamente.

—¡Parece como si felizmente se batiera en duelo con todo el salón de baile lleno de caballeros por su honor! —jadeó la joven señorita Everly, con los ojos muy abiertos por una fantasía ingenua.

Casi me atraganto con mi propia furia en ese mismo instante. ¿Batirse en duelo con todo el salón de baile? El hombre probablemente lo haría, solo por el puro deporte, ¡no por ningún sentido equivocado de honor hacia mí! Porque la parte verdaderamente, verdaderamente insufrible de todo ello era que sus observaciones, por muy romantizadas que fueran, no eran del todo… erróneas. No del todo. Gareth sí me miraba hoy como si yo fuera la única persona en toda esta concurrida y ruidosa sala. Como si todos los demás simplemente se hubieran desvanecido en la insignificancia.

Su atención era inquebrantable, centrada, intensa. Cada uno de sus movimientos parecía deliberado, calculado, como si su única

misión en la vida en este momento fuera captar toda mi atención y luego mantenerla como rehén indefinidamente. Su misma presencia a mi lado se sentía extrañamente magnética, una atracción inevitable e inoportuna que hacía que cada aliento que tomaba se sintiera demasiado apretado en mi pecho, que cada mirada compartida a través del césped se sintiera cargada de algo tácito, algo peligroso, algo que ninguno de los dos estaba remotamente dispuesto a reconocer o nombrar. Y, maldito sea hasta lo más profundo, su implacable campaña estaba funcionando de verdad.

Cada mirada robada supuestamente casual, cada comentario susurrado y casi inapropiado bajo el pretexto de una familiaridad de prometido, cada roce aparentemente accidental de sus dedos contra los míos mientras navegábamos entre la multitud de alguna manera volvía el aire mismo entre nosotros denso, pesado y difícil de respirar.

Necesitaba desesperadamente recuperar la ventaja en este ridículo juego. Inmediatamente. Porque si no lo hacía, tenía la clara y demoledora sospecha de que Gareth Montford —libertino, sinvergüenza, absoluta amenaza de hombre y mi marido que se acercaba rápidamente— de alguna manera ganaría de verdad. Ganaría el control, ganaría la narrativa, quizás incluso ganaría… algo completamente diferente. Y esa posibilidad, decidí con fiereza, simplemente no era una opción que estuviera dispuesta a considerar. Ni ahora, ni nunca.

Esperé.

No por miedo, no por indecisión, sino porque necesitaba que el momento fuera perfecto. Calculado. Público.

Así que cuando finalmente estábamos de pie cerca del centro del salón de baile esa noche, rodeados por docenas de nobles estirando el cuello para captar cada destello de interacción entre nosotros, ataqué.

Se inclinó, por supuesto. Su voz era deliberadamente cálida y baja cerca de mi oído, su aliento un susurro distractor contra mi piel mientras murmuraba algún comentario indudablemente irritante diseñado para desarmarme. Pero esta vez, me giré —sutil, precisamente— de modo que sus labios solo rozaron mi sien. No mi boca. Un casi acierto. Un rechazo calculado.

El efecto fue instantáneo y profundamente satisfactorio.

Gareth se congeló a mi lado, sus dedos apretándose casi dolorosamente por una fracción de segundo en mi cintura. Su aliento se entrecortó —apenas audible por encima de la música, pero lo oí —. Sentí el momento ondular a través de él, sentí su mano flexionarse contra la seda de mi vestido como si estuviera dividido entre acercarme más en represalia o soltarme por completo por la sorpresa.

Fue un desliz raro y hermoso en su confianza por lo demás inquebrantable. Nunca lo había visto dudar antes, nunca lo había visto genuinamente sin saber cómo responder. Me recorrió un agudo y embriagador escalofrío, una sensación que no había anticipado pero que acogí de todos modos.

¡Ja! Lo pillé.

Su voz, cuando finalmente habló después de un cargado instante de silencio, era definitivamente más baja de lo habitual, más áspera en los bordes.

—Eso —murmuró, sus labios todavía demasiado cerca de mi oído — fue bastante cruel, princesa. —No sonaba divertido ahora. Sonaba… molesto.

Incliné la cabeza ligeramente hacia atrás, fingiendo una inocencia de ojos muy abiertos, aunque sabía perfectamente que no se lo había tragado ni por un segundo.

—¿Lo fue? —pregunté dulcemente.

Sus dedos trazaron la más mínima presión a lo largo de mi cintura, un recordatorio posesivo, antes de inclinarse de nuevo, su boca ahora a solo un susurro de la mía.

—Mucho —confirmó suavemente, su mirada intensa.

Mi pulso tartamudeó de nuevo, ese estúpido músculo traidor en mi pecho, pero me negué a dejar que viera que me afectaba. Di un paso deliberado hacia atrás entonces, poniendo a propósito espacio entre nosotros antes de que pudiera de alguna manera robar aún más terreno, recuperar el control.

—¿Pasa algo, Señor Montford? —inquirí educadamente, levantando las cejas ligeramente.

Su mirada se desvió brevemente hacia mis labios, luego de nuevo hacia arriba, su habitual sonrisa perezosa regresando, pero había algo más oscuro acechando debajo ahora, algo menos juguetón.

—En absoluto, princesa —respondió suavemente. Me estudió atentamente por otro momento, luego inclinó la cabeza ligeramente, su voz bajando de nuevo, teñida de desafío—. Aunque, si no supiera más, Su Alteza, casi diría que era usted la que parecía bastante… inquieta hace un momento.

Bufé, forzando una sonrisa displicente en mis propios labios.

—Presume usted demasiado, como de costumbre, Montford.

Su sonrisa se ensanchó entonces, irritantemente seguro de sí mismo de nuevo. Se había recuperado demasiado rápido.

—¿Lo hago? —Dio un paso lento y deliberado hacia adelante, reclamando sin esfuerzo el espacio que acababa de crear entre nosotros con una facilidad que hizo que mi aliento se atascara molestamente en mi garganta de nuevo—. Porque —continuó suavemente, sus ojos sosteniendo los míos cautivos— parece bastante decidida hoy a convencerme de lo contrario.

Realmente debería haberme alejado en ese mismo instante. Debería haber cortado simplemente el momento por completo antes de que se deshiciera más, antes de que este hilo invisible entre nosotros se enrollara demasiado apretado alrededor de mis costillas y hiciera genuinamente imposible respirar normalmente a su alrededor. Pero, maldita sea, no lo hice. En cambio, me quedé allí, inexplicablemente sujeta en mi sitio por algo más pesado, más potente que la mera diversión ahora. Algo peligroso que ninguno de los dos había reconocido aún en voz alta. El ruidoso salón de baile pareció desvanecerse en un murmullo distante e intrascendente mientras lo observaba, mientras él me observaba a mí.

Un silencio peligroso y cargado se extendió entre nosotros, tambaleándose precariamente en el borde mismo de algo que absolutamente no estaba lista para nombrar, y mucho menos para enfrentar. Mi corazón latía demasiado rápido contra mis costillas, traicionando mi indiferencia cuidadosamente elaborada. Pero Gareth —maldito sea— solo sonrió ligeramente, como si realmente pudiera

oír su ritmo frenético, como si supiera exactamente el efecto que estaba teniendo en mí. Y entonces, solo para irritarme más, hizo algo completamente inesperado. Sonrió. Sonrió de verdad.

No su habitual sonrisa irritante, no su típica sonrisa traviesa de «estoy disfrutando a fondo de tu sufrimiento». No, esto era algo infinitamente peor de alguna manera. Algo más suave en los bordes, algo que envió una ola de calor completamente traicionera que se enroscó baja y profunda en mi estómago. Algo que hizo que mi pulso tartamudeara violentamente antes de que pudiera detenerlo. Estaba disfrutando de esta tensión creciente. Peor —mucho peor— parecía estar disfrutando de que yo lo disfrutara, incluso mientras luchaba contra ello.

Y de repente, con un vuelco nauseabundo, tuve la espantosa comprensión de que quizás había calculado fundamentalmente mal toda esta situación. Porque este ridículo juego que habíamos estado jugando —esta batalla tácita y creciente por el control, por el dominio, por la ventaja— sentí que ya no era solo una batalla de ingenios agudos y orgullo obstinado. Sentí que se estaba convirtiendo rápidamente en algo mucho, mucho más peligroso. Para ambos.

El resto de la espantosa tarde se convirtió en pura e inalterada tortura. No importaba lo que hiciera —no importaba cuán desesperadamente intentara distraerme con otras conversaciones, no importaba cuán deliberadamente intentara ignorarlo— Gareth simplemente siempre estaba allí. Una presencia constante, irritante y magnética a mi lado. Interceptó cada intento que hice de escapar de su órbita, cortando suavemente a posibles rescatadores,

apareciendo como por arte de magia cada vez que pensaba que había encontrado un momento de paz.

De repente estaba justo a mi lado cuando alcancé un muy necesario vaso de ponche, sus dedos rozando deliberadamente los míos mientras me entregaba el vaso en su lugar. Un toque fugaz, completamente insignificante para cualquiera que nos observara, estoy segura. Pero dejó un calor persistente e inoportuno en mi piel, un inquietante recordatorio de que no estaba tan impasible ante su proximidad como deseaba desesperadamente estar. Estuvo allí de nuevo solo unos minutos después cuando me di la vuelta bruscamente a mitad de la frase, su voz un murmullo bajo e íntimo justo en mi oído, las palabras escandalosas en sí apenas registrándose pero lo suficientemente potentes como para hacer que mi aliento se cortara bruscamente.

—Cuidado, princesa —había susurrado, sus labios demasiado cerca— se le nota el sonrojo de nuevo. —¡Qué descaro!

Incluso estuvo allí, materializado como un fantasma, cuando intenté deliberadamente entablar una larga discusión con Señor Fitzroy sobre la rotación de cultivos (un tema que sabía que Gareth despreciaba). Simplemente se insertó sin esfuerzo en la conversación con una facilidad irritante, su mirada sosteniendo la mía en un desafío silencioso y divertido como si me retara a ignorarlo de verdad ahora. Y a través de todo ello, a través de su implacable persecución y mi creciente agitación, no parecía poder deshacerme de un solo pensamiento insidioso y traicionero que seguía dando vueltas en mi mente.

¿Había hecho este tipo de cosas antes? ¿Con otras mujeres a las que había cortejado, quizás? ¿Les había susurrado estas mismas palabras irritantemente burlonas en sus oídos? ¿Las había mirado alguna vez de la forma en que a veces me miraba a mí ahora, como un hombre que estaba jugando un juego muy peligroso y disfrutando a fondo de cada segundo emocionante?

El pensamiento inoportuno envió algo agudo y sorprendentemente desconocido que me atravesó. Algo que se sentía sospechosa y horriblemente como… celos. Lo cual era completa y absolutamente imposible. Ridículo. ¡No estaba celosa de los pasados devaneos de Gareth Montford!

Y Gareth —maldito sea, malditos sus ojos perceptivos— pareció sentir de alguna manera el cambio en mí al instante. Porque cuando me giré bruscamente, cuando mi mirada preocupada se encontró accidentalmente con la suya a través del salón de baile de repente silencioso un momento después, sonrió. Pero tampoco era su habitual sonrisa socarrona esta vez. No era arrogancia, no exactamente. Era algo completamente diferente, algo que envió otro escalofrío inoportuno corriendo por mi espalda. Su mirada se sentía… ilegible de nuevo, pero de alguna manera bordeada de algo casi… sabio. Como si hubiera visto a través de mí.

El ruidoso salón de baile pareció desvanecerse de nuevo por un momento, su charla incesante y sus risas forzadas convirtiéndose en un zumbido distante e intrascendente. Un distintivo destello de satisfacción brilló profundamente en sus ojos, pero no se sentía como el habitual regodeo de un hombre que simplemente había ganado otra ronda de nuestro juego en curso. No, esto se sentía

diferente de alguna manera, algo mucho más peligroso, más significativo. Parecía como si acabara de desentrañar con éxito algo crucial dentro de mí, algo que ni siquiera sabía que estaba allí para ser desentrañado. Y él lo sabía.

Mis dedos se apretaron con fuerza a mis costados de nuevo, mi pulso retumbando ahora con frustración, con confusión, con algo peligrosamente cercano al pánico abierto. Quería desesperadamente decir algo agudo, algo ingenioso, algo para cortar directamente el peso insoportable y cargado de su silencio cómplice, pero mi garganta de repente se sintió apretada, constreñida. Entonces, lenta, deliberadamente, Gareth inclinó la cabeza hacia mí, solo lo suficiente para reconocer la cosa tácita que acababa de pasar entre nosotros. Algo que se sentía innegable y aterradoramente como su victoria.

Y fue precisamente entonces cuando supe, con una certeza fría y demoledora en lo más profundo de mis entrañas. Ya había perdido esta batalla. Quizás la había perdido en el momento en que me besó. Quizás la había perdido mucho antes de eso. Pero definitivamente, irrevocablemente, había perdido.

24

Una Hazaña Ecuestre Muy Poco Femenina (Y una Proximidad Inoportuna)

Georgina

La mañana del temido paseo amaneció con una especie de brillo malicioso. La luz del sol, enteramente demasiado alegre para mi sombrío humor, se filtraba a través de las cortinas de cretona de mi habitación de invitada en la extensa, y lamentablemente, muy ecuestre, finca de campo de Señor Danvers. Mi estómago, sin embargo, era un pozo frío y anudado de puro pavor. Un paseo matutino. Para admirar el follaje de otoño. Qué absoluta y deliciosamente romántico, había arrullado mi madre. Qué absoluta y completamente tortuoso, había corregido yo en silencio.

Yo, la princesa Georgina, poseía muchos logros adecuados para una dama de mi posición. Podía conversar ingeniosamente en tres idiomas. Podía bordar una línea razonablemente recta. Incluso podía, en ocasiones, navegar por las traicioneras aguas de la diplomacia de la corte sin causar un incidente internacional. ¿Pero los caballos? Los caballos eran bestias magníficas y nobles. Desde una distancia muy segura. Preferiblemente desde detrás de una valla resistente. O, idealmente, desde dentro de un carruaje bien suspendido. ¿A horcajadas sobre uno? Esa era una proposición completamente diferente, y mucho más aterradora. Mis habilidades ecuestres, por decirlo suavemente, eran inexistentes. Un hecho que mi madre, en su celo estratégico por encontrarme marido, había decidido convenientemente pasar por alto. O quizás, cruelmente, explotar.

Vestida con un traje de montar prestado de un alarmante tono de verde bosque que no favorecía en absoluto mi tez (Serena, mi hermana, había insistido en que era «lo más apropiado»), descendí la gran escalera de roble con la sombría resignación de una mártir acercándose a la pira. O quizás, más exactamente, como un saco de patatas muy reacio a punto de ser izado sin ceremonias sobre un animal muy grande y muy testarudo.

Señor Danvers, nuestro corpulento anfitrión con una risa como la de un ganso asustado, ya sonreía radiante en el vestíbulo de entrada. A su lado, con un aspecto demasiado satisfecho de sí mismo, estaba Gareth Montford. Era la viva imagen de la gracia masculina sin esfuerzo con su levita de montar impecablemente entallada y sus botas pulidas. Su cabello dorado oscuro estaba ingeniosamente alborotado por la brisa matutina. Sus ojos azules, cuando se encontraron con los míos, contenían un familiar e irritante destello de diversión. Él lo sabía. Por supuesto, conocía mi incompetencia equina. Probablemente tenía espías por todas partes. O quizás mi puro y absoluto terror irradiaba de mí como un perfume particularmente potente, y bastante poco atractivo.

Y allí, de pie un poco apartado, con aspecto preocupado e impecablemente noble, estaba Señor Percival Wycliffe. Mi madre, en su infinita sabiduría, claramente había pensado que su presencia en este retiro campestre proporcionaría una… influencia estabilizadora. O quizás solo otro peón en sus juegos.

—¡Ah, princesa Georgina! ¡Radiante como siempre! —bramó Señor Danvers—. ¿Lista para nuestro vigorizante galope por el campo?

—Absolutamente emocionada, Mi Señor —mentí entre dientes. Mi sonrisa se sentía tan frágil como el azúcar hilado. ¿Un galope? Tendría suerte si lograba mantenerme erguida a un paso lento y fúnebre.

Afuera, los caballos esperaban. Bestias magníficas y lustrosas. Todas resoplando y pateando el suelo con una alarmante cantidad de energía. Y luego estaba el mío. Mi corcel. Mi instrumento de tortura. Era, noté con el corazón encogido, desconcertantemente grande. Y poseía un ojo inteligente, casi sabio, que parecía estar evaluando mis manifiestas insuficiencias con un frío desdén equino. Mentalmente lo bauticé como «Belcebú».

Un mozo de cuadra, bendito sea su corazón inconsciente, intentó ayudarme a subir. Todo el proceso fue un torpe y mortificante revoltijo de faldas enredadas, pies mal colocados y un distintivo y poco femenino tambaleo que casi me hace caer de bruces en el camino de grava. Podía sentir la mirada de Gareth quemándome la espalda. Casi podía oír su risa silenciosa e irritante. Oh, qué humillación.

Una vez precariamente encaramada sobre Belcebú, agarré las riendas con una intensidad de nudillos blancos. Cada músculo de mi cuerpo estaba rígido de terror. Belcebú, sintiendo mi miedo, o quizás simplemente una oportunidad para la diversión equina, decidió dar un paso lateral. Violentamente.

Un pequeño e involuntario chillido escapó de mis labios. Mi sombrero cuidadosamente sujeto se inclinó precariamente.

—Pero madre, Señor Danvers —comencé, mi voz fina por el pánico creciente, volviéndome desesperadamente hacia los

espectadores— ¿seguramente recuerdan que no soy… una amazona experta? Esto parece… bastante ambicioso.

Antes de que mi madre pudiera ofrecer uno de sus tonificantes pronunciamientos sobre la fortaleza real, Señor Percival se adelantó. Su amable rostro estaba grabado con una preocupación genuina.

—Su Alteza —dijo, su voz suave, un bálsamo calmante en comparación con la inevitable burla de Gareth—. Parece angustiada. Quizás mi yegua, Diana, sea más de su agrado. Es tan mansa como un cordero. —Señaló a una yegua gris de aspecto plácido—. O, si lo prefiere, sería un honor para mí llevar de la rienda su montura actual. O incluso —añadió, una ligera vacilación delatando la audacia de la oferta— si se siente inestable, quizás me permitiría… acompañarla en Apolo, el semental de Señor Montford. Para su apoyo, por supuesto. —Miró hacia Gareth, un sutil desafío en sus educados ojos.

Mi corazón dio un extraño vuelco. Percival. Ofreciendo un escape genuino. Una alternativa segura, aunque bastante poco emocionante. Por un momento fugaz, lo consideré. Montar con Percival sería… apropiado. Tranquilo. Enteramente libre de comentarios provocadores y de una proximidad inquietante a cierto bribón.

Pero antes de que pudiera siquiera expresar una agradecida aceptación, la voz de Gareth intervino. Suave. Divertida. Y absoluta, irritantemente posesiva.

Se había subido de un salto a su magnífico semental negro, Apolo, con una gracia fácil que hacía mis propios torpes esfuerzos

aún más mortificantes. Ahora instó a Apolo a dar un paso más cerca, colocándose efectivamente entre Percival y yo.

—Una oferta de lo más galante, Wycliffe —dijo Gareth con vozarrón. Esa familiar e irritante sonrisa jugaba en sus labios. Sus ojos, sin embargo, contenían un brillo que era cualquier cosa menos divertido cuando se dirigieron hacia Percival—. Pero enteramente innecesaria, se lo aseguro.

Dirigió toda su atención hacia mí. Su mirada era intensa. Propietaria.

—Mi prometida, si requiere ayuda, o de hecho, desea compañía en una sola montura para su… comodidad y seguridad… naturalmente montará conmigo. —Enfatizó la última palabra con un sutil énfasis que hizo arder mis mejillas—. No desearíamos dar más carnaza a los cotillas haciendo que la princesa monte con nadie más que su prometido, ¿verdad? Además —añadió, sus ojos recorriendo a Belcebú con desdén, y luego a mí con una mirada que era una enloquecedora mezcla de preocupación y triunfo— Apolo es mucho más estable que esa bestia que actualmente intenta domar. Y yo, por supuesto, soy un jinete experto.

Mi madre sonrió radiante.

—¡Una solución excelente, Señor Montford! ¡Georgina, querida, qué sensato! Simplemente no debes perderte el hermoso paisaje. Y con Señor Montford para garantizar tu seguridad… —Su sonrisa era triunfo puro y absoluto. Estaba atrapada. Absoluta y completamente atrapada. De nuevo. Por las maniobras autoritarias de Gareth Montford.

Y así es como me encontré, apenas unos minutos después, encaramada de la manera más informal, y con una profunda y ardiente humillación, delante de Gareth Montford en su enorme y poderoso semental. Sus brazos me rodeaban, sus manos sujetando las riendas, enjaulándome de forma segura contra su pecho sólido y cálido. Mis faldas estaban escandalosamente, aunque inevitablemente, arrugadas. Mi espalda estaba presionada contra él con una intimidad que me erizaba la piel y me cortaba la respiración. Esto iba más allá de lo impropio. Era una declaración pública de mi absoluta incompetencia. Y de su irritante, ineludible y ahora muy física, proximidad.

—¿Cómoda, princesa? —murmuró Gareth. Su voz era un retumbo bajo y cálido directamente en mi oído. Su aliento agitó los mechones sueltos de mi cabello. Podía oler el leve y limpio aroma de su jabón de afeitar, mezclado con cuero y caballo y algo única e inquietantemente Gareth. Era… distractor. Y demasiado agradable.

—Perfectamente —mentí, mi voz rígida de resentimiento. Miré fijamente hacia adelante, concentrándome en las orejas orgullosamente erguidas de Apolo, intentando con todas mis fuerzas ignorar la sensación de los duros muslos de Gareth flanqueando los míos. Intentando ignorar el latido firme y tranquilizador de su corazón contra mi espalda—. Aunque creo que su caballo podría objetar a la carga adicional, enteramente involuntaria y profundamente resentida.

Él se rio entre dientes. El sonido vibró a través de mí. Una sensación de lo más inoportuna.

—Apolo, querida, es un caballero de gran discernimiento y gusto impecable. Solo objeta a la mala equitación, de la cual, perdone mi franqueza, estaba usted ofreciendo una clase magistral bastante espectacular hace solo unos momentos.

Mis mejillas ardieron de nuevo.

—¡Simplemente prefiero los medios de transporte que no poseen una mente propia, Montford! ¡O una inclinación maliciosa por intentar descabalgar a sus jinetes! Y ciertamente no aprecié ser… manipulada para subir a su bestia después de que Señor Percival ofreciera tan amablemente su ayuda.

—Ah, Wycliffe —dijo Gareth, su tono ligero, pero con un matiz subyacente que reconocí—. Un tipo de lo más noble. Pero esto, princesa, difícilmente es una tarea para un novato. Y como su prometido, es mi claro placer —y deber— asegurar su… bienestar. —Hizo una pausa—. Además, ¿dónde está la emoción en la seguridad predecible, Georgina? —bromeó, sus brazos apretándose casi imperceptiblemente mientras Apolo pasaba a un galope suave y poderoso—. La vida, como un buen caballo, debería tener un poco de espíritu. Un poco de imprevisibilidad. ¿No está de acuerdo?

No estaba de acuerdo. Prefería mi vida, y mi transporte, enteramente predecibles. Y enteramente libres de Gareth, si era posible. Aunque eso, al parecer, era un sueño que se desvanecía rápida y deprimentemente.

Cabalgamos en silencio por un tiempo entonces. Un silencio que, sorprendentemente, no era del todo incómodo. O quizás, simplemente estaba demasiado preocupada con las inquietantes sensaciones de ser sostenida tan cerca por él. El ritmo del caballo

bajo nosotros era constante. Relajante. El aire de otoño era fresco y frío contra mi rostro, llevando el aroma de la tierra húmeda y las hojas caídas. Los árboles, en su gloria moribunda, eran un tapiz impresionante de carmesí, ocre y oro. Y Gareth… Gareth simplemente estaba allí. Una presencia sólida, cálida y sorprendentemente no molesta detrás de mí. Su respiración era uniforme contra mi cabello. Su agarre, seguro pero no constrictivo. Protegiéndome de caer, me gustara admitirlo o no.

Por unos momentos traicioneros y sin vigilancia, casi… me relajé. Casi olvidé estar furiosa con él. Casi olvidé la humillación de mi posición actual, muy pública, muy íntima. Casi olvidé que este hombre era mi torturador, mi captor, mi irritante e involuntario prometido.

El pensamiento fue tan alarmante, tan absolutamente inaceptable, que me enderecé bruscamente, poniéndome rígida en su abrazo.

—¿Tiene que respirar tan… audiblemente, Montford? —espeté, necesitando romper el hechizo, necesitando reafirmar mi disgusto, mi distancia—. Es bastante distractor del… del follaje.

Se rio entre dientes de nuevo. El sonido más cercano esta vez. Como si hubiera acercado la cabeza a la mía.

—Mis disculpas, princesa. Me esforzaré por cesar todas las funciones corporales distractoras que puedan ofender sus delicadas sensibilidades de inmediato. Aunque contener la respiración durante todo este pintoresco paseo podría resultar… problemático para su seguridad continua. Y posiblemente la mía.

Bufé. Molesta por su lógica impecable. Molesta conmigo misma por ser tan fácilmente provocada. Molesta por el calor traicionero que había comenzado a invadirme. Giré la cabeza ligeramente, con la intención de lanzarle una mirada verdaderamente fulminante y demoledora.

Pero había juzgado mal la distancia. O quizás, con su habitual e irritante presciencia, él se había movido.

Su rostro estaba a escasos centímetros del mío. Esos ojos azules, ya no simplemente divertidos, contenían una luz diferente y más compleja ahora. Algo más suave. Algo… más cálido. Algo que hizo que mi propio aliento se cortara, duro y agudo, en mi garganta.

Y entonces, antes de que pudiera reaccionar, antes de que pudiera protestar, antes de que pudiera siquiera procesar adecuadamente el repentino y sorprendente cambio en su expresión, se inclinó hacia adelante. Y presionó un beso ligero, casi como una pluma, sorprendentemente, persistentemente tierno en mi frente.

Justo ahí. Entre mis cejas. Un beso que no contenía pasión, ni exigencia. Ni burla. Solo una ternura sorprendente, desconcertante y enteramente, completamente inoportuna.

Mis ojos se abrieron de par en par. Mi corazón, ese órgano estúpido, traicionero y absolutamente poco fiable, dio un vuelco violento, doloroso y esperanzado. Lo miré fijamente, sin palabras, todas mis defensas cuidadosamente construidas, todas mis réplicas ingeniosas y cortantes, absoluta, completa y malditamente abandonándome.

Él simplemente me devolvió la mirada. Su semblante firme. Esa calidez anterior e inquietante aún persistía en sus ojos. La comisura de su boca se inclinó hacia arriba en una sonrisa leve, casi gentil y cómplice. No dijo nada. Ni una palabra.

Luego, con un suave, casi imperceptible chasquido de su lengua, instó a Apolo a avanzar de nuevo, hacia un bosquecillo de abedules dorados. Dejándome lidiar con la tormenta enteramente nueva, enteramente inquietante y profunda, profunda, aterradoramente confusa que acababa de, sin previo aviso, estallar dentro de mí.

Un beso en la frente. De Gareth Montford. ¿Qué demonios significaba eso?

Este retiro campestre, me di cuenta con una nueva oleada de pánico incipiente y horrorizado, iba a ser mucho más complicado, mucho más peligroso para mi paz mental, y para el precario estado de mi corazón, de lo que podría haber imaginado jamás.

¿Y la batalla que pensé que había perdido tan definitivamente en aquel baile? Parecía que simplemente se había trasladado a un frente nuevo, mucho más insidioso, infinitamente más confuso y potencialmente mucho más devastador. Mi propio corazón traicionero, que se rendía rápidamente y, con creciente alarma.

25

Un Paseo por las Calles

Georgina

Sinceramente, había un gran número de cosas verdaderamente horribles que me había visto obligada a soportar desde que me comprometí contra mi voluntad con Gareth Montford. Su irritante y persistente presencia, para empezar, siempre acechando justo en los límites de mi conciencia como una especie de picor molesto que no podía alcanzar para rascar. Su implacable, casi cegadora, arrogancia, que parecía impregnar físicamente el aire mismo cada vez que abría la boca para hablar. Su absoluta y completa negativa a comportarse con siquiera una pizca de decencia humana básica o el decoro esperado, especialmente en público. ¿Pero este calvario en particular que había urdido hoy? ¿Este paseo improvisado y sin carabina por las concurridas calles de la ciudad? Este era quizás el tormento más extraño e inquietante de todos hasta ahora.

No es que fuera la primera vez que Gareth me sacaba inesperadamente del palacio con algún pretexto endeble y apenas plausible. Oh, no, se estaba convirtiendo en un hábito. Apenas la semana pasada, de alguna manera me había engatusado para pasar una tarde entera y espantosa deambulando sin rumbo por los jardines del palacio con él.

Había afirmado, de forma poco convincente, que deseaba discutir una estrategia diplomática vital, solo para en su lugar divertirse inmensamente señalando cada ridículo detalle de los elaborados atuendos de los cortesanos que pasaban hasta que, maldito sea, ya no pude ocultar mi risa involuntaria detrás de mi abanico. Antes de

eso, había habido el picnic completamente inesperado y ligeramente húmedo junto al lago, donde parecía genuina y profundamente divertido por mi desdén vocal tanto por las hormigas como por las inevitables manchas de hierba en mi vestido.

Pero esta excursión se sentía claramente diferente de alguna manera. Menos planeada, quizás más íntima, definitivamente mucho menos controlada que nuestras apariciones públicas habituales. Y no me gustaba ni un ápice.

—Recuérdeme de nuevo —pregunté bruscamente, mi voz tensa por la irritación mientras agarraba el borde de mi falda, pisando con cuidado sobre un adoquín suelto particularmente traicionero en la concurrida calle.

Mis impolutas botas de seda —perfectamente pulidas esta mañana y completamente inapropiadas para este entorno— se sentían sorprendentemente extrañas y vulnerables contra las piedras arenosas y desiguales del Londres propiamente dicho. Este no era mi mundo.

—Porque necesita desesperadamente un poco de aire fresco, princesa —respondió Gareth con suavidad a mi lado, su voz cálida con demasiada diversión mientras caminaba, con las manos entrelazadas despreocupadamente a la espalda como si estuviera dando un paseo tranquilo. Una sonrisa irritante jugaba constantemente en sus labios, diciéndome que sabía exactamente lo incómoda que estaba.

Le lancé una mirada venenosa desde debajo de mis pestañas, mis ojos entrecerrándose en peligrosas rendijas. Estaba disfrutando esto demasiado.

—Hay aire fresco perfectamente adecuado de sobra en el palacio, Montford. Aire limpio, incluso. —Lejos de la suciedad y las multitudes y de él.

—Ah, sí, es cierto —concedió fácilmente, adoptando una expresión de fingida reflexión, aunque sus ojos azules brillaban con una risa completamente reprimida—. Pero su querida madre también está en el palacio, ¿no es así? Y usted parecía bastante… atrapada esta mañana.

Apreté los labios con fuerza, negándome a reconocer la verdad en su observación, mi aliento escapando en un bufido agudo e irritado. ¡Maldito sea! ¡Maldito sea él y su condenable e inoportuna perspicacia! Esa mañana, me había demorado sin darme cuenta demasiado en el desayuno, encontrándome firmemente atrapada por el discurso implacable e ineludible de mi madre sobre los preparativos de la boda que se avecinaban, los intrincados detalles de los deberes matrimoniales apropiados (que el cielo me ayude), e innumerables recordatorios elocuentes de lo increíblemente agradecida que debería sentirme por casarme con alguien como Gareth Montford. Como si fuera una especie de regalo divino y codiciado que se me había otorgado, en lugar de mi propio torturador en jefe personal. Todo el calvario había sido absoluta y desoladoramente insoportable.

Y Gareth —el malditamente perspicaz Gareth— de alguna manera había aparecido como por arte de magia justo en el último momento, sacándome de allí antes de que mi madre pudiera idear un nuevo infierno para mi agenda de la tarde. Un rescate oportuno, quizás, pero en lugar de un retiro pacífico a la biblioteca o un paseo

tranquilo por un jardín aislado, prácticamente me había arrastrado hasta aquí. A las ruidosas y bulliciosas calles de la ciudad. A un mundo que antes solo había observado remotamente a través de la vista cuidadosamente seleccionada y protegida de la ventanilla de un carruaje que se movía rápidamente.

El aire aquí se sentía denso, casi pesado, una mezcla potente y desconocida de pan recién horneado de las panaderías cercanas y el aroma sorprendentemente terrenal de los caballos y los adoquines húmedos. Estaba lleno del constante y rítmico traqueteo de innumerables ruedas de carruajes, los gritos bulliciosos y competitivos de numerosos vendedores ambulantes pregonando sus mercancías, y la risa estridente y despreocupada de niños mugrientos que se abrían paso sin esfuerzo como anguilas entre edificios y peatones. Era caótico, abrumadoramente vívido, innegablemente real. Y tan completamente diferente de mi mundo familiar y predecible de salones de baile brillantes y silenciosos, pasillos de mármol muy pulidos y expectativas sofocantemente inflexibles.

Aquí, sorprendentemente, nadie inclinaba la cabeza con deferencia a mi paso ni susurraba discretamente a mis espaldas sobre mi último supuesto tropiezo o mi escandaloso compromiso. Nadie observaba cada uno de mis movimientos con ojos fríos y sentenciosos.

Se sentía extrañamente… liberador. Casi vertiginoso. Y también, profunda y profundamente inquietante, todo a la vez. Y Gareth —maldito sea de nuevo para que conste— observaba cada una de mis sutiles reacciones a este entorno extraño con una mirada

desconcertantemente aguda. Una mirada que sugería que simplemente estaba esperando pacientemente a que finalmente concediera la derrota, a que admitiera que sentía algo más que puro desdén por esta aventura altamente impropia y no planificada a la que me había forzado.

Levanté la barbilla desafiante, ignorando deliberadamente el extraño e inoportuno calor que de repente florecía en la parte baja de mi pecho. Esto seguía siendo molesto.

—Toda esta excursión —murmuré con remilgo, recuperando la compostura— es completamente impropia, Montford. No llevamos carabina.

—Deliciosamente, ¿no está de acuerdo? —respondió Gareth al instante, un brillo perverso e impenitente iluminando sus ojos. Claramente no tenía ningún respeto por el decoro en absoluto.

Lo fulminé con la mirada de nuevo, tratando de transmitir toda la extensión de mi disgusto, pero mi expresión feroz flaqueó molestamente cuando él realmente se rio ligeramente a mi lado. Luego extendió la mano audaz, sorprendentemente, agarrando mi mano enguantada con firmeza en la suya, cálida. Antes de que pudiera siquiera pensar en protestar por esta escandalosa violación de la etiqueta, me estaba guiando rápida y expertamente a través de la concurrida calle, evitando hábilmente los carros que se aproximaban y los grupos de peatones inconscientes como si hiciera esto todos los días. Realmente debería haber retirado mi mano de inmediato. Debería haberlo reprendido duramente por un movimiento tan descarado y público. Debería haberle dado una patada en la espinilla, quizás.

Sin embargo, inexplicablemente, horriblemente, mis dedos parecieron curvarse levemente, casi instintivamente, alrededor de los suyos, fuertes, traicionándome por completo. No significaba nada, me dije a mí misma con fiereza. Absolutamente nada en absoluto. Solo practicidad para navegar entre la multitud. Sin embargo, mi tonto corazón comenzó a acelerarse traicioneramente contra mis costillas de todos modos, un calor vertiginoso e inoportuno extendiéndose a través de mí desde nuestras manos unidas. Esto era ridículo.

Caminamos durante mucho más tiempo del que había previsto inicialmente, ciertamente más de lo que era estrictamente apropiado. Los comentarios seguros y a menudo divertidos de Gareth puntuaban cada paso, mientras señalaba pequeñas tiendas peculiares escondidas en callejones estrechos y rincones históricos ocultos de la ciudad que ni siquiera sabía que existían. Se movía por las caóticas calles con una confianza fácil e inherente, claramente un hombre acostumbrado a navegar por estos entornos, completamente imperturbable por las multitudes que empujaban o las expectativas sociales que no le concernían. Parecía… diferente aquí. Más relajado.

—Esta panadería en particular, aquí —declaró de repente, gesticulando con su mano libre hacia una pequeña tienda de aspecto modesto enclavada firmemente entre dos establecimientos mucho más grandes e imponentes— vende, sin lugar a dudas, los mejores pasteles de almendra de todo Londres. Posiblemente del mundo. — Sonaba bastante serio.

Arqueé una ceja incrédula, mirándolo de reojo de nuevo, escéptica. Parecía un improbable conocedor de productos de panadería.

—¿Y de repente presume de ser un experto en pasteles ahora, Montford? ¿Entre sus muchos otros… dudosos talentos?

—Pero por supuesto, princesa —respondió con suavidad, sus ojos brillando de nuevo con una travesura familiar e irritante—. Soy, como ya debería saber, un hombre de un gusto excepcionalmente impecable en todas las cosas. —Le dio a mi mano un ligero y sugerente apretón.

—Es usted un hombre famoso principalmente por el escándalo y el libertinaje desenfrenado —le corregí fríamente, ignorando deliberadamente el apretón, aunque mi piel hormigueaba donde la tocaba. Finalmente liberé mi mano, necesitando la distancia.

Él simplemente se acercó más mientras caminábamos, bajando la voz conspiradoramente, sin dejarse intimidar por mi retirada.

—Ah, pero las dos actividades —el gusto impecable y el libertinaje— pueden coexistir sin duda de forma bastante armoniosa, ¿sabe? De hecho, lo recomiendo encarecidamente.

Mis labios se crisparon involuntariamente entonces, traicionándome con una sonrisa reacia a pesar de mí misma. ¡Maldito sea! La propia sonrisa de Gareth se ensanchó al instante, victoriosamente, como si acabara de ganar alguna batalla silenciosa y significativa entre nosotros. Odiaba —odiaba absolutamente— que todavía pudiera arrancarme incluso una risa reacia tan fácilmente, odiaba la sensación profundamente inquietante de cómoda camaradería que se apoderaba de mí en esta extraña salida, a pesar

de todo. Esa traicionera sensación de comodidad… se sentía peligrosa de alguna manera. Inaceptable.

—Basta de sus ridículos juegos, Montford —dije abruptamente, deteniéndome de repente en medio de la acera y girándome bruscamente para enfrentarlo, necesitando romper el hechizo—. Dígame su verdadera intención al arrastrarme hasta aquí de esta manera hoy. ¿A qué está jugando realmente?

Gareth fingió una inocencia de ojos muy abiertos, pobremente. No le sentaba bien.

—¿Intención, princesa? No tengo ni idea de a qué se refiere.

—Sí, intención —acusé, dando un paso deliberado más cerca, bajando la voz para que los peatones cercanos no pudieran oír—. Ha poseído un aire de engreimiento insoportable toda la mañana, Montford. Prácticamente irradia de usted. Como si supiera algo importante que se niega deliberadamente a contarme.

Sus ojos se oscurecieron ligeramente entonces, la diversión desvaneciéndose, reemplazada por otra cosa. Sus labios se curvaron de nuevo en esa sonrisa enloquecedora y cómplice.

—Quizás sea así —admitió suavemente.

—Montford —advertí, la tensión crepitando bruscamente en mi voz ahora. Le di un ligero toque con el dedo en el pecho—. Dígamelo.

Suspiró teatralmente entonces, pasándose una mano elegante por su perpetua y artísticamente despeinada cabellera dorada.

—Quizás —comenzó lentamente, su mirada sorprendentemente directa— simplemente pensé que merecía un breve atisbo del

mundo más allá de los sofocantes muros del palacio que normalmente la confinan, Georgina.

Sus palabras, tan inesperadamente sinceras, casi gentiles, flotaron extrañamente en el aire entre nosotros. Se sentían pesadas y desconocidas viniendo de él. Mi aliento se cortó brevemente en mi garganta. La amabilidad, la amabilidad genuina, definitivamente no era el estilo habitual de Gareth Montford. No conmigo, al menos. Y sin embargo, aquí estaba, clara como el día. Me inquietó profundamente, más que sus habituales burlas.

—Un sentimiento sorprendentemente noble —murmuré finalmente, tratando desesperadamente de enmascarar mi sorpresa, de recuperar el equilibrio—. Aunque dudo mucho que esta pequeña excursión sea enteramente… altruista por su parte. —Debía tener algún motivo oculto.

Su perversa sonrisa regresó al instante entonces, peligrosa, tentadora y mucho más familiar.

—Me hiere usted hasta lo más profundo, princesa —protestó dramáticamente—. Nunca buscaría el placer personal al presenciar su incomodidad o desorientación. —Una mentira descarada y escandalosa, y ambos lo sabíamos.

Di otro paso más cerca, levantando la barbilla, con el desafío brillante y familiar en mis ojos de nuevo, retándolo a continuar este extraño juego.

—Está jugando a un juego muy peligroso, Gareth —susurré, el uso de su nombre de pila escapándose sin querer.

Su sonrisa correspondiente fue a la vez atrevida y completamente segura, totalmente sin disculpas. No retrocedió.

—Y sin embargo, Georgina —replicó suavemente, su mirada intensa— permanece. Aquí mismo, a mi lado.

Mi estúpido corazón golpeó salvajemente contra mis costillas entonces, traicionándome una vez más. Odiaba esta sensación: la emoción aguda e inesperada, la cercanía repentina e intensa, la forma desconcertante en que todo el mundo ruidoso y bullicioso parecía reducirse abruptamente a solo nosotros dos de pie a centímetros de distancia en una acera de Londres. Permanecimos allí durante un largo momento, mi respiración superficial e irregular, mi corazón acelerado; peligrosa, emocionantemente consciente de cada pequeño detalle de él. Las motas de oro en sus ojos azules, la ligera sombra a lo largo de su mandíbula, la forma en que un mechón de pelo insistía en caer sobre su frente.

Entonces, como si el propio destino decidiera burlarse más de mí, las fuertes y resonantes campanas de una iglesia cercana comenzaron a sonar, sacándome violentamente de la locura momentánea. Me aparté bruscamente, mi aliento entrecortándose de nuevo. No. Absolutamente no. Este sentimiento no estaba permitido. No era seguro.

No caería víctima de cualquier juego confuso y complicado al que Gareth Montford estuviera jugando ahora, por muy extrañamente tentador que se hubiera vuelto de repente, inexplicablemente, en ese breve y cargado momento. Aunque, solo por el más breve de los segundos allí, lo había deseado desesperada y tontamente. Fuera lo que fuese ese «ello».

26

Una Comprensión de lo Más Inoportuna (Y una Invitada Aún Más Inoportuna)

Georgina

Esta noche, de pie, rígidamente, bajo los candelabros brillantes y opresivos del ridículamente grandioso salón de baile de Señor Abernathy, me encontré dolorosa e incómodamente consciente de la constante presencia de Gareth a mi lado.

Los enormes espejos dorados que revestían las paredes captaban fragmentos distractores de la luz de las velas, esparciendo reflejos dorados y brillantes sobre los suelos muy pulidos y los pesados y opulentos cortinajes que colgaban por todas partes. La risa y las suaves y empalagosas melodías de los instrumentos de cuerda se entrelazaban en una sofocante manta de supuesta elegancia e intriga apenas disimulada, mientras la alta sociedad se arremolinaba a nuestro alrededor en su habitual y cuidadosamente coreografiada actuación de estatus e influencia. Todos fingiendo, todos observando.

Gareth, que se lo trague la tierra, había permanecido molestamente cerca durante toda la tediosa velada hasta ahora. Encantaba sin esfuerzo a las multitudes circundantes con una facilidad practicada mientras, de alguna manera, mantenía simultáneamente esa mirada exasperantemente cómplice dirigida única, deliberada e irritantemente hacia mí. Como si de alguna manera pudiera sentir mi continua batalla interna, mi confusión, y lo encontrara inmensamente divertido. Cada vez que nuestras miradas se encontraban inevitablemente a través de la sala, su irritante sonrisa socarrona se ensanchaba, plenamente consciente de que me

había pillado mirándole una vez más. La pura satisfacción engreída que prácticamente irradiaba de él era positivamente insoportable esta noche.

—Princesa —murmuró entonces, inclinándose ligeramente más cerca sin ser invitado, su cálido aliento una caricia ligera como una pluma e inoportuna contra mi oreja—. Parece estar fulminando con la mirada con bastante intensidad la desafortunada boa de plumas de Señorita Albright.

El calor subió al instante, vergonzosamente, a mis mejillas. Casi tropecé con mis propios pies por la sorpresa, apenas recuperando el equilibrio a tiempo.

—Desde luego que no estoy fulminando con la mirada —insistí acaloradamente, enderezando la espalda de inmediato con un desafío rígido e indignado. ¡Cómo se atrevía a comentar mis expresiones faciales!

Se rio suavemente, el sonido rico y bajo vibrando inquietantemente en el pequeño espacio entre nosotros. Hizo cosas extrañas en mis entrañas.

—Oh, pero le aseguro, querida, que sin duda lo está —replicó con facilidad.

Inhalé bruscamente por la nariz, apretando la mandíbula con fuerza.

—Quizás —repliqué gélidamente— esta es simplemente mi expresión natural cuando experimento una alegría profunda y pura.

Eso debería callarlo.

Sus labios se curvaron perversamente ante eso. No se calló en absoluto.

—Una noción verdaderamente deliciosa, princesa. ¿Debería quizás informar a la alta sociedad de inmediato que fulminar con la mirada se considera ahora el epítome absoluto de la felicidad femenina?

¡Se estaba riendo de mí!

Lenta, deliberadamente, giré la cabeza completamente hacia él, dejando que mi mirada lo recorriera con cada onza de desdén que pude reunir. Que viera lo poco que importaba su opinión. Sin embargo, el infernal e irritante hombre simplemente sonrió más ampliamente en respuesta, completamente ileso, completamente inmune a mi intento de intimidación mediante una mirada gélida. ¡Maldito sea!

Abrí la boca, el comentario mordaz perfecto ya formándose en mi lengua, cuando una repentina y distintiva onda recorrió el salón de baile. Las conversaciones cerca de la gran entrada parecieron acallarse, las cabezas se giraron con una curiosidad casi sincronizada, y una nueva ola de susurros excitados y más urgentes estalló, extendiéndose como un reguero de pólvora. Incluso Gareth, a mi lado, pareció quedarse quieto por una fracción de segundo, su mirada desviándose hacia la perturbación.

Molesta por la interrupción, me giré, mi propio e ingenioso comentario muriendo en mis labios. Y entonces la vi.

Señorita Isolde Thornhill. No solo entró; hizo una llegada. Moviéndose con la gracia fluida y lánguida de una pantera, la seda verde esmeralda de su vestido brillaba como una joya venenosa bajo los candelabros, un contraste crudo e impresionante con los tonos más pálidos favorecidos por la mayoría. Una cascada de rizos

dorados bruñidos enmarcaba un rostro tan sorprendentemente, clásicamente hermoso que parecía robar la luz misma de la habitación. Y sus ojos, del color de un mar tormentoso, recorrieron la asamblea con un aire de fría, casi regia, evaluación.

Un nudo, apretado y frío, se formó al instante en mi estómago. Una sensación totalmente desconocida y profundamente desagradable. No era solo su belleza, aunque eso solo era suficiente para hacer que la mitad de las mujeres en la sala se sintieran como gorriones deslucidos. No, fue el momento en que su mirada, aguda e infalible, pasó por alto a todos los demás y se fijó en Gareth. No fue una simple mirada; fue una reclamación. Una afirmación silenciosa y supremamente segura de intención posesiva que me golpeó con la fuerza de un golpe físico.

Se me cortó la respiración. El salón de baile, la música, la presencia tranquilizadora de Gareth a mi lado: todo pareció retroceder, reemplazado por un rugido en mis oídos. Celos. La palabra misma fue un shock, un sabor amargo y extraño en mi boca. Calientes y feroces, surgieron a través de mí, una marea venenosa, haciendo que mis dedos se apretaran y mi visión se estrechara hasta que Isolde, y la reacción de Gareth ante ella, fueron las únicas dos cosas existentes. Ese algo frágil y confuso que había comenzado a echar raíces tentativamente entre Gareth y yo de repente se sintió como si un pie descuidado y cruel estuviera a punto de pisarlo.

¡Por supuesto que Gareth Montford tenía amantes pasadas! ¡Cientos de ellas, probablemente! Era notoriamente, escandalosamente —quizás incluso infamemente— experimentado en ese sentido. Un hombre que probablemente había tenido a la

mitad de las mujeres dispuestas de Londres calentando su cama en algún momento u otro a lo largo de los años. Sin embargo, de alguna manera, saber eso lógicamente no impidió que mi pecho se apretara dolorosamente ahora mientras Señorita Isolde se deslizaba hacia nosotros, su sonrisa segura e íntima, moviéndose como si tuviera todo el derecho del mundo a reclamar su atención. A reclamarlo a él.

Mis pies permanecieron obstinadamente arraigados al suelo mientras ella se detenía con gracia directamente ante nosotros, sus labios curvándose en una sonrisa practicada que era a la vez profundamente divertida y desconcertantemente sabionda.

—Montford —ronroneó, su voz como garras suaves de terciopelo, su mirada cálida con demasiada y fácil familiaridad mientras lo miraba—. Querido. Ha pasado demasiado tiempo.

¿Querido?

Gareth se puso rígido a mi lado. Fue sutil, casi imperceptible, pero suficiente para que yo, hiperconsciente de él ahora, lo notara de inmediato. Su comportamiento habitualmente despreocupado y relajado cambió casi al instante, volviéndose cauteloso, reservado, cerrado. Mi corazón se hundió aún más ante la desagradable comprensión de que esta mujer, esta hermosa extraña, claramente le importaba lo suficiente como para afectarlo de esta manera. Para hacerle levantar sus muros.

—Isolde —respondió Gareth suavemente después de un instante, inclinando la cabeza educadamente, su voz cuidadosamente neutral —. Te ves notablemente bien.

Respondió de manera cortés pero compuesta.

Su consiguiente risa fue ligera, deliberadamente juguetona, pero inconfundiblemente bordeada de un significado más profundo y una historia compartida.

—¿De verdad? —replicó suavemente, inclinando la cabeza—. ¿O quizás solo estás siendo encantadoramente evasivo de nuevo, Gareth? —Parecía conocerlo bien.

Él solo ofreció una leve y evasiva sonrisa socarrona a cambio.

—Quizás —permitió fácilmente— un poco de ambos.

Mi estómago se apretó aún más, retorciéndose en un nudo doloroso. La familiaridad casual de Gareth con esta «Isolde», el fácil tira y afloja que insinuaba una conexión profunda e indudablemente compleja entre ellos; ese conocimiento inoportuno me carcomía ahora más profundamente, más persistentemente, de lo que me importaba admitir, incluso a mí misma. Se sentía… desagradable.

Entonces Isolde finalmente dirigió su atención hacia mí, sus ojos azules, fríos y evaluadores, haciendo que mi espalda se enderezara al instante en respuesta. Prepárate para la batalla.

—Y esta —comentó pensativamente, su voz suavizándose en un aire de confusión deliberada y educada que no me engañó ni por un segundo— debe de ser la… famosa princesa Georgina de la que todo el mundo habla. —Se demoró ligeramente, maliciosamente, en la palabra «famosa»—. Tendrá que perdonar mi incertidumbre, confieso que he estado alejada del ajetreo de la alta sociedad durante bastante tiempo.

Mentirosa. Sabía exactamente quién era yo. Famosa. La palabra misma pareció enroscarse desagradablemente en el aire entre nosotros. Forcé una sonrisa dulce en mis labios, enmascarando mi

repentina ola de incomodidad y aversión bajo una capa de pulida indiferencia.

—No sabía que fuera tan notable, Señorita Isolde —repliqué fríamente.

Ella se rio suavemente de nuevo, un sonido como de cristal tintineante que no llegó del todo a sus ojos.

—Oh, pero lo es, Su Alteza. Todo un tema de conversación. —Su mirada se movió deliberadamente entre Gareth y yo de nuevo, sus ojos brillando ahora con una diversión maliciosa apenas velada—. Aunque debo admitir que la mayoría de los susurros parecen centrarse principalmente en el emparejamiento bastante… improbable de usted y nuestro querido Gareth aquí. Nunca, en mis más locas imaginaciones, pensé que viviría para presenciar a Gareth Montford comprometiéndose voluntariamente con alguien.

El desafío sutil y deliberado en su voz flotó clara y bruscamente en el aire. Era un recordatorio calculado para mí, y quizás incluso para él, de que Gareth era notoriamente impredecible. Que sus afectos eran probablemente fugaces. Que podría fácilmente alejarse de esto, de mí, en cualquier momento, tal como presumiblemente se había alejado de ella.

Mi corazón martilleó dolorosamente contra mis costillas de nuevo, mi pulso rugiendo como agua torrencial en mis oídos. Gareth Montford era impredecible. Era peligroso. Era innegablemente un riesgo que probablemente no podía permitirme correr, emocional o de otro tipo. Y peor, mucho peor, Isolde claramente veía mi vulnerabilidad. Veía las grietas que aparecían en mi fachada. Su mirada se detuvo en mí ahora, victoriosa y segura, desafiándome en

silencio a admitir mi propia incertidumbre, mi propio miedo creciente sobre el hombre que estaba de pie posesivamente a mi lado.

—Quizás —logré decir finalmente, mi voz admirablemente tranquila a pesar de la tormenta interna que se desataba, forzándome a levantar una ceja interrogante mientras encontraba la mirada engreída de Isolde directamente— Gareth simplemente se ha cansado de jugar a juegos infantiles, Señorita Isolde. —Que rumie esa posibilidad en particular.

Ella sonrió esa sonrisa sabionda e irritante de nuevo, pareciendo completamente poco convencida por mi valiente fachada.

—Quizás —concedió a la ligera—. O quizás —añadió suavemente, sus ojos todavía fijos evaluadoramente en los míos, asestando el giro final y deliberado del cuchillo— simplemente se ha encontrado un juego nuevo y fascinante al que jugar.

Su implicación golpeó al instante, letalmente cierta, una cuchilla afilada deslizándose sin esfuerzo bajo todas mis defensas cuidadosamente construidas, alojándose allí para enconarse. Mis dedos se movieron impulsivamente a mis costados, el impulso salvaje y repentino de extender la mano y agarrar un puñado de los perfectos rizos dorados de Isolde volviéndose casi abrumador por un segundo. El brillante salón de baile de repente se sintió sofocante de nuevo, opresivo, mientras los celos crudos arañaban viciosamente mi compostura, agudos, feroces y horriblemente inconfundibles ahora.

Lancé una mirada desesperada y de reojo hacia Gareth entonces, buscando frenéticamente en su atractiva expresión alguna señal de seguridad, algún indicio de negación que refutara sus palabras venenosas, cualquier cosa. Pero su rostro permaneció

cuidadosamente, irritantemente neutral. Reservado. Completamente ilegible, maldito sea. Apreté los labios con fuerza, reprimiendo sin piedad la poderosa tentación de darle una patada firme y satisfactoria en la espinilla aquí mismo, solo para castigarlo de alguna manera por quedarse allí tan compuestamente en silencio, tan enloquecedoramente, desconcertantemente tranquilo mientras yo sentía que me desmoronaba por dentro.

Una fea duda, plantada tan expertamente por Isolde en ese momento, se enroscó fría y desagradable en lo profundo de mi pecho ahora, enredándose dolorosamente con los celos ardientes que todavía me negaba a reconocer por completo, incluso a mí misma. Porque, ¿y si tenía razón? ¿Y si Gareth Montford solo estaba jugando a algún juego emocionante, peligroso y absolutamente aterrador con mi corazón, mi futuro, mi vida?

La repentina y nauseabunda incertidumbre me dejó sintiéndome inestable, expuesta y profunda, profundamente asustada de lo que podría suceder a continuación entre nosotros. Esta cosa frágil que habíamos construido se sintió de repente a punto de hacerse añicos.

27

Juegos de Tontos (Y Hombres Aún Más Tontos)

Gareth

Se estaba convirtiendo rápidamente en algo genuinamente peligroso, simplemente observar a Georgina Montrose cuando ella no miraba. Un hombre podría perder la cabeza por completo haciendo precisamente eso, obsesionándose con cada uno de sus pequeños movimientos. Y que Dios me ayude, a juzgar por mi actual estado de distracción, ya estaba bien metido en ese peligroso camino.

Aquí estaba, por ejemplo, sonriendo educadamente a Señorita Isolde Thornhill —presentando la viva imagen de un caballero enfrascado en una conversación educada, potencialmente coqueta— y sin embargo mi mirada traidora se desviaba constantemente. Por encima de su elegante hombro. A través de la concurrida y soleada sala de esta tediosa fiesta de jardín. Directa, inevitable, magnéticamente… hacia ella. Georgina. Siempre Georgina ahora, al parecer.

Estaba de pie cerca de uno de los puestos de vendedores de colores vivos, completamente ajena a mi lucha interna. La suave luz de la tarde se reflejaba ridículamente en el brillo oscuro y lustroso de su cabello mientras sus dedos enguantados trazaban una línea pensativa sobre una exhibición de abanicos franceses ridículamente caros.

Su pequeña doncella rondaba diligentemente, en silencio, a su lado, pero Georgina estaba completamente absorta en su tarea, su ceño ligeramente fruncido en concentración, su boca rosada fruncida

encantadoramente en pensamiento. Parecía tan cautivadoramente inconsciente del caos absoluto que dejaba rutinariamente esparcido a su paso, del efecto que tenía. Sentí que podría haberla observado felizmente así, sin ser notado, durante horas. Demonios, probablemente ya había pasado horas haciendo precisamente eso en las últimas semanas, si era sincero conmigo mismo.

Señorita Isolde se rio ligeramente entonces de algo —algo indudablemente tímido, deliberadamente coqueto, claramente diseñado para recapturar mi obviamente errante atención— y forcé mi mirada a volver a ella a regañadientes, con un esfuerzo considerable. Logré evocar una sonrisa que se sentía hueca y de alguna manera incorrecta en mi boca. Era hermosa, sí, innegablemente. Pero no era Georgina.

Isolde estaba diciendo algo sobre cuánto tiempo había pasado, cuánto había echado de menos mi compañía aparentemente. Algo sobre lo notablemente bien que nos habíamos entendido una vez, en aquel entonces. Algo sobre lo fácil que seguramente sería para nosotros simplemente continuar exactamente donde lo habíamos dejado, antes de que me enredara en este lío real. Las palabras se me resbalaron, completamente sin sentido, completamente ingrávidas. Ofrecí un vago murmullo de acuerdo educado donde parecía necesario, una ligera inclinación de cabeza, quizás una sonrisa socarrona no comprometedora aquí y allá. Lo justo para mantener la fachada de civilidad mientras mis pensamientos permanecían obstinadamente en otra parte.

Pero claramente, mi corazón no estaba realmente en esta farsa educada. Porque incluso mientras Isolde se inclinaba una fracción

más cerca —su pesado perfume de repente empalagosamente dulce, casi pegajoso en el aire cálido— mis ojos inevitablemente seguían vagando por el césped. De vuelta a Georgina. Ahora se reía, riéndose de verdad de algo que su doncella acababa de susurrarle. Era un sonido suave, ligeramente sorprendido, que de alguna manera hizo que algo se me apretara bruscamente, inesperadamente en el pecho. Algo que se sentía desconcertantemente agudo y doloroso y casi… ¿desesperado? ¿Qué demonios era eso?

Y entonces, como si el cruel destino mismo tuviera un particular gusto por hurgar en la herida hoy, Georgina giró la cabeza —solo brevemente, lo justo— y me vio. De pie allí. Enfrascado en una conversación aparentemente íntima con Isolde. Viejos hábitos, instintos arraigados nacidos de años navegando por las traicioneras aguas de la sociedad, hicieron que mi estómago se retorciera inmediatamente de anticipación. Me vería hablando con Isolde. Entendería mal la situación al instante, asumiría lo peor. Frunciría el ceño con esa magnífica expresión suya, pondría en blanco esos expresivos ojos oscuros, se refugiaría rápidamente en ese orgullo afilado y espinoso que le servía tanto de armadura como de espinas.

Estaría celosa. Feroz y furiosamente celosa. Siempre lo estaba, en el fondo, incluso si preferiría prenderse fuego en público antes que admitirlo, ni siquiera a sí misma. Indudablemente provocaría otra gloriosa batalla entre nosotros. Otra escaramuza encantadora, irritante y estimulante en nuestra aparentemente interminable guerra privada. Casi me preparé para ello, esperé la chispa familiar. Esperé el inevitable endurecimiento de su boca, el peligroso

entrecerrar de sus ojos, la furia silenciosa y latente que siempre significaba que le importaba mucho más de lo que jamás pretendía dejar ver.

Pero… sorprendentemente… esta vez no llegó. La mirada de Georgina simplemente se deslizó sobre mí —fría, impasible, absoluta y exasperantemente impasible— y luego simplemente se dio la vuelta de nuevo. Se volvió hacia su doncella con una ligera sonrisa, reanudando su cuidadoso y absorto examen de unas ridículas sombrillas con mango de marfil cercanas. Como si no me hubiera visto de pie allí en absoluto. Como si mi presencia, mi conversación con una hermosa antigua amante, no significara absolutamente nada para ella.

Una oleada ridícula y absolutamente mezquina de pura irritación surgió caliente y aguda dentro de mí. ¡Maldita sea! ¡Maldita su infernal e irritante compostura! ¡Maldita sea por ser tan exasperantemente controlada, tan perfecta y convincentemente indiferente, especialmente cuando sentía que estaba a punto de destrozar el mundo entero solo por ella!

Señorita Isolde murmuró algo más a mi lado entonces —algo probablemente escandaloso, a juzgar por la inclinación astuta de su boca perfectamente pintada— pero apenas oí una palabra. De repente, me picaron los dedos con la abrumadora necesidad de perturbar la irritante calma de Georgina. De alguna manera forzarla a mirarme de nuevo, como es debido esta vez. A mirarme como lo había hecho antes: con furia, sí, con fuego, absolutamente, pero con algo. Con cualquier cosa que no fuera este frío desdén. Porque si ya

no ardía por mí, ni siquiera de ira, entonces ¿qué demonios sentido tenía toda esta locura creciente entre nosotros?

—Debo admitir, Montford —dijo Isolde entonces, inclinándose aún más, su voz bajando a un susurro conspirador, claramente malinterpretando mi distracción— nunca pensé que viviría para ver el día en que fueras verdadera y completamente domado por alguien. —Sonaba casi decepcionada.

Logré una sonrisa forzada, mis pensamientos acelerados.

—Ni yo tampoco, Isolde —repliqué distraídamente. Y entonces, antes de que pudiera decir nada más, antes de que pudiera pensarlo mejor, tomé una decisión. Una temeraria. Una tonta. Una enteramente, absolutamente inevitable, probablemente. Tomé la mano de Isolde —ligeramente, casualmente, fingiendo una galantería que ciertamente no sentía— y comencé a guiarla decididamente a través del concurrido césped. Directamente hacia Georgina.

Vi a Georgina ponerse ligeramente rígida a medida que nos acercábamos, vi su mano detenerse bruscamente sobre el delicado mango de una sombrilla de seda que había estado examinando. Bien. Excelente. Que sienta algo más que esa irritante indiferencia. Que vea que no era la única capaz de jugar a estos juegos manipuladores, fingiendo despreocupación.

Señorita Isolde mantuvo el paso fácilmente a mi lado, su risa ligera y tintineante sonando enteramente falsa ahora contra mi oído, pero mi atención nunca se desvió, nunca se extravió por un segundo. Solo Georgina importaba. Siempre Georgina ahora, maldita sea. Cuando finalmente llegamos a su pequeño grupo junto al

puesto, le ofrecí a Georgina una reverencia deliberada que era solo un poco demasiado formal, demasiado pronunciada para el entorno casual, dejando que mis ojos brillaran con pura y absoluta travesura.

—Princesa —dije, manteniendo la voz baja y cálida, intencionadamente íntima a pesar de que Isolde estaba de pie justo a mi lado—. ¿Puedo tener el placer de presentarle a Señorita Isolde Thornhill? —Gesticulé hacia Isolde con un floreo.

La expresión cuidadosamente compuesta de Georgina no parpadeó. Ni por un segundo. Ni una vez. Inclinó la cabeza con el mínimo absoluto de asentimientos educados, su sonrisa correspondiente débil, distante, completamente sin sentido. Y en ese preciso momento, observando su frío control, quise desesperadamente sacudirla. Besar sin sentido. Hacer cualquier cosa, absolutamente cualquier cosa, solo para hacerle perder esa exasperante compostura que llevaba como una armadura impenetrable, como una segunda piel.

—Señorita Isolde —dijo Georgina dulcemente, su voz perfectamente uniforme, sin delatar nada—. Qué… encantador conocerla finalmente. —Encantador. Claro.

—Encantador, en efecto, Su Alteza —murmuró Isolde de vuelta suavemente, su aguda mirada parpadeando evaluadoramente entre los dos, indudablemente sintiendo las densas corrientes subterráneas.

Esperé. Contuve la respiración casi. Esperé a que Georgina finalmente flaqueara. Esperé a que frunciera el ceño, o espetara, o quizás incluso dejara caer accidentalmente una de esas caras sombrillas. Cualquier cosa que delatara la furiosa tormenta que sabía

que debía estar agitándose justo debajo de ese exterior cuidadosamente pulido e irritantemente tranquilo. Pero ella solo sonrió de nuevo. Fría. Distante. Casi condenadamente serena.

Y entonces —asestando el insulto final y aplastante— dirigió deliberadamente su atención de nuevo a su doncella que rondaba, haciendo alguna pregunta trivial sobre los colores de las cintas, despidiendo efectivamente tanto a Isolde como a mí con un aire de indiferencia sin esfuerzo, casi aburrida, que hizo que mi sangre hirviera positivamente en mis venas.

Estaba ganando. Ahora mismo, en este momento, estaba innegablemente ganando. Eso significa que he perdido la apuesta. Y lo odiaba absoluta y completamente.

28

El Regreso de una Antigua Amante

Georgina

Seamos absolutamente claros en una cosa: yo no estaba celosa. Ni siquiera la más diminuta, intrascendente e insignificante pizca de celos se agitaba en ningún lugar de mi ser real perfectamente compuesto. Los celos, después de todo, implicaban una especie de ridícula posesividad, una especie de reclamación real sobre otra persona. Y yo, ciertamente, no tenía ninguna reclamación sobre Gareth Montford, un hecho que me recordaba constantemente, con la pura y obstinada terquedad de una mujer que se aferra desesperadamente a una cuerda que se deshilacha rápidamente sobre un abismo muy profundo.

Todo este compromiso era simplemente un acuerdo, nada más. Una actuación cuidadosamente coreografiada, ligeramente farsesca, diseñada principalmente para calmar las frenéticas preocupaciones de mi madre sobre mi soltería y quizás, incidentalmente, para remendar los bordes bastante deshilachados de la notoriamente escandalosa reputación de Gareth. Era una fachada. Una conveniencia temporal. No se suponía que importara en absoluto. En realidad no.

Así que cuando el nombre susurrado de «Señorita Isolde Thornhill» comenzó a deslizarse insidiosamente por los pasillos del salón de baile esta noche —pronunciado con esas irritantes y sabiondas sonrisitas y miradas de soslayo que la gente adopta al compartir un cotilleo particularmente jugoso— no sentí precisamente nada. Absoluta, resuelta y obstinadamente nada en absoluto. Incluso

cuando finalmente la vi yo misma, de pie con bastante languidez a la luz parpadeante de las velas, justo más allá de las puertas del salón de baile. Su vestido de seda esmeralda se amoldaba con bastante amor a cada una de sus envidiables curvas, su cabello dorado cayendo en ondas perfectas y artísticas alrededor de su hermoso rostro… me negué en redondo a sentir nada. Absolutamente nada. Nada, salvo quizás el impulso repentino, feroz y enteramente inexplicable de empujarla —a la grácil, perfecta y asquerosamente segura de sí misma Señorita Isolde— directamente a la fuente de piedra decorativa más cercana. Lo cual probablemente no era muy de princesa.

Mire, ciertamente no fue a propósito que terminé escuchando a escondidas su conversación privada. ¡De verdad que no! No lo había planeado. Pero el destino —o posiblemente alguna deidad menor, cruel y entrometida con una retorcida afición por la ironía y mi sufrimiento personal— aparentemente había considerado oportuno colocarme precisamente donde no debería haber estado en absoluto, en el momento exactamente equivocado. Solo había tenido la intención de escabullirme silenciosamente a la terraza desierta por un momento, solo para respirar el aire fresco de la noche, escapar de la sofocante presión del sobrecalentado salón de baile durante cinco minutos, quizás contemplar la posibilidad de arrojarme por la balaustrada… cuando lo oí.

Su voz. La voz de Gareth. Baja, peligrosamente familiar, y enhebrada con alguna extraña emoción subyacente que no pude identificar de inmediato. Y luego, la de ella. Exuberante, suave y aterciopelada, prácticamente ronroneante, llena del tipo de

confianza inherente que no provenía de un mero derecho aristocrático, sino del conocimiento cierto de haber sido elegida, deseada, una y otra vez.

—Podrías librarte de esta ridícula farsa, ¿sabes?, Montford —ronroneó Señorita Isolde, sus palabras pareciendo enroscarse sugestivamente a través del oscuro y vacío pasillo como el humo de un cigarro caro—. Tú y yo sabemos perfectamente que en realidad no la quieres a ella.

Siendo «ella» yo, presumiblemente.

Dejé de respirar al instante. Mi corazón dio un pequeño y doloroso apretón. Las palabras casualmente crueles golpearon con la precisión aguda e infalible de una cuchilla bien apuntada, cortando directamente a través de mi frágil compostura cuidadosamente construida con una facilidad aterradora y sin esfuerzo. Mi pulso flaqueó —tropezó, incluso— mis pies de repente sintiéndose arraigados, pegados al frío suelo de mármol bajo mis pies. Sinceramente, debería haber huido en ese mismo instante. Debería haberme escabullido silenciosamente en la noche, haber fingido que no había oído absolutamente nada, haber fingido que nada de eso importaba en lo más mínimo. Que estaba por encima de emociones tan mezquinas e infantiles como escuchar a escondidas y… lo que fuera este horrible sentimiento.

Pero me quedé. Congelada. Escuchando. Porque incluso después de todas mis cuidadosas protestas internas, toda mi rígida autodisciplina y sermones a mí misma sobre la indiferencia… alguna parte secreta, traicionera y profundamente tonta de mí

aparentemente necesitaba oír lo que Gareth diría a continuación. Necesitaba saber.

El silencio que siguió a su provocativa declaración se sintió agónicamente largo. Se extendió tenso entre ellos, denso y rebosante de historia no contada, de verdades no dichas. Contuve la respiración, esperando. Luego vino su respuesta, baja, firme y de alguna manera inquebrantable.

—En realidad, Isolde —dijo, su voz tranquila pero firme— resulta que ahora solo tengo ojos para una mujer.

El mundo se inclinó ligeramente sobre su eje. Solo por un segundo. No hubo absolutamente ninguna vacilación en su voz. Ninguna evasión juguetona, ninguna media verdad astuta o desvíos inteligentes que había llegado a esperar de él. Sus palabras simplemente cayeron en la quietud, pesadas y seguras, cada una reclamando un terreno mucho más real, mucho más peligroso, de lo que nuestro acuerdo puramente práctico jamás había previsto o permitido.

Una risa suave, casi incrédula, se escapó de Señorita Isolde entonces, rica en diversión persistente pero subrayada con algo frágil, quizás herido, justo debajo de la superficie.

—Y supongo —murmuró, su voz teñida de una leve ironía— que esa mujer no soy yo.

—Tienes razón. La mujer no eres tú —dijo Gareth, usando pocas palabras para dejar claro su punto. Fue claro y final. Se sintió como el cierre decisivo de una pesada puerta que nunca más podría reabrirse entre ellos.

Presioné una mano instintivamente contra mis costillas encorsetadas, sintiendo el frenético palpitar de mi corazón debajo. Sentí como si pudiera mantener unido físicamente el dolor agudo, repentino y salvaje que florecía inesperadamente dentro de mi pecho. Este definitivamente no era el plan. Esto no era en absoluto parte del guion que se suponía que debíamos seguir. Y sin embargo, se sentía innegable y aterradoramente real. Casi podía sentir la cruda verdad de su declaración reverberando a través del aire silencioso entre ellos, innegable, potente y peligrosa.

Señorita Isolde, siempre compuesta incluso en aparente rechazo, dejó escapar un suspiro suave y teatral, el sonido ahora teñido de una especie de diversión reticente.

—Bueno —reflexionó en voz alta, como si saboreara la extraña forma de esta nueva e imposible realidad en su lengua—. Realmente hablas en serio, ¿no es así?

La risa baja de Gareth esta vez carecía de su humor habitual. Sonaba casi… cansada.

—Pareces sorprendida —afirmó secamente.

—Francamente, Gareth, lo estoy —admitió ella de buen grado, su voz recuperando ahora parte de su cualidad más ligera, casi burlona. Sabía cómo retirarse con gracia, al parecer—. Después de todo —añadió suavemente, deliberadamente— nunca antes habías dejado que una mujer te arruinara de verdad.

Arruinarlo. Las palabras resonaron a través de mí como un golpe físico, haciendo eco extrañamente en el repentino silencio. ¿Lo había arruinado yo de alguna manera? ¿Habíamos, en esta extraña y antagónica danza, logrado arruinarnos el uno al otro, pieza por pieza

irrevocable e involuntaria? Semanas atrás, me habría burlado en voz alta, con desdén, de la sola idea. Ahora… ahora, de repente, ya no estaba tan segura.

La voz de Señorita Isolde flotó una vez más a través del denso silencio, más suave ahora, casi indulgente, aceptando.

—Bueno. Ciertamente parece que he sido bien y verdaderamente reemplazada, entonces. —Sorprendentemente no había veneno en su tono ahora. Ningún borde cruel y afilado. Solo una especie de aceptación cansada, pronunciada con la gracia descuidada y fácil de alguien que probablemente había aprendido hace mucho tiempo a perder sin recurrir a la amargura. Una habilidad de la que yo, decididamente, carecía—. Supongo —añadió a la ligera— que probablemente debería desearte lo mejor, entonces. A los dos.

—Probablemente deberías, sí —respondió Gareth en voz baja, su voz despojada por un momento de su habitual armadura protectora, sonando casi… ¿vulnerable? ¿Era eso posible?

Hubo el débil y distintivo crujido de la seda entonces, seguido por el suave y decidido clic de sus tacones retrocediendo rápidamente por el suelo de mármol del pasillo. Y luego, quietud. Una quietud densa, pesada y sofocante descendió de nuevo. No me moví. No me atreví a respirar demasiado fuerte. Podía sentirlo, sin embargo: el sutil cambio en el aire a mi alrededor, el repentino cosquilleo de conciencia a lo largo de mi piel mientras Gareth inevitablemente se giraba en mi dirección.

Lo sabía. Maldito sea. De alguna manera, imposiblemente, sabía que yo estaba allí de pie. Probablemente lo había sabido todo el tiempo. Cuando finalmente reuní el coraje para girarme, mi cuerpo

se sintió perezoso, moviéndose demasiado lentamente, como si fuera arrastrado a regañadientes a través de espesa melaza, cada nervio tenso, vibrando cerca de su punto de ruptura. Nuestros ojos se encontraron a través del espacio tenuemente iluminado.

Y la mirada que me dirigió entonces —Señor, ayúdame, la mirada — no era la de un hombre atrapado en un momento incómodo y embarazoso. En absoluto. Era la mirada intensa, centrada e inquebrantable de un hombre que acababa de elegir deliberada y definitivamente. Me había elegido a mí. Por encima de ella. Por encima de todos los demás, quizás.

Algo profundo y oscuro y absoluta, aterradoramente emocionante pareció desplegarse lentamente en el espacio entre nosotros, espesando el aire mismo hasta que apenas podía respirar adecuadamente. Las palabras me abandonaron por completo. Mi mente, usualmente tan rápida, tan aguda, tan lista con una réplica cortante, simplemente giraba inútilmente, tratando desesperadamente de encontrar algún tipo de terreno sólido en este terreno traicionero y completamente nuevo sobre el que de repente nos encontrábamos.

¿Y Gareth?

Maldito sea —que se arruine— simplemente… sonrió con suficiencia. Esa sonrisa irritante, familiar y perversa que una vez me había molestado más allá de toda medida, pero que ahora, horriblemente, parecía desarmarme con una facilidad aterradora y sin esfuerzo. En ese único, cristalino e irrevocable momento, mirando sus sabios ojos azules, lo supe: esto ya no era en absoluto solo un juego. Ya no.

Y estaba metida en un lío muy, muy gordo.

29

La Negación (Y Otros Peligrosos Autoengaños)

Georgina

Esa maldita y suave voz suya —*ahora solo tengo ojos para una mujer*— se había instalado inoportunamente en mi mente, repitiéndose en bucle cada vez que me atrevía a cerrar los ojos. Naturalmente, no le presté atención. Era simplemente… ruido auditivo. Absolutamente irrelevante. El tipo de cosa que uno descarta tan fácilmente como una balada mal cantada en la calle.

Si mi corazón realizaba una peculiar maniobra de opresión cada vez que él tan solo miraba en mi dirección general, era puramente una cuestión de… presión atmosférica. Sí, eso era. ¿Y qué hay del recuerdo de su intensa mirada en ese pasillo tenuemente iluminado, que sentí como si se hubiera asomado a mi alma y encontrado todas sus fracturas cuidadosamente ocultas? Bueno, eso fue simplemente un truco de la luz de las velas, que indujo un aleteo gástrico momentáneo y bastante olvidable. Trivial. Sin importancia. Estaba perfectamente bien.

De hecho, había resuelto no atribuirle absolutamente ninguna importancia a nada de ello. Incluso había redactado una proclamación mental, la había sellado con el sello real de mi propia terquedad y la había archivado bajo «Cosas que no importan en absoluto». Estaba a punto de plastificarla para la posteridad cuando…

—Estás melancólica de nuevo, querida —dijo Gareth con vozarrón perezosamente desde algún lugar cercano, su voz cortando mi indiferencia meticulosamente construida como un cuchillo caliente

a través de la mantequilla. Maldito sea el hombre y su asombrosa oportunidad.

Levanté la vista bruscamente para encontrarlo holgazaneando contra la balaustrada de piedra de la terraza, con el aspecto, a todas luces, del mismísimo Lucifer, habiendo surgido de las regiones inferiores específicamente para perturbar mi paz y posiblemente criticar mi elección de chal. Su levita estaba casualmente desabrochada, su corbata blanca ligeramente torcida, logrando esa estética ingeniosamente desaliñada de «acabo-de-salir-de-la-cama-de-alguien-y-luzco-diabólicamente-atractivo-por-ello».

Era el tipo de aspecto que hacía que la mitad de la población femenina de la alta sociedad sufriera repentinos desmayos y la otra mitad probablemente contemplara los aspectos prácticos de afilar sus abanicos para convertirlos en armas improvisadas. Era, en una palabra, irritantemente atractivo, incluso cuando simplemente existía en calidad de holgazán.

Le lancé una mirada que podría haber cortado la leche a cincuenta pasos, apretando mi chal más alrededor de mis hombros como si la fina cachemira pudiera de alguna manera formar una barrera impenetrable contra él. Un escudo contra la molesta forma en que su mera presencia parecía absorber todo el oxígeno disponible de mi vecindad inmediata, haciendo de repente bastante difícil pensar coherentemente, y mucho menos respirar de una manera normal y principesca.

—Desde luego que no estoy melancólica, Montford —repliqué enérgicamente, inyectando suficiente hielo en mi tono como para enfriar champán—. Simplemente estoy… contemplando. —

Profundamente. Sobre asuntos de gran importancia. Como la integridad estructural de la fuente antes mencionada, en caso de que cierto vizconde se encontrara inesperadamente sumergido.

—¿Contemplando qué, precisamente? —preguntó, esa boca irritante inclinándose hacia arriba en la insufrible sonrisa socarrona que siempre provocaba un extraño tira y afloja interno: una parte de mí quería abofetearlo sonoramente, mientras que la otra, profundamente traidora, se preguntaba cómo sería besar esa sonrisa directamente de su atractivo rostro. Un pensamiento profundamente inquietante e inmediatamente reprimido, naturalmente.

—Asesinato —repliqué dulcemente, ofreciéndole una sonrisa brillante y completamente falsa que no llegaba del todo a mis ojos—. El suyo, específicamente. Actualmente estoy sopesando los pros y los contras. La columna de los «pros» se ve notablemente llena, debo decir.

Él realmente se rio entre dientes entonces, el sonido bajo, fácil y demasiado atractivo para un hombre cuya inminente desaparición estaba bajo activa consideración. Era como si yo fuera simplemente un pequeño perrito faldero ladrador chasqueando ineficazmente a sus talones bien calzados, en lugar de una princesa del reino contemplando un homicidio justificable.

—Tendrá que darse prisa, princesa. La boda es solo en tres semanas. ¿Recuerda? —aconsejó a la ligera, sus ojos brillando con esa maldita diversión—. De lo contrario, se casará sin novio. No estoy seguro de si podré asistir a la boda cuando me convierta en un fantasma.

Sus palabras casuales me golpearon con la fuerza inesperada de un golpe físico. Tres semanas. Solo veintiún días. Y entonces sería legal e irrevocablemente suya. Atada a este hombre irritante, sonriente y demasiado encantador por la ley, la iglesia y el ineludible deber real por el resto de mi vida natural. El pensamiento envió una sacudida de pánico puro y absoluto que se agitó en mis entrañas. Me puse rígida instintivamente, levantando la barbilla automáticamente, forzando mi voz a algo deliberadamente brillante y frágil, esperando que enmascarara el repentino torbellino interno.

—Sí, qué maravillosamente afortunada soy —logré decir, mi sonrisa sintiéndose tensa y antinatural—. Entonces finalmente seré libre de asesinarlo lentamente, quizás creativamente, a mi antojo, querido esposo. Podría incluso escribir una balada al respecto.

—Ah —dijo suavemente, apartándose de la balaustrada entonces y comenzando a caminar lentamente hacia mí. Había un brillo depredador de nuevo en su ojo que hizo que mi tonto corazón golpeara contra mis costillas como un pájaro atrapado buscando desesperadamente escapar—. Pero querida —continuó suavemente, acortando la distancia entre nosotros con una lentitud deliberada y desconcertante— una vez que realmente sea mi muy amada esposa, naturalmente tendrá un fuerte interés personal en mi existencia continuada, ¿no es así? Imagínese el espantoso escándalo de lo contrario. Solo el papeleo sería una pesadilla.

Se detuvo a un mero aliento de distancia de mí entonces, su cercanía enroscándose a mi alrededor como humo, como tentación prohibida, como una ruina inevitable y gloriosa. Podía oler de nuevo ese leve y enloquecedor aroma de su colonia —cítricos y sándalo y

algo más única y peligrosamente él— e hizo que mis rodillas se sintieran de repente, traicioneramente, inestables bajo la voluminosa seda de mis faldas. Esta era precisamente la razón por la que la proximidad a este hombre era peligrosa.

Forcé una risa, aunque sonó frágil y aguda incluso para mis propios oídos.

—Sobreestima usted enormemente su importancia en mi vida, Montford. Y mi paciencia para el papeleo. —Una mentira descarada, quizás, en ambos aspectos, pero necesaria para la autopreservación.

Se inclinó ligeramente entonces, su boca flotando a un mero susurro de mi oreja, haciendo que los pequeños y sensibles vellos de allí se erizaran en un saludo sobresaltado.

—Y usted, princesa —murmuró de vuelta, su voz de repente baja, perversa y absolutamente devastadora contra mi piel— se subestima constantemente a sí misma.

Me quedé helada. Absoluta y completamente. Mi aliento se cortó bruscamente en mi garganta, mis manos apretándose desesperadamente alrededor del borde de mi chal, agarrando la suave lana como si fuera lo único que me atara a la cordura, lo único que me impidiera hacer algo verdaderamente catastrófico. Como desmayarme. O, Dios no lo quiera, arrojarme a sus brazos y exigirle que explique los peculiares aleteos que inducía en mi anatomía, usualmente firme.

Porque la peor parte —la parte verdaderamente horrible, que destruye el alma e imperdonable de todo este lío ridículo e irritante — era que alguna facción rebelde e idiota en lo profundo de mí deseaba desesperadamente creerle. Deseaba, con un dolor

repentino, feroz y enteramente inoportuno, creer que esas palabras devastadoras, pronunciadas con tal convicción sedosa, contenían una pizca de verdad.

Quería creer que la forma intensa en que a veces me miraba, como si yo fuera un rompecabezas particularmente complejo y fascinante que estaba decidido a resolver, la forma aparentemente descuidada en que sus dedos ocasionalmente rozaban los míos, encendiendo pequeños infiernos, la forma en que decía cosas exactamente así en voz baja que de alguna manera lograba enroscarse alrededor de mi corazón como la soga de un verdugo… era realmente real. Que no era solo otro movimiento en su juego infernal.

Pero desear algo y creer realmente que es posible eran dos criaturas muy diferentes, a menudo incompatibles. Y yo —la princesa Georgina Arabella Celeste de Montrose, que siempre se había enorgullecido de su agudo intelecto, su realismo cínico y su habilidad para detectar a un bribón a cincuenta pasos— no era absoluta y positivamente tan tonta.

¿O sí? La pregunta, pequeña e insidiosa, pinchó los bordes de mi resolución.

Me aparté bruscamente entonces, poniendo físicamente una distancia más segura y decorosa entre nosotros, convocando hasta la última onza de dignidad deshilachada que poseía.

—Usted —afirmé con firmeza, aunque mi voz, para mi eterna vergüenza, tembló solo un poco, traicionándome— es completa y absolutamente imposible, Montford.

Gareth simplemente se enderezó, sus ojos azules brillando ahora con esa familiar e irritante diversión, pero también con algo más… algo más cálido, algo peligrosamente cercano al afecto genuino, ¿quizás? Era irritantemente difícil de decir con él.

—Y sin embargo —señaló suavemente, razonablemente, como si discutiera el tiempo— no parece poder mantenerse alejada de mí, ¿verdad, princesa?

Abrí la boca, una réplica verdaderamente cortante y fulminante ya formándose en mi lengua, totalmente preparada para recordarle con un detalle insoportable y punto por punto exactamente por qué no tenía absolutamente ninguna intención de entretener sus ridículas y egotistas tonterías ni un segundo más… cuando las altas puertas dobles que daban al salón de baile se abrieron con un crujido ruidoso detrás de nosotros. Voces, teñidas del habitual y potente cóctel de emoción y especulación, flotaron hacia la terraza hacia nosotros. Fisgones. Simplemente maravilloso. Mi velada estaba completa.

—¡Ahí están! La princesa y Señor Montford —cotorreó alguien en voz alta, su voz llevándose con desafortunada claridad. Aparentemente, la sutileza no estaba de moda esta noche.

—¿Vio la forma en que simplemente la mira esta noche? ¡Es positivamente escandaloso lo devoto que parece! —intervino otra voz. Escandaloso, en efecto. Si solo supieran la mitad.

—Dicen que en realidad rechazó a Señorita Isolde Thornhill de forma bastante pública esta noche —susurró una tercera voz conspiradoramente, aunque no lo suficientemente bajo para una verdadera conspiración—. ¡Imagínese! La rechazó a ella, por ella. —

La implicación flotaba pesada y madura en el aire de la noche, prácticamente goteando conjeturas románticas.

Me puse rígida al instante ante la mención del nombre de Isolde, mis uñas clavándose dolorosamente en mis palmas de nuevo. ¡Malditas gallinas cotillas y sus inoportunos pronunciamientos!

Gareth, a mi lado, también lo oyó, por supuesto. Estaba irritantemente sintonizado con tales cosas. Vi la forma en que su boca se torció en algo innegablemente engreído, vi la forma en que su pecho se levantó con una respiración lenta, profunda y completamente satisfecha mientras se volvía para mirarme de frente, sus ojos danzando de triunfo. Oh, estaba disfrutando esto demasiado.

—¿Oye eso, querida? —dijo, su voz suave de nuevo, casi burlona ahora, y peligrosamente cerca—. Parece que ya están escribiendo canciones trágicas sobre nuestro gran romance. Seremos inmortalizados.

—¿Canciones? —repetí, la palabra sabiendo a ceniza en mi boca. Genuinamente horrorizada por la perspectiva. Eso era todo lo que necesitaba. Baladas mal compuestas circulando por toda la alta sociedad sobre mi desastroso y enteramente fabricado compromiso. Mi reputación nunca se recuperaría.

Sonrió entonces, acercándose una vez más, cerrando deliberada y provocativamente la distancia que había intentado crear. Extendió la mano, sus nudillos rozando ligera, posesivamente, a lo largo de mi pómulo. La intimidad casual del toque me robó el aliento y envió una nueva ola de calor traicionero corriendo a través de mí.

—Baladas, sin duda —confirmó alegremente, completamente despreocupado por mi angustia—. Odas románticas que detallan mi devoción eterna e inquebrantable y relatan su negativa obstinada, aunque finalmente inútil, a admitir que ya está salvajemente, perdidamente enamorada de mí. —Parecía absoluta e irritantemente convencido de esta narrativa ridícula y fantástica.

Aparté su mano de un manotazo instintivamente, mi corazón martilleando salvajemente contra mis costillas ahora, mis mejillas ardiendo con una potente mezcla de ira incandescente y profunda vergüenza.

—¡Es usted completa y absolutamente insufrible! —siseé, mi voz baja y furiosa.

—Y sin embargo —dijo suavemente, su propia voz una trampa sedosa, atrapando mi muñeca en retirada suavemente esta vez, atrayendo mi mano decidida, inexorablemente hacia su pecho. Dejó deliberadamente mi palma plana contra el calor sólido sobre el golpe firme y traicionero de su propio corazón. Sostuvo mi mirada cautiva, sus ojos azules intensos, sabios—. Aquí está, princesa. Todavía aquí conmigo.

Podría haberme apartado de nuevo. Absolutamente debería haberme apartado de inmediato. Arrancado mi mano como si su toque me hubiera quemado. Hecho algún comentario cortante sobre la presunción de los libertinos y la locura del contacto físico no deseado.

Pero de alguna manera… de alguna manera, me quedé allí, congelada, atrapada por la mirada intensa e inquebrantable en sus ojos azules, por el calor sorprendente e inoportuno que irradiaba de

él, por la verdad insoportable, innegable y aterradora de que ya no podía pretender de manera realista, ni siquiera para mí misma, que no me importaba. Que esta elaborada e irritante farsa no me estaba afectando hasta la médordia.

Porque en algún lugar en medio de todas las incesantes disputas y el tira y afloja cargado, en algún lugar entre los besos públicos y escenificados diseñados para engañar a la alta sociedad y las burlas privadas y susurradas diseñadas para desconcertarme, en algún lugar en medio de todos los ridículos planes y los escándalos crecientes y mi propia necesidad desesperada, fallida y hercúlea de mantener mi corazón a salvo y desenredado de este lío… de alguna manera, inexplicablemente, catastróficamente, había caído en él.

Me había enamorado de él.

Y de pie aquí ahora, sintiendo el latido firme e insistente de su corazón bajo mi palma, mirando sus ojos sabios y condenables, de repente, aterradoramente, no sabía cómo salir de nuevo.

O, y este era el pensamiento más aterrador de todos, si realmente quería hacerlo.

* * *

Aquí termina la primera parte de la historia de Georgina y Gareth. He dividido el libro en dos partes a propósito, ya que habría sido

demasiado largo de haberlo mantenido en un solo volumen. Espero que me perdonéis por las molestias que esto pueda ocasionar :(

Sin embargo, tendréis un final satisfactorio y varios epílogos en el segundo libro, que sin duda contará con conflictos aún más

emocionantes. Podéis leerla en **El Matrimonio (In)conveniente de la Princesa.**


EL MATRIMONIO (IN)CONVENIENTE DE LA PRINCESA
CRESSIDA BLYTHEWOOD